Eliécer Cárdenas

Polvo y ceniza



Polvo y ceniza

Eskeletra Editorial
12 de Octubre y Roca (esq) l[2] piso
Tel: 556691 / Fax: 543607 / Casilla postal 164-B Quito
E-mail: eskeletra@andinanet.net

Diseño de portada: Tribal / 228208

ISBN: 9978-16-036-1 Derechos de Autor: 015418 Impreso en Ecuador

ELIECER CARDENAS

POLVO Y CENIZA

A mi padre, contador de historias

Agradecimiento:

A Naún Briones,

a Pajarito,

a Chivo Blanco,

a Rindolfo Ochoa,

a Víctor Pardo,

a los Quiroz,

al Aguila Quiteña,

a Diógenes Paredes,

a Pablo Palacio,

a Luis Alberto Valencia,

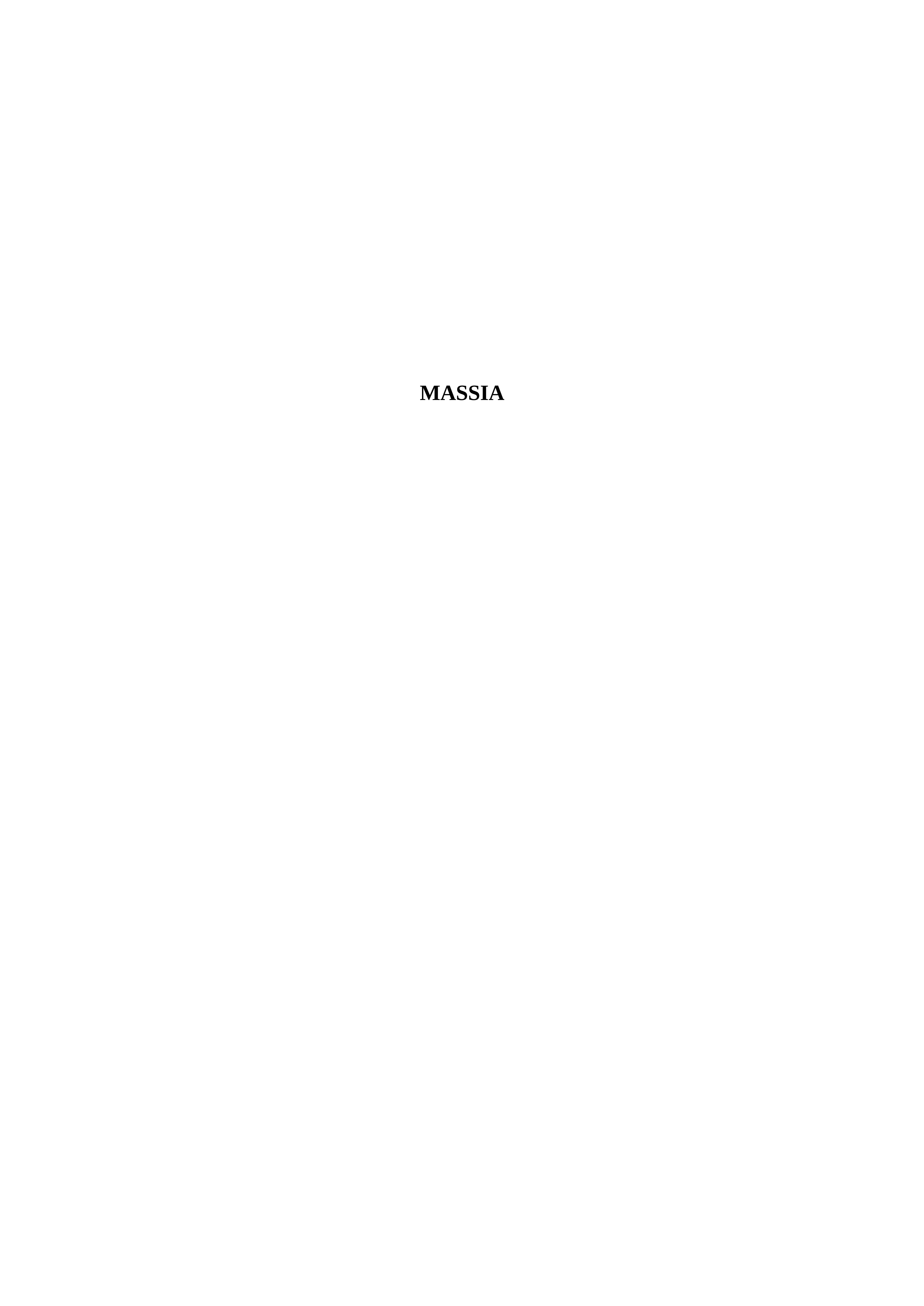
al Mayor Deifilio Morocho,

al Obispo J. M. Massiá.

Porque sus existencias son la materia de esta ficción.

Eternidad, tus signos me rodean,
mas yo soy transitorio:
un simple pasajero del planeta.
JORGE CARRERA ANDRADE

Pero los días son una red de triviales miserias,
¿y habrá suerte mejor que ser la ceniza
de que está hecho el olvido?
JORGE LUIS BORGUES



MASSIA

Se fue erguido. Viene encorvado. Con un orgullo casi risueño extendió la mano, blanca y áspera de hostias consagradas, al oficial bigotudo de la pechera llena de entorchados que le señalaba los riscos pardos, las laderas casi de pura piedra afilada brillando al sol, los desfiladeros profundos entre rocas que sólo eran serpientes de sombras, cuando se marchó. Ahora sólo puede bendecir, ya sin soberbia, casi con los ojos en el llanto, a los campesinos flacos, a las mujeres aflijidas, a los oficiales abúlicos que se congregan en torno a su sotana sucia y la banda morada de su vientre colgante que, por su brillo mugroso, recuerda solamente una larga travesía de regreso desde el otro lado de la frontera, más allá del agru- pamiento de casitas de barro que sobresalen, tercamente enhiestas, bajo el tricolor nacional, junto a los plátanos de hojas rotas por el viento, nadando en la sequedad parda de la tierra. Se fup joven. Viene viejo. Odió al General Alfaro, lo excomulgó la víspera del destierro. Inventando intransigentes frases desde el púlpito dorado de su Catedral, ante la sumisión de los tafetanes negros de las mujeres, los casimires oscuros de los caballeros congregados junto al atrio: ante los campesinos de alpargatas de cuero y alforjas a los hombros. Rojo por la cólera, demostrando su acento extranjero en las recias palabras de condena, el obispo José María Massiá, para muchos mártir, conspirador para el Gobierno, concluyó su furia fulminando excomuniones. Pero ahora cruza el puentecito de madera con la mansedumbre sesentona de sus años pesándole en los zapatos polverientos, el solideo episcopal circunscrito al centro oscurecido de su calvicie. Pesada la mano que no deja de bendecir, alejándose con lentitud de la bandera roja, blanca y roja de la que fue su patria, la tercera, por doce años. Ahora sonríe a los guardias, perdonándolos y como acobardado. Ellos, tiesos, incomprensibles, con los Manlicher, las correas de municiones y los quepis, dejándose bendecir, permitiéndole cruzar aquella raya invisible que en la mitad del río divide aguas, piedras, lodo. Pero, cuando, doce años atrás, en direccción inversa, sintió los empujones de los guardias hasta más allá de la raya invisible del puente, hacia el país de la bandera roja, blanca y nuevamente roja, dio una vuelta completa sobre sus pies, miró a los guardias como queriendo matarlos con la sola fuerza centellante de sus ojos celestes; el anillo jerárquico brilló dorado entre la polvareda lerda de las mulas, no en una mano que bendice: en un puño que amenaza. Quiso decir algo, pero sus labios resecos sólo se movieron sin sonido. Y majestuoso, patriarcal, definitivo, limpió con sus manos el polvo depositado en sus zapatos, en una última, implacable maldición que temió el arriero Horacio como seguro anuncio de sequías largas, de animales muertos sobre los senderos, de cosechas perdidas.

Pero ahora es sólo una estatua piadosa, enflaquecida, que se deja besar con paciencia el anillo episcopal. "Ilustrísima, ilustrísima". Aunque la dignidad y ese extranjero, indoblegable decoro esclesiástico vuelvan a templarle el cuerpo cuando el oficial le extiende el papel membretado del indulto, firmado por los asesinos del general excomulgado que ahora es polvo y ceniza. Polvo y ceniza. Massiá respira, parpadea, miope, lee brevemente el papel, lo dobla, se lo guarda junto al pecho, sobre el corazón. Se vuelve, mira por última vez a la bandera roja, blanca y nuevamente roja que flamea con furia ante los embates del viento ele agosto, y avanza entre silencios. Caiando se marchó, sobre una mula negra de orejas caídas, recibió las vivas de pequeñas multitudes, las lágrimas silenciosas de mujeres barrigonas, el meneo de colas de los perros y la fugitiva sonrisa de los niños descalzos en cada pueblo, en cada caserío y parcela por donde cruzaba hacia el destierro. Su Diócesis lo lloró con rabia cuando él, al otro lado de la invisible línea, consumía sus días en la lectura del breviario y la marcha lenta por las quebradas de Ayabaca y Huancabamba.

El arriero Horacio, temiendo que le arrebaten el cuerpo ahora pacífico de su obispo, se adelanta a los otros arrieros halando las riendas de su mula que cruza el gentío en un trotecito apurado. Se detiene

ante Massiá, lijándose en sus enflaquecidas mejillas que anuncian la blancura de una barba vieja, nacida en el viaje de regreso. "Ilustrísima, ilustrísima". Entonces los ojos celestes lo reconocen, la mano derecha se extiende, el anillo se deja besar por los labios partidos del arriero Horacio, que fue el mismo arriero que lo llevó, desde Loja, por el camino del destierro hasta la frontera. Religioso, timorato, el arriero se admira porque ningún cataclismo en todos estos años rompió la tierra; ninguna plaga mató a las bestias, ningún incendio arrasó las cosechas. Aunque siempre fulgurara, como una maldición, la cabalgata de los hacendados de polainas de cuero y sombreros alones exigiendo su parte en las cosechas. Pero esa no era una maldición: era la vida misma.

"Hijo mío", Massiá, sin dejarse enternecer por fidelidades de humildes, acepta la mula sudorosa y piafante que el arriero le ofrece. La prefiere a la hilera de mu- las negras de los otros arrieros, a los caballos robustos de los oficiales, a la yegua mansa que una hacendada de los contornos le ha ofrecido con respeto. Dificultosamente levanta un pie que lo recogen los brazos del arriero Horacio y lo elevan, esforzando el equilibrio de aquel cuerpo que parece pesar tan poco, después de tantos años de destierro. Con el esfuerzo, la banda púrpura pegada al vientre se ciñe próxima a reventar, pero el pulso del arriero Horacio deposita al Obispo sobre la montura de guarniciones borradas en el contacto de innumerables roces. Y Massiá, sin lograr acomodarse del todo, adivinando con sus pies los estribos, exige, apagada la voz, que le abran el maletero blanco, sí, el más voluminoso de los trastos que trae desde el otro laclo de la frontera y que permanecen, en un cónico montoncito, junto a los trave- saños del puente. Dos guardias obedecen, desatan las gruesas piolas de cáñamo, abren las correhuelas, destapan el maletero y elevan en el aire aquel cojín blando y morado que parece el estómago mismo del Obispo. "Mis reúmas", se lamenta Massiá, evocando un tormento más de su destierro. El piquete de soldados a caballo espolea los hijares y avanza adelantándose por el retorcido camino que, dando vueltas entre pedrones, arbustos resecos y espinosos, zigzaguea en las laderas, enfila al Norte.

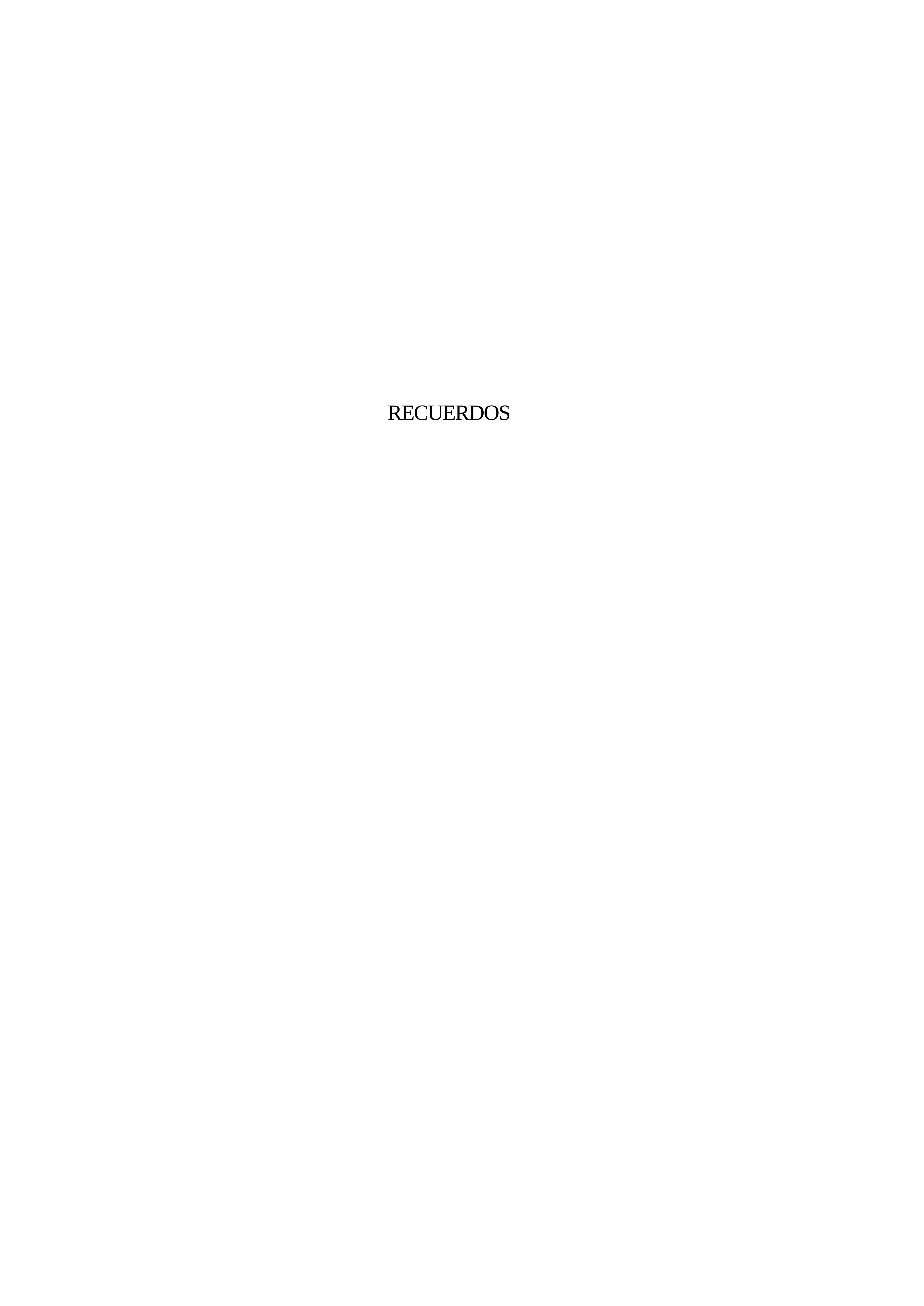
Doce años antes, cuando una luna inmensa se balanceaba sobre un cielo lleno de estrellas, Massiá renegó de los callos que le apretaban las nalgas entumecidas por un viaje de cinco días a lo largo de cuchillas, travesías, faldeos, cumbres, desfiladeros estrechos, tambos vacíos y siniestros. Y Massiá, a fidelidades de humildes, acepta la mula sudorosa, a la par que maldecía a gobernantes impíos, a soldados blasfemos, a funcionarios profanadores y arbitrarios, al papel membretado que le trajo aquella implacable orden de destierro, extrañaba, como al cielo perdido, el sueño en el Coro a las tres de la tarde, las cazuelas con pollo y lechugas frescas de los almuerzos, las discusiones sobre San Agustín y Pelagio con el Deán On- taneda, la cama blanda, el toldo, el migoso pan de las monjas, los higos confitados, el incienso, el palio y las procesiones. La sombra del arriero, empapada de luna, se adelantaba a su mula verificando la firmeza del terreno. Massiá, solitario y nostálgico, sintió deseos de estallar en carajos, porque, en esas soledades, las excomuniones pa- ia nada servían contra aquella impaciente furia suya acumulada desde el año noventa y cinco, alimentada con la l.ey de Divorcio y llevada a su más patético límite con la de Manos Muertas. Principió carajeando bajito, temeroso de los oídos no tan lejanos de los guardias. Pero, ante un resplandor de luna que manchaba con su color una explanada de sauces tan triste como su propia suerte, los ra rajos del obispo retumbaron como trompetas de Juicio
Final. Toda una variedad de carajos se desató en aquellas fatigosa jornada: desde los paternales, amables de un pastor de almas hasta los rotundos y rencorosos de un desterrado. Y entre todos nosotros hubo respeto y silencio para esos carajos porque eran más verdaderos que todos sus sermones.

"¿Te gusta esta vida , hijo mío?", le preguntó el Obispo una tarde, camino al destierro, al arriero Horacio. "Es la única que tengo, ilustrísima", respondió él admirándose por una pregunta tan tonta en boca de un hombre tan importante. Porque la vida no es cuestión de gustos o elecciones, a uno le paren, simplemente.

Ahora, doce años después, cuando él vigila en una cuesta la fatiga que enrojece la frente del Obispo, mientras la cruz de su pecho se bambolea a cada paso de la mula sobre el pedregal, él vuelve a escuchar sus preguntas, pronunciadas con una voz distinta y envejecida, que averiguan sobre su vida y sus hijos conocidos en palabras de repuesta doce años atrás.

-Tres murieron- dice el arriero, resignado, bajando la vista ante la mirada celeste y curiosa del Obispo- por sarampión una, en un pozo, ahogada, otra, sin comer y en calenturas el último. El año nueve una helada acabó mis sementeras. El once, don Julio Eguiguren llegó desde su hacienda para llevarse mis tres mejores mulas por deudas. Y el mes pasado, mi hijo, el mayor, Naún, empezó a robar: medio costal de harina, dos gallinas, unos aperos. El muchacho va por mal camino, Ilustrísima. Dice que no es justo ver podrir el grano de los hacendados en los trojes mientras a nosotros el hambre nos enferma, que los perros de don Julio Eguiguren coman carne cuando nosotros nos hemos olvidado de su sabor. Que no es justo que la hija de don Julio sea tan bonita mientras su hermana, sin dientes a los trece años, sea más fea y flaca que un alma del purgatorio. Que el hijo de don Julio tome un vapor para Europa y estudie abogacía y se haga poeta mientras él, Naún Briones, apenas si aprendió, en dos años de escuela, la forma de las letras y no sepa del mundo más allá de lo barrios de Cangonamá. Eso me dice. Y yo quedo callado.

-Hijo mío- dice el Obispo conteniendo el resuello, abrumado por el trajín del viaje de retorno-, dile a ese muchacho que está perdido, que más le valiera no haber nacido. Dile eso. Dile

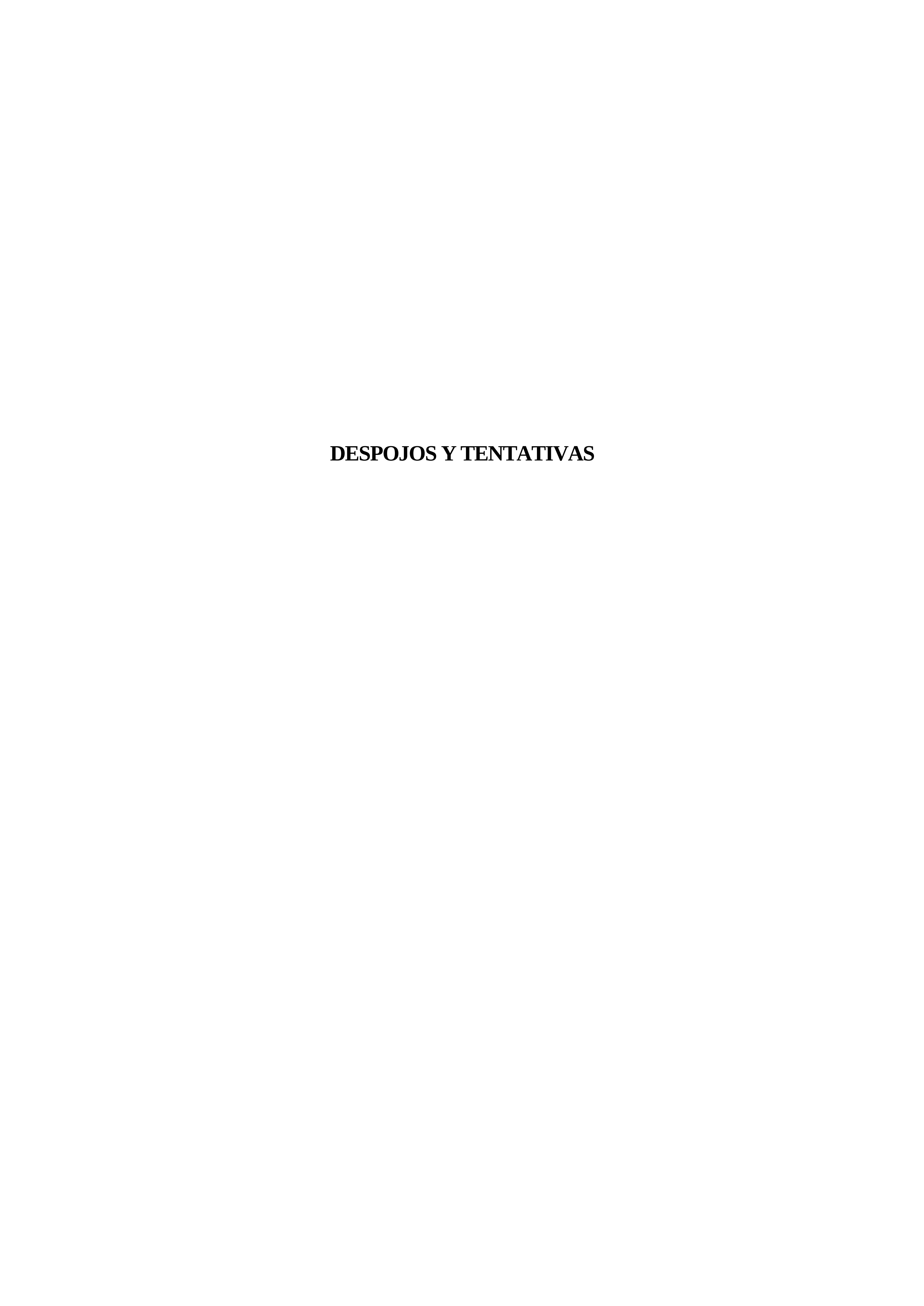


RECUERDOS

Conservo en mi escritorio, junto a la Condecoración de Valor otorgada por el Presidente de la República por mi acción en Piedra Lisa, la última arma del bandido: una Smith calibre treinta y ocho, larga, con cacha de marfil, bastante usada, con sus iniciales grabadas a fuego sobre el cañón; las estrías en mal estado, el percutor maltrecho por el uso. Por lo menos mató a veinte con esa Smith. Sí, su puntería era extraordinaria, jamás erraba un tiro. Ni en la oscuridad. Todos le temían por estar seguros de que su puntería no fallaba nunca. Como me oye, nunca. Prefirió siempre el revólver. Dicen que decía que con aquel tipo de arma su mano se acomodaba tanto que cuerpo y bala eran una sola cosa cuando disparaba. Dicen que esta Smith perteneció antes que a él a Chivo Blanco, un bandolero de los años diez. El anduvo, un par de años, creo, en su banda, aprendiendo a matar, a saquear en despoblado y todo ese coraje temerario que necesitan los maleantes. Dicen que un día, durante una fiesta que organizaron los bandidos por los lados de Macará, el Chivo Blanco, borracho, desafió a sus hombres al tiro al blanco. El fue el único en aceptar el reto, porque la puntería del Chivo Blanco era famosa, desde Ayabaca, en el Perú, hasta Portovelo, el pueblo minero de la provincia de El Oro. Dicen que el Chivo Blanco entonces soltó la risa y le dijo "apostemos los revólveres" y que él le respondió que su Colt, aunque vieja, le iba a ganar. Dicen que uno de los bandidos puso un sol de oro sobre una piedra, cien metros lejos, que el Chivo Blanco cargó, apuntó, disparó y su bala se fue a rebotar sobre la piedra, a sólo centímetros de la moneda. Y dicen que él, callado, serio, cargó su arma, cerró el ojo derecho, apuntó y dio en plena moneda ante las bocas abiertas de todos los bandidos. Dicen que el Chivo Blanco, corrido y furioso, se negó a entregarle su arma, que puso como pretexto a la borrachera para su tiro errado. Y dicen que él soltó una de sus carcajadas, blanquísimas y completas y, cargando todo el tambor de su revólver, cuadrándose, le gritó al Chivo Blanco "te voy a hacer cumplir la apuesta, badulaque". Dicen que el jefe de bandidos palideció, pidiendo con los ojos a sus hombres que lo ayudaran. Pero todos los bandidos le dijeron que debía cumplir, que no fuera tramposo, que entregara la Smith. Dicen que Chivo Blanco, derrotado, tambaleándose más por la rabia que por la borrachera, le entregó el arma, diciéndole "te vas ahora mismo, los dos ya no cabemos en un sitio". Dicen que él, contento, sin rencor, despidiéndose de los bandidos con la mano, montó en su caballo blanco, picó espuelas y se alejó en dirección a la frontera, a galope tendido, los cascos del animal entre nubes de polvo. Pudo suceder aquello en el año diecinueve, en el veinte tal vez, en todo caso antes del veinte y tres, el año en que su fama galopaba ya por los cuatro costados de la provincia de Loja, por el extremo norte del Departamento peruano de Piura y ya su Smith había enviado a mucha gente al otro mundo, amenazando en haciendas, apuntando a destacamentos, caravanas, postillones, pueblos.

A veces saco el arma de mi escritorio, la sopeso con mi mano sana recordando el día en que lo eliminé en la quebrada de Piedra Lisa. A veces siento tristeza, nostalgia por todos esos años duros, mal pagados, de persecución y valentía, de días enteros y noches completas sobre un caballo, apretando un fusil bajo el sobaco. Mucha gente dice que fue un buen hombre, lo describen como héroe, lo pintan como un macho inolvidable. Para mí, fue sólo un asesino, un salteador de caminos al que más le hubiera valido no nacer jamás. La gente, en su tierra, le compone poemas, historias y canciones, lo rememora en farras por tocios los lugares donde anduvo, brindan por él, bautizan a los hijos con su nombre. No quieren recordar que él fue un despiadado, un resentido con la sociedad. No permití que fotografiaran su cadáver c uando, atado a una mula, lo llevábamos para la ciudad de Loja. No. Hubieran querido hacer de él un héroe y sus reproducciones fotográficas andarían vendiéndose como relicarios en las fiestas, los mercados, las romerías. Dicen <|iie mientras vivió jamás se hizo sacar una fotografía por- <|iie tuvo un temor supersticioso a ver su propio rostro reflejado en un papel. O sería el miedo de que alguien pudiera

reconocerle por su retrato. Un brazo inútil, una condecoración y el revólver que fue suyo son mis únicos recuerdos de Naún Briones, señor.



DESPOJOS Y TENTATIVAS

'Ahora mamá se abalanza sobre la caja negra y, n mea, grita que la desclaven, que quiere verlo": ese perfil, esa quijada apretándose al cráneo con un pañuelo rojo, viejo. Esas manos sosteniendo un rosario de cuentas zurcidas. Los brazos de Honorina la rechazan empujándola hacia el patio donde la cruz alta del sacristán se perfila sobre el cielo blanco del invierno. "Pero mamá insiste, vuelve al corredor gritando, tirando el pañolón negro sobre la tierra del patio donde las gallinas, sin que entiendan nada, picotean y buscan sus gusanos". Los hombre, ante una señal del cura que termina de ganguear un responso y cierra su breviario, acaban de beber los restos de sus copas, se incorporan de bancas y poyos, se adelantan hacia el entarimado sobre el que yace el ataúd. "El tío Mardoqueo, escupiéndose en las manos, con los ojos hinchados por el velorio, es el primero en agarrar el ataúd. Su voz de aguardiente y noche sin dormir nos llama, a mí, a Gilberto, los hijos del difunto Horacio", los huérfanos que ya no pueden seguir llorando porque los párpados les son grandes bolsas vacías y resecas. "Ahora mamá vocifera, le insulta a la muerte, al polvo y la ceniza, al mismo Dios, desesperada, se rasga la pechera del vestido, se despeina; mordiéndose los labios". Ellos ya están levantando el ataúd que casi no pesa. "Tan flaco se puso para morir". La cruz del sacristán se bambolea y adelanta por el sendero del corral de las mulas, costea el borde del maizal, se pierde entre las cañas, el cura y todos los demás luego de ella. "Y el lloro de mamá sofocándose bocabajo sobre el patio" derrotada, inconsolable. La cruz del sacristán, saltando entre las piedras del camino, se abre paso por los paredones de adobe y los aleros desportillados bajo los cuales unos viejos se quitan los sombreros, unas mujeres se cubren el rostro para lloriquear agudamente, unos niños se llevan los dedos sucios a las narices sin comprender para qué sirven una caja negia, una cruz en alto, unos rezos y un cura cabizbajo. En el repecho de la quebrada el camino se ensancha entre matorrales, desciende a lo largo de manchones blancos de piedras y zarzas resecas hasta el terraplén donde se alzan, alicaídas, las cruces del cementerio dividido poi una recia cerca de piedra de los cañaverales enanos "donde comienzan las propiedades de don Julio Eguiguren"; los rectángulos amarillentos de la arveja madura, los pastizales que alargan su verdor opaco hasta lamer los cimientos de la blanquísima casa y sus corredores de ladrillos, sus pilares de madera, sus pintadas puer- titas de caoba "desde donde Lucía no querrá ver, en la distancia, un entierro de pobres. ¡Muchacho, sostén la caja!, me grita el tío Mardoqueo, mientras sus ojos, bajos, cuidan que sus pies no tropiecen en las piedras del camino". Oscuras, las manos se aferran al ataúd, con temor de dejarlo voltear por la quebrada. "No, Lucía no nos estará viendo llevar la caja al cementerio, ni siquiera sabrá que papá vivió, sufrió, murió, que fue el mejor arriero de Cangonamá. Lucía habrá despertado y las sirvientas peinarán sus trenzas rubias con agua de romero, para que no se le oscurezcan , o estará bordando en el patio, con un vestido azul de ancajes, unos zapatos blancos, unas medias de seda. O ni siquiera habrá despertado todavía, y en sueños, estará caminando por los corredores del colegio de monjas donde estudia, donde aprende canto y escritura, donde ve dramas y baila en las fiestas. O ni estará soñando, dormirá, nada más, sin saber jamás que yo la espío cuando con sus sirvientas, su sombrero rojo, su perro lanudo, baja hasta el río, se tiende sobre la hierba, canta con una voz baja y triste, abre un libro pequeñito de páginas amarillentas, muerde un bizcocho, una breva, se quita el faldón, se afloja los corpiños de encaje, se saca las medias, los zapatos, el sombrero y se recuesta sobre el agua tranquila, con los senos al aire, la boca abierta, los ojos cerrados: soñando con algún joven perfumado con colonia que baile vals y calce botines de gamuza Nunca va a saber que existo, que cuando la estoy espiando quisiera tocar la seda de su faldón, la enagua almidonada, sus piernas que serán suaves, sus senos que los tendrá duros. Y los hilitos finos dorados de su pelo deben oler a durazno, a hierba de potrero, a dulce de membrillo, a incienso de iglesia. ¡Sostén la caja, te digo!".

La fatiga tiembleque en los brazos de Mardoqueo, y el sudor, con la resaca de la borrachera, le chorrea por la frente, rueda detrás de las orejas, le brilla sobre el pelo cerdoso y le cae en gotitas espesas sobre el

cuello delgado. "Pero yo aguanto, porque papá, en el fondo de su caja, ya no debe pesar más que un borrego de seis meses. La Lucía es curiosa, sí , y ha de estar mirando todo desde el corredor enladrillado, peinadita y linda, gordi- ta, sonrosada. Dirá a la criada que hay un muerto camino al cementerio, que unas cincuenta personas del pueblo van detrás, por el pedregal de la quebrada. El sonido de nuestros pasos volará por las maizales, sobre los tallos de aiveja, los pastos , se romperá entre los álamos que rodean la casa grande y llegará hasta sus oídos de muñeca, de reina, de rica. Pero no sabrá quién es el hombre que vamos a enterrar: el que en vida fue el mejor arriero de Cangonamá. Que sus mulas y machos bajaron por Ayabaca hasta Piura, que sus mulas y machos subieron el Silván, el Alpachaca, hasta Cuenca y, más al norte, se quebraron los cascos en Culebrillas y Achupallas, se empantanaron en la Moya y Capsol, se enarenaron en Palmira y Columbe, todos esos nombres de lugares que me enseñó él, y llegaron al mismo Quito. Y, al oeste por Carboncillos, o al norte, por la Quebrada Honda y Sibambe, bajaron a la costa, a Guayaquil, donde un vapor se llevó al hermano de Lucía la reina para hacerlo poeta en la Francia". La cruz, siempre alta y erguida, atraviesa la puertita de piedra del cementerio , sortea las bajas cruces diseminadas y se planta junto a los brazos ágiles de don Abelardo, cerca de los golpes de barreta constantes de don Lucas, que ahondan el estrecho foso cavado desde la madrugada. " Tal vez Lucía mire, pero el que no querrá saber nada de muertos ni entierros será don Julio Eguiguren, que es el dueño de las tierras, el padre de la reina. El, en su sala, estará dando viento a los cañones de sus carabinas, taqueando los cartuchos, separando las postas para la cacería del venado que siempre se le escapa. Pero él sí sabe quién fue papá, porque se murió debiéndole unos aperos, unas latas de trapiche, unos pesos en harina y porotos que ya nunca le va a poder pagar. Las muertes terminan los pactos, los acuerdos firmados o a viva voz y la toma de don Julio no volverá a regar un poco de nuestra cuadra de arverjas, zapallos y maíz. El nos va a querer cobrar por su agua y no tenemos ni un solo calé para pagarle. Veinte y cinco sucres valía el ataúd que Honorina pagó al muertero con los zarcillos que papá le trajo a la vuelta de un viaje a Sullana. Ni las filigranas de los zarcillos brillaron tanto como sus lágrimas cuando ella entregó sus alhajas, el cuerpo de papá todavía tibio, sin amortajar. Ahora yo, descalzo, qui- ilindóme de las manos el poco peso del cuerpo de papá, estoy como perro espantado pisando la tierra del Camposanto, mirando las calaveras musgosas que salen al sol y al viento prendidas a la barreta de don Lucas; los costillares amarillos que las manos de don Abelardo tiran sobre las ortigas crecidas junto a las cruces: retazos de muertos de antes, comidos por la tierra y el tiempo, polvo y ceniza". El cura, alargando el rostro, acomodándose la estola con sus dedos largos, le pasa al sacristán el bonete pringoso y abre las hojas del breviario para entonar, rangoso, el último responso. El sacristán le pone en las manos el hisopo, la jarra de agua bendita que el cura la llueve sobre la tierra removida de la fosa entonando latines "Ayudo a levantar el ataúd. Mi hermano Gilberto se hace a un lado, sin querer ayudar con la caja, como si se hubiera quedado de golpe sin fuerzas, llorando con furia, sin vergüenzas. Los ojos del tío Mardoqueo quieren como medirme la valentía que me tiene tranquilo, sin tropezar, levantando la caja, haciendo correr las sogas hasta el fondo del hueco. ¿Vos no sientes?, me pregunta. Yo no le respondo, y con los dientes aprieto los labios hasta sentir la sangre, tibia y dulce, bajándome por la lengua. Don Lucas y el sacristán ayudan: izamos el ataúd y lo empujamos al hueco. Ahora Lucía pelará la cáscara dorada de una naranja, o arrancará una breva de la higuera del patio en la casa grande: comerá despacio, saboreando el zumo como yo saboreo ahora mi propia sangre, le gustará el sabor agrio o dulce de la fruta, se sentirá contenta, con ganas de oír las historias que cuenten las criadas, o con ganas de probarse un fustán nuevo, queriendo ir hasta el río para bañarse desnuda aunque haga un poco de frío y en el cementerio del pueblo estén enterrando a un difunto: mi papá, el arriero que casi nunca tuvo mulas propias, el que subió cerros, bajó quebradas, durmió en posadas, bailó en las fiestas de todos los pueblos del Norte y del Sur. El que me decía que el mundo es uno solo, que el cielo es el mismo en todas

partes, el sol único y los ricos y los pobres iguales en cada lado. Los mismos pájaros en el cielo, los mismos caminos en la tierra. San Pedro igual de santo en Alausí o en La Bendita, San Antonio igual en Cañar y en Zaruma. El que me decía que los hombres se hacen malos por la necesidad, que la pobreza es mala porque hace malos a los hombres, pero que también es buena porque hace a los pobres buenos con los otros pobres. No sé si eso es verdad, pero así me decía el arriero que me enseñó a tocar la guitarra, a templar sus cuerdas, a cantar tristes, chilenas, tonadas y pasillos. Y así le quise mucho. Muchas cosas me enseñó, cosas que no trae el Almaneque Bristol ni enseñan los silabarios de la escuela: cómo el viento cambia el color del día, cómo una estrella, en las noches claias, señala el norte, y otra, más brillante y fría, anuncia por dónde queda el sur. Cómo nacemos, igual que la semilla en la tierra mojada y somos como las cañas que crecen en los campos, y retoñamos como ellas, y nos vamos secando cuando ya no servimos más que para alimento de la tierra. Y me contó cómo me fue regando mamá con su propia sangre, como la lluvia riega a los brotes tiernos de las cañas, cómo fui haciendo mis ojos, mis manos, mi cuerpo entero hasta ser lo que soy, lo que seré hasta el día de mi muerte. Pero no quiero llorar mientras las palas van tapando el hueco con una tierra negrísima y aguada; Gilberto corretea aullando por todo el cementerio, y Honorina, arrodillada en el suelo, junto a las calaveras, las canillas, golpea la tierra con sus puños. Y el recuerdo de él sin querer irse, porque soy su obra, su vida después de la muerte. Y él supo eso cuando, con la vista nublada, sobre los sudaderos de mulas que fueron su única cama, me alargó una mano flaca, sin sangre ni color para apretar las mías en una despedida sin vueltas; para, con voz en hilachas, volver a decirme lo de siempre: cómo ser buenos, mantenerse buenos en este mundo que es la misma huella de los cascos del diablo, donde no se puede ser feliz ni en la niñez porque nacemos duros para siempre. No quiso reprocharme por mis robos que dieron de comer a la familia: él siempre supo que la necesidad no espera, aunque siempre estuviera diciéndome que todo tiene su dueño, que el tener algo es merecer. Y yo siempre le respondía que no, que nadie merece no tener nada y andar siempre debiéndole alguien lo que crece y vive por la sola fuerza de su trabajo. Y entonces , al recibir su mano sudada entre la mía ya no discutimos porque para él ni la muerte era cosa propia. Sólo nos quedamos viendo a los ojos, yo escarbando la muerte en los de él, y papá, en los míos, premunido mi vida. La mano se aflojó, ya iba a morirse, a olvidarlo todo y acabarse. Como está ahora, la tierra por encima y por debajo fermentando su carne: difunto y sepultado. La Lucía estará en la cocina de la casa grande, mirando hervir albaricoques en azúcar, pensará que en este lugar todos los días entierran a alguien, que la gente muere mucho en este pueblo: muertos niños dentro de ataúdes blancos, muertos ancianos en cajas negras, mujeres muertas y jóvenes que murieron antes de su primera borrachera. No, Lucía no pensará que el mundo es triste. Sólo estará diciéndole a la cocinera que los albaricoques pasan su punto en el azúcar y que el pan del horno huele muy bien o que faltan plumas por arrancarse al pollo acabado de matar o dirá que su papá jura hasta en sueños perseguir y cazar al venado jefe de la manada. Si vio, de lejos, este entierro ni lo querrá recordar cuando la vida le viene tan buena y generosa, cuando le ensancha las caderas, le endurece los senos, le florece los labios y le pone tan suave, tan brillante el pelo en sus quince años". Mardoqueo se adelanta al grupo que sale del cementerio llevando entre las manos una botella llena de aguardiente; la destapa y la pasa a los ávidos labios, a las gargantas sedientas de los que brindan por el difunto y beben despacio, recordándole la voz, el andar, las expresiones, la juventud, las pequeñas historias con que se forma una vida. La botella, casi vacía, pasa ahora a los labios de un viejo que la bebe con la misma desgana con que le estarán llegando los recuerdos. El grupo inclina sus cuerpos por la cuesta y camina despacio, sin hablar, sin mirarse.

Y él, mirado ese horizonte de casitas viejas, de sembríos mustios, recuerda, fatigado, tanteando con los brazos el aire húmedo de la mañana, los cascos que tantas veces retumbaron en el corredor de la casa, anunciando el regreso de su padre, llegándole como renovado de cada viaje, de cada camellón

enlodado de un camino. Así aprendió él también a conocer el mundo, las ciudades y las tierras por sus olores. Así como cacla animal y cada planta tienen su propio olor, las ciudades guardan uno, decía el arriero que fue su padre. Y le contaba del aroma a malvas de Loja, de olor a pan blanco que tiene Cuenca, el de leña quemándose de Riobamba, el de jardines húmedos que transpira Ambato, el olor nostálgico a pasto pisoteado de Latacunga y el grande, perfumado olor a tierra mojada y galletas viejas de Quito. Y él le traía esos olores prendidos al poncho como profundos pedazos del aire que inundaba esos lugares. Y se los regalaba. Hasta el viaje siguiente que nunca demoró. Y entonces, en otro regreso, siempre aguardado por él en horas de alta noche sin dormir, en costales de grano cargados rumbo al pueblo, en toretes y vaconas de don Julio Eguiguren halados por su fuerza, le traía olores nuevos, titilantes. sonoros y extraños como los nombres de las poblaciones lejanas que olían a fritadas y encierros, a velas y cipreses, a magnolias y cuyeros, a lana y azufre, a hojas secas y adobe, a trago anisado y llanto. "Pero yo nunca sabré tu olor, Lucía Reina; nunca el de tus manos. Lucía Dueña; jamás el que escondes como un prodigio en tu cintura, Lucía Cielo; ni el que tendrán tus tetas inolvidables, Lucía Imagen. Y bailarás el vals con el joven de polainas blancas y casimir, y viajarás por los olores del mundo que nunca conoceré, Lucía Gran Señora; y cruzarás el mar en un vapor y conocerás olores que mi papá nunca soñó conocer, Lucía Todo". Ahora el corredor de la casa se llena de pañolones negros, de blusas percudida, de camisas con una tira negra prendida en cualquier parte. "Mamá ve a todos como desconociéndoles, como queriendo aullar", Honorina, con una resignada tristeza, sirve copas de aguardiente, invita tortillas de maíz, sambates humeantes con las hojas sudadas al vapor. "Y mientras comen y beben todos parecen olvidarse de la muerte".

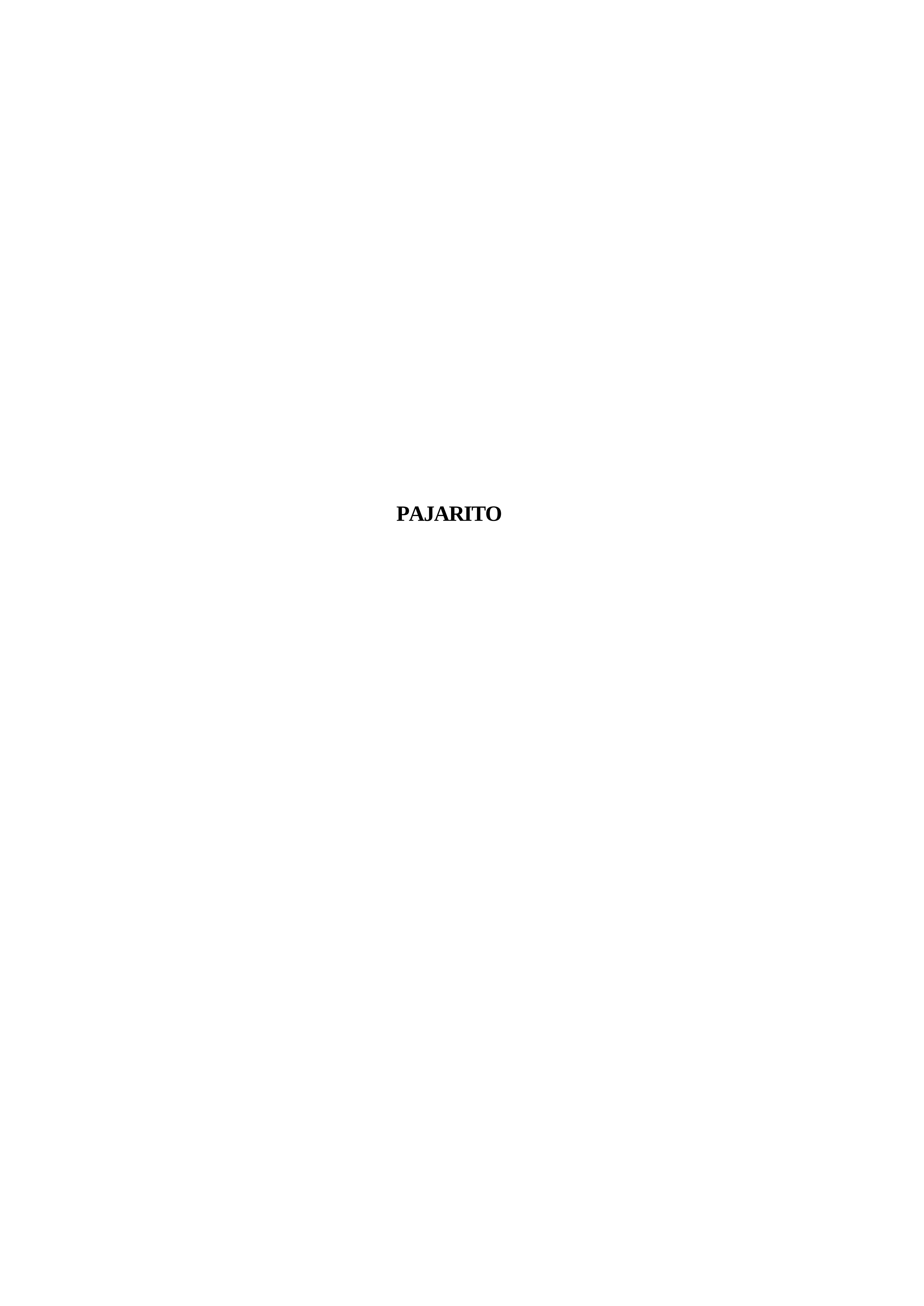
Apareció como un viento por la única, estrecha calle de la parroquia. No se dejó ver el rostro por nadie, bajo el sombrero alón de paja blanca, enmascarados la nariz y los labios por una bufanda, con unos ojos torvos, fijos y azules. Se apeó de su montura junto a la tienda de don Sabas, el puesto de las carnes secas y ahumadas para el viajero, de los aguardientes con agua de canela. Empujó con recelo la puertita de la tieda y, mirando de reojo el terraplén vacío de la plaza, la torre antigua y sin campanadas de la iglesia, a las hileras de casitas sucias ahogándose sobre el filo de la quebrada, pasó adentro santiguándose, descubriendo por instantes su retorcida nariz y su cojera inconfundible apretada por la bota del pie derecho. "Y un peón que tapaba con lodo los huecos que el tiempo y las ratas hicieron en la pared del Convento, me dijo, con recelo, asustado, con puñado de lodo entre las manos apretadas, ése es Pajarito, el bandido peruano". El de la banda lamosa de Chivo Blanco, su consejero y proveedor. De aquellos hombres que desde el año nueve asolaban corrales, quemaban sembríos, robaban muchachas, mataban a guardias y hacendados, capturaban dineros y diezmos, rompían las alcancías de los templos, disolvían fiestas a tiros. "Era él y no podía dejar de hablarle, eran el miedo y la curiosidad temblándome en las piernas, eran las ganas de ver, aunque fuera un segundo, esa cara que tantos querían conocerla muerta. No vayas, me advirtió el peón removiendo el lodo con los pies descalzos, rompiendo paja en pedacitos con las manos. Pero yo ya estaba cruzando la plaza a la carrera y diciéndole cuídame la alfalfa que ya vuelvo". El miedo se le apretaba, duro, al estómago: presentía, casi aterrado pero firme, que el pistolón del hombre no era tardo en contestar con un doloroso estruendo al primer desconocido que quisiera hablarle a ese malhechor viejo, de aquellos que sobreviven sólo por su terca desconfianza Pero no pudo dejar de ir hasta la tienda ahora nuevamente cerrada de don Sabas, pensando en la mazamorra aguada de todos los días, en los ojos de Mardoqueo, el hermano de su padre muerto, desviándose de su mirada cuando él, envalentonado por la rabia y el hambre, iba puntual a las seis de la tarde "a reclamarle por lo que es nuestro; la cuadra de arvejas y maíz, la mula Felicia, las frazadas de

lana, el cuadro grande de la Virgen del Cisne y la lámpara de sebo que ahora son de él porque se amparó, para quitarnos, en antiguas deudas de papá y convenció a mamá, que no sabe leer, para sólo dejarnos con la casita de bahareque y la fuerza de mis brazos. Y mamá vive resignada, y lo único que reclama es su cuadro ele la Virgen del Cisne, Patrona de los Peregrinos, de los que nada tienen". El caballo negro atado al palenque caracoleó nervioso y alerta, como todo caballo de bandolero, olfateando el aire llovido, moviendo las orejas al ritmo del martilleo ahogado del zapatero en su taller, azotándose con la cola las grupas brillantes por un sudor de eterna fuga. Y no se atrevió a empujar la puertita cerrada de la tienda porque, más allá, desde la sombra embodegada, escuchó la risa fría y persistente del bandido y la voz apagada, casi contrita de don Sabas, enumerándole las libras de porotos que le quedaban, la manteca rancia que no pudo vender, el aguardiente que se estropeaba en el sótano húmedo y clandestino, las lonjas de carne ahumada colgando de las vigas del local. Nuevamente decidido a entrar, su mano se suspendió en el aire, a milímetros de la puerta, cuando la voz del bandido puteó al tendero exigiéndole todo, hasta una lata de sardinas noruegas que la ambición de don Sabas había querido guardar para un comprador pudiente. "Pero tuve que elegir, y hasta un balazo en el estómago me pareció mejor que la mazamorra aguada de todos los días, que los perjuicios del tío Mardoqueo, que las piernas blancas, sin esperanzas de Lucía mojándose en los remansos". La puerta chirrió, sonora, ante el cauteloso empujón de sus nudillos, obligándole a reprimir un casi incontenible deseo de dar las espaldas a la tienda y al hombre temible que se encontraba en ella y cruzar nuevamente, a la carrera, por la superficie húmeda de la plaza. Un quién anda ahí enérgico surgió desde la penumbra con olor a manteca y velas "y yo, al meter la mitad de mi cuerpo asustado, debí parecerle a Pajarito un pobre muchacho solamente, que no serviría para delatar a un bandido viejo y solo que compraba porotos y carne de res seca donde un tendero tacaño y tramposo". ¿Qué quieres aquí? le preguntó don Sabas, intentando disimular, neivioso, frotando sus manos gordas y descoloridas en el largo delantal blanco que apretaba el volumen de su vientre. Los ojos de Pajarito, no tensos, distraídos simplemente:, permitieron que sus pies descalzos dieran un paso hacia el interior y que sus ojos, agrandados por un silencioso temor, distinguieran el arma, de un desgastado brillo, que sobresalía ele la cartuchera, grande, ominosa sobre la cintura. "Y no me impidió pasar, preguntarle si me dejarían unirme a la partida invisible que recorre desde San Lucas hasta Sullana haciéndoles temblar a los guardias y a los ricos. El me dejó hablar, sus ojos azules, chiquitos, como escondidos tras su cejas canas, mirando más ailá de mi cuerpo. Veamos qué quieres, me dijo, encorvándose sobre el piso, confiado, para cargar en sus alforjas las libras de porotos envueltos en papel, los tarros de manteca rancia, las lonjas resecas de carne, las botellas de aguardiente. ¿Querrás un sol de oro por no correr a decir que estoy aquí? ¿Un balazo en la nuca por curioso? ¿Sólo un golpe, por zonzo? Ir con usted, ser bandolero, le dije con respeto. Muy poco pides, patojito, pero ni zapatos ni alpargatas calzas, y andas con traza de no haber comido en tres días. ¿Eres valiente? ¿No le tienes miedo a la muerte? Que soy. que no la tengo, le repondí. Y vi que era en verdad muy viejo, que sus ojos pequeñitos y azules se habían llenado con los años de los cuerpos de compañeros muertos, de los adioses de amigos presos, de las sonrisas de mujeres que no tuvo tiempo de querer. Y vi sus arrugas, profundas como las abras de la i ierra en sequía. Ahora quieres ir conmigo, me dijo, después maldecirás la hora en que te dije bueno., ven conmigo. Regresa a tus tierras, si es que las tienes, a tus necesidades, si es que no las tienes. Carga, cultiva, ara, cosecha, vende. Fabrica botas o cría mulas. Así al menos no serás nunca desgraciado. ¿Crees que un bandido es feliz porque se siente libre, porque roba o mata, porque dispara a los guardias y todos le temen? La libertad es riesgosa, muchacho, y el robo un pecado, el ladrón un maldito, no recibe ninguna alegría en la vida, ni los Santos Óleos en su muerte, y muere callado, solo, lleno de vergüenza y rabia. Hazme caso: regresa a tus tierras, si es que las tienes, a tus necesidades, si es que no las tienes. Pero yo le dije que sólo me importaba ser bandolero, que ése sería mi oficio: robar lo que

nunca, ni así me matara trabajando cien años, sería mío. Que quería vivir esa libertad miedosa y amarga, la única libertad que podemos tener los pobres. Y no quería ser honrado, porque los pobres, que siempre son honrados, respetuosos de lo ajeno, nunca tienen nada, y todo lo deben y mueren, al fin, maldiciéndose por haber nacido y sus hijos les recuerdan sólo para maldecirlos por su pobreza, igual que si hubieran sido bandidos, usureros o avaros sin entrañas. Pajarito levantó las alforjas llenas hasta sus hombros, me miró triste, pidió tabacos a don Sabas y avanzó hasta mí, con una mano adelantándose a mis hombros. No sabes lo que dices, me dijo, pero por sí lo sabes, yo te espero esta noche en la primera travesía del camino a Zozoranga, ahí estaré y escondido te veré llegar si es que te atreves. Irás cabalgando. Que no tengo caballo, le respondí, y él, sonriendo, me dijo que si quería empezar de bandolero debía tener uno. Don Sabas me estaba viendo boquiabierto, tras el mostrador, con el cucharón para despachar manteca levantado sobre su cabeza". Las manos del bandido viejo escarbaron en su faltriquera y brillaron con un sol de oro que se reflejó en la codicia de los ojos del tendero. La moneda cayó tintineando pesadamente sobre el mostrador grasiento y Pajarito dio la vuelta hacia la salida, bajó hacia adelante las alas de su sombrero y salió sin hacer ruido. El se quedó escuchando después el relincho manso que sonó afuera, el ppp de los labios del jinete que animaban el paso de la bestia y el trote violento y compacto que se fue empequeñeciendo calle abajo. "Ni siquiera te preguntó el nombre, me dijo don Sabas comtemplando el sol que resplandecía sobre su mano sucia, respirando ahora con tranquilidad y gratitud. Y no te va a aguardar. Mejor haz lo que le dijo: busca un trabajo honrado, engánchate como arrimado a don Julio, o ve de arriero a Catacocha, o fabrica cucharas de madera, platos de barro. O revende maíz, arvejas. Sueñas, Naún, sueñas que ser bandido es lo mejor de la vida. No busques muerte y perdición. Naún, o la cárcel el desprecio de todos". Afuera, el silencio del pueblo era el mismo. Vio las huellas profundas de las herraduras del caballo de Pajarito en las hoquedades del camino, único rastro visible de que estuvo allí y de que habló con él.

Seguro de que el bandido viejo lo estaría aguardando en el camino que va a Zozoranga, oculto entre matorrales, fumando, o bebiendo aguardiente, o jugando solitarios con usados naipes, sintió en la nariz el olor a hierbabuena, culantro y tomillo que emergía de las chacras cercanas, oscuras y silentes, al descolgarse de la cerca que, alta y dura, resguardaba las propiedades de Mardoqueo, su tío. Cayó sin ruido sobre la tierra blanda y manchada de estiércol; ovillándose, arrastró su cuerpo a lo largo de los tiernos sembríos, evitando el roce de su cuerpo entre las hojas para no delatarse a los perros que rondarían cerca del establo, escuchando el rumor mínimo de los insectos en la noche, oliendo el aroma revuelto y áspero de la tierra mojada. Al avanzar, intranquilo, apresurado, hasta la empalizada del establo, miró su puerta trancada y oyó, inmovilizándose, el jadear somnoliento de las bestias, y supo que en cualquier momento los perros ventearían su olor intruso y comenzarían a ladrar, revoloteando tras sus huellas. Con el corazón latiéndole aprisa empujó la puerta del establo que se movió graznando un oxidado chillido, retiró la tranca y la depositó en el suelo, silenciosamente. Adentro, en la tibieza oscura y oliente a estiércol del establo, palmeó suavemente, con afecto, las ancas duras de "Felicia", la mula que fue de su padre. "Felicia, le digo, y ella, entendiéndome, moviendo sus ojos mansos y grandes en la oscuridad para reconocerme, se deja acariciar las crines, mueve las orejas, enseña los dientes largos". Abondonó el establo despacio, sujetando a la mula por el cuello, pensando en que la montaría a pelo cuando estuviera ya en el camino, para hundir, obstinado y contento, triunfal y orgulloso, sus talones desnudos en los hijares. Pero, cercano, el aullido de varios perros vibró en un sorpresivo alerta, sus gruñidos nerviosos se alargaban al acercarse desde el aguacatal del fondo. El, intentando alcanzar la todavía lejana puerta cerrada de la cerca, saltó sobre el lomo de la mula sintiendo cómo, cercanas, las dentelladas de los perros triscaban el aire. Y escuchando voces aún confusas, distantes, él sólo deseaba

entonces, apretando las piernas al cuerpo de la mula, ganar la puertita maltrecha de la cerca, el camino lóbrego de afuera y continuar, veloz y lleno de ansiedad, hasta el sitio donde estaría aguardándole el bandido viejo. Y entonces, revueltas con los ladridos escandalosos de los perros, él oye las voces, sofocadas, esos gritos exaltados de alarma, que ahora ya, junto a él, son varias manos que se extienden, sombrías y enérgicas, para derribarle ansiosas, agresivas, de la cabalgadura, le abligan a caer de espaldas sobre la tierra, a revolcarse en los puntapiés rabiosos, en los feroces mordiscos de los perros. "Y la voz del tío Mardoqueo, inconfundible, gritándome ladrón, Naún, ladrón, te sorprendí, agitada, mientras sus brazos me levantaban un poco del suelo para sostenerme, para que los puntapiés de sus acompañantes me golpearan el estómago y el pecho con desgana. Y su voz, diciéndome por qué quisiste robarme. Naún, don Sabas me contó esta tarde, en la tienda, que te ibas de bandolero. Y esta noche te vi, Naún, saltar por la cerca, te sentí arrastrándote por las matas, yendo al establo, y no perdí el tiempo y llamé a don Dimas y don Julián, que posaban esta noche en mi i asa para mañana emprender viaje a la Frontera. ¿Por qué me robabas la mula, alma negra, condenado? y yo, con la respiración agarrotada por los puntapiés, los ojos hinchados, adoloridos por los golpes, le grité que la mula era de papá, que el ladrón era él al quitarnos todo cuanto teníamos. Pero no me entendió, escupía sobre mi cara, quería matarme y los otros dejaron de golpearme para calmarle, decirle que la cárcel, que ya estaba bien el castigo. Ahora dos guardias me arrastran, con una soga, atadas mis manos, a la cárcel de la ciudad, dejando que me miren los ojos sin asombro de los hombres, las mujeres, los niños que entreabren las puertas de sus casas asustados por la furia de mis gritos: ahora van a ver quién es, quién es Naún Briones".



PAJARITO

El rucio del viejo se detuvo poco más allá de la mitad del rio; las grupas refulgiendo al sol gotitas innumerables de agua sobre el pelaje; los cascos tanteando la profundidad trasparente, pedregosa del Catamayo. El viejo se encorvó sobre la montura, aflojando las riendas, sin intentar volver el rostro para mirarle. El, sofrenado en la orilla, le gritó que debía apurarse, que los Rurales, con sus uniformes kakis, sucios y sus caras manchadas por el polvo de la marcha, no demorarían en coronar la cuesta para, al galope , atravesar la pampa pedregosa y precipitarse hacia el río con los sables desenvainados, las carabinas listas. Y hacía rato que el grueso de la banda polvoreara su galope sobre la cuchilla pelada de la loma. El viejo, con su inmenso y fino sombrero de paja blanca oscureciéndole al sol la piel rojiza, rugosa del rostro, le mostró su perfil durante unos segundos, exhibiendo, en el tenso encorvamiento de su cuerpo, algún dolor inmó-
vil y secreto. No puede estar herido, pensó él cuando las patas de su caballo, sigilosas, volvieron a chapotear en el agua estática de la orilla para acercarse al dolor tranquilo de aquel viejo que le enseñara tanto. Dicen que a Pajarito, pensó, ninguna bala puede tocarle porque todos los santos de su tierra le protegen. Rosa de Lima, el negro Martín, Jesús de los Milagros; dicen que la gente de los desiertos peruanos es casi de aire cuando le persiguen y huye. Muchos cuentan que Pajarito tiene pacto con el que no se nombra y que nadie puede hacerle daño. Dicen que, mocito aún, cruzó la Frontera y se robó, él solo, quinientas cabezas de ganado que los propietarios de los fundos resecos de Sullana pagaron a precio de oro. Dicen que en el año noventa y tres peleó, solo, contra un batallón de soldados, matándolos a todos. Cuentan que tuvo cien mujeres, todas bonitas, que se morían de amor, en tantos sitios, por sus ojos azules y su nariz quebrada. Que asoló haciendas en el Chira, que arrasó chacras en el Guásimo, que incendió una noche, por divertirse, un barrio entero en Macará, y que en Piura ofrecen doscientos soles de oro por su cabeza. Pero él niega que sean ciertas todas esas cosas. No son más que mentiras, cuentos de viejas, dice; que él es solamente un pobre ladrón que protege su vida y no cree en mojones empalizadas, fortines y banderas que dividen al mundo en unas haciendas grandísimas que llaman patrias. Que, para él, los colores amarillo, azul y rojo de esta tierra v las rojas y blancas franjas de la suya son nada más que trapos pintados que engañan a las personas para volverlas malas, ciegas y gritonas.

Deteniendo su caballo en mitad de la corriente, alargando una mano hacia las riendas caídas de la cabalgadura de Pajarito, miró su perfil mustio, gastado en arrugas sombrías por el tiempo. Y miró cómo, siempre encorvado, se llevaba al vientre las gruesas manos callosas, remangaba la camisa sucia, se tanteaba el estómago peludo quejándose con los labios apretados, como avergonzado de exhibir su dolor ante un muchacho que aprendió de él a no quejarse nunca, a soportarlo todo con una terca sonrisa que endureciera el cuerpo. Es sólo un dolorcito aquí, en el estómago, le dijo el viejo cuando él tironeaba de las riendas sudorosas de su caballo para guiarlo hacia la orilla. Y ya en el otro lado, mientras el viejo inclinado sobre su montura se dejaba llevar, él vio levantarse, lejana, diminuta sobre las aristas peladas del cerro, la inconfundible polvareda de los Rurales que descendía al galope hacia la pampa. Los oídos del viejo sintieron el distante rumor y dijo, en una súplica vergonzante y humillada, que no le dejara solo, que no podía sostenerse en el caballo. El desmontó, cargó a Pajarito, lo puso al anca de su caballo y trotó cuesta arriba, sin hablar, acalorado por las marchitas oleadas de temperatura i|lie emanaba el cuerpo del viejo, tembloroso, asido al suyo. Pero no pudo presentirle nada grave: unas calenturas, apenas, unas tercianas contraídas de antiguo o un simple mal aire al cruzar junto a un cementerio. Porque no pudo pensar que nada grave la sucediera jamás a ese viejo que, sin conocerlo tuvo la paciencia de aguardarle una noche entera, confiando en el muchacho descalzo que pidió unirse a la

banda. Y sería que aquella noche no llegó, sino cinco o seis meses después, cuando el viejo ya lo había olvidado pensando que el deseo de aquel muchacho sólo habría sido triste desplante del hambre y el resentimiento que demostraron sus ojos pardos en aquella pulpería de Cangonamá. Y Pajarito volvió a ver a aquel muchacho, pero más hombre, más completo, cabalgando en un alazán joven con premura y desafío, todo vestido de blanco, con largas botas de montar y espuelas de plata, atravesando veloz el yermo cuarteado contiguo a la choza donde se refugiaron Chivo Blanco y su gente luego que asaltaran a un postillón de correo que venia desde el Norte para encontrar, dentro del morral de cuero con el escudo patrio grabado a fuego, solamente cartas lacradas, delicadas letras azules en los sobres, papeles que olían a distancia, a convento o cuarteles. Cartas que ninguno de la banda supo o quiso leer, ni siquiera Chivo Blanco, a quien tanto le gustaba enterarse de negocios, amoríos, y muertes por las letras menudas y apretadas de las cartas. Cuando Pajarito vio, desde el corredor de la choza, al intruso que cabalgaba allí sin demostrar iemor, reconoció esas facciones duras, altivas y al mismo tiempo risueñas; gritó hacia los gatillos, dispuestos a oprimir certeros disparos que desplomaran la insólita, desconocida figura vestida de blanco que se acercaba inexorable, remeciendo en menudos latidos la tierra partida del yermo con su cabalgadura tan igualmente blanca como la ropa del jinete. Y, sin saberlo por qué pero presintiendo, oscuramente, que aquel muchacho casi adolescente no merecía los disparos sin antes explicarles la razón de su llegada, los salteadores torvos de Chive Blanco retiraron de las miras de sus armas al jinete y le permitieron descabalgar, limpiarse parsimonioso el polvo de la marcha depositado en su ropa, su sombrero, y lo escucharon decir que venía solo y pedía, sin explicaciones, con determinación e impavidez, unirse al grupo. Y Chivo Blanco, soplando su aliento aguardentoso dentro del doble cañón mohoso de una escopeta, volvió su cabeza calva hacia la posición expectante, inmóvil de Pajarito, para preguntar, extraño, que quién mierdas era ese mocito atrevido que venía solo y pedía ser ban- dolorero. Un pobre más que quiere ser como nosotros, respondió el viejo. Vamos a ver, rió Chivo Blanco, y elevó la escopeta junto a su rostro, y disparó un tiro de posta hacia el muchacho vestido de blanco que aguardaba respuesta, quieto y paciente, los brazos cruzados sobre el pecho, el puñuelo celeste que le envolvía el cuello ondeando las puntas anudadas en el ímpetu discreto de la ventolera. El disparo, rápido y profundo, cercano a esa cabeza ahora intraquila que se movía para decir que no, que no le dispararan. ¿Quién eres?, le preguntó Chivo Blanco, hosco y perplejo, sin dejar de apuntar con su vieja escopeta, acuclillado sobre el piso del corredor. Ventrudo y verrugoso. El muchacho de blanco pantalón de zaraza, camisa blanca de lino y blanco sombrero peruano emblanqueció una sonrisa breve y dijo, sin alzar denudado la voz, que él se llamaba Naún, que, injusticias de la vida y el destino, soportó cinco meses de cárcel y cuando salió de ella, decidió, solitario, asaltar una hacienda en Catacocha, a plena luz del día. Que robó un caballo, unas alforjas de cabuya con elegantes ropas, un pañuelo de seda celeste, un arma y una cajita de nogal repleta de pesos. Los pesos se gastó en aguardiente y apuestas de gallos. Que conocía su fama, Chivo Blanco y sólo estaba ahí para pedirle cabalgar en su compañía, por quebradas, montañas y valles, salteando o hiriendo, matando o huyendo. Chivo Blanco torció sus saltones ojos enrojecidos para mirar al viejo. ¿Le conoces, Pajarito? preguntó intranquilo, un dedo jugueteando con el gatillo de su escopeta. Que sí, que una vez, en Cangonamá, le libró de la muerte ese mismo muchacho vestido de blanco que ni a las balas disparadas de cerca teme, dijo el viejo. Y el jefe de bandidos, creyéndole, porque el viejo tenía la fama de no decir nunca mentiras, le dijo al muchacho vestido de blanco, desviando de su cuerpo el doble cañón de su escopeta, que podía pasar a la choza. Y desde entonces, y hasta varios años después, Naún Briones estuvo en la famosa, temible banda, la criminal cuadrilla de Chivo Blanco que tanto robó y a tantos mató ante la rabia admirada, la desesperada impotencia de Tenientes Políticos, mayordomos de haciendas, cabos de guarniciones y destacamentos. Y Pajarito, ese viejo que ahora se prendía a sus espaldas, calenturiento, acabado y quejumbroso, fue quien enseñó a Naún a disimular su facha perdularia en el gentío de las ferias, disfrazar la voz y los ademanes

conocidos, presentir la cabalgata de un puñado de guardias, siguiendo los pasos de un salteador; cerrar el ojo derecho sin que el izquierdo se nuble o parpadee, y sostener, firme, el pulso de la mano, y escoger el sitio del cuerpo por donde llega más pronto la muerte a las personas: la tetilla cercana al corazón o el pedazo más amplio de la frente. Cómo acertar siempre el disparo, porque si no se acierta un disparo a la primera no se debe ser bandolero. Y si no aprende a cambiar el timbre de la voz en tantas ocasiones como encuentros con extraños uno tenga, se corre el peligro de que aquellas inflexiones se recuerden y delaten al primer destacamento de Rurales, a la Tenencia Política más cercana. Porque, si uno se finge agricultor, o comerciante de ganado, simple y pacífico forastero entre las multitues que rondan la provechosas ferias, nadie se fijará en esos pasos recios, en esa mirada dura, en esas manos crispándose junto a la faltriquera donde duerme un revólver, que anuncien la presencia inconfundible de un bandido. Porque no se puede andar huyendo siempre, ocultándose en montañas, ramadas sin gente, cuevas, malezas. No sería vida el vivir así. Uno necesita de las personas y eso no debe olvidarse jamás. También le enseñó que el robar a los pobres, a los que nada tienen, no valía la pena, porque muy poco puede obtenerse robando a un pobre y, a cambio, muchos odios ganar. Y los ricos nunca pierden demasiado cuando se les perjudica, nunca un robo, por más grande que sea, acabará con su riqueza. Porque ellos no sólo son ricos por lo que poseen sino por lo que representan. Los pobres también somos nosotros, le decía Pajarito, los que no fuimos bautizados con faldones de terciopelo, los que no pudimos aprender la forma de las le- tras, los que vivíamos para pagar deudas, los que trabajamos tierras ajenas, los que servíamos a quienes necesitaban de nosotros más de lo que les necesitábamos; porgue la necesidad del pobre es ese poco que de cuando en cuando se vacía sobre sus manos, y la del rico es como tonel sin fondo. Y entonces supo él que no dejaría de ser pobre nunca, aunque, años después, se dijera en periódicos y conversaciones de hacendados ostentosos y comerciantes prósperos, en juicios y pleitos de abogados tramposos que él, Naún Briones, tenía baúles repletos de dinero y joyas, camisas de seda, temos de casimir inglés zapatos de charol.

Con el calor enfermo del bandido viejo siempre pegado a sus costillas como una brasa viva, él cabalgó sobre las huellas frescas de la banda en el camino reseco, presintiendo el acoso de los guardias a la distancia, con sed y calor, empolvados su sombrero alón de paja blanca, su pañuelito celeste atado al cuello y sus botas cafés de media caña. Cuando el mediodía floreció al sol en el centro de un cielo sin nubes ni viento, él avistó dos casitas medio perdidas entre plátanos de hojas que amarilleaban a la sequía, y lejano pero reconocible, distinguió el perfil de Octavio, uno de los hombres de Chivo Blanco, el cuerpo a medias disimulado entre los pliegues de una piedra grande que despedía minúsculos destellos bajo el sol. El Chivo Blanco, inquieto y macizo, salió a recibirlos hasta los resecos platanares que rodeaban las dos casuchas. El, justificando la demora, explicó: el viejo tiene calenturas y no pudo seguir cabalgando. Descolgó a Pajarito de las ancas del caballo y lo condujo a rastras hasta el corredor de la casucha ocupada por Chivo Blanco y su gente, transformada momentáneamente en fortín y sitio de inseguro reposo. El viejo temblaba,quejándose bajito, como si tuviera vergüenza de que lo estuvieran viendo así, acezante, encoivado, inútil, hombres que aprendieron de él a saquear, matar y huir. El apoyó la cabeza del viejo sobre una montura depositada en el corredor de tierra, limpió de su frente los chorros viscosos de sudor. Pero Chivo Blanco, demorando un poco, más allá de los plátanos marchitos, espiando en el horizonte irregular, estrecho de los cerros cercanos cualquier ominoso indicio de la cabalgata perseguidora de los guardias, regresó al corredor de la casucha y, acuclillándose junto al viejo, tanteó levemente sus mejillas, con prevención y sospecha; desabrochó su camisa, aflojó sus pantalones y vio las manchas negras sobre el vientre de Pajarito, las protuberancias verdosas y endurecidas sobresaliendo en las ingles velludas. Y abriendo unos ojos asustados gritó fuerte, para que todos pudieran escucharle, peste, el viejo tiene peste. Los nueve cuatreros, alarmados, retiraron aprisa sus alforjas, sus monturas,

sudaderos y armas y se precipitaron hacia el aire opresivo y caluroso de afuera. La peste anda en Utuana, recordó súbitamente aterrorizado uno de ellos, y hace tres días pasamos por ahí. Han muerto muchos, recordó otro, se incendian las casas con los enfermos adentro, no hay salvación para la peste. El viejo se retorcía, demudado, intranquilo, manoteando el aire como si luchara a solas por su vida. Chivo Blanco se movió aprisa, cargando su escopeta, sus alforjas y su montura, ordenando, terminante y empavorecido, ensillar, recoger los trastes y largarse. Nadie puede hacer nada por él, se disculpó, ni los médicos, ni el Papa Santo en persona podrían salvarle. Y todos obedecieron, ensillaron aprisa, recogieron veloces sus pertenencias. Exrepto él, que no quiso alejarse del viejo que ahora, tendido sobre la tierra endurecida del corredor, con los ojos en blanco, empezaba a recordar oraciones, antiguos rezos perdidos en la memoria. Animal, le gritó Chivo Blanco al medir en su calma la decisión de quedarse, te va a contagiar, morirás también, nadie, nadie se salva de la peste que es el más grande castigo que puede dar Dios al hombre. Pero él, sin moverse de los rezos, los quejidos estrangulados de Pajarito, le dijo que se quedaba, porque no podía dejarlo morir solo, abandonarle ahora no sería de cristianos. Chivo Blanco no insistió y, arrimando sus espuelas de acero al vientre venoso del caballo, le dijo que lo aguardarían en Espíndola, donde amigos seguros que él conocía. Pero no se te ocurra ir, le dijo, si notas que tienes calentura, si tu cuerpo se llena de manchas negras, entonces mejor te quedas a morir con Pajarito. Él respondió que sí con la cabeza.

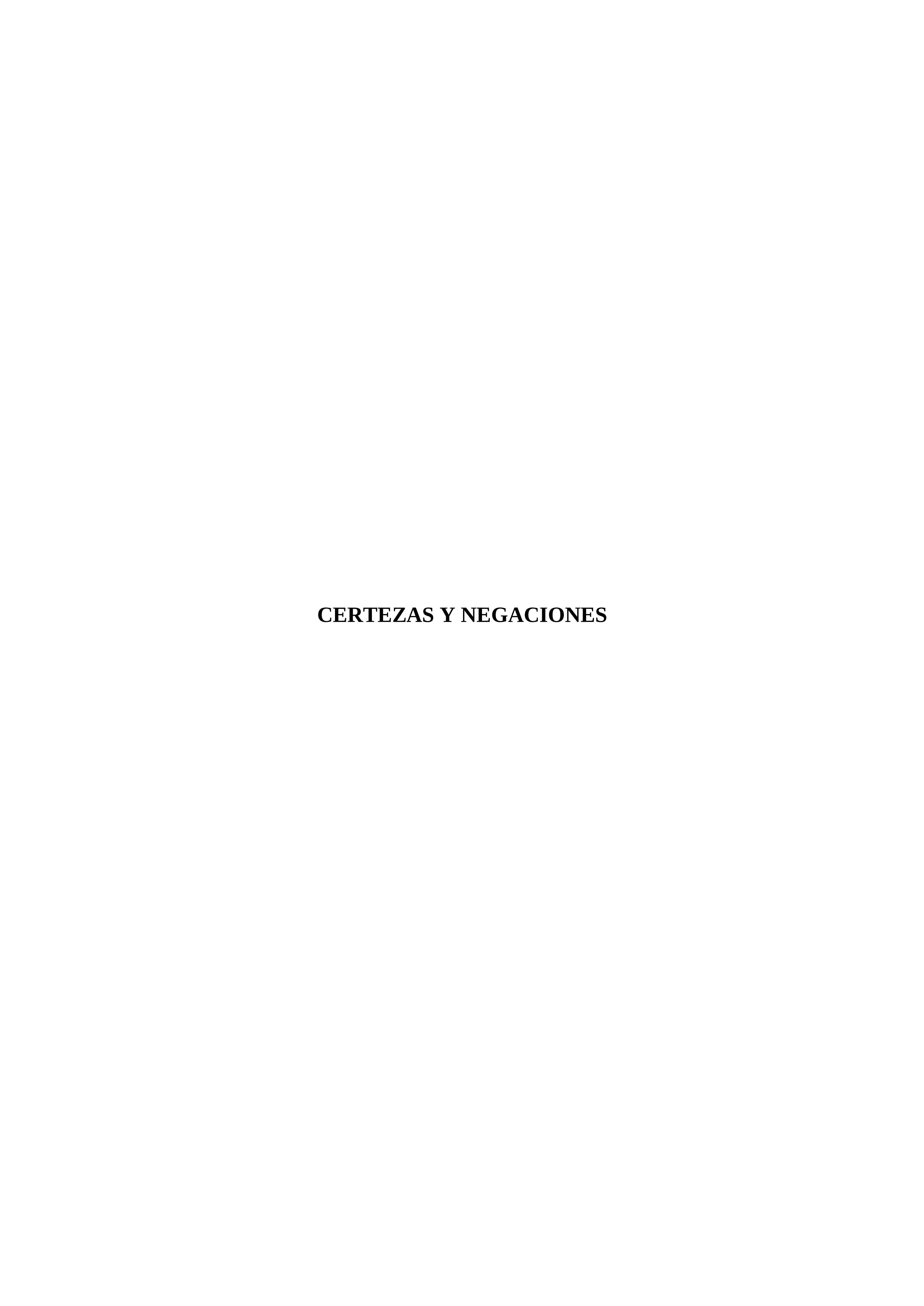
No es bueno recordar lo que a uno le sucede, dijo una tarde Pajarito, bebiendo a sorbos el agua lodosa, un poco salobre que se llevaba el Chira al otro lado de lo que todo el mundo llamaba frontera y que Pajarito, despectivo y burlón, denominaba jodencia. Porque, las cosas que a uno le suceden, si buenas, mejor no recordarlas: así quedarán siendo para siempre buenas. Si malas, nunca pensar en ellas: a veces lo malo regresa en la forma de un simple recuerdo. Pero si quieres mismo recordar, pídele a la memoria que no te traicione con su franqueza y recuerda. Dicen las gentes, algunas, que los recuerdos le hacen a uno vivir dos veces: la vida propia y la propia vida que tiene el recuerdo. Yo no creo en eso. Para mí los recuerdos son como los gallinazos del alma, rondan negros, hambrientos, queriéndose llevar la mortecina de las cosas que pasaron. Un día me dijo un amigo en Ayabaca que alguna vez un señor ilustrado, de esos que escriben con lindas palabras que nadie pronuncia jamás, haría un libro con mis recuerdos, que me haría vivir de nuevo, aunque yo haya finado muchos años atrás, dentro de las hojas secas de un libro. Que gentes que aún no nacen hablarán de mí como si me hubieran conocido. Y yo, riéndome, le respondí a mi amigo que el hombre que escribiera sobre mí sería un mentiroso, porque si el recuerdo propio es una mentira cómo de engañador será el recuerdo ajeno. Para mí un recuerdo es como el alma de un cuerpo sin sepultura: ronda, molesta y asusta y jode y se aparece hasta cuando encuentran los restos y ios entierran bien profundo. Bien sabido es que hay gentes que buscan el renombre queriéndose meter en las memorias de otros, así quieren engañar a la muerte, al polvo y la ceniza que es el puro olvido. Pero nadie engaña a la muerte que es la única que no olvida. Y con el tiempo, cuando los hombres que recordaron los hechos del hombre que quiso recuerdos sean ellos mismos polvo y ceniza, la gente no sabrá quiénes fueron recordados y recordadores. Las cosas pasan sin que necesiten lecueidos. El sol brilla sin necesitar que alguien sea comedido en recordarlo. Nunca quieras que se acuerden de Vos. Es mejor el olvido. Así las cosas que pasan han de ser lo que son: puras mentiras.

Cuando las sombras de los plátanos se alargaron en el atardecer dorado de la tiera polvorienta, él se acercó al viejo para sentir su respiración como un lejano y estropeado fuelle; miró los manchones sucios, estirados sobre la piel temblorosa del estómago y sintió que el temor le venía como una forma de ingratitud. Era ese miedo a morir que tenemos todos y, también, el horror particular a dejar de ser con

esa prisa, sin causa ni esperanzas, ante los embates de un mal mortalmente limpio, inexplicable. Momentos antes mantuvo fijo el pensamiento de largarse, dejándole al viejo solo con su injusta y laboriosa agonía. O huir luego de quebrarle la respiración con un solo, experto balazo en la nuca. Pero, casi decidido a irse, matando a Pajarito como un tenebroso agradecimiento, le contuvieron esos ojos celestes, acuosos, que miraban sin rencor al atardecer. Ojos de viejo, de enfermo grave, mansos y agotados, inmóviles sobre lo que después de ellos permenecería: el sol grande afinando los colores de la tierra y el cielo, las hojas mustias de los plátanos, los aleros polvorientos, destruidos de la casucha; los caballos, pacientes, exhibiendo sus grupas, sus orejas, sus coletazos moviéndose indolentes en la atmósfera vacía de la tarde. Y, en algún lugar de esos ojos resignados, el tropel rápido de los años abandonando la memoria de una fatiga sin añoranzas: por los ojos, por donde llegaron. Y él ya no pudo irse, ni matarlo por pena. Soportó los ronquidos que vinieron después, satisfizo a los labios resecos que pedían agua: un sorbo apenas que se negó a perderse más allá de la garganta. Y permitió que la última, ardiente cobardía de la mano del viejo se afianzara en su hombro, sin querer morir, angustiada y dura, sintiendo, instantes más tarde, que Pajarito, ese viejo salteador que no quería a los recuerdos ni a las fronteras, se extinguía en ese aflojarse para siempre de la muerte, en ese ya nunca más, en la creciente rigidez posterior al segundo único, solitario, en que nos acabamos todos.


FIGURA

Dicen que muy pocos lograron mirar su rostro máis de dos veces. Que la mayoría de sus víctimas no le conoció jamás o que, de pronto, olvidaban sus facciones por el puro miedo de volver a verlo. Que cuando lo mataron, el mayor Deifilio ordenó que cubrieran su cara con un pedazo de tela, y así, sin un rostro para ningún recuerdo, fue llevado hasta Loja donde, sin abrirle el vientre ni aserrarle el cráneo porque no hacía falta, fue enterrado en un sitio que nadie puede precisar. Pero yo pude, muchas veces, mirarle el rostro cara a cara, su verdadero rostro, redondo, un poco pálido a pesar de que vivió a1 la intemperie, en caminos y escondrijos del monte. Su rostro redondo, un tanto esquivo por la necesidad de andar ocultándolo siempre, ante amigos y enemigos, ante la luz del día y los candiles de la noche. Su rostro de líneas gruesas, inconfundibles, como tallado en madera o piedra: los ojos brillándole emboscados entre el grosor
espeso de las cejas: ojos que se movían sombríos y amenazantes. o alegres y francos; casi siempre endurecidos en una fijeza que atravesaba, adivinando, cualquier intención del que los contemplara. No eran oscuros, tenían ese color de la miel de la caña, un poco amarillados por su propia brillantez, no grandes aunque profundos, algo achinados, con párpados gruesos y veloces. Su nariz ancha y recta. Sus labios, casi siempre contraídos por la fatiga o la rabia, nunca por el desdén, aunque, de pronto se abrían en una carcajada que le estremecía el cuerpo, una carcajada que fue su distintivo, su señal en asaltos, en fugas apariciones. Una carcajada no de alegría ni de burla: de simple vitalidad solamente, o de viril desafío. Los dientes los tuvo blanquísimos, uniformes, fuertes, dientes que refulgían a cada carcajada como una colección de pedernales del río. Muy pocas veces lo vi sin csíı barba espesa, cerdosa, castaña como su cabello, descuidada. Que no tenía tiempo para afeitarse, decía. Solo cuando bajaba a los pueblos en plan de farra con ganas de entretenerse sin problemas se hacía rasurar aquella que fue el distintivo de todos los bandoleros de la región: corta y sucia. Entonces, en los pueblos, sin la barba, las redondas mejillas lisas y sin las carcajadas, nadie fue cal paz de reconocerlo. Más bien pequeño era: las piernas cortas, macizas, firmes en cada paso; gruesa la cintura y las manos velludas, chiquitas, amontonados de sortijas sus dedos: siempre fueron las sortijas su única elegancia, se moría por ellas, se las ponía dos en cada dedo, las frotaba en la ropa y siempre estaban brillantes, llamativas. Sortijas gruesas, con relieves o incrustaciones de pedrería o simples anillos delgados de oro bajo que los tomaba porque eran de su gusto. Así era a simple vista: inconfundible diferente a cualquier otro bandolero hosco, violento y abusivo. No sé por qué el mayor Deifilio ordenó cubrir su rostro cuando lo transportaban, cadáver, a la ciudad de Loja. Quizá temía que al mirarlo la gente no lo olvidara jamás y lo convirtiera en una especie de héroe o santo y lo rezara, y lo invocara recordando el rostro redondo, robusto, los dientes blanquísimos, la barba de días, sucia de sudor reseco, de cardos y de hilachas. Pero la gente, después de muerto y enterrado, siempre consiguió inventarle rostros parecidos al que tuvo: amables. Y legendarios. Tallaron su figura en madera, la modelaron en barro, la pintaron en paredes, la trazaron a lápiz. La hicieron sobrevivir a pesar de que el mayor Deifilio cubriera su rostro, intentando abolirlo.Inúltilmente.



CERTEZAS Y NEGACIONES

Ellos se han apresurado en romper las puertas a culatazos y patadas. Esas puertas medio podridas, inconsistentes, de las bodegas, las de la cocina y los trojes. Y han descerrajado, de un balazo, la robusta, pintada puerta de la sala. Van penetrando, un poco sorprendidos por la suavidad de las alfombras que cubren las duelas: felpudas, insensibles a sus pisotones de botas enlodadas que graban con un rastro pegajoso y hostil, de barro, sus encrespadas, simétricas formas. Sin prisa, burlándose exasperados del lujo casi cruel que encierra la sala, se han detenido para mirar, sobre paredes blancas y como acabadas de pintarse, los retratos de hombres con gruesos bigotes y levitas ceñidas, de damas circundadas por inmensos moños y con los labios fruncidos, de niñas con el cabello enrulado y altos botines con broches luminosos. Y se han fijado también, rápidamente, en los colores umbríos de los grandes cuadros; bosques, paisajes de contrastes violentos; cabezas antiguas, sonrosadas y extranjeras y cabellos que al sólo mirarlos en su monumental fijeza plana, les producirán temor o una lejana envidia. Se han cansado de mirar los altos sillones de mimbre, las cortinas tejidas a mano, los jarrones de alabastro y se precipitan, en montón, sobre el armario sellado y brillante que destrozan sin miramientos, partiendo en pedazos las puertas charoladas para hundir sus manos ansiosas y mugrientas en esos compartimientos tibios que olerán a eucalipto, y sacar de los cajones profundos esos cuchillos y tenedores de plata, esas bandejas de porcelana demasiado frágil, esos dijes de oro tan estúpidamente ostentosos, esas peinetas de concha y perla que tanto adornarían la cabeza de una mujer, esos pañuelitos de seda que envuelvan avaros soles de oro, esterlinas de ambicioso brillo, cóndores de plata. Y ellos tal vez, vengativos y admirados, piensen, como una ofensa, en las anchas cucharas de palo con que comen, en los platos de barro en los que llenan su comida insípida, en los burdos aretes de bambalina que obsequiaron a sus mujeres. Furiosos, van a contar todo ese dinero, a disputar por esos cubiertos, a enamorarse perdidamente de un par de espuelas de plata, de unos alfileres con cabecitas de esmeralda. Y pensarán que nunca habrían podido tener en las manos esos objetos si no fueran salteadores. Más allá de las ventanas clausuradas se moverán los mismos alfalfares de siempre, encuadrados por álamos rectos, por sauces blanquecinos, por las casitas de bahareque de los arrimados que siempre ostentan poyos de adobe junto a sus corredores de tierra desnuda, matas de sábila sobre sus puertas estrechas. Y dentro de ellas "se esconderán ahora llenos de miedo los peones, con una alegría secreta algunos, porque la casa grande y blanca, con aleros y tejados nuevos, ha sido rodeada por nosotros, los facinerosos que no tememos al dueño. Y las mujeres, escondidas en lo más oscuro de sus cocinas, estarán dando de mamar o cubriendo bajo sus mantas a los hijos, deseando que los bandidos quemen, vuelvan cenizas los libros grandes donde se apuntan las deudas que nunca pueden pagarse. Nadie querrá salir a defender a don Julio. Porque él nunca los defiende del hambre. Aquí en la sala, veinte y tres hombres se guardan en sus faltriqueras las joyas, las monedas, los cubiertos, y ríen y festejan el suceso con un bullicio que parece descolorir los cuadros, romper los sillones, apolillar la alacena y las alfombras. Y sé que cuando estemos lejos, a salvo, cuando la noche caiga como una tentación, alguno querrá algo que se guardó el otro, un anillo, un prendedor, cinco soles. Y empezarán las peleas, las golpizas, los machetazos, los disparos que volverán, por momentos, enemigos mortales a los compañeros de aventura y robo, a los compadres que se ayudan a defender de los guardias con furia y astucia, a los hermanos salteadores arrojados de una tierra sin esperanzas, hermanados más por la pobreza que por la misma sangre. Entonces yo, cauteloso, suspenderé las cuchillas, los golpes, los disparos ciegos, gritándoles que ninguna joya de mierda, por cara y valiosa que sea, podrá dividirnos enemistándonos; que no robamos para enriquecernos sino para darlo todo a los que nada lienen, a los que labraron esas misma joyas, a los que sudaron el lomo en siembras, cultivos y cosechas para que don Julio Eguiguren pudiera gastar quinientos soles por un caballo de regia alzada; a

los que cavaron la tierra y perecieron de sed, calor, rabia, necesidades para arrancar el oro, la plata; a los que, río arriba, descubrieron los lavaderos y buscaron por años enteros esas pepitas brillantes que luego serían el dinero de los ricos que nada sufrieron por conseguir lo que tienen, los que venden el giano a los mismos que lo hicieron crecer. No entenderán lo que diga: guardando las armas, calmándose, limpiando de sangre sus labios, dirán que esto que con tanto peligro y tanta audacia hemos arrebatado será para nosotros que siendo pobres queremos ser tan ricos como don Julio Eguiguren. Alguien hablará de regalar ese collar de perlas a su mujercita que rezando lo protege, que lo recibe dos veces al año y a medianoche en su cama de carrizos y harapos, que le cose los pantalones rotos, las alforjas y las mantas deshilacliadas, que le cría los hijos y le da su cuerpo silenciosamente, sin pedirle nada.
Y alguien dirá que la vida de bandolero no es eterna, que fatiga y maltrata, que llena el alma de mataduras y latigazos, que vuelve a los hombres tristes sombras o simples cadáveres: tendrá pensado ahorrar y comprarse una finca cañera en Nangaritza, donde no lo conozcan y la tierra sea suya y le sirvan peones como él sirvió a sus amos.
Y alguien se pondrá a hablar de lo lindas que son las mujeres de Zaruma, las que no desprecian el amor de un hombre por un puñado de plata; de los vinos torineros, de la champaña que uno puede beber cuando tiene dinero; de los casimires con que uno podrá envolver el cuerpo cuando, con los billetes y el olvido de las autoridades, se pueda ser un gran señor, con sombrero hongo y casa grande en la ciudad. Todos coincidirán al decirme que es una zoncera regalar plata a los arrimados que no arriesgan nada, a esos infelices que si pudieran nos delatarían a los guardias y dejarían que nos maten sin mover un dedo O dirán, sí, ciémosles algo: una pierna de res, un sol, una bambalina, para que no nos denuncien. Y yo, sin que nunca puedan entenderme, llegaré a un arreglo con ellos: la mitad de las reses que nos llevamos se entregarán a los que han quitado un animalito patrones y usureros; un poco de la plata que rebosan sus faltriqueras para la que tiene al marido en la cárcel, al hijo muerto, o lejos, o enfermo. Y aceptarán porque saben lo que es no tener nada, llenarse de aire y esperanzas el estómago, robar un poco de grano por necesidad, robar un poco de agua de la toma del patrón para que la semen- lera no perezca y los cristianos no parezcan con ella. No son malos. Ni somos bandidos por vicio, por gusto o maldad como creen las autoridades, los doctores, los curas. Aunque, acaso, el tiempo, las persecuciones o el simple amor a esta vida nos acaben volviendo malos, como a Chivo Blanco, que no le conmovía lleverse los ahorros de alguna vieja viuda y con los hijos lejos que le dijera que ahí, dentro de ese pañuelito sucio, estaban veinte años de economías: para un torete, un pedazo de tierra".

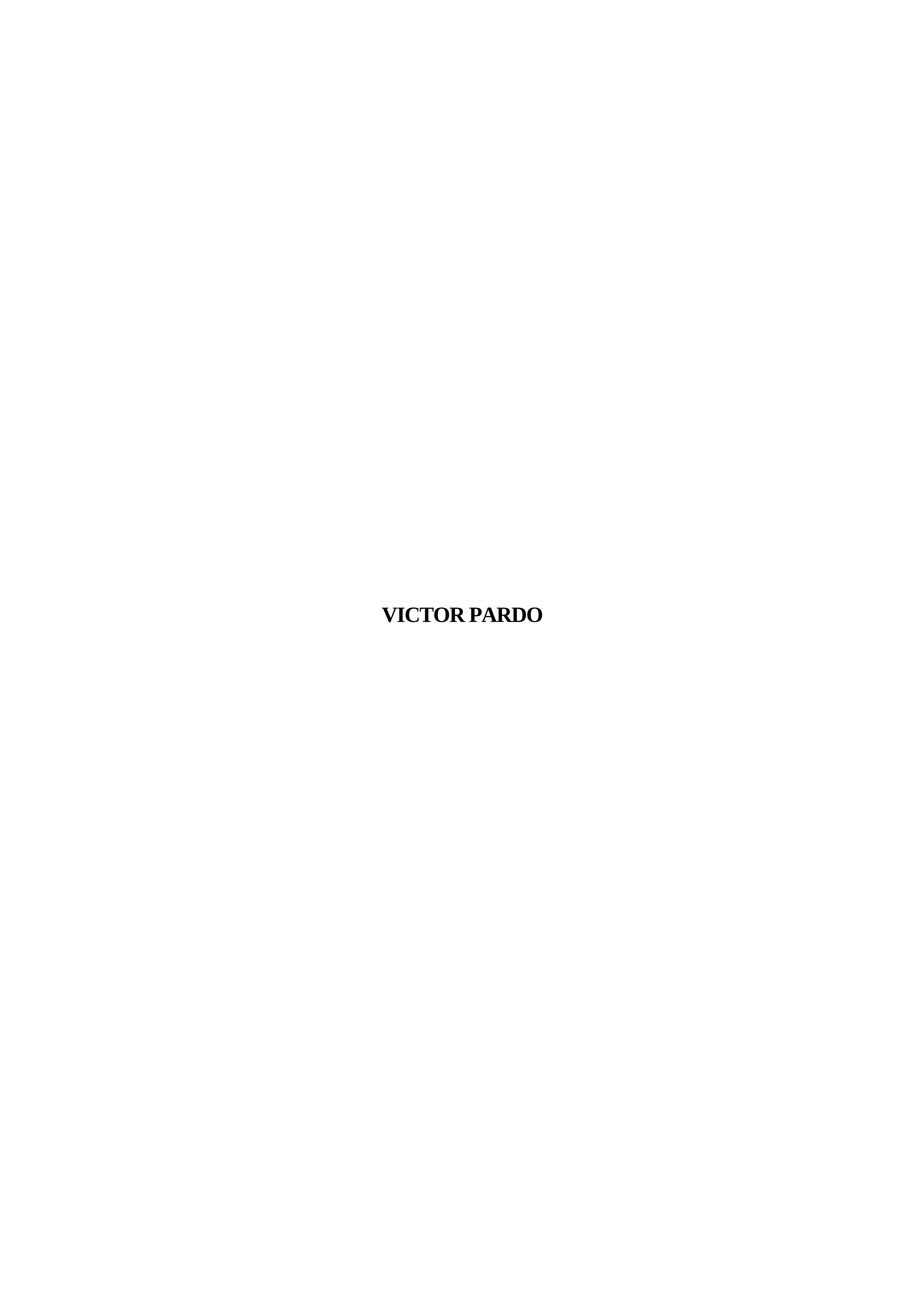
Ahora sus manos palpan la hoquedad vacía y desbaratada del armario. Intentan a puntapiés volverlo añicos. El Chiquito, maligno y risueño, con un pedazo de carbón delgado en la mano, va pintando bigotes en los retratos de las señoras de altos moños, malas palabras sobre sus senos encorsetaclos, figuras obscenas junto a sus largas manos cruzadas sobre el regazo. Traza, entre carcajadas, cuernos de res sobre las amplias frentes de los caballeros que, enmarcados en los retratos, con capas largas y anudadas corbatas de lazo, apoyan una mano, diminuta y enérgica, sobre una mesita, mientras la otra sostiene, a la altura del esternón, un par de guantes blancos. Y ríe insolente, malévolo, contento de poder ultrajar a esos señores y señoras inaccesibles, de rimbombantes atuendos, en sus antiguos retratos. Ahora el Jimbilico despoja a un jarrón de sus flores brillantes de raso, se abre la bragueta y orina en él, mientras Alfonso el Cojo apoya su inmenso trasero en la pianola del rincón que emite un quejido de teclas rotas y se calla para siempre. Furiosos, rasgan a manotazos las cortinas, destrozan los vidrios a puñetazos que hieren levemente sus nudillos insensibles y se precipitan a la cocina que huele a brevas en almíbar, a pemiles ahumados, a guarapo maduro y empanadas. Voltearán las cazuelas llenas, pisotearán cabezas de los cuyes asustados, hundirán sus dedos pringosos en las natas

y el almíbar, se pondrán a asar los per- niles, a comerse crudos los espesos huevos de pava, a emborracharse con el guarapo y la chicha blanca. Querrán hartarse en unos minutos, descontando el hambre, la sed de días y días al acecho con sólo unos puñados de maíz tostado, un poco de café, algún tabaco perdido entre los pliegues de las alforjas flacas. Sentirán que la vida vuelve a renacerles desde el estómago cuando se hayan hartado. Husmearán, eructando desganados, las alacenas repletas de repollos, morcillas, panes, roscas de yema, quesos salados, y, de pronto, van a recordar que cinco sirvientas jóvenes, con los largos vestidos enredándoseles en las carreras, despavoridas y gritonas huyeron a lo largo de los corredores, el zaguán empedrado, y se trancaron dentro de algún cuartito estrecho cuando llegaron vociferando, aterrorizándolas con sus disparos al aire y sus risotadas. Ahora estarán deseándolas: nalgonas, oscuras, asustadas. El Jimbilico saldrá de la cocina, seguido por las carcajadas de los demás, buscará el cuartito sellado, romperá a golpes de puño su puerta frágil diciendo desaforado vengan mis cholitas ricas, mis chacitas donosas vengan. Entonces el Tuerto Cisneros se abalanzará sobre la oscuridad del cuarto, en pos de los gritos sofocados que surjan de él y lo alienten; palpará las sombras que intenten escabullirse gateando. La persecución será monótona, implacable: las sirvientas fugando entre manos crispadas, rechinar de espuelas, sombreros en el aire intentando ocultarse tras las higueras del patio, ganar el espacio abierto de la puerta grande, correr hacia los sembríos o el camino. Ellos yendo tras sus pasos, emboscándolas con los brazos abiertos y acezantes, entre rudas y cedrones, apoderándose momentáneamente de sus cinturas, sus trenzas, sus rostros llenos, dejándose arañar y morder, escupir y abofetear mientras levantan las faldas gruesas, palpan los muslos duros, buscan los sexos agitados, besan los gruesos labios entreabiertos por la fatiga y el miedo, desgarran las blusas bordadas, buscan las tetas y presionan sobre los cuerpos.

"Pero yo no me he movido, no quiero retirar de los ojos la vista borrosa, un poco lejana del pueblo, a través de los vidrios rotos, las cortinas rasgadas: sobre el ba- rrancc amarillo de la quebrada se amontonan, estrechas, idénticas, las casas; la torre blanca de la iglesia sobre ellas, como una hermana mayor malhumorada. En la casita alejada de la derecha, la de la cerca de carrizos, la de las malvas resecas y el techo hundido, mamá, mis hermanos, dentro de ella, rezarán por mí, pedirán a Dios y a la Virgen que no me maten, que nunca me alcance ninguna bala, que jamás muera. No sé si alcanzarían a verme esta mañana, cuando cruzamos al galope por la calle de la parroquia; si me escucharían cuando grité a mis hombres que no quiero ni muertos ni robos en este pueblo, donde vive mi gente, mi familia, mis compañeros de escuela. No sé si sacaron sus cabezas por las ventanitas de las casas, si me miraron galopar, solo hacia los barrios de la ladera, los de las casitas pintadas y macetas de siemprevivas. Ya no podrían verme enderezar hacia la curva del camino grande, cruzar la cerca ele piedra de las propiedades del tío Mardoqueo para enfrentarme con su bizquera, espiándome desde el altillo de su casa, sintiendo su rabia contenida, su temor furioso. Pisoteando chacras, destrozando porotales tiernos con los cascos de mi caballo, fui a los establos, abrí sus puertas, miré a la mula "Felicia" envejecida, reconociéndome mansa, acaricié su cuello, pasé los dedos sobre sus crines largas, tanteé sus costillares sumidos, saqué el revólver y disparé con los ojos cerrados sobre su cabeza gacha. Ya no serás de nadie, "Felicia", diciéndole, pensando en los viajes que hizo con papá, polvo y ceniza también ella. Ahora, como enjaulado o preso, doy vueltas y vueltas sobre la alfombra grande de esta sala, viendo el costado de mi pueblo, de ese Cangonamá de barro y malvas. Me decido a dejar esta sala para buscar al dueño de estas paredes, estos corredores, estos campos extensos, busco el cuartito del fondo, el que almacena las carabinas, las municiones, las pieles de- muchísimas cacerías, el último refugio de don Julio Eguiguren, el propietario que apenas si disparó, desganadamente, dos tiros al aire cuando le rocléábamos la hacienda y nos sentía los rectos disparos hacia su sombrero alón, sabiendo que era inútil resistir porque la vida es la más

preciada de las riquezas: muerto, ninguna joya, ninguna tierra sirven de nada, pensaría desalentado, mirando cómo sus peones corrían por las chacras para refugiarse en sus viviendas, entre sus pertenencias, sus mujeres, sus hijos. Con los nudillos golpeo la puertita cerrada, azul en los travesaños, blanca en las tablas. Adelante, me responde esa voz sofocada y altiva. Está, se ha quedado aquí, sobre su sillón de cuero, sin importarle mucho que le robemos las joyas y la plata, que le destrocemos la casa y violemos a sus chinas. Sin que le tiemble un párpado siquiera, me hurga con sus ojos descoloridos, me adelanta su perfil de lechuza sosteniendo entre las manos firmes esa carabina de culata caoba con la que siempre ha soñado cazar al venado jefe de la manada que cruza, todas las tardes, como un rayo dorado, las alturas de su hacienda. Sus grandes bigotes rojizos y torcidos tienen puntitos de canas. Está digno. Sabe que la dignidad será lo único que lo defienda. Siempre hacen eso los ricos cuando están cagados: se ponen tiesos, abren bastante los ojos y sonríen como si nada de este mundo les importara. No me apunta con su carabina, no va a disparar porque no es imbécil, porque no quiere morirse defendiendo unos cuantos soles o unas criadas que berrean en el patio o unas fuentes de plata que heredó con su apellido y sus tierras. Pasa, Naún, me dice, reconociéndome, recordando las veces que molí su caña en los trapiches por un plato de comida y unos cuantos reales. Y yo levanto el sombrero de mi cabeza, saludándole, mientras, con la mano derecha, mi revólver le apunta. Y le odio viéndole las botas de montar, la leva negra, el sombrero fino, la camisa limpia, almidonada. ¿Ya terminaron:', me pregunta sin encono, casi con suavidad, ¿recogieron hasta el último centavo?, y yo, acechando ese desprecio que por lo grande se parece a la valentía, le digo que nada vamos a dejar, ni el ganado, ni los caballos. Entonces don Julio quiere sonreír y sólo consigue torcer la boca en una mueca larga. Todo, repite moviendo la cabeza. ¿Cuánto es ese todo? ¿Treinta, cuarenta mil sucres? ¿Y qué van a hacer con esa plata, hombrecitos? ¿Emborracharse, apostarla a la barajas, a los gallos, perderla con la prisión, con la muerte? Todo perece, Naún todo termina por no valer nada. No vale la pena el riesgo, el afán por conseguir esas cosas que son del mismo polvo, de la misma ceniza con que estamos hechos los hombres. Yo muevo la cabeza, le digo que mientras cruzamos por el mundo debemos sobrevivir, bien o mal, desgraciados o felices. Los hombres como usted temen ser envidiados y pregonan que ninguna cosa de este mundo vale porque nada podremos llevarnos después de la muerte. Pero, entretanto, mientras el fin demora y debemos vivir, todo nos sirve, nos hace mejores o peores, santos o asesinos, porque, ¿no es usted importante por lo que posee y mide y le sirve? ¿No es mejor por eso? Ahora, sin casi temerme, confiado en esa respetuosa mansedumbre con que abrí la puerta y me planté ante él, deja descansar sobre sus piernas gordinflonas la carabina, la acaricia como a un animal útil, sus dedos se trenzan, jugando, en el gatillo, rozan el seguro levantado del arma. Y sus ojos se abren con fatiga, resignación y cautela. Que tengo y dispongo, dice, alargando sus palabras como si yo no pudiera comprenderlas. ¿Tengo porque valgo o valgo porque tengo? Nada sirve cuando no se ha nacido para administrar acrecentar, conservar, infundir respeto con lo que se posee. La riqueza no es importante por ser riqueza sino por lo que representa: esfuerzo, caballerosidad, tino, tradición. Se nace para disponer y mandar o ser dispuesto y servir. Y ustedes nacieron para obedecer, para vivir por la voluntad de otros. Se han rebelado: roban, matan, saquean para igualarse a nosotros. Fracasarán, morirán. Las jerarquías, el orden, son eternos: sin ellos las tierras no producirán, los pueblos se borrarían, la humanidad entera perecería. Don Julio jadea sus palabras con encono, y yo le pregunto si Dios no elijo que todos somos iguales. Sí, responde, iguales ante su divina presencia, desiguales, diferentes entre los hombres. ¿Quieres ser igual a mí? ¿Tener tierras, aguas, montañas, repartir el cultivo a los arrimados, marcar el ganado con tus inicales, vender las fanegas, alquilar el agua? ¿Podrías hacerlo, Naún Briones? ¿Arriesgarías todo a que, un día cualquiera, un bandido zarrapastroso te quite todo lo que fue tu cálculo, tu influencia, tu voluntad, tu dicha, tu deber? ¿Querrías que un infeliz amenace, destruya lo que edificaron tus padres, abuelos, tu sangre misma? Y

yo, mirando todo ese desprecio frío y desganado que me lanzan sus ojos, le digo que no quiero ser como él, hacendado importante, autoridad, dueño, jefe; que no me serviría entonces el nacer porque no habría cambiado nada: ni las caras largas de la gente que no tiene y debe, ni esa rabia que acongoja de los que nada pueden hacer por voluntad propia, ni las noches sin sueño de los que temen al siguiente día. Pero él no quiere oírme, se burla de mí, de mis palabras para no entenderlas. ¿Vos, ladrón, quieres cambiar a los hombres y a las cosas, vos, bandido ignorante, piensas eso? Se expone demasiado, arriesga todo, menosprecia mi revólver, no puede vivir sin menospreciar al que no tuvo su herencia ni su suerte. Con la piel enrojecida por la fuerza de sus palabras me dice que sea un bandido más, que no piense en cambiar el orden de las cosas, en desbaratar la eternidad inmóvil del mundo, que no sueñe en lo que otros, antes soñaron y fracasaron. Hombres buenos, que nunca robaron ni mataron, hombres que fueron perseguidos, castigados, acosados, muertos, enterrados en basurales y olvidados por querer cambiar el mundo. Su cuerpo se encoge cansado. Sobre el sillón, sus manos dejan de tantear la carabina y se alargan hasta esa piel reseca de puma que mancha ele amarillo ceniza un pedazo de la pared, pensando quizás en esa cacería del venado jefe que le llena de vida días enteros, que le hace recordar su juventud. O estará imaginando, vengativo y tranquilo, a montones de Rurales persiguiéndome, en mi cráneo destrozado por alguna bala, en mi olvido. Afuera, mis hombres silban en los corrales, arrean las reses que se llevarán. Y dejo el cuartito sin darle las espaldas a Don Julio, oliendo esa fragancia de pieles curtidas, espesa, fuerte".



VICTOR PARDO

No supo qué decidiría cuando aquel individuo joven y desconocido, un poco gordo, con la sonrisa confiada, tímida, penetró de improviso en el interior de la cantina donde él y sus hombres estaban bebiendo. El desconocido avanzó hacia él, sin importarle las reticentes miradas y el disimulo de las armas detrás de cada mesa, con manos que se apegaban a ellas sin disimulo. Elegante el terno, como acabado de estrenar, pensaría él mirándole la facha al audaz extraño que se atrevía a caminar hasta su mesa: de alguna familia decente de aquí, intentaría adivinar recorriendo con sus ojos en guardia la superficie gris, brillosa del chaleco que ceñía el abdomen del desconocido, mirando, curioso y prevenido, ese cabello aplastado sobre el cráneo, y esa partida quijada sin rastro de barba.

No vendrá a pedirme un favor, pensaría mirando cierta frialdad marchita en esos ojos que acercándose parecían reconocerle sin haberlo visto jamás. La gente de Cariamariga es orgullosa, concluiría al tensar, mecánicamente, los dedos junto a la cartuchera de cuero de su cintura. Alguien, entonces, Alfonso el Cojo o Miguel, o Remigio, dejaba su destartalada silla de un salto brusco y cruzando junto al mostrador atiborrado de botellas polvorientas de Lágrimas Christi, Anís del Mono, Mallorca y aguardiente de Piscobamba, quiso detener al hombre que inflexible avanzaba hacia su mesa. El levantó un brazo, encandilado por la curiosidad, y dijo que nadie lo tocara y todos retuvieron ese impulso de proteger al jefe que tranquilo, sin prisa, seguro de sí mismo, bebía unos tragos en el centro mismo de Cariamanga. El joven gordo, deteniéndose, conservando esa sonrisa que en todo momento trató de mantener amable, escuchó el ritual, santo y seña del bandido: yo soy Naún Briones: aquella elemental frase de identidad y amenaza ya por entonces famosa en el extremo sur de la República, en el norte de dos departamentos peruanos: frase que rubricaba asaltos, inaguraba depredaciones o apadrinaba muertes, que imponía la desconfiada sumisión de los pobres, el temor irresistiblemente curioso a las mujeres, el más impotente furor a las autoridades. Y siempre con los dedos cercanos a la cartuchera descubrió que el temo del individuo joven y gordo no era del todo nuevo, que tampoco debía ser de aquellas familias acomodadas y ostentosas del lugar: porque de su chaleco no pendía ninguna leontina, ni sus dedos mantenían el presuntuoso brillo de sortijas; pero aquello tampoco le restaba elegancia: no le faltaba ni el pañuelo blanco, cuidadosamente doblado sobre el bolsillo de la leva, ni el sombrero, alto, de paño, a la moda, que lo traía levemente sostenido por las puntas de los dedos de la mano izquierda. Saludándolo con una corta venia, respetuosa y digna, pidió sentarse a su lado y la oportunidad de ofrecerle una copa de cualquier licor. El desconfío con experimentada suspicacia, se le ocurrió que podría tratarse de alguna hábil emboscada, a pesar de la inalterable sonrisa que le ofrecía el joven gordo y elegante, de sus ojos puros y fríos. Sin responderle, alertó a Miguel, a Remigio: que resguardaran la puerta y vigilaran los palenques y aquel pedazo de calle oscura de afuera. No vaya a tener recelo, vengo solo, le dijo el desconocido. Diecinueve, veintiún años, calculó él su edad, mirando el rostro liso, aquel peinado dividido por un ancha raya en la justa mitad del cráneo, las uñas recortadas y rosáceas, las manos carnosas, blandas, sin arrugas. Cuando tengo recelo disparo, le respondió él, antes de estancar la sonrisa del muchacho gordo con una de sus carcajadas y el imprevisto brillo de un revólver que emergiendo de la mesa empezaba a apuntarlo, a recorrer, cercano, su silueta con el largo cañón treinta y ocho. Vas a decirme para qué has venido. Porque sólo las hembras y los peones necesitados vienen sin pedirme permiso, le dijo él, hosco, lleno de impaciencia. El muchacho gordo, intentando inútilmente recomponer los escombros de su anterior sonrisa, tragando mucha saliva, con el cuello oprimido por el recio nudo de la corbata, le dijo, de pie, sin moverse, como si estuviera recitando una lección, que se llamaba Víctor Pardo, que era bachiller y que su padre acababa de rematar sus últimas propiedades y que él nunca podría ir a la universidad para graduarse de médico y curar viruela, tétanos, recetar ampollas de calcio y purgantes como alguna vez lo quiso. El rió divertido sin dejar de apuntarle con el arma. No me cuentes tu vida,

patojito, le dijo, sólo dime a qué has venido. El muchacho gordo y elegante bajó la cabeza, como humillado y lleno de arrepentimientos, sintiendo, cercano, el frío cañón del arma que ahora apuntaba a sus mejillas recién afeitadas. Quería leer un poema que escribí en su honor y darle un consejo. Dijo solamente. Ahora... la carcajada de él reventaba impetuosa desbocada sobre sus labios. Los veinte y tres hombres que lo acompañaban rieron también, tratando de imitarlo y sólo consiguiendo reproducir su risa en lo que de tenebroso tenía. ¿Sois poeta, patojito? El joven gordo movió la cabeza ambiguamente, sí, un poco, a veces, cuando la inspiración. Y no trató de aguardar más: sus manos, emocionadas y temblorosas, buscaron dentro de los bolsillos de la leva y retornaron al aire opaco, una de ellas empuñando un papelito rugoso y cuadriculado, borroneado con gruesas letras azules. De pie, cercano al arma del bandido que prefería asegurarse apuntándolo, carraspeó, dijo un perdón como excusa y con una voz tan alta como para que lo escucharan todos, leyó unas frases cortas, rítmicas, que contaban cómo unos hombres solos, unos valientes que no temen ni a las leyes de la vida ni a las de la muerte, se baten y arrebatan lo injustamente obtenido, dan de comer al que tiene hambre, cabalgan, se enamoran, mueren, se sienten inmensos, inolvidables. El lo escuchó sin parpadear, pensando en los caminos enlodados del invierno, en la respiración seca y angustiada de los veranos, en el sueño dentro de las chozas abandonadas, en el kaki difuso de los Rurales acosándolos, en unos ojos oscuros, de mujer bonita, hallados y perdidos al cruzar un sitio, en el silencio de la gente que les teme, en las voces alegres de las moliendas y sus olores fermentados y dulces; en el siniestro estampido de las balas, en sangre derramándose. En su inmensa soledad de ahora, de siempre, en los años por venir hasta el polvo y la ceniza. Y se sintió triste, bajó el arma, la volvió a poner en la prisión de cuero de la cartuchera, se incorporó y se acercó al joven elegante tan silencioso y casi tan entristecido como él ahora; se juntó a su cuerpo en un abrazo mirando esos ojos velados, esa mano crispada que volvía a guardar con torpeza el pape- lito en un bolsillo, sintiéndole en el apretón fugaz del abrazo la sensación de haber perdido algo, ya para siempre, frente al encuentro con el hombre que era el más famoso bandolero de la región. Un trago para este poeta, gritó él estentóreo, la voz emocionada, ordenando a sus hombres, también silenciosos y cada cual pensando en sus cosas, respeto y simpatía para el joven elegante que les habló sin que le conocieran, que transformó sus vidas trabajosas en palabras que vibraron en sus oídos reconociéndoles. Y todos fueron acercándose al muchacho gordo, y le alargaron vasos de aguardiente curado en anís, sabiéndolo dueño de una voz, de unos sentimientos que, ellos, aunque teniéndolos, no podrían expresarlos, ordenarlos, engrandeciéndolos como él con sólo palabras que desfilaron ensambladas y barbotantes como una tanda de disparos dentro de un mismo silencio. Ahora él llena dos copas, las recoge acercando una para brindarla al joven elegante mientras le dice que lo que escuchó era bonito, que le llegó hasta el mismo corazón y le latigueó el cerebro haciéndole pensar, recordar, reconocer, añorar y temer, que si la poesía servía para sacudir tanto con tan pocas palabras era como una flor, un amanecer, una mujer bonita. Muchas torineras de aguardiente se vaciaron esa noche, unas guitarras aparecieron de quién sabe dónde, con las cuerdas templadas y tersas y hasta una concertina llorona se contrajo y jadeó en manos expertas, y una voz fuerte, cargada de nostalgia y desconsuelo y rabia se impuso en pasillos de amor, valses de lejanía, tristes de corazón roto que hicieron derramar lágrimas hasta al mismo jefe de bandidos que bebía sin parar, olvidando a guardias y delatores, junto al muchacho gordo que alentado por los tragos, con el blanco cuello de la camisa sucio de sudor, le habló de que la poesía es como un golpe, que duele, que hincha de moretones el alma, que recupera a la memoria lo perdido y lo nunca encontrado viene. Que nos hace mejores cuando la escuchamos. Y el bandido, con respeto, interés, tristeza, oía la música y las palabras de aquel joven que sólo vino armado con un papelito rugoso y derrotó en un solo, limpio disparo de palabras, a los sentimientos escondidos de todos los malhechores que creían haber perdido el alma con sus vidas. Y bebía con verdadero gusto aquel Anís

del Mono, fuerte y dulzón o aquel pisco amargo como la ceniza. Yo creía que los poetas eran unos señores raros y medio jua- tos que salen por las noches para mirar la luna, le decía al muchacho gordo que, aflojándose el nudo de la corbata, sofocado, desabrochando la opresión de su chaleco brillante, aceptaba vivir su borrachera con ímpetu, con unas inmensas ganas de que la música, los tragos, las palabras y la vida entera no terminaran nunca. Y obligaba al muchacho gordo, al bachiller elegante, a sacar nuevamente de sus bolsillos ese papelito arrugado y volverlo a leer, ahora en voz baja y confidencial, ante la claridad incierta de las velas: releer hasta que casi hubo aprendido de memoria los versos, reflejándose en esas palabras, sorprendiendo en ellas sus aristas, sus intenciones, sus resonancias latentes. A la madrugada se despidió del muchacho gordo, prometiéndole que se volverían a encontrar porque entonces sería él quien lo buscaría. Abandonaron la cantina tambaleándose, abrazados, seguidos por las indecisas pisadas de todos los bandidos que desgastaban canciones con sus voces roncas. Salieron a la calle vacía, a la fila de casas altas del centro de Cariamanga con las macetas de sus estrechos balcones emergiendo a la claridad malva de aquella madrugada de invierno. Se va y no ha oído mis consejos, le dijo el muchacho gordo al jefe de bandidos cuando éste, exhausto y grato con la noche tranquila, el aguardiente y las palabras, acomodaba la montura, calzaba los frenos de su caballo blanco. Ya habrá tiempo, le dijo Naún Briones, ya volveremos a vernos.

Días fueron, días vinieron. Un año entero cruzó ante los ojos de Víctor Pardo sobre el cielo duro de Cariamanga. Un año que floreció madreselvas y geranios en todas las huertas, un año hostil y amable, al mismo tiempo en que recibió la muerte de un padre arruinado y el amor de Zulema, una novia para siempre. Un año a través del cual fue, sucesivamente, amanuense de escribano, escritor de cartas para ansiosos enamorados, secretario de Tenencia Política, juez de gallera. Un año en que, minuto tras minuto no olvidó ni un solo detalle de aquella noche en compañía del bandolero sonriente y terrible que describían los retrasados periódicos de la ciudad y que era mencionado, con ominosa insistencia, en conversaciones de notables y diálogos entre arrieros y mercachifles. A la mitad del invierno siguiente, cuando los campos cercanos al pueblo se hincharon de fugaz verdor por la cantidad de lluvias descargadas sobre la tierra, un domingo, en la gallera repleta, mientras él, experto e imparcial, revisaba crestas, espuelas y apuntaba las apuestas, recibió la visita de un hombre cansado, sucio, que no le miró a los ojos y sólo le dijo él lo está esperando, en el mismo lugar donde se conocieron. Y Víctor Pardo sintió resucitar la emoción implacable del peligro que un año antes lo llevó a esa cantina, al encuentro con el bandolero que ya era pura leyenda y material de poesía. Símbolo y destino. Fue. Lo encontró bebiendo, con arrugas nuevas sobre la frente, sucio, barbudo y entristecido. El lo recibió con un abrazo recio, lo llamó por su nombre y le invitó a sentarse, a compartir unas fritadas, unos tragos con él. Le dijo que el año había sido duro, que tres de sus hombres, quizá los mejores, los más decididos y valientes, cayeron bajo las balas de los Guardias Civiles y los hacendados. Que los campesinos, sin que les importara ningún obsequio o promesa, corrían a delatarle en destacamentos y tenencias políticas, que varias veces, por Dios o por la simple suerte, pudo escapar de cercos seguros, de emboscadas casi perfectas tendidas por guardias y capataces de haciendas. Que ha vagado últimamente por la región, sin atrever asaltos de importancia, hambriento, con gente desertando de sus filas, con muchachos desilusionados que le abandonaban para intentar sus propias bandas, con viejos compañeros presos, rumbo a lejanas cárceles. Ahora quiero oír tus consejos, le dijo con una voz humilde y reblandecida. Víctor Pardo, el poeta, el médico frustrado, el hijo de notables venidos a menos, sintió que una íntima alegría, tenaz y oscura, le humedecía el alma. No sé si serán consejos, empezó, como siempre tímido, apocado como todo poeta. Qué podría aconsejar a usted que lo sabe o lo presiente todo porque estudia en los libros abiertos y buenos de la vida. Hace tiempo que supe de usted por primera vez, me contaron que la gente pobre de

muchos lugares ve en usted como un símbolo; porque ellos quisieran ser como usted, tener su libertad feroz, su pureza, sus sentimientos anchos. Sé que los ayuda, los proteje de verda- cleros bandidos que son los ricos. Pero, pensé, eso no basta, no cambia nada. Si me permite, le contaré algo: hace unos años, no muchos, en un lugar que está lejísi- mos de aquí, la gente pobre ya no quiso ser maltratada y decidió que todos podrían ser iguales y se revelaron, tumbaron al gobierno, dejaron de creer en su rey porque ese rey nunca había creído que ellos eran iguales a él, y pusieron en su lugar a un gobierno de pobres y pensaban que la buena suerte podía ser para todos. Y yo me dije ¿por qué no hacer aquí lo mismo, un país sin ricos mandones, sin notables usureros, un país donde nadie necesite volverse bandido para sentirse libre? No es un consejo, Naún, es casi un sueño, un extravagante proyecto construido a base de lecturas, de comparaciones y certezas que me desvelan muchas noches. El jefe de bandidos aspiró el olor dulce de su copa llena y no contestó, mirando esos ojos tan fríamente puros, cercanos a él, tímidos y como interrogantes. Ahora no había música en la cantina y la vieja cantinera parecía ignorarles dormitando junto a un caramanchel cubierto de estampas, de banderas tricolores, detentes y periódicos antiguos, amarillos. ¿Un gobierno donde los pobres tengan la razón y manden? preguntó él luego, intentando componer un rostro de asombrada incomprensión; eso discute con los que entienden de muchas cosas, yo no sé de gobiernos ni me preocupan: sólo sirvo para robar, matar, asaltar, huir y defenderme. ¿Quieres que yo sea presidente, alcalde o algo así? ¿Qué los pobres sean jueces, ministros, generales, eso quieres? Víctor Pardo parpadeó, se sintió confuso y retórico, movió la cabeza ambiguamente, pasó los dedos por la superficie del casimir de su terno, ahora más barato, menos costoso que el que llevaba puesto un año atrás, sin pañuelo de seda, sin chaleco de terciopelo. Si hubieran muchos como tú, se atrevió a insistir, si ayudáramos a los arrimados a ocupar esas tierras donde trabajan sin pago alguno, si formáramos un pequeño, decidido y alocado ejército que los defienda de la policía, de los matones que trabajan para los hacendados, si en el país entero otros te imitaran, defendieran a la gente pobre, tumbaran a los caciques de cantón, a los gober- nandores de provincias, a los presidentes de frac que se burlan de los humildes y los engañan con promesas o les mandan a asesinar con sus soldados, serían fuertes, invencibles para dejar atrás su pobreza, Naún. Que soñaba despierto, respondió él abruptamente, casi con encono y enfurecido, que ningún gobierno jamás iba a ayudar ni defender a los pobres porque los gobiernos existen para mandar y castigar, para congraciarse con los ricos y someter a quienes no se conforman. Que jamás los pobres se alzarían contra nadie porque aman sobremanera su único bien: la vida, y su única esperanza: la tranquilidad. Que, si alguna vez, los pobres tuvieran un gobierno, sería peor que el de los ricos, querrían enriquecimientos, revanchas, acabarían matándose entre ellos por una casa elegante, por unas joyas o un puñado de billetes sucios. Es la ignorancia, le dijo Pardo tratando de mantenerse sereno, sin atreverse a contradecir abiertamente al jefe de bandidos: no saben que la vida alguna vez va a cambiar, que no pueden vivir para siempre trabajando las tierras ajenas, que no pueden seguir muriéndose tuberculosos antes de cumplir los cuarenta, embrutecidos por la miseria, sin alegrías, ni casa, ni ropa nueva, siempre enfermos, siempre tristes como sus canciones. Y él sabía también que el mundo cambiaba, que el lodo de los caminos en invierno es polvo reseco en el verano. Que ayer no existíamos, que hoy somos y que mañana ya no estaremos. Que cambian los años, los rostros, las voces y que todo cuanto vemos alguna vez puede volverse enteramente bello. No, poeta, contradijo el jefe de bandidos aplacándose, admirando el fervor del joven gordo que aguardaba un mundo, una manera de ser distintos, pre- diciéndole, para siempre, la incompresión, la hostilidad de los demás, la represalia del poderoso, el anatema del eclesiástico, la sanción del juez y el puro olvido al cabo del polvo y la ceniza; no te ilusiones conmigo, no nací para tumbar gobiernos ni repartir tierras. Mi vida está firme, profunda sobre la palma de mi mano, un austríaco me dijo en su carpa que nací para asaltar. No hay otro destino para mí. Y esa noche, la lluvia se descargó poderosa sobre los tejados de Cariamanga, los

charcos lodosos anegaron las calles, las gotas empaparon las paredes blancas, los balcones de madera tallada, la torre musgosa del templo, las verbenas floridas del parque. Y Naún Briones supo que existían seres terriblemente necios y enloquecidos que no deseaban nada para sí y todo para sus semejantes. Bebió despacio en esa noche, mirando la decepcionada derrota de Víctor Pardo que ya no quiso hablar, pensando en sus libros, sus poemas, sus veinte años por cumplir.

Después el tiempo volvió a tender monótono, largo, sus redes que a través de los días, las semanas, los meses, los años, retuvieron a Víctor Pardo en oficinas húmedas, ganándose los billetes necesarios para comer tres veces al día, para confeccionarse un terno de casimir una vez al año, para invitar helados a su interminable novia los domingos, para, de cuando en cuando, adquirir unos libros que venían del'otro lado de los mares cargados de unos poemas llenos de presagios que olían a pólvora y sangre y habían sido escritos por unos hombres que como él nacieron en pueblos de nombres extraños y anunciaban los presagios de botas sobre Alemania, de dinamitazos en España. Los años, puntuales desmadejaron ante sus ojos el ciclo vegetal; las grandes chirimoyas de Alamor en junio, la caña dulce de Yangana en octubre, los choclos de Catacocha en marzo. El invierno verdeando los alisos de diciembre a mayo y el verano imponiendo sus vientos y su polvo de julio a diciembre. Y supo, por los periódicos, por las aburridas conversaciones del cantón, que Naún Briones engrandecía su fama por los cuatro puntos cardinales. Supo que un día, solo cabalgó hasta Quito, que allí fue apresado, que severos jueces le condenaron a muchos años de prisión y que, dos años más tarde, escapó del Penal con cincuenta presos. Escuchó su nombre en las tonadas con fuga compuestas anónimamente por arrimados y buhoneros, oyó las consejas que sobre él contaban los viejos y poco antes de recibir la visita de un par de canas blanquísimas sobre el mechón espeso de su frente, supo que el infatigable bandido que socorría a los pobres tenía pactos con hacendados y aterrorizaba a los peones sublevados de las haciendas cafetaleras de Marcavelí. No quiso creerlo e íntimamente pugnó por conservar vivo aquel recuerdo de su sonrisa franca, sus manos callosas, su olor agrio, sus ojos luminosos y las historias exageradas de sus correrías contra los ricos, sus increíbles caridades a viudas, indigentes, tullidos. Una mañana, muchos años después de aquel segundo encuentro, lo sintió llegar a Cariamanga, lento, entre el perfume espeso de aguacatales florecidos y alfalfa recién cortada, lo adivinó merodeando los alejados barrios de Cariamanga, ocultándose en casitas de bahare- que de una sola planta para aguardarle a él: poeta desengañado, soñador por fin despierto a la vida, a esa vigilia resignada de la existencia. Sé que anda por aquí, le dijo la noche de un domingo con retretas en el parque, ruletas y cohetes, a su eterna novia, Zulema, la de los ojos duros, verdes, intangibles. Sé que está aquí y que me espera. Su novia, enredada entre el gentío de la retreta que rodeaba a una banda tocando, con violencia y furia, el pasodoble "Sangre Ecuatoriana" solamente le apretó la mano y no quiso mirarle ni esa precupación ni esa esperanza impaciente. Un día después, él recibió el recado implacablemente presentido: quiere verle. Ordenó sus papeles caligrafiados, los legajos macerados por la humedad, los folios espesos en la oficina olorosa a musgo y cucarachas donde aprendió a interpretar los designios y los fallos de un hermético juez, y abandonó el pueblo sin despedirse de Zulema, sin rondar siquiera por su casa de madreselvas y tordos enjaulados. Caminó hacia los barrios alejados de Cariamanga, los que huelen a hierba pisoteada y a cuyeros, a chicha madura, a miel de caña y aguardiente. Y vio una figura de blanco que desde el corredor de una casita de bahareque sin pintar le agitaba una mano y, desde la distancia, reconoció la sonrisa dura, porfiada y desafiante, los ojos al acecho, el volumen robusto de su cuerpo. Y le vio un rostro marcado por los años, no demasiado envejecido, ya no tan altivo y retador pero siempre obstinado. Recibió el apretón de su abrazo recordando, nostálgico, su sueño de pobres felices, de presidentes campesinos. Aquí me tienes, poeta, le dijo el jefe de bandidos ostentando el dril blanco, limpio, sin arrugas de su ropa, las

botas cafés, las espuelas doradas en las botas, el sombrero alón y el pañuelo celeste que le anudaba el cuello. Ahora te llevo conmigo. Y él, pensando en su sueño ahora en escombros por el lento mordisco de los años, le dijo que cómo, que ni siquiera sabía montar un caballo o elevar entre sus manos un revólver. Pero el jefe de bandidos, terminante y amable, le dijo que nadie nace aprendiendo a caminar, y le contó que la vida se le endureció, se le volvió difícil finalmente, que cayó en la tentación, en las ofertas engañosas de los ricos que le brindaron champán y le hicieron dormir sobre los colchones de plumas de sus casas, que los ayudó a despojar a los pobres, que dispersó, a bala limpia, multitudinarios reclamos de arrimados coléricos. Que lo ayudara, poeta, con sus consejos y sus palabras puras. Que sí, que apoyarían a los comuneros a recuperar sus tierras, a los arrimados a tomar por la fuerza las parcelas y el agua que merecían tener, a los mineros a clausurar la ceguera del socavón. Que tuvo razón, poeta, que el mundo debe cambiar como una camisa sucia y estropeada se cambia por otra nueva. Víctor Pardo lo escuchó sin fe, pensando en años desperdiciados, en hambres que jamás se saciaron, en muertos que nunca resucitarán del polvo y la ceniza. Añoró el primer, esperanzado encuentro con el bandolero, pensó en sus años malgastados en copias de pleitos y títulos de propiedad, en el noviazgo paralítico de Zulema, en sus poemas alabados por notables leídos, por curas retóricos y latinistas, por muchachas coquetas y vacías. No queda mucho por hacer, dijo ambiguo, pero tampoco nos queda más. Aquella misma tarde él cabalgó dificultosamente, detrás del jefe de bandidos, rompiendo para siempre en su memoria los ojos verdes de Zulema, el perfume de los aguacates maduros, el color de unos recuerdos, el brillo de unas certezas. Y acompañó con su casimir deteriorado, su inhabilidad con el caballo y las armas, a Naún Briones. Hasta el polvo y la ceniza.



FULGORES

Todos vieron brillar el oro quemando la colina, durante tantas noches: puntitos dorados que saltaban, como jugando, de una sitio a otro sitio, de un lugar negro a otro lugar negro. Algunos contaron que al cruzar el recodo del camino a Cangonamá, ese caminito estrecho, descuidado, con las huellas de los herrajes de tantas mu- las, de tantos pies, que voltea bajo la colina para extenderse, como un río de tierra blanca y piedras amarillas hasta las primeras casitas del pueblo, se oían por las noches los clarísimos gritos del difunto que les decía aquí estooy, aquí peeeno. Y el oro siguió quemando durante casi todo un año en la colina, en el sitio donde la gente que se atrevió a mirar un poco más de cerca los fulgores decía que, en la claridad del día, se dejaban mirar en las laderas las tulpas donde tantas veces los bandidos cocinaron Se llamó a muchos huaqueros prestigiosos, de esos que rondan las casas en ruinas, las paredes sin ale-
ros, las cercas desmoronadas con la baqueta bendita en las manos, atentos, buscando tesoros. Pero ningún hua- quero quiso venir porque decían oro tierno, entierro de pocos años, mata cristianos, no valen las oraciones ni el aguardiente, la gallina de oro aún no ha de cuajar sus pollitos, paciencia, no busquen peligro, ambiciones de pobre son sólo sinsabores. Y la gente de Cangonamá se reunía todas las noches en la plaza para mirar, un poco triste, un poco ambiciosa, cómo el oro quemaba, brillante, saltarín, quemaba en la colina que fue refugio de reos y matones. Todos temíamos; por el alma en pena, por el oro tierno que no tentó ni a los huaqueros. Pero una tarde, Adalid González, el joven más borracho y sinvergüenza que tuvo en esos años la parroquia, el que comía carne en Viernes Santo sólo por el gusto de hacerle llorar a Dios en su cruz, reunió en al cantina de don Romualdo a tres de sus más grandes amigos y sirviéndoles tantas y tantas copas que la cabeza se les volvió un puro precipicio, nos dijo vamos, hermanos, esta noche, a la loma donde quema tanto el oro de Naún Briones. Nosotros pensamos que anclaba juato, con mal perdido de amores o del todo borracho. Le dijimos que se fuera a dormir, que el carbunclo o el alma, que la gallina de oro, que huaca tierna muerte cierta, pero ni por ésas, que fué- ramos, nos insistía, que seríamos tan ricos como para nunca tener la pena de trabajar, que podríamos darnos los antojos que quisiéramos, que las mujeres más lindas suspirarían entonces por nosotros. Y ambición puede más que perdición. Aceptamos ir. Esa noche nos reunimos en la plaza. Adalid sabía todas las mañas ele los huaqueros: escupió con dirección a los cuatro puntos principales del mundo, que son, como todos saben: Norte, Sur, Este y Oeste; dijo unas oraciones raras, largas, y nos pi- clió que no habláramos ni una sola palabra mientras el entierro no fuera conjurado. No hablamos más. Alumbrando al camino con una linterna vieja, espantando guanchacas encandiladas con la luz de la linterna, cami- namos hasta el pie de la colina, muertos de miedo porque a difunto nadie quiere junto, temblando como azorados, como enfermos del mal de tercianas. Adalid se plantó ante la colina, cerró los ojos y puso sobre el aire, con los dedos de la mano derecha torcidos, la señal de la cruz, una, dos, tres veces. Haciendo una seña con la cabeza quiso decirnos que le siguiéramos, y empezó a caminar loma arriba, tropezando en las piedras, de pura borrachera o puro miedo, sin volver la cara para mirarnos. Vimos las laderas peladas, negras de noche, pero entonces, cosa rara, como si la clueca de oro hubiérase espantado con nuestras pisadas, nada brillaba en la colina, todo estaba callado y oscuro, como lugar de condenación eterna. El viento parecía cruzar mascando las ramas resecas de los faiques. Una lechuza voló sobre el cielo negro chillando canquiquín, canquinquín. Y cada uno de nosotros, con los pelos erizados, estaría pensando en regresar a la carrera hasta la plaza. Nos aguantamos el miedo por hombres, porque hombría es valentía y porque borracho y santo nunca se mueren de espanto. Las piernas temblándole, Adalid llegó hasta el sitio en donde todas las noches quemaba el oro. Y no vimos fogón ni rastro alguno de que humano haya acampado allí. A lo mejor el tiempo, los inviernos, borraron los rastros, el polvo y la ceniza del campamentos de bandidos, pensamos. Entonces Adalid, pálido como cadáver, habló para decirnos que a modo de conjuro debíamos pronunciar, a gritos, todas las palabras malas que supiéramos:

así, explicó, el ánima que pena se va, porque las almas no aguantan las malas palabras, aunque estén condenadas. Nosotros insultamos madres, mujeres, nombramos partes de macho y hembra, suciedades de la gente, hasta que no nos quedaron palabras malas por gritar. Después, Adalid nos dijo que aunque no tuviéramos ganas, debíamos orinar sobre el sitio donde quema el tesoro. Abrimos braguetas, obedientes. Yo sólo tuve tres gotitas que no avanzaron ni para mojarme el miembro, sería el miedo, pienso. Adalid fue el único que orinó largo sobre el lugar de la quema, luego, sacando la baqueta que guardaba bajo la camisa, y advirtiéndonos que cerráramos ojos porque la chispa feroz del carbunclo podía saltar el rato menos pensado, dijo oraciones y empezó a cavar. Cavó mucho, hasta cansarse, nosotros sentíamos el trac trac de la baqueta sobre la tierra dura, con los ojos cerrados, mucho rato, más de una hora. Y sólo los abrimos cuando la baqueta sonó distinto al chocar contra algo duro, metálico, trilín. Adalid se tiró al suelo y bocabajo arañó la tierra con sus manos, ansia no conoce distancia, y retiró algo de la tierra y nosotros volvimos a cerrar estremecidos los ojos, pensando en el oro que nos haría ricos, en el gran tesoro que Naún Briones enterró en la colina. Adalid encendió la linterna, alumbró el traste hallado y sólo dijo mierda antes de botarlo lejos, ladera abajo y supimos que sólo eran un casco viejo de metal, un gorro puntiagudo de soldado de quién sabe qué tiempos. Pero Adalid no quiso darse por vencido, siguió cavando, hasta el amanecer, sin que volviera a encontrar nada. Entonces le dijimos, para consolarlo, para consolarnos también nosotros, que tal vez no era ese el sitio donde el oro quemaba, que volveríamos. Regresamos al pueblo cansados, sin decirnos palabra. A los tres días Adalid, sin despedirse de nadie, se fue para siempre del pueblo y nunca más volvió a brillar sobre la colina el resplandor de la quema. Ya son años.



DE MUERTES, DE MUERTOS

Nunca dos muertos se parecen el uno al otro, me dijo un día Chivo Blanco mientras limpiaba sus carabinas, recordando la tarde distante en que disparó dos balazos limpios, rápidos, precisos, contra los mellizos Bustos, el año catorce, suponía con esa mala memoria de los asesinos, por los lados de la Toma. Guardé mi revólver, contaba minucioso y tranquilo Chivo Blanco, con el doble trueno de los disparos latiéndome en los oídos, porque, eso lo sabes, el sonido de un tiro que acaba de matar es como un cuchillo de ruido que le llega a uno al centro mismo de los sesos y le queda sonando en un eco que sólo está en tu cabeza. El Chivo Blanco, acuclillado sobre el pedazo reseco del camino, averiguaba, con un solo ojo abierto, sobre el estado de las estrías ele sus carabinas. Y tembloroso, como el que más, decía: porque cuando uno mata siempre se pone a temblar. Y la vista

nublándose, como en borrachera, porque cuando se mata la vista de uno siempre se hace oscura: avancé por el sembrío de cañas tiernas que me separaba de ambos cuerpos derrumbados: cuando se mata, uno siempre quiere ver las caras de los que acaban de morir: ya sin que puedan ofender a nadie, nunca más dignos de odio ni venganza: espié sobre los matorrales donde se derrumbaron en el bramido de los dos disparos. Y los vi: amoratados por la rabia con que recibieron la muerte, ambos pechos, en su centro justo, floreciendo una sangre oscura, lenta. Perniabiertos, entre ramas rotas, las caras al cielo, los ojos abiertos en esas preguntas que deben siempre hacerse los que mueren. Mientras vivieron, los mellizos Bustos eran tan exactos el uno al otro que nadie, a primera vista, sabía quién era Lauro, quién Bal- tazar. Ambos con un ojo izquierdo gacho, las quijadas partidas, los pelos revueltos sobre la frente. Nadie podía asegurar, al verles, quién nació un cuarto de hora antes y por lo mismo era menor al otro. Pero yo, viéndoles la muerte recién extendida sobre sus cuerpos, los miré distintos: eran como los cadáveres de dos hombres que nunca se hubieran conocido, acostados sobre las ramas, ya nunca más hermanos porque la muerte rompe todo rastro de una misma sangre. Y supe que el hermano mayor el que nació antes, murió cuando su hermano menor ya era cadáver. Nunca vi mellizos tan distintos, hasta en la forma de morir. El Chivo Blanco se calló, enredándose en sus propios recuerdos, retirando su cara sombría y barbuda, adelantando los ojos hacia la maleza verdiblanca ele los cerros picudos de Carboncillos.

"Ahora yo no sé con qué cara me va a recibir la muerte que acabo de dar al hombre, al pobre usurero que ha caído después de arrastrarse, como una lagartija, por la ladera, queriendo, con arañazos y torpes brazadas sobre la tierra, ganar la casa donde pudo salvarse. Oí sus quejidos distantes cuando guardaba el revólver en la cartuchera conteniendo ese temblor brusco, alocado, de dos manos que acaban de disparar a muerte, sintiendo cómo me bajaba a los ojos esa tiniebla sucia y desengañada de los que están matando. El viento me azotó en las orejas con los rastros de sus quejidos, sus amenazas, su odio que ya no le servía, sus rezos desesperados, como de niño que ruega. El que mata es al momento de matar el hombre más solo, decía el Chivo Blanco: así te acompañen muchos hombres, estarás más solitario que los latidos de tu corazón y pensarás que matando a un hombre toda la vida del mundo se ha terminado, que vos mismo ya eres solamente un cadavér que piensa". El hombre no logra arrastrarse ni siquiera hasta la empalizada y las malvas que rodean la casa. Hunde su cabeza en la tierra, se ablanda, poniendo mansamente una mejilla sobre el polvo, las piedras, las briznas resecas. Sus manos consiguen moverse; torpes, bastante rato; convulsas, encogiéndose, agobiadas por el peso de esa muerte que le ha nacido en el estómago sobre el ombligo, que le va recorriendo, furiosa y hambrienta, a lo largo del pecho para golpearle el corazón, desbaratarle el resuello, debilitarle esa razón que ya no comprende. Sus piernas se alargan sobre la tierra amarilla, polvorienta y todavía tiene la fuerza de un último sacudón contra esa muerte que debe pesarle tanto en la sangre que fuga por la herida. Ya está inmóvil. Acaba de morir. "Y estoy solo, con mi muerto al frente, con una muerte bajándome por el alma hasta los tuétanos. Los gritos de mi gente dirán que ya está, que he matado al usurero, al terco, el pobre tonto que me disparó sin puntería desde una ladera donde ni una piedra podía defenderle de mis disparos, donde ni una triste mata de espinas podría desviar mi balazo de su cuerpo".

Fue en el año siete, contaba el Chivo Blanco, el año del gran cometa rojo, de esa estrella alocada que caminaba por el cielo anunciando a los cristianos el fin del mundo y la hambruna, la sequía, la enfermedad. Entonces a la gente le dio la juatera de andar escondiendo todo cuanto tenía: puñados de esterlinas o simples costales de trigo, estribos de plata o tristes granos de maíz secos al sol. Yo sólo pude esconder el miedo que siempre le tuve a la cárcel y, mocito, me largué con unos paisanos conocidos a robar lo que otros no querían tener entre las manos cuando el fin del mundo llegara enredado a la cola

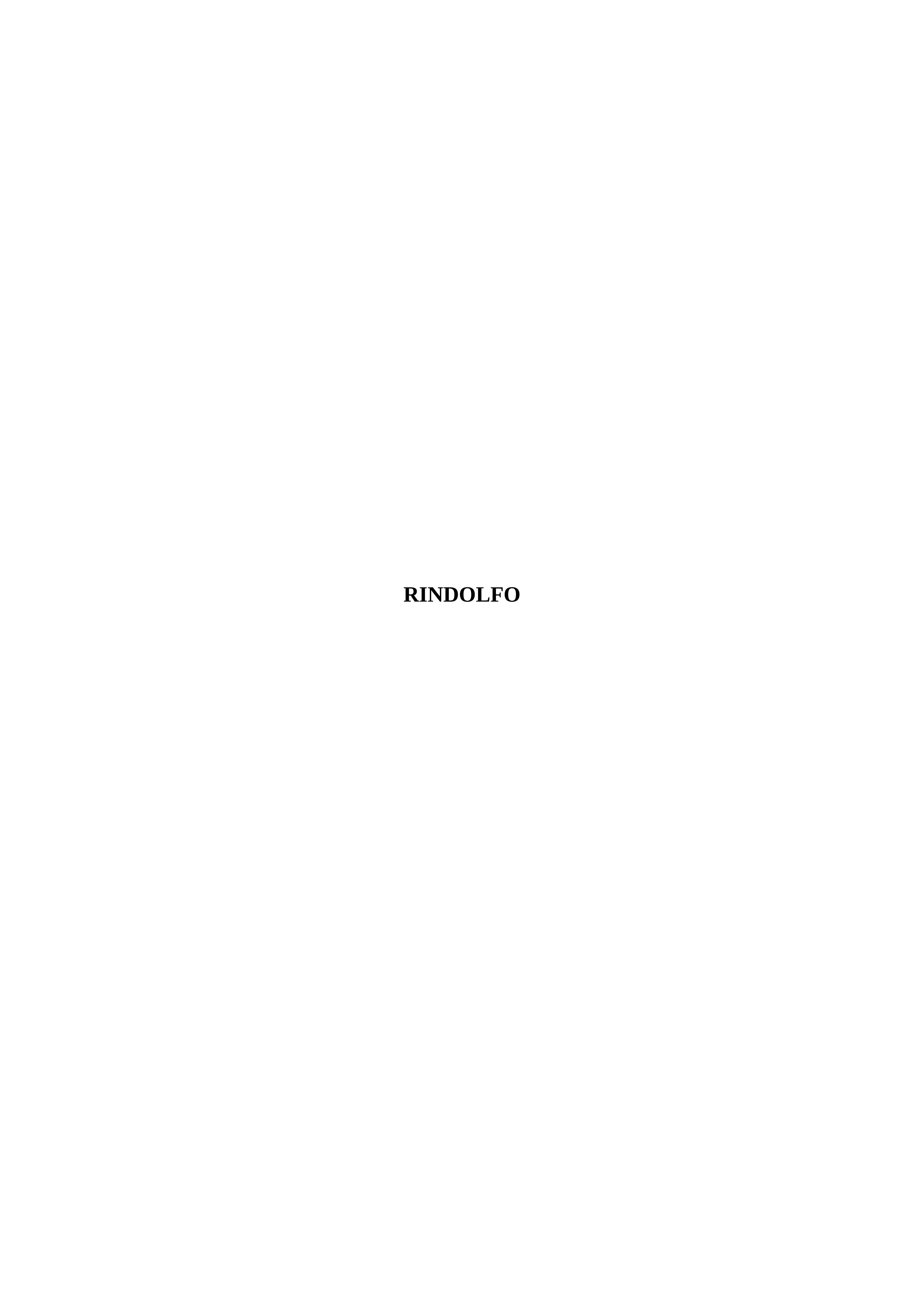
inmensa de esa estrella andariega que llamaban cometa. Hurgamos en quebradas, bajamos por las paredes de los pozos secos, cavamos a las orillas de los ríos sin corriente; desenterrando espejos con marcos de plata, arco- nes con casimires envueltos en papeles embreados; sacamos a la luz del sol puñados de esterlinas, chales finos del Perú, relojes, rosarios de concha y perla, faldas de tafetán. Y todo iba a parar en nuestras alforjas. Una tarde, en la travesía larga y cansona del camino grande que va desde Célica a Zapotillo, vimos, yo y mis conocidos, unas sombras lentas, de negro, caminando sofocadas bajo ese sol de sequía. Y vimos que llevaban entre sus manos ca- jitas de cuero, cofres de madera pintada, alforjitas de cáñamo. Casi todas mujeres, y sólo dos hombres sin color, también de negro como las mujeres. Les dije a mis paisanos ahora es cuando, éstos de seguro van a enterrar maravillas para no tener nada cuando venga el fin del mundo. Yo sólo manejaba machete en esos años, porque era peligroso andar con una arma de fuego entre las manos, a lo mejor un milico liberal, de ésos que andaban cazando a los alzados pensaba que no le querías al gobierno y te finaba sin pedir explicaciones. Y parecía fácil la cosa: sóio mujeres y un par de mamarrachos con cara de zoquetes. Como una aparición, me figuro, salté al camino plantándome con el machete que cortaba el aire en equis. Alto ahí, grité, y esas mujeres de negro, y esos dos hombres atontados no se pudieron mover del puro susto. Les miré los ojos miedosos, las bocas abiertas que no decían nada. Robo y soy matón, les grité para espantarlos más, entréguenme todo lo que están llevando. Una voz ele hombre medio tartamuda, me respondió, entonces que, ignorante impío, lo que se llevaban eran cosas de Dios; que las Novicias de la Divina Providencia cargaban desde su viejo convento hasta el seguro caserón del párroco de Zapotillo las cosas de Dios, sagradas. El hom- bre que habló estaba blanco como papel. Las mujeres de negro dejaron de asustarse para empezar con lloros y ruegos: que las dejara pasar, que debían seguir su camino, que no fuera tan malo, que lo que llevaban sólo a Dios pertenecía. Siempre he sido curioso y me emperré en saber lo que llevaban en esas cajitas, en esos arcones que parecían no pesar porque hasta unas novicias flacas los cargaban. Volví a gritarles, haciendo en el aire figuras con mi machete, no escondan lo que traen, abran las cajas, muestren, quiten las piolas y las reatas de las alforji- tas y déjenme ver las cosas que dicen son de Dios. Mis conocidos, entre los matorrales, guardándose las dagas, los machetes, con bastante respeto por esas novicias que caminaban con los tesoros de Dios bajo ese sol candela, me dijieron que las dejara pasar, como rogándome, sin codiciar las cosas que sólo al Justo Juez pertenecían. Pero yo pensé: si todo el mundo es de Nuestro Señor, yo, por ser parte del mundo soy de Dios, y lo que yo tenga será también de Dios, y no robaré a Dios porque a él nadie puede quitarle nada, porque todo es suyo. Así pensando, tranquilo, les dije a las monjitas, a los hombres cobardes que las acompañaban, que abrieran rápido sus cajas, sus alforjas. Muchas manos obedecieron sin chistar y desataron los nudos que protegían los tesoros de Padre, Hijo y Espíritu Santo. Me acerqué atento, moviendo el machete entre mi mano rápida y vi, brillando al trasluz de unos tules blancos, un gran copón dorado que titilaba al sol, pesado, reflejando el color oscuro de mi machete. Vi una custodia desarmada en piezas, radiante, con rubíes como gotas frescas de sangre entre la filigrama de los bordes; vi las patenas que me reflejaron afeado y amarillo, y la cucharita de plata con que los curas remueven la sangre de Nuestro Señor Jesucristo; vi collares y aretes arrancados a imágenes, medallones y exvotos, punzones de oro blanco, misales de concha y perla. Y supe de lo rico que era Dios. Las novicias y los hombres cobardes me dejaron tantear, con atrevimiento, con irreverencia, esas cosas sagradas. Pero era tanta riqueza, Naún, tanto trabajo de los hombres para el Dueño de Todo que no pude agarrar ni una pieza de la custodia siquiera, pensando en que me faltaría ambición para llevarme tanto y que robando aquello sería perseguido por todos, maldecido, que moriría pronto, como un perro que no supo a quién mordió. Sigan andando, les dije, cerrando los cofres, atando las soguillas de las alforjas, sintiéndome nada ante el poder de Dios. Pero entonces, como tentanción del diablo, me fijé en los ojos grandes de la novicia que llevaba el cáliz. Vi su cara limpia, redonda, fresca, y

me gustaron sus tetas apretadas bajo el vestido negro. También me gustó el miedo suave, manso con que se dejó mirar por mí, el jadeo asustado con que adivinaba mi intención. Y dije entonces, no me llevo nada pero ella se queda conmigo, aunque Dios rompa el cielo y me mate con sus rayos. La mujer, temblando, haciéndose chiquita y afeándose en un susto inmenso, me dijo que ella también era de Dios. Las otras novicias y los hombres cobardes no quisieron decir nada, retrocedieron separándose. Y ella estaba indefensa, sintiendo mis ganas, poniéndose las manos sobre el pecho, como si suplicara, me rogara que no, que sólo Dios. Pero yo pensé entonces en unas piernas gordas y duras bajo el hábito, en mordicos y labios juntándose a los míos. Y ella se movió, dejó en el suelo el cofre del copón y sus sandalias levantaron polvo en una fuga a la maleza reseca, más allá del camino, lejos de las otras novicias, de los hombres cobardes que no la defendían. Y salté, como loco, por matas, me espiné en zarzas y me cansé en una carrera larga persiguiendo a esa mujer que sólo quería ser de Dios, de sus manos de aire, de sus labios de viento. Sólo pensaba en lo que haría después; cuando la alcanzara bien lejos de sus compañeras, de los hombres cobardes, de mis amigos, y ella, vencida por el cansancio de sus piernas, se extendió sobre la tierra, cerró los ojos y me esperó con sus uñas duras, sus dientes afilados. Y yo nunca pude entender su coraje, la rabia con que sus zarpas se prendieron a mis ojos queriendo arrancarlos, la porfía con que sus duras rodillas me golpeaban, una y otra vez, en el sitio mismo de la hombría. Sin ojos casi, vencido por su furia, temiendo morir o ser lisiado, no supe cuándo mi machete, como enloquecido, empezó a herir su cuerpo suave y duro, sus entrañas vacías, sus huesos jóvenes. Ya estaba muerta cuando abrí los ojos y, entre la neblina del asesino y mis párpados lastimados, pude ver los tajos frescos sobre su cara redonda y blanca, los labios partidos, la nariz rota. Qué desperdicio de carne, qué donosa más terca, qué monjita, pensé con pena y rabia, tirando el machete entre la maleza. Mi primera muerte, Naún. Hasta en sueños la veo, siempre, así, muerta y desperdiciada. "Chivo Blanco decía también que hay que saber matar, que se debe dominar a la vida para dar muerte. Que el matar muchas veces vuelve, para siempre, cobarde a un hombre. Ahora sólo regresa un silencio que retira hasta el pequeño resultado de la muerte. Un no sonar nada que cruza, a saltos, entre mi revólver quieto y el cuerpo del hombre tendido en la ladera. Le quedarán los huérfanos, pienso, una mujer tacaña como el, los intereses que no pudo cobrar, la plata amontonada bajo un colchón, pobre cadáver que defendió unos papeles sucios, manchados, que son los verdaderos asesinos. Nunca podré averiguar si mi vida merece tanta muerte. Mis hombres, cortando camino, disparando contentos al aire, suben por esa ladera pelada, saltando sobre el cuerpo extendido del usurero, corren hasta la casa levantando el polvo con sus pisadas. Rompen la puerta cerrada. Ahora romperán a cuchilladas el colchón, hundirán sus manos entre la paja sucia y apelmazada, o quebrarán los carrizos con telerañas del soberado y tantearán la hierba y los animales asustados del cuyero, o escarbarán las paredes partidas: buscando esos billetes húmedos que deben estar enrollados, envueltos en un pañuelo o un pedazo de papel de estraza. Esos billetes que el usurero sabría guardar por las noches, a oscuras sobándolos con cariño entre sus dedos, aumentando esa riqueza que defendería con su vida. No eligió al sol que camina a chorros por los ojos, a la tierra que crece y se hace alimento para atravesarnos la garganta; al cielo que se hace agua y nos calma la sed, al sueño que nos descansa: prefirió los papeles sucios que supo arrancar y guardar. Ahora ellos, uno tras otro, mostrándome de lejos y a gritos su contento, salen de la casa con billetes y monedas entre las manos, burlándose del pobre hombre que defendió los papeles viejos, manchados por tantas manos, que ahora tienen ellos. Matas y después comes, duermes, te emborrachas. Sigues viviendo y esa muerte que diste se te despega del alma como la suciedad del cuerpo cuando te bañas, me decía el Chivo Blanco; y vas olvidando la cara que tuvo tu muerto. Pero si te dejas ganar por los recuerdos de tus muertos, estás más muerto que ellos, porque ellos viven de tu recuerdo y vos te vas muriendo en la fuerza de tu memoria. Mejor decirse, amigo, nunca estuvieron aquí, no existieron, jamás tuvieron nombre ni apellido.

Y Chivo Blanco le hacía el quite a los recuerdos, sin darles la cara, porque ya eran pasado y no importaban. Ahora me levanto, estiro las piernas entumecidas, guardo el revólver tibio que sólo gastó una bala en este muerto, me alejo de los troncos que de nada me sirvieron al cubrir mi cuerpo porque el hombre disparó todos sus tiros sin puntería, sin centrar el arma en ninguno de nosotros, como si hubiera presentido que ya no valía la pena herimos antes de recibir su muerte. Camino en la ladera para reunirme con mi último cadáver, con mi difunto solo. Mis hombres, sentados sobre el cascajo, más allá sin preocuparse del muerto, cuentan puñados de billetes repartidos y se ofrecen tantas cosas, ríen, empuñan avaros la plata y tal vez piensen que como esta vida no hay otra, que se juegan el pellejo porque siempre vale la pena jugarlo, arriesgar a ese todo o nada « leí porvenir y siempre ganar. También ellos guardan sus muertos en las memorias, pero no les prestan atención, les parecen indignos al recuerdo, no les piensan como estuvieron: despatarrados, inservibles, feos. Pero ahora este cadáver mío no se deja mirar la cara, pienso, tiene vergüenza de estar muerto, rabia y envidia porque yo lo haya matado fácilmente: guarda su nariz ganchuda entre la tierra y sólo me deja ver el temo viejo que le vistió por última vez el cuerpo, y las piernas cortas que muestra a medias su pantalón remangado en el último estremecerse. Sus manos las guarda junto al estómago, como si estuviera todavía acariciando el dolor de la herida. De un puntapié le volteo para que dé la cara, como todos mis muertos anteriores. Y pienso: el sexto o el séptimo, hace mucho que perdí la cuenta, confundo sus caras, se me figura que murieron más viejos o más jóvenes, me traicionan cambiándose sus fisonomías entre ellos, volviéndose uno solo: un gran muerto que se sienta sobre mi conciencia para aplastarla".

Tampoco dos maneras de morir son iguales, le decía siempre Chivo Blanco, cuando en cualquier chozón abandonado en donde se ocultaban, a medianoche o madrugada, el sueño huía de sus cuerpos como algún ratoncito asustado. Y se revolvían, molestos, sobre los sudaderos y los ponchos hasta que al fin brillaba, chisporreteando, la luz de un tabaco que empezaba a fumar Chivo Blanco, sintiéndose en la oscuridad los ojos abiertos, tristes. Entonces le decía: hay tantas formas de morir como hombres existen en el mundo, Naún. Unos mueren contentos, entonces la muerte traza, antes de largarse a otro cuerpo, una sonrisa en los labios. Hay muertos furiosos que vos temes mirarles la cara, te asustan sus ojos enrojecidos que te odian sin moverse. También hay muertos cobardes que huyen de tu presencia y quieren, pronto, resbalar el cuerpo dentro de la tierra con que se confundirán. Hay muertos que mueren sacándote la lengua, despreciándote porque creíste que al matarlos les hacías un daño. Hay muertos que agradecen su muerte, muertos que parecen dormidos y que hasta parecen soñar; muertos que parecen borrachos, que no parecen muertos, que todavía tienen una vida secreta. Muertos que no pueden morir y muertos que empiezan a vivir después de muertos. ¿Cuál muerte nos tocará, Naún? Y su tabaco se apagaba casi a la par que la pregunta. Y todo volvía a ser oscuro en el chozón de refugio, y él callaba, sin querer adivinar nunca la forma de su propia muerte. "Ahora miro a mi muerto: los dientes ensangrentados, duros los labios entreabiertos, blancos los ojos, como los de una señorita que goza su placer con un hombre: una cara más, lista para confundirse en mi memoria con las otras, con las que ahora son polvo y ceniza. Y se unirán esos ojos en blanco a la sonrisa cruel ele algún muerto que olvidé, a una mejilla atrevesada por una bala, a unos sesos salpicando una corbata, una mancha morada- sobre la frente, un hueco grande en el estómago. Retiro la vista con asco, queriendo justificar mi disparo con la facha que ahora tiene el cadáver. Y le digo, bajito, acercándome a su cara sin sangre, a sus ojos vacíos: ya vendrán tos parientes o los gallinazos, no han de tardar. Pero ninguna muerte me duele después de la primera: cuando junto a Pajarito y Chivo Blanco disparé hacia ese hombre que quiso esconderse tras un trapiche. Disparé con una finura de pulso, con un ojo tan certero, con unas ganas ele matar que el hombre no tuvo tiempo de abrir la boca y se fue para atrás, cayó de espaldas de un bunque lleno ele miel y dejó en el

aire, antes de esconderse en esa masa dulce y espesa, un sombrero blanco que, libre de su dueño, se asentó sobre el bagazo sucio y pisoteado, entre el vaho del aguardiente, el aroma duro del guarapo, el olor risueño de la miel. Y no quise acercarme, aunque Pajarito y el Chivo Blanco me estuvieran diciendo es tuyo ese cadáver, mírale la cara, búrlate un poco de él si quieres, o calcula su edad, de cuántos años se ha ido de este mundo, mírale el bigote embarrado de miel, o la última camisa que a lo mejor acababa de comprar en la feria de Zozoranga. Pero yo no quise mirar y escondí un poco la cara, porque estaba llorando sin que me hubiera dado cuenta".



RINDOLFO

¿Le acertarías a una tapa de cerveza con los ojos vendados? El, apretando la copa de vermouth entre sus dedos, escuchando ese arrastrarse ruidoso de los pasos del baile entremezclados al insistente vaivén de la música lenta pero estrepitosa que sonaba bajo la aguja del fonógrafo, dudó en responder: por el tono de burla suspendido en la pregunta del dueño de casa: no esa burla abierta de la gente común, sino esa despreciativa y oculta de los hombres acostumbrados a mandar, a poseer, a retener. Y también, le pareció, hubo en la pregunta algo mucho menos notorio pero infinitamente más decisivo que una burla: esa manera de ser, de comportarse, innatamente superior, jerárquica, dirigida hacia sus botas lodosas, sus mejillas recién afeitadas y olorosas a colonia barata de peluquería, a sus pantalones de dril, manchados y humillantes entre el gentío educado que subía las gradas, cruzaba los corredores enladrillados, rozaba con sus ropas caras los maceteros de plantas anémicas, bailaba con cortesía, embromaba con pudor y bebía a sorbos cortos sus copitas de mistela o vermouth, sin fijarse en él para nada, sin ninguna curiosidad por su facha, creyéndolo quizás uno de los mayordomos de alguna de las haciendas extensas del dueño de casa, desperdigadas entre los abrigados contrafuertes de Las Chinchas y los diminutos valles de La Bendita. Puede que acertara, señor, respondió entonces, apocado por la sensación opresiva y prisionera de los aleros altos de la casa, por ios cuadros borrosos que entenebrecían las paredes blancas de los corredores. Y se dio cuenta que de aquel lugar no le agradaba nada, ni siquiera el taconeo voluntarioso de las mujeres que bailaban.

Jóvenes, maduras o casi niñas, que estrenarían vestido plisados, faldas estrechas con vuelos, peinados lacios y maquillajes lánguidos. Claro que podrías, hombre, le dijo sonriendo el dueño de casa palmeándole con distracción el hombro. Y él se puso a pensar que era una temeridad estar ahí, en el centro mismo de la ciudad de Loja, en la casa de un notable que daba una fiesta a sus amigos: casi todos tan notables somo él: altos empleados de la jurisdicción, autoridades de la mismísima Intendencia, militares de sable y espuelas, algún candidato a diputado, gentes importantes que no sospechaban lo cerca que él se hallaba; bebiendo el mismo vermouth que ellos bebían, escuchando la música a cuyos sones ellos bailaban, mirando a lo lejos, de reojo, las caderas, las panto- rrillas de sus mujeres, hermanas, hijas. Y admiró la serena audacia del dueño de casa, invitarlo aquella misma noche para proponerle un negocio, para brindarle unas copas y observarlo, burlón y divertido, como uno de aquellos osos negros, resoplantes, que se capturaban con trampas en las montañas espesas de Yulug. Entonces desconfiaba y temía, y multiplicaba sus miradas buscando algunos ojos que lo estuvieran reconociendo, o unos labios que dieran el grito de alarma: el bandido está aquí, en esta casa, con su revólver y su facha tenebrosa. Su mano estaba cerca del revólver disimulado en la amplitud de su leva antigua, rural, ordinaria, desentonante en aquella profusión movediza de temos de casimir rayado, de zapatos de charol, de vestidos de organdí del color y la consistencia de las nubes en verano, de tules sosteniendo moños, de borsalinos afelpados sobre los roperos.

Y desentendiéndose de la sorna prepotente del dueño de casa, buscó entre el gentío a la figura huidiza del Rindolfo, algo de su risa apagada, un rastro de sus dientes largos, incompletos, caballunos, entre ese vaivén de caras soñeras, perfiles importantes, cabelleras olorosas a perfume. ¿Y si me ha traicionado?, se preguntó, sintiendo el agarrotamiento imprevisto del miedo, atravesando veloz a lo largo de su espinazo. ¿Y si todo esto no es más que un plan entre él y el dueño de la casa para capturarme, para matarme en lo mejor de la farra? ¿Y si los hombres callados de la Intendencia saben que estoy aquí, bebiendo una copa, como si nada, embobado en la elegancia de las mujeres, envidiando los temos de los señores? Pero, a tiempo, encontró la flacura desgarbada del Rindolfo que lo espiaba risueño desde los confines del patio empedrado, junto a la pared de la cocina, animándole con señas, seguro en su soledad,

ambicioso, implacable con su ambición. Por qué le hago caso, pensó mirándolo, por qué no lo maté cuando Abelardo Ochoa, uno de los míos, me lo presentó esa tarde soleada en Pindal, su tierra, diciendo mi hermano Rindolfo, y él extendió su mano flaca para saludarme y le advertí el brillo enfermizo de los ojos, el temblor de espaldas, el sudor de manos de los ambiciosos. Y después pidió unirse a la banda, y yo le acepté porque su hermano Abelardo era valiente, generoso con su propia vida y con los pobres. Y cabalgó conmigo en esos tiempos malos que se alargaban sin esperanzas: los hacendados se hicieron cuidadosos, ya no guardaron el dinero en sus casas porque unos millonarios levantaron los bancos y ahora toda la plata de los pudientes se va a dormir, a engordar en sus cuevas. Y las caravanas de arrieros, los postillones, empezaron a cruzar los caminos protegidos por piquetes de guardias, por soldados de caballería, por carabineros de a pie. No es que les tuviéramos miedo, pero las cosas eran mucho más difíciles, o no resultaban, salían mal. Muchos se largaron de la banda diciendo que los buenos tiempos terminaban, que los ricos se aseguraban demasiado y nosotros teníamos las de perder. Entonces el Rindolfo se acordó de su ambición y quiso compartirla conmigo.

Usted se ha quedado sin nada por repartir todo a los muertos de hambre, a los piojosos que ni siquiera agradecen, que le odian y son sus peores enemigos, me decía. Piense en las tierras, en el ganado, en toda la plata que tendría ahora si no hubiera desperdiciado sus ganadas en regalarlas a los mugrientos pordioseros que merecen vivir la vida que llevan porque nada hacen para mejorar. Piense, jefe, en la ropa elegante que podría usar, en los banquetes, jefe, que podría darse, en la importancia que da el dinero, cuando se sabe administrarlo, jefe. Hasta las autoridades se olvidarían de que usted es un ladrón, un reo viéndolo elegante, platudo, generoso, palabra. Sólo una vida tenemos y hay que descontarla bien. Y sus dientes de caballo se alargaban en una risa breve. Los hacendados empezaban a formar partidas, a pagar a gente bragada, a cuatreros arrepentidos, a matones fugados de cárceles, para que nos persiguieran o ahuyentaran. Trajeron perros extranjeros, inmensos, para que olfateando nuestros humores adviertan a los dueños con unos ladridos de trueno. Soldados de línea subieron desde los destacamentos costeros en patrullas rápidas, efectivas, armados de manlichers certeros, de ametralladoras, y siguieron nuestras huellas en batidas que duraban semanas enteras, incendiando chozas de gentes que no querían avisarles por dónde iba nuestro rumbo. Nos refugiamos en quebradas, en cerros, en ramadas sin dueño. Y el Rindolfo, mirando los rastros de acoso, las huellas de la fuga, en nuestros cuerpos flacos, me hablaba de todo cuánto se puede comprar, de lo tranquila que debe ser la riqueza, de unas camas blandas donde el sueño es como una bendición, de unas mujeres tan suaves como la corteza de los duraznos, que se pueden tener y acariciar si los bolsillos de uno están llenos de billetes. Y yo, sin querer oírle pero oyéndolo, recordaba mis años en el Panóptico, el hambre, la mugre, el no poder nada contra esas murallas altas, contra los guardias de azul que me rondaban los pasos. Y pensé en las historias de bandoleros cazados como fieras, allá en el Norte, en unos páramos azules, en ese lento acabarse del Aguila Quiteña, el mejor y más elegante ladrón que vio la República; en las muertes feroces de los Quiroz, sobre las alturas húmedas, nubladas del Buerán, junto a Cañar, el pueblo helado y triste. Pensé en sus vidas que cruzaron vacías. Y pude pensar en una casa pequeña, de paredes recién blanqueadas donde yo podría estar viviendo sin peligro, en la tranquilidad de un sueño sin sobresaltos, en una mujer que me quiera sin sufrir, en un hijo que lleve mi nombre y mi recuerdo , en camisas limpias, botas nuevas, parcelas con riego. Rindolfo decía que el tener dinero es como si se llevara una vida de repuesto, una vida nueva que le sirve a la antigua, a la necesitada. Decía que el hombre que no ambiciona no merece vivir ni ser hombre, porque el poder, la riqueza, se logran con valentía y coraje. Porque el sacrificio sin recompensa no es sacrificio, que los años pasan y la juventud dura menos que la flor de maravilla que en el mismo día nace y muere. Y yo pensaba en esas pocas canas que me han

nacido en el pelo sin un cómo ni cuándo, en esas arrugas que parecen las cuchilladas lentas con que el tiempo nos marca. Y ayer nomás, mientras rondábamos por las afueras de la ciudad, por Pedestal y Consacola, sin atrevernos a entrar, necesitados de dinero, de herrajes nuevos para los caballos, el Ridolfo me dijo: hay un caballero que quiere hablar con usted. Y pensando en la casa de paredes blancas que quizá nunca tendré, en la mujer que nunca me querrá, en los hijos que no nacerán ni llevarán mi nombre, acepté, cruzamos el puente estrecho del Malacatos.

Ahora el Rindolfo le sonreía desde esa oscuridad que le difumina el cuerpo, tomada por él para su anonimato. El, de golpe atemorizado, sin esperanzas de poder resistir en el caso de que la celada fuera cierta y los elegantes empleados de la Intendencia, o los militares entorchados extrajeran sus relucientes pistolas y comenzaran a dispararle, roto el amable simulacro de fiesta, des- truícla la música con los primeros tiros, sintió ganas de caminar hasta la oscuridad donde se guarnecía seguro y confiado el Rindolfo, para decirle en voz baja, rápidamente, que debían largarse, que no le agradó la manera de mirar del dueño de casa, que le mareaban esos perfumes a nardo y violeta de las mujeres en la fiesta que sólo parecían existir para que las perciban y contemplen, como cuadros, como apariciones. Que sentía ojos atentos clavándose como espinas a sus espaldas, que presentía guardias emboscados dentro de los altos cielorrasos de estuco, que adivinaba fusiles apuntándole tras las cortinas de tul y las mamparas empapeladas. Pero el Rindolfo, distante, extendió un brazo en una corta seña que lo tranquilizó, como diciendo que respondería siempre por su vida, tal como se lo había jurado, jefe. Ahora el dueño de casa, desentendiéndose de él, sin suponer sus secretos temores, sin preocuparse por su envarada timidez, avanzaba despacio, erguido y contento por los corredores enladrillados, recibiedo manos extendidas, deteniéndose para cruzar imprescindibles palabras con invitados de confianza, para admirar discretamente unos pechos blancos apretados por los tafetanes de una blusa o respirar un perfume amable. Debió explicar a varios que se detuvo a conversar con aquel campesino descuidado y de aspecto hosco acerca de negocios de hacienda, que sabrían dispensarle la demora. Subió lento, dignamente tieso, con su mano apoyada al pasamanos charolado, escuchando el deslizarse de faldas, el crujido de enaguas almidonadas que le venían nítidos desde la sala donde se bailaba alguna lentísima habanera. Rubicundo, sonriente, se posesionó de uno de los butacones forrados de raso de la sala y debió sentir más intensos los perfumes entremezclados impalpables de las mujeres que soportaban un leve roce de dedos en sus talles apretados cuando bailaban, púdicas, inaccesibles, fieles si casadas, con recato si solteras. Retiró de los charoles los biscuits almibarados, las tajadas de torta con pasas, los chocolatines extranjeros y se endulzó la boca quizá con el recuerdo de aquel hombre impávido y parco, que se quedó aguardándole en el patio, ya no tan temible al verlo con sus movimientos incómodos, su facha de campesino y prófugo irremediable de la justicia. Admiró, una vez más, pero con un sentimiento neutro, los retratos ovales de su padre ilustre, de su madre matrona, de esos antepasados proceres y distantes que presidían, extraños, la gran sala con la música y el deslizarse de pies y voces que contenía. La bocina lila del fonógrafo debió parecerle una inmensa flor petrificada de pétalos soldados y abiertos, arrojando de sus fauces aquellos zumbidos jadeantes, rítmicamente precisos que debieron obligarle a compararles con la armonía serena y por momentos desafinada que escuchó en bailes lejanos, casi olvidados. Brindó con alguien, repetidas veces, levantando su copita de ver- mouth o vino Moscatel y quizá pensando en el tipo que dejó en el patio, encandilado por la luz eléctrica, amarilla, impetuosa, que se descargaba sobre los corredores llenos de gente importante. Que era sólo un pobre diablo, dictaminaría terminante, que su prestigio triste de robos y asaltos pronto no sería más que un fastidioso recuerdo, o ni siquiera un recuerdo: patético detrito de la pobreza y la ignorancia, de la mala sangre mestiza, pensaría, de las pasiones irrefrenables, de la rusticidad de su existencia. Por ahora lo prefería asombrado, vagamente amistoso, corrido como todo

chazo en casa grande, como todo campesino en ciudad. Sabía de sus disparos certeros, del temor casi reverente con que en muchos lugares se pronunciaba su nombre. Tal vez prefirió olvidarlo momentáneamente, saboreando el licor de su copa.

Hundiendo su atención plácida en la batahola de temos y faldas que marcaban el compás de una guaracha estrepitosa, inarmónica para su gusto. Los temos grises, anticuados pero elegantes de dos o tres cincuentones que sólo miraban el baile, se acercaron, copas en alto, para rodearle con vehementes desmostraciones de aprecio, le obligaron a brindar con ellos, a beberse una copa a la salud de los buenos tiempos, de las épocas inolvidables y claras del pasado. El dueño de casa, temiendo, aunque sólo por instantes, el súbito desgarrón de un disparo, acechante bajo su sonrisa de político nato, de Senador Vitalicio, obligó amablemente a sentarse a los tres, a compartir su papel de testigo satisfecho de una fiesta que al día siguiente sería alabada y pormenorizada en la columna social del esmirriado periódico de la ciudad. Uno de los tres cincuentones, el con aire y maneras de juez, desviando abruptamente cualquier inevitable comentario acerca de la donosura con que bailaban la hijas del Alcalde que revoloteando ante sus ojos, rutilantes en la promesa de sus dieciséis, diecisiete años vedados por sus edades, empalidecidos los rostros con polvos Camay, dirá algo acerca de los tensos y ominosos que emergen los tiempos presentes, la tercera década de un siglo que nació entre guerras, rebeliones y amenazas de cataclismos. Seguramente tomará como referencia su diario bregar en juicios y audiencias, en la camisa de fuerza de los Códigos. Y dirá, abstrayendo, que el hambre y las pasiones, que la agitación y el desacato amenazan los cimientos mismos de la sociedad. Entonces, como sintiéndose aludido, como siendo tocado en su personal llaga, el dueño de casa, con la vista perdiéndose entre los estucos del cielorraso, les dirá que hoy sus tierras se desperdician largas, inmensas, arruinándose por una falta de siembras, de cosechas, que mucho tienen que ver las caravanas de campesinos largándose, con una alforja al hombro y sus corotos, hacia la promesa dorada, al espejismo palúdico que es la Costa, hacia los pueblos que se forman, de la noche a la mañana, sobre las orillas de los ríos profundos, a la vera ruidosa de las líneas férreas. Y dirá que quienes se quedan, los arrimados con deudas suficientes como para no poder emigrar o los simplemente pegados a la tierra que los vio nacer, se reúnen, murmuran, le miran con odio. Y dice que desde julio pasado les aumentó un real en especies por concepto de ayuda, pura filantropía, pero que ese real de nada sirvió, porque ahora quieren, codician, secreta o públicamente, sus tierras, despeñan sus reses y se las comen, desvían las acequias, queman los cañaverales, destrozan a machetazos los cafetales y se niegan a trabajar. Sus ojos se detienen sobre los jarrones de alabastro que adornan las mesas situadas en los rincones de la sala, escucha impávido la canción que brota del fonógrafo y recita gangosa "nos iremos a pasear, mi china, en las ondas de las Fi...lipinas, nos iré...". El cincuentón seguramente juez le dice conciliador, optimista, que una boleta de desalojo, que un piquete de carabineros, que las burdas ideas del socialismo se filtran. Pero el dueño de casa, colérico, enrojeciendo sus mejillas carnosas, dice terminante que él se basta para obligarlos a sembrar y cosechar, a finales de septiembre, con las primeras lluvias.

Y su memoria retornará hacia el hombre que, sin quitarse el sombrero, le saludó diciendo yo soy Naún
Briones, y entonces él sintió una especie de pavor frío y desamparado y por simples, mecánicos reflejos, arrepentido casi por haber llamado a ese hombre, pudo extender una amplia sonrisa antes de invitarlo a pasar al patio, temiendo que ostentara demasiado su facha perdularia ante invitados que no cesaban de llegar contentos, mirando las guirnaldas de papel crepé que tremolaban sobre las paredes iluminadas del zaguán. Pero ahora, el dueño de casa, enrojecido y porfiado como se encontrará en la sala, ante tres

amigos, no sabrá que en ese momento el bandido, aburriéndose, cansado de aguardar el retorno del caballero, se acuclilló sobre el patio para desentumecer un poco sus piernas y que, en esa actitud soportó las miradas recelosas de las criadas que cruzaban el patio en un ir y venir sigiloso, sosteniendo charoles con copas y biscuits. Sintió en sus narices el espeso olor a fritadas, de mantecas hirvientes en pailas y sartenes, de empanadas rechinando, y estuvo disgustado con su intranquila hambre aguzada por la cantidad de cigarrillos consumidos entre la desconfianza y el aburrimiento. Volvió a pensar en largarse inmediatamente de aquel caserón antiguo y elegante, tan sigiloso como llegó, tan suspicaz como desde hacía horas enteras. No debí hacerle caso al Rindolfo, pensó molesto y vigilante, ese ricacho para nada bueno querrá hablar conmigo. Levantó la cabeza, alzó imperceptiblemente el ala del sombrero que protegía su rostro de cualquier mirada demasiado curiosa y sus ojos se largaron a contemplar el contorno luminoso de la puerta de la sala, dentro de cuya refulgencia se movían las sombras de parejas bailando al compás del insistente, aburrido, opaco estribillo musical que le llegaba. Adivinó al Rindolfo una media sonrisa que le partía la impasibilidad del rostro y le llamó con la mano que ahora sostenía el cigarrillo. Era mejor estar juntos en caso de que algo sucediera. Porque empezaba a desconfiar hasta de las criadas viejas que, de rato en rato salían de la cocina cercana con cazuelas llenas de agua caliente y restos de plumas, cascaras de papa y lanas de cuy para verterlas sobre la tronera del centro del patio. El Rinclol- fo no quiso moverse de la sombra que lo disfrazaba en apenas una silueta sin rostro, pero él insitió en llamarlo, impaciente, sintiéndose tan increíblemente ahí, en ese patio tachonado de piedritas redondas, musgosas de humedad, cuadriculado por largas inserciones de huesos y ortigas bajo los bordes de los pretiles de piedra. Y sintió entonces que su desconfianza empezaba a envolverle al Rindolfo. ¿Y si era un plan de él para entregarlo a las autoridades que ahora bailaban o bebían...? ¿Sí, como a Judas, le dieron un poco de plata para que lo vendiera, tra- yéndole con engaños hasta el centro mismo de la ciudad de Loja, donde en el caso de una emboscada cualquier defensa .sería ele antemano imposible...? Y volvió, terco, a llamarlo, a decirle en voz baja que viniera, que no lo dejara solo allí, en esa farra de pitucos elegantes y soberbios. El Rindolfo al fin, de mala gana, lleno de precauciones, dejando de sonreír, se despegó de la pared blanqueada y caminó encorvado hasta el patio, bajándose sobre el rostro el ala de su sombrero de paño para acuclillarse junto a él, esparciendo en el aire estancando del patio un leve, casi imperceptible temblor. El, tranquilizándose, le miró el perfil filudo, los cañones irregulares de la barba sobre las mejillas hundidas, los ojos que evitaban mirarle y que no podían estarse quietos. Y le dijo, casi al oído, atento al bullicio que acababa de estremecer la cocina, que debían irse inmediatamente. Rindolfo no le dejó seguir. ¿Largarse ahora, cuando había hablado con el dueño de casa y le escuchó proponerle un buen negocio, un fácil convenio? ¿Ahora que podía ser el fin de las correrías estériles, de las fugas sin esperanzas, de los peligros, las hambres? ¿Ahora que la alianza con el Senador Vitalico podía decidir la suerte de los años que le quedaban por vivirse? El rostro del Rindolfo era sólo una fingida extrañeza, un desesperado desafío a su miedo secreto, a sus deseos de huir de aquello que podía ser la tranquilidad, la hartura, la misma paz. Pensó en bandidos muertos, en soldados y guardias persiguiendo las huellas de su caballo blanco y, entrelazando sus dedos sobre las rodillas, respirando ese aire atosigado por el aroma de carnes friéndose, prefirió aguardar, aburrirse aún más como un pobre testigo de la fiesta que lo ignoraba y transcurría sobre él. Pero el bandido no supuso que el dueño de casa, desde su butacón blando de la sala, extraería sin urgencia la leontina dorada del bolsillo izquierdo de su chaleco, levantará la tapa con sus iniciales y descifrará la hora que marca el reloj, sintiendo a su estómago agriado por el vermouth, los biscuits.

Y volverá a guardar el reloj, solemne, posponiendo sus problema para después de la fiesta, mirando con ojos fatigados a las muchachas que enrojecidas por la fatiga, revueltos los cabellos por la

impetuosidad del baile, se sientan sobre los sofás, rodeadas de jóvenes que limpiando el sudor de sus frentes, insisten en bailar con ellas al ritmo que, recurrente, vuelve a sonar en el fonógrafo mientras las señoras maduras y gordinflonas se mueven en pequeños grupos hasta el extremo opuesto de la sala y los caballeros de edad rodean al dueño de casa y participan con él en una conversación que anticipe las perspectivas de las elecciones próximas, y en la que puedan demostrar su intransigencia partidaria, con sus entronques cori el poder local siempre inestable, regionalista, aislado de los demás poderes locales que erosionan el país. El dueño de casa, un poco en broma, predecirá el nombre del futuro presidente y exagerará sus influencias en los círculos gubernativos de la Capital, en su alta sociedad, en la fluctuante jerarquía militar y sus categorías recelosas. Quienes le rodean lo mirarán fingiendo una sorprendida admiración por pura cortesía, sabiéndolo a punto de quebrar por las deudas, inútilmente ostentoso entre aquel conglomerado de terratenientes sólidos, comerciantes de visión práctica, doctores prestigiosos y caros, autoridades efímeras pero amplias en poder, propietarios de casas grandes, de baldíos a los que el imperceptible crecimiento de la ciudad aumentan el valor. Cabeceando su inicial borrachera algunos, insistirán en brindarle copas de vino hervido, vasitos de aguardiente anisado. Pero la voz chillona de la esposa anunciando que la comida está lista le salvará de mayores y más recias agruras y sordos dolores estomacales. Poniéndose de pie, imponiendo su autoridad de anfitrión, levantará los brazos, campechano, otorgando confianza, diciéndoles a todos que pasaran a servirse un simple refrigerio, una insignificancia. Y la vitrola se irá quedando olvidada, solitaria y estentórea sobre la mesita en que reposa, agotado un vals peruano en chirridos. El dueño de casa, atravesando lentamente la sala, seguido por el tropel alegre de los invitados, ignorará que en el patio el jefe de bandidos vio abrirse de par en par las puertas del comedor, escuchó lejano, intruso, cómo crujían manteles almidonados al ser extendidos sobre mesas largas. Y un poco curioso miró cómo las criadas, expertas, bullangueras, colocaban floreros con gladiolos blancos sobre los manteles, acercaban las sillas de alto respaldo, iban poniendo los cubiertos en los lugares precisos. Y vio luego, nuevamente precavido, acercando la mano derecha a la superficie tibia de su escondido revólver, cómo se iban deslizando por las gradas los señores elegantes y algo achispados, las clamas orondas y secreteadoras, las muchachas desarregladas y contentas por el baile, para avanzar por el corredor cruzando a lo largo de los maceteros de violetas y malvas de olor y entrar al amplio comedor, acomodarse en torno a las mesas y recibir, con sucesivas venias de cortés agradecimiento, los tazones de porcelana llenos de caldo humeante y comenzar a beberlos sin prisa, soplándolos discretamente. Y él se carajeaba por estar ahí acuclillado y hambriento, con frío y entumecido, junto a un Rindolfo absorto en la contemplación de la comida y los comensales. Comer así, ciar estas fiestas, codearse con esas mujeres tan buenas mozas, tan elegantes, hablar y bailar con ellas, sentir el latido de sus cuerpos bajo los tafetanes, emborracharse con solo percibir sus perfumes caros, eso es vivir, jefe, le dijo en voz baja envidiosa el Rindolfo. El, sin querer hablar, vio más tarde ese desfile de criadas sosteniendo platos llenos de cuyes, de papas doradas, de lechugas frescas y rábanos y vio a los ávidos caballeros, a las amaneradas damas arrancar con los dientes el cuero tostado, la carne blanda y blanquecina, macerada en especias, enrojecida por el ají, despintándose los labios al comer las mujeres, glotonas y alegres, eructando luego con disimulo, limpiándose manos y bocas en las servilletas al terminar el plato, un poco nostálgicas por los restos de huesos mondados y lo rastros de grasa sobre su superficie.

Pero el dueño de casa ignorará la contemplación
hambrienta de aquellos dos bandidos rurales desde la sombra del patio y mientras sienta que su estómago vuelve a revolvérsele asqueado, protestando por la opulencia mantecosa de los platos con imprecisos, espasmódicos piquetes que anuncian la presencia de una antigua úlcera, exigirá, fingiéndose

alegre, que todos los presentes devoren aquellas torres humeantes de morcillas blancas que las criadas traigan, en largas bandejas, desde la cocina. Y todos, obedeciéndole, embromándolo, hundirán los afilados tenedores en la suavidad de las morcillas, las irán devorando en silencio, saboreando las pasas y las aceitunas, las coliflores picadas, las arvejas tiernas y la sangre refrita en cebollas verdes. El, con el estómago abotagado y necio en sus dolores, observará en silencio a los comensales, para sugerir luego, con palmadas bonachonas sobre la mesa, las gelatinas de res, espesas, aromáticas, o el negrísimo café de Zaruma como dignos postres. Discretas las mujeres aflojarán la intolerable opresión de sus corsés y los señores se palmearán el vientre con cuidadoso disimulo y sentirán los gases pesándoles en los estómagos, opresivos, queriendo escapar en vedadas pedorreras. Más tarde, brindarán con vino dulce y las mujeres solicitarán una tacita de agua de manzanilla, como avergonzadas por su glotonería, descorridos sobre sus rostros ahora pálidos, los colorines y los polvos que tanto las embellecieron al llegar. El dueño de casa descubrirá entonces lo viejas que son algunas, ya desenmascaradas de sus afeites, con papadas y arrugas, con clientes postizos, con patas de gallo en los párpados: tal como eran en realidad. Y, disgustándose, casi arren- pentido por su fiesta, se impacientará en la larga y sosa sobremesa, aguardando, anhelante, que los primeros invitados empiecen a marcharse, a despedirse con agrade- cicla cortesía, con ponderadas alabanzas y salgan a la calle para encender, algunos, los motores fríos de sus fords negros o verdeoscuros con las capotas cerradas y se alejen, calle arriba o calle abajo, haciendo sonar escandalosamente los escapes de sus coches en aquella media noche vacía. Entonces tendrá tiempo para pensar en sus propios problemas, en ese jefe de fascinerosos que le aguarda, quieto y paciente, resignado y hostil, en el patio, como un peón o un campesino en pos de ayuda. Sí, ahora vendrán los apretones de manos, los abrazos, los diminutivos cariñosos nombrándole, los vahos alcohólico junto a su rostro. Y los invitados, cautos, pensando cada cual en su cansancio, su digestión, su sueño, se marcharán en grupos o en simples parejas y él se irá quedando progresivamente solo, sentado a la cabecera de la mesa grande del comedor, sin ánimo de levantarse para despedir a los invitados en la puerta de la calle. Y fumará un cigarrillo despacio, sin verdaderos deseos de fumarlo, demorando un poco más el momento oportuno para llamar a esos dos pobres diablos que le aguardan en el patio, amortiguadas sus propias, infelices hambres por una espera tan larga, tan palmariamente despectiva. Porque el dueño de casa sabrá que el guardar las debidas distancias con las gentes de baja condición social debe ser tan indispensable como el saber mantener relaciones cordiales, aunque lo sean en apariencia, con los de su propio rango. Espiando a través de las ventanas abiertas del comedor a las últimas muchachas que, obligadas por padres o hermanos se alejan rumbo al callejón, silenciosas, nostálgicas por el baile interrumpido, llamará con unas cortas señas de sus manos, a los dos hombres del patio, y no sabrá cómo el jefe de bandidos estuvo isultándolo en secreto, renegando de la desembozada glotonería de esos invitados asépticos, mirando devorar a intendentes y jueces, pensando en que podría, ese momento, robarles, matarlos sin que fueran capaces de ofrecer resistencia. Y Rindolfo, entretanto, no se cansaba de admirar, de comparar sus pobres comidas insípidas con las opulentas presas gordas, con las morcillas apretadas y tumefactas, con los licores translúcidos que él jamás probó, ni en sueños. Y cuando los invitados empezaron a marcharse, el Ridolfo le dijo a su jefe que mirara su paz, su confiada alegría, que clavara los ojos en las nucas tersas de las muchachas, en sus cinturas estrechas y cimbreantes, que deseara, envidiara esas maneras de vivir, esas existencias protegidas, prestigiosas desde el momento mismo en que venían al mundo, heredando apellidos notables, pasados gloriosos. Y decía cuándo podrá poner uno las manos sobre una mujer así, tan blanca, tan delicada. Y él, malhumorándose, amenazó con un puño a las palabras envidiosas del Rindolfo, obligándolo a callarse, a escuchar en silencio el rugir de los automóviles en la calle, su chirriante desplazarse sobre el empedrado vacío, a imaginar sus faros cortando en lonjas amarillas la oscuridad de afuera y sus motores largos como hocicos de perro apar-

tando el aire tenebroso de la noche de Loja. Mucho más tarde distinguió, a través de las ventanas empañadas del comedor, esas manos regordetas que lo llamaban, y sintió que odiaba ese tipo de manos, blandas, jamás encallecidas, nunca juntas para pedir un favor. Se incorporó, extendió las piernas para desentumecerlas y avanzó, siempre cauteloso, la mano cerca del revólver, hasta el comedor donde sólo quedaban la figura calva y rechoncha del dueño de casa y los restos de la comida sobre fuentes y platos. El dejó crecer su odio mirando la insignificancia del senador que, temeroso, hipócrita, le sonreía a la fuerza, preguntándole si quería servirse algo, lo que él quisiera, mientras el Rindolfo, que llegó detrás de él, como garantizado por su corpulencia y su prestigio, saludaba con venias al dueño de casa, mirándolo con picardía y aires triunfales para luego apoderarse, con disimulo, de los huesos de cuy, las tripas de morcillas babeadas de los platos. Yo no vine a comer, señor, respondió el jefe de bandidos con sequedad, como desquitándose de la ostentanción y la espera. Y el dueño de casa, sin insistir ni ofrecerle una silla, sin mirar ese rostro duro y redondo, le dijo que lo necesitaba, que pagaría sus servicios tan bien como todo caballero suele pagar, que quién sabe si después hasta podría interceder ante jueces y autoridades para que, de poderlo, olvidaran ciertos hechos y no siguieran pesiguiéndolo, ofreciendo recompensas por su cadáver, juzgándolo en ausencia. Sólo se trata de dar escarmiento a unos vagos, unos insolentes que no quieren trabajar, le dijo casi en un tono de súplica el dueño de casa, a unos infelices que no quieren sembrarme las tierras, que desvían el agua de los potreros para sus ilícitos cultivos, que quieren adueñarse de las parcelas que les entregué a cambio de su trabajo, que se han envalentonado y despeñan mis reses o las roban. Y él, en un tono discreto y un poco burlón, le respondió que para eso estaba la policía y las leyes, el mismo ejército, los jueces amigos que el dueño de casa jamás podría necesitar de un ladrón que es tan pobre como las cuadrillas de arrimados que viven en sus fincas y propiedades El Rindolfo le codeó discretamente, se apresuró en ayudar al dueño de casa explicándole, con el permiso del caballero, que se le ofrecía un buen trabajo, una segure protección: cosa que no debe despreciarse, porque la vida es dura, jodida, que la fuga no termina nunca, que es hora de cambiar, de volverse útil a quienes ordenan y disponen. Y él no se atrevió a responderle, a decir que no valía la pena aterrorizar a unos infelices arrimados por un poco de plata, por una promesa de perdón que nunca se cumpliría. La policía, Naún, dijo el dueño de casa aligerando su preocupación con una corta sonrisa, siempre los chapas terminan por empeorar las cosas, matan a un montón de gente, disparan con escándalo y se lavan las manos después. Prefiero tus métodos, Naún. Y él entonces pensó, obstinadamente, en una casita con las paredes acabadas de blanquear, en un sueño sin sobresaltos, en una mujer que no pensara en la muerte al acostarse con él, en un hijo conocido y cariñoso que lleve su mismo nombre. Y pensó que la vida de uno vale más que las otras, porque es única, propia e irrepetible. Y sentándose junto al dueño de la casa, con un aire de fatiga y preocupación, le dijo que podían conversar.

Días después se supo que tres arrimados fueron baleados en una hacienda de Marcavelí, cuando se resistieron a sembrar con las primeras lluvias de invierno. Y muchos dijeron que el caballo blanco de Naún Briones caracoleó, turbulento y veloz, por los cafetales de Marcavelí en aquel día.



EL VERDADERO

Cuando su fama se extendió, como un incendio de pasto en el verano, y bastaba con oír su nombre para que se llenaran de miedo los simples viajeros, y los comerciantes, los postillones, los revendedores de granos, los romeros y hasta los que cruzaban los caminos en partidas de diez o de veinte, mucha gente pensó: si sólo su nombre causa tanto miedo, si nadie lo conoce, será muy fácil conseguir un arma, montar un caballo, reír con fuerza y decir yo soy Naún Briones para lograr lo que uno quiera. Y así fue como, vea usted, empezaron a salir los falsos Naúnes, los aprovechadores de su fama, que ya era inmensa. Dicen que un hombre de los lados de la Bendita, cojo y ambicioso, salió a recorrer los caminos para detener a los viajeros riendo estrepitosamente y gritarles: denme lo que tienen, yo soy Naún Briones, y los viajeros asustados, muertos de miedo, pidiéndole que no les matara, le entregaban sin chistar cuanto llevaban. Así, el hombre ése, en menos de un año dicen que reunió una gran fortuna, y que, en un año más de andar fingiéndose Naún, pensaba largarse al Perú, a disfrutar de lo que tan vivamente había reunido. Pero este pobre hombre nunca se imaginó que un día iba a toparse con el propio, el verdadero Naún Briones que, sabedor de cómo lo remedaba, lo iba cesteando, cesteando. Dicen que una noche el falso Naún, el cojo, cabalgaba por un camino, solo como un alma en pena y que en un recodo, de entre unas malezas, apareció un hombre vestido de blanco, cananas terciadas sobre el pecho y sombrero alón. Y dicen que plantándose en la mitad del camino le dijo al cojo farsante: apéate, cristiano que quiero hablar con vos. Y que el cojo falseador, temblando, quizá presintiendo con quién se había topado, bajó del caballo y entonces escuchó esa risa única, ese chasquido de jajás interminable, y vio que el hombre de blanco tenía un revólver apuntándolo, y oyó que el hombre del sombrero alón y las cananas terciadas le decía: el verdadero, el único Naún Briones soy yo, infeliz. Y dicen que le largó un balazo entre ceja y ceja, escarmentando por un tiempo a los que andaban con la tentación de imitarle al cojo.

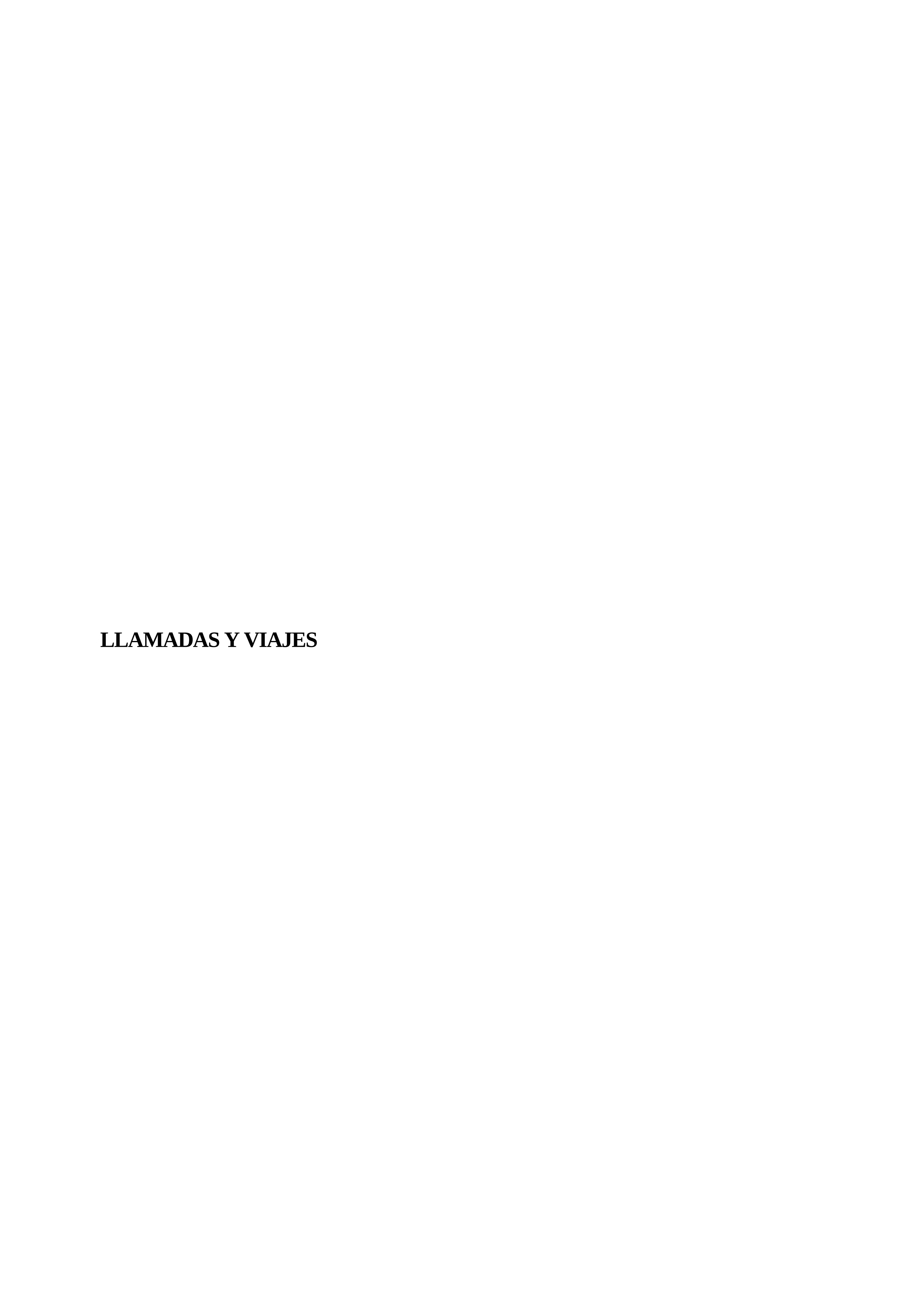
Pero, como el hombre nunca escarmienta de verdad, al poco tiempo apareció un Naún Briones jovencísi- mo, casi un muchacho, que mataba y forzaba mujeres por los lados de San Lucas y para su mala suerte fue apresado en una batida de Rurales, y dicen que salió a Jurado en Loja y que, ante los jueces y los doctores, juró y perjuró que él era Naún Briones. Nadie lo creyó y sólo le tuvieron unos meses en la cárcel de Loja, comiendo carne de perro y rascándose las niguas. Dicen que cuando salió de la cárcel iba a caballo, nimbo a su tierra, silbando contento cuando escuchó, sobre la copa de un nogal, alto y bien alto, una carcajada que le puso lo pelos de punta. Y en levantando la vista, vio a un hombre bamboleándose sobre las ramas del nogal alto, ocupado en anudar una soga en el árbol. Dicen que ese hombre le preguntó al muchacho perjuro ¿sois vos el Naún Briones? y que el muchacho perjuro, envalentonado, le respodió sí, yo mismo soy, y bájate de ahí si no quieres que te mate. Dicen que la segunda carcajada del hombre subido al árbol fue peor que la primera, más miedosa, y que la soga, rápida, se enroscó al cogote del muchacho perjuro y empezó a apretarle, apretarle, mientras se oía una voz di- ciéndole el verdadero Naún soy yo, pobrecito. Y al día siguiente hallaron al muchacho perjuro ahorcado, con la lengua fuera y los ojos blancos, balanceándose en el nogal que desde entonces se nombra el nogal del ahorcado.

Pero, como si nada, aparecieron por todos lados falsos Naúnes. Hubo un Naún rico, de buena familia, que despechado por los desaires que le hizo una aficionada suya que se metió a monja, se hizo bandolero, y sólo robaba en las iglesias, por las noches, limpiando las alcancías de los devotos y dejando un papelito doblado que decía, con buena letra, robó Naún Briones que no le teme ni al mismo Dios. Hubo otro Naún que asaltó el banco de Loja, en pleno día, amenazando volarlo con un cartucho de dinamita si no le llenaban dos alforjas con dinero. No le llenaron las alforjas, prendió la dinamita, no estalló, y casi es muerto a golpes y culatazos el pobre. Apareció también un Naún que sólo robaba

gallinas o pavos y otro Naún, misterioso, que únicamente hurtaba las joyas con que entierran a los muertos. Fue una verdadera plaga de Naúnes, le digo, Naúnes neos, Naúnes pobres, Naíines muchachos, Naúnes ancianos. Hasta una mujer hubo que en los cañaverales de Piscobamba decía llamarse Naúna y ser hermana del mismísimo Naún Briones, vestía mamelucos, usaba botas de montar y asaltaba a los peones de los cañaverales que iban a emborracharse en las cantinas después de la paga. Pero dicen que un día el verdadero Naún Briones cansado de que tomaran su nombre para cometer cualquier atrocidad o zoncera, agarró, uno por uno, a todos los falsos Núnes, y hasta a su falsa hermana marimacha, que los ató a la cola de su caballo blanco y cabalgó, cabalgó hasta cruzar la frontera por Macará, y que en unas cuevas que nombran Encantadas cerca de La Tina, los desató, y después de reprocharles por lo que cometieron en su nombre, los mató a todos. Así castigó Naún Briones a quienes tomaron su nombre y se aprovecharon tan malamente de su fama.

Pero, hasta después de muerto Naúnes Briones, los falsos Naúnes no dejaron de aparecer. Cuentan que pocos meses antes de la invasión peruana, en la zona de Sabiango, unos guardias que patrullaban el sitio escucharon tiros de carabina, tiros que iban contra ellos. Se parapetaron. respondieron el fuego con sus fusiles máuser, cautelosos, se fueron acercando al sitio donde salieron los tiros de carabina y, sobre unos matorrales que llaman borrachera porque los ganados que los tragan se mueren como borrachos, encontraron a un patojito como de diez años, que agonizaba herido en el pecho, sosteniendo una carabina vieja entre las manos. Dicen que los guardias le preguntaron quién era, que por qué les había disparado, y que el niño, casi boqueando, les dijo que era Naún Briones.

Y no sería nada raro, señor, que al salir usted de esta casa, se topara, manos a boca, con Naún Briones, riéndose a carcajadas vestido de blanco.



LLAMADAS Y VIAJES

Eran golpes apresurados, fuertes, los que le rompían el sueño en ruidosos pedazos, a media mañana, en aquel chozón de Solamar en donde andaba oculto ante los persistentes amagos de un piquete de soldados de línea. El arriero Pastosín viene trayendo un paquete para usted, le dijo el Chiquito cuando, aún con el sueño pegado a los párpados, él abrió la puerta de aquel chozón que era corral en el invierno y troje en el verano. "Y lo que tenía entre sus manos ese Chiquillo bullanguero y curiosos era un estuche largo, de cartón, con las iniciales de mi nombre y el dibujo de un ave grande grabados con tinta negra a un costado; liviano, un poco estropeado por el viaje. De Quito le mandan explicó el Chiquito". Y él no supo de nadie que lo conociera en la Capital de la República: sopesó el estuche entre sus manos, con desconfianza y duda. Miró los ojos llenos de curiosidad del Chiquito, uno de sus cómplices, y le dijo con malhumor y urgencia que se lo entregara: "Volví a mirar mis iniciales pintadas en letras anchas, y el ave de las alas grandes, plumosas, y comencé a romper ese estuche con impaciencia, mirando dentro unos papeles bien doblados, pensando, un poco desengañado, no son sino papeles. Casi todos eran pedazos amarillos de periódicos, de esos que escriben en la Capital. Caminé hasta la luz de la ven- tanita con los papeles y leí lerdo porque no fui buen escuelero y apenas si pisé el tercer grado. Leí letra por letra, sabiendo entonces que mi nombre, mi propio nombre estaba escrito sobre esos papeles de periódico. En letras grandes mi nombre, diciendo Naún Briones el terror del Sur, bandido Briones asalta de nuevo. Y uno de los trozos de periódico traía el dibujo de un mamaracho feo, con cananas sobre el pecho, un ojo reventado y un montón de calaveras que pisoteaban sus botas con mi nombre al pie. Y sentí rabia y un poco de pena al pensar que así me imaginaban en la Capital de la República y que yo, sin saberlo, era famoso, renombrado hasta en el mismo Quito, con un nombre que andaba hasta en las letras de molde de los periódicos. Pero entre los pedazos de diario había un papel blanco, de carta, con unas letras redondas, bonitas, resecas en arenilla de escribano. Leí. No era una carta ordinaria, de conocido que saluda o pide favores, de cobarde que ruega un perdón. Era el saludo simple de alguien que me llamaba compañero de infortunio y que decía admirar mis hazañas de leyenda, mi valentía de hombre enteio para contarme, desde sus letras redondas, suaves, de remates largos, que él, en su ciudad fría y triste, cometía acciones como las que yo cometo en mi provincia. Y después, con palabras elegantes y corteses, me pedía que fuera hasta la Capital, que él, allá, sabría encontrarse conmigo, que juntos podríamos hacer grandes hazañas. Y resaltaba al pie de la carta una firma grande, adornada, nombrando a su autor: el Aguila Quiteña".

No fue difícil decidirse a marchar hacia el Norte, hacia ese impredecible, desconocido, lejano Norte ahora que la mala suerte le volvía a rondar como una vieja y persistente conocida. Y él, Jimbilico, El Chiquito, Alfonso el Cojo y el Tuerto Cisneros: los fieles, los que no quisieron abandonarlo para retornar a sus parcelas, a sus parroquias donde mujeres, parientes, conocidos, para olvidarlo entre la rabia de un fracaso y la desesperanza de un porvenir, cabalgaron sin rumbo, desconocidos por lo astrosos y flacos, acosados por guardias y soldados de línea, desdeñados por campesinos temerosos, denunciados por curas de parroquia y maestros de escuela, ya no dignos de temor o respeto. "Cincho mi caballo diciéndoles a mis hombres que pronto vamos a volvernos a encontrar, que ahora me voy porque quiero conocer un poco de este mundo, porque más vale que por estos lados nos olviden un tiempo. Pico las espuelas y pongo mi mano sobre la frente para mirarlos, quietos bajo este sol candela, tristes detrás de la polvareda de mi caballo. Y sé, por lo que decía papá, que todo viaje tiene algo de muerte. Ahora no sé si mis hombres se han de separar cuando no esté, si volverán a sus tercos sueños de fincas cañeras en

Nangaritza, de mujeres coquetas en Zaruma o si, porfiados, seguirán asaltando en mi nombre, huyendo por mí, sufriendo con un destino que les ronde siempre como un castigo". Evitando los pueblos, las haciendas valleras, las capillas, las ramadas, faldea los cerros, se hunde en la oscuridad espesa de las montañas, en las quebradas llenas de aves que no se asustan de su presencia, emerge en desfiladeros, ruega por un poco de comida en algún chozón desguarnecido de los cerros, o mata de un tiro a una torcaza gorda, una pava de monte y prosigue, con el canto a destiempo del pájaro invierne- ro a sus espaldas. Y duerme con frío al pie del Cajanu- ma, mirando las luces opacas de Saraguro recostado sobre una ladera negra. Rectifica el camino, evita el grande, el de los arrieros y los postillones, el de las ramadas siempre con algo de comer, con catres duros pero abrigados, con mujeres que dan amor al pasajero que no vuelve. Y el aire se adelgaza en las alturas, cobra ímpetu, aletea sobre las orejas gachas del caballo, da tumbos en las oquedades de los cerros, se lleva al cielo todos los olores de los valles yungas y siempre vuelve, a lamerle el cuerpo, a enfriarle la sangre cuando, al fondo de los desfiladeros. un río da vueltas y vueltas con sus playas arenosas, sus pedrones oscuros.

"Descabalgo, aflojo los frenos del caballo que se larga contento a pastar ansioso de esta hierba tan húmeda. Doy unos pasos, con las coi-vas amortiguadas de tanto cabalgar, pensando en que Quito está muy lejos y hay que atravesar la Nación de punta a punta para llegar allá; que el viaje sólo le hace a uno ir guardando las palabras hasta que son un peso insoportable, un silencio que quiere reventar aunque sea en carajos y puteadas a uno mismo". Sobre la planicie distante hay casas de paja que humean, hay borregos sucios que pastan, pastorcitos de ponchos rojos como la sangre reseca de los hombres. Hay silencio junto a unos cerros amarillos que acordonan firmemente las dos cordilleras lluviosas, nubladas como una tristeza. Y sabe que fuera de la tierra conocida hasta el aire tiene otro sabor y ni las aves ni las plantas guardan el mismo nombre con que él las conoce. Barbado, con erisipela, sucio de tierra y lodo, desconocido, desciende adrede, lento, hacia la planicie de Cuenca, los pastizales, los sauces, el pequeño río oscuro y desbordado, y cruza por caminos llenos de mujeres apresuradas que tejen sombreros de paja. Cabalga extraño por entre cercas de barro endurecido, come sin mirar de reojo, sin sentirse intranquilo ni observado. "Y llego a la ciudad que papá decía tiene el olor del pan blanco, y sus casas son bajas, y sus calles empedradas y rectas, y, es verdad, un olor a pan blanco se descarga al viento de las calles desde puertitas estrechas, pintadas de azul, de café o amarillo, con trancas y viejas que escogen arroz o cosen polleras. Hay automóviles grandes, elegantes, de color negro o caoba, que llevan sobre sus asientos a señoritas con sombreros, a caballeros con tostadas, bastones y bigotes retorcidos. Nadie me conoce, a nadie le importo. Sólo, de cuando en cuando, alguien se revuelve para mirarme pasar, admirando la estampa de mi alazán. Y escucho en las plazas la voz cantada de los cuencanos, y miro tiendas donde se venden pailas de cobre, sogas, velas de sebo, paños y quesadillas, suspiros, melcochas y alfajores. Y galopo, haciendo sonar adrede los cascos de mi caballo, sobre el empedrado que rodea un parque con árboles altos, donde está un mundo de gente que oye hablar a alguien: son mujeres de pollera, hombres emponchados, o son caballeros de botín y bastón, señoritas de fustanes almidonados, militares con uniforme de parada, o son curas barrigones, señoras de caras empolvadas. Y oigo una voz que, desde el centro del parque, solemne y emocionada, habla de coronas, de hombres ilustres y ramas de laurel. La gente asustada, mirándome con un poco de recelo y odio, abriendo paso a mi caballo, me deja espiar hacia el centro del parque: bajo los árboles altísimos y oscuros, al pie del monumento a un soldado que sostiene una bandera, unos caballeros de negro, casi todos viejos, con levitas largas y sombreros hongos sobre el pecho, rodean a otro caballero viejo, vestido él también de negro, que serio, pálido, se deja colocar unas ramas doradas sobre su cabeza sin pelos por una muchachita vestida de blanco, abrigándose del frío o protegiendo su cuerpo de las reumas con una capa larga de terciopelo. Un

militar, bigotudo y entorchado, se abre paso entre el gentío que me mira con aprensión, con susto, y me grita que no interrumpa, que están coronando a un poeta, que me largue con ese caballo grandote y sucio, so ignorante. Está furioso, y entre sus gritos hasta el viejito coronado alza su cara huesuda y pálida para mirarme y yo le muestro la grupa de mi caballo arrancando, al trote, calle abajo, estorbando el paso de automóviles que pitan con escándalo".

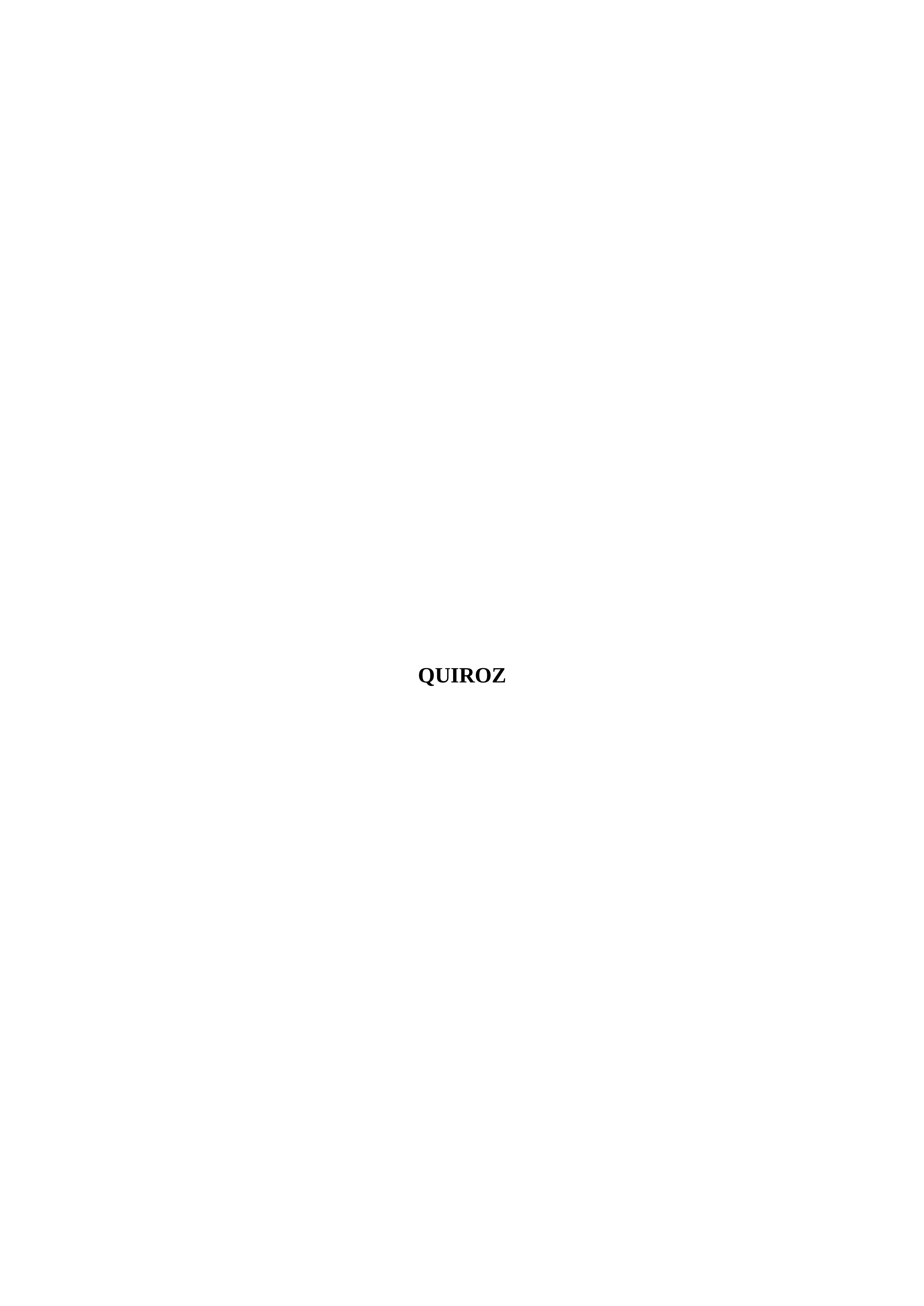
El cuerpo, al despertar, mirando nuevamente el entibiarse de la luz sobre la tierra, cabalga rumbo a esos cerros nublados, esas alturas densas, húmedas, con su manto de garúa, sus flores amarillas, su paja. El caballo hunde sus cascos en el lodazal, se detiene despatarrado, corcovea, relincha, recibe riendazos y picaduras de espuela. Tuerce las orejas asustado, y de la neblina surge, nítido, el sonido lejano de un redoblante que avanza hacia él, rasgando el aire mojado y el viento. El que viene, advierte, es sólo un viejo descalzo y rotoso, casi enano, que camina como ciego: tanteando con los pies cada pisada, digno y tranquilo, como si mirara con otros ojos, siempre más allá, castigando sin piedad a su tambor con dos ramas gastadas. " Y sé, no sabría cómo, que él sabe quién soy, y sé que es tan viejo como la misma tierra cuando él, acallando el tararán-tran-tran de su redoblante, atravesándome el cuerpo con unos inmensos ojos blancos, me da su sonrisa desdentada, maliciosa, me llama por mi primer nombre y hunde sus piernas hasta las rodillas en el lodo espeso". El caballo, asustado, relinchando, esquiva un intento de caricia del viejo ciego sobre sus crines. Y el viejo se queda rascado el aire y sonriendo, alargando hacia el viento y la llovizna sus dedos de uñas larguísimas y sucias, mientras el caballo, casi aterrorizado, enloquecido, gana con sus cascos terreno firme e intenta huir a la carrera, desbocado y tembloroso. "Y yo no sé, persignándome, si el viejo sea una mala visión, un alma en pena que vaga en este páramo por los siglos de los siglos. Pero su sonrisa es mansa y su pobreza le hace a uno confiar en él. Saco un sol de plata de mi faltriquera y se lo tiro sobre el tambor. El viejo besa el dedo gordo de su mano derecha y me agradece diciendo mi nombre. Yo, admirándome, le pregunto cómo puede saber mi nombre, aquí, tan lejos de los lugares donde soy conocido. Te vi venir, Naún, me dice con unas palabras sin eses por la falta de dientes, con una voz mellada, insegura por los años. Yo conozco todos los nombres y todos los caminos, Naún, me dice, y estoy en todas partes, en el aire, el agua, la tierra y hasta en tu corazón y tus sesos estoy, Naún. Viví, y morí, y resucité, pero ahora ando sin tiempo y mi edad es la del propio mundo. Y le miro las cicatrices secas, viejísimas sobre las manos, deformaciones de golpes antiguos en la nariz y las mejillas, sangre reseca en las barbas blancas, ralas. Sé cómo sois y cómo vives, me dice guardándose el sol que le regalé en un pañuelito mugroso y anudado. Y sé también que cerca de aquí viven unos hombres que hacen lo que vos para poder vivir. Y sé que te estarán aguardando y querrán matarte para robar tu gran caballo y la plata que llevas. Pero no tengas miedo, diles mi nombre nada más, diles que el ciego Jesús habló con vos". Embarrado, dándole las espaldas, recibiendo el golpeteo de la garúa sobre su sombrero desteñido y su poncho en hilachas, se aleja camino abajo, perdiéndose en el ancho murallón de la neblina, volviendo a sonar su redoblante.

Se hunde en la maleza del páramo alto, enceguecido por una apretazón de ramas bajas que le palpan, le azotan el rostro; el caballo tropieza en raíces salientes, se encabrita, se retoba, no quiere avanzar, apega el hocico a los helechos de los troncos, a las flores amarillas y el musgo esponjoso. La espesura del monte es casi negra a los costados del camino casi borrado por la vegetación húmeda: se retuerce y arrastra por hoyos anegados y él empieza a escuchar, furtivo y largo, un silbido que se calla de golpe para iniciar una tanda de silbidos cortos y veloces. Y lejos, más allá del monte espeso otros silbidos idénticos le contestan al tiempo que el más cercano se transforma en un largo resuello, en un resoplido como de animal salvaje. El sostiene ya, firme, atento, el revólver entre las manos,

multiplicando la atención de sus ojos en la oscuridad verdosa que le rodea, cuando un brazo oscuro adelanta su sorpresa desde un matorral, zigzagueando luminoso, un machete que hiende el aire, delante de unos ojos amarillos, como afiebrados o somno- lientos, y un rostro también oscuro, de pómulos altos, de jetas anchas, de encías inflamadas y gruesos dientes, y mientras ese rostro se yergue sobre un cuello robusto y corto, le grita, ronco, que no se mueva. Y el hombre abandona la maleza, ostentado sus pantalones negros, remendados y sucios, un sombrero redondo, de lana con una borla roja balanceándose bajo el ala, ostentando odio y respecto en sus movimientos que muestran una experimentada precisión, un avezado cálculo. Pero, a tiempo, antes de saltar, furioso y mortal sobre él, distingue la Smih firme brillando sobre su puño "y siente el latigazo de mi risa cuando ya no le queda tiempo para silbar llamando a sus cómplices que ahora deben gatear por la montaña". Ahora el hombre es casi una estatua de músculos, sorpresas y cautelas: con el brazo en alto, sosteniendo oblicuo el machete. Es joven, lleno de cicatrices, desafiante aún en su forzada quietud, dándole de lleno el cuerpo, sin intentar eludir cualquier disparo que le rompería el pecho poderoso y convexo sin salvación posible. "'Nos quedamos mirándonos, como midiendo cada cual su valentía. Pero siempre, mi revólver tendría que ganar, y él lo sabe. Y no siento correr el tiempo cuando dudo entre matarle ahora mismo, sin palabras ni ceremonias o hacerle arrodillar, pedirme perdón o que lama mis botas por un poco de vida. Pero, comprendo, como esos labios firmes, de desprecio, con esa mirada amarilla, odiosa, fija, jamás se arrodillaría, ni ante mí r).i ente nadie, y se dejaría matar de pie, sin quejarse ni cerrar los ojos, sin parpadearlos siquiera. Le pregunto cómo se llama , sin dejar de apuntarle con el arma, sólo por hacer un poco más largo el tiempo de su vida. Quiroz, me responde. Ahora rebullen los matorrales cercanos, se quiebran ramas, se alzan de la maleza uno, dos, cinco, nueve figuras que sólo tienen ojos para mirar mi Smith que descansa, como en un nido, sobre mi mano. Y son casi idénticos al que no puede moverse, al envarado con su machete y su odio"; los mismos ojos salvajes, torvos, amarillentos; idénticos los sombreros de lana sucios, las mismas ropas negras, los machetes afilados, las cicatrices, los labios torcidos y amargos cuando él roza con el miedo, no ese miedo secreto, fácil de domar; sólo un miedo largo y sin forma, un miedo que parece nacer de su estómago enfriado en el páramo rígido. Lento, el revólver los va recorriendo, presintiendo que alguien, fatalmente, será el primero en saltar con su machete, y que no habrá tiempo para dispararles a todos, al los diez hombres oscuros, de negro y taciturnos, para revolearlos, sangrantes, malheridos, inútiles, y acabados sobre los matorrales húmedos, entre el olor de la pólvora y la rabia inútil de sus propios quejidos. Si estos hombre pudieran tener quejidos. Uno de ellos, el más viejo, el que dará las órdenes , el que lleva una trenza larga, cana, atada con cintillos rojos, intenta mover su cuerpo, eleva el brazo que aprieta el machete, va a saltar mientras él, firme con su arma, dispuesto a disparar, les dice que él es alguien con un nombre temido en otros lugares, perseguido, deudor de vidas. El hombre viejo parpadea sin sorpresa, empequeñece los ojos entre un montón de arrugas profundas y le dice, conciso y altanero, después de abrir su boca en una gran risa sin miedo, que ellos son los Quiroz, que nada de lo que les diga los podrá asustar, que, aunque dispare todas las balas que carga su revólver le han de matar, trozarán su cuerpo en pedacitos que los tirarán a los perros. Ahora ríen todos, con la misma risa muda de su jefe, como anticipando los tajos de sus machetazos sobre su cuerpo, como pensando en que lo despedazarán con eficiencia y práctica. "Y yo, sabiendo que no podré contra todos, les digo, redordando, que hablé con un mendigo ciego que se llama Jesús, con el que atraviesa los caminos de estos cerros tocando el redoblante: enlodado, conociéndoles a todos aunque sea ciego". Hay como un aflojarse instantáneo en el puño del Quiroz mayor, como si el machete que sostiene le estuviera pesando demasiado, como si se hubiera fatigado de golpe. Sus ojos amarillos fosforecen, relumbran curiosos cuando le pregunta si es verdad que ha hablado con el ciego Jesús. Y él dice que sí, se lo jura por lo más sagrado. El Quiroz jefe, remordiendo su rabia, ya no amenazante, como aplacado, pensativo, le dice que si miente

Dios le habrá se de castigar, porque el mendigo ciego que ha visto es el mismo Dios, que se disfraza así y baja al mundo para conversar con los cristianos pecadores. Y le dice que una vez, hace varios años, el ciego Jesús le obligó a prometer que no mataría a las personas que hubieran hablado con él. Todos los hombres de negro se amansan, desploman los machetes de sus brazos. Y él, obligado, tácitamente a confiar, sin alternativas, guarda el revólver aparatosamente en la cartuchera, sonríe un poco, aliviado, respira saboreando el aire vegetal, húmedo que ahora es pura paz, silencio sin presagios. El Quiroz viejo le dice que debe estar cansado, que camine con ellos hasta su guarida, que no les tema porque el ciego Jesús los ha hermanado: porque ambos son pecadores, porque ambos matan para mantenese vivos sobre el mundo. "Yo, confiando, voy tras de sus figuras negras que se pierden, una tras otra, cabizbajas, humildes, entre la alta maleza del cerro".

Se despiden inmóviles, dejándolo solo, nuevamente en el borde del camino enlodado y, apresurando al caballo, desciende sobre el mar de trigales que cercan a Cañar como una herradura de oro, atraviesa el pueblo sin detenerse, siempre hacia el Norte, dejando atrás sus altas cercas de barro antiguo, sus entristecidas casitas largas y blancas, sus pretiles de piedra con niños y perros jugando.Y atraviesa el frío de la neblina sin sentirlo casi por la brisa, asustando a su paso las manadas de ovejas. Bebe el agua de vertientes que se despeñan espumosas sobre piedras oscuras. Ofendido por lo interminable del viaje, añorando una cama, una voz de amigo, un clima menos frío, vuelve a ensillar el caballo, aprieta nuevamente las piernas en sus flancos manchados de lodo reseco, bajo la hostilidad de los montes que anuncian la inmensidad encadenada de las cordilleras del Norte, cruza las laderas cubiertas por troncos derribados, azulosos como venas, sobre ramas de hojas resecas moviéndose inútiles en un viento que se descarga, rápido y ruidoso en las quebradas. Atardece en Alausí, detiene el caballo para admirar la lentitud esforzada de un viejo tren que, ciego, lanzando sus humaredas como la distracción monótona de un fumador sin esperanzas, avanza sobre los rieles, en otro viaje triunfal desde la Costa. Y sus vagones vienen repletos de plátanos y harinas, de lámparas de querosene y hombres acurrucados sobre el piso, rendidos de cansancio, que reciben sin emoción el saludo de unas manos ilusionadas que se mueven desde el andén de la estación, y la música obligatoria de bienvenida que la banda resopla para alegrar la llegada, como si siempre fuera la primera aparición de aquel tren, como si nunca quisiera que se marche, así, maltrecho, aceitoso, como si de cada vagón siempre esperaran la sorpresa de las maravillas del mundo. Y desde el andén los ruleteros gritan su juego y sus colores, los mercachifles anuncian sus ventas, los vendedores se ponen su sonrisa y los niños alborotan al maquinista que, con las manos enguantadas les va tocando distraído, las cabecitas.



QUIROZ

Cruzaron esa larga explanada manchosa en sangre reseca, fétida al viento, de reses sacrificadas. Bordearon, siempre en silencio, con las bocas cerradas, duras, los corrales de troncos y ramas donde tantas cabezas de ganado, marcadas con prestigiosas iniciales, aguardaban la venta rápida, las caminatas clandestinas a media noche. Llegaron al zócalo de tierra donde se levantaban cuatro empalizadas negras por algún incendio fugaz, que protegían las paredes musgosas de humedad, los rimeros de carrizos donde secaban la carne, y una diminuta puerta. El Quiroz viejo extendió una mano, invitándole a cruzar la empalizada, a confundir el sonido de sus botas con el cloqueo asustado de tantas gallinas que vagaban libres, apiñadas, manchando el corredor con sus plumajes. Y él vio entonces, admirándose, junto a un chiquero, aquel automóvil descapotado, elegante, altivo, con faros plateados y altos asientos, con las cacas resecas de gallinas, 10-tos, exhibiendo sus oxidados resortes a la llovizna que parecía eterna en ese lugar alto y rodeado por la maleza y los árboles siempre renovados en la humedad. Pero su extrañeza no debía terminar en la visión estrambótica de un automóvil junto a una chanchera: fue mayor cuando, en el corredor estrecho, le recibieron los dientes amarillos y negros de un inmenso piano de cola, partido en dos grandes pedazos junto a los que jugaban niños en harapos, sucios, contentos. Y vio, tiradas sobre el piso, botellas vacías recubiertas de papel dorado, piezas de reloj, restos de encajes, pedazos de medias de seda deshilacliadas. sombreros chamuscados que fueron elegantes, sillones desteñidos junto a los poyos de barro, lienzos quemados entre las cenizas de un fogón junto al que varias mujeres, sin darle cara, desgreñadas y flacas, soplaban recelosas la candela.

Adentro, en el inmenso y bajo cuarto oscuro donde se confundían, sobre el mohoso piso de tierra, jergones de cabuya, ponchos de lana, frazadas, tinajas, machetes, cuyes, restos de comida putrefacta, perros que gruñían, una vieja acurrucada en un rincón, más niños jugando, un nicho de santo alumbrado por una vela y varias escopetas de doble cañón arrimadas a la pared, vio que los labios rígidos del Quiroz viejo se fueron extendiendo en la penumbra hasta marcarle en el rostro lleno de cicatrices una sonrisa que no duró más que el tiempo que él demoraba en mirarlo. Sintió que la fetidez estancada del lugar le latía repulsivamente en la nariz, que las pulgas le saltaban desde los jergones, los perros y el suelo encharcado en orines. Que no era vida digna de un ser humano, pensó él, ni siquiera digna de un indio. Puso las manos sobre sus caderas y curioso miró, sobre una tarima de carrizos empolvada, las joyas que los Quiroz robaron y guardaban: anillos de oro, leontinas, monedas de plata, collares, anteojos ahumados, peinetas de carey, guantes de gamuza, borsalinos, abrigos doblados, alambres de corriente eléctrica, linternas, navajas con empuñaduras de concha y hasta una peluca rubia de señora encopetada, ahora seguramente nido de arañas. El Quiroz viejo, de espaldas a él, buscaba algo en un rincón, agarraba una botella verdosa llena de aguardiente, la destapaba, la bebía despacio y volvía a dejarla en el sitio donde la tomó, mientras él pensaba en el automóvil destruido junto a la chanchera, en los lienzos que sirvieron de brasa, en la cantidad de objetos caros, apreciados pollos pudientes de las ciudades, que allí lucían inútiles, sin brillo. El Quiroz viejo, recorriéndole el cuerpo con unos ojos turbios y tranquilos, desde las botas hasta el sombrero alón de paño, sin detenerse en la cartuchera desabrochada donde brillaba el revólver, le llamó por señas, le obligó a mirarle la trenza encanecida y las alpargatas rotas que a duras penas le cubrían los pies sucios cuando se acercó a un baúl claveteado y antiguo, robado resto de algunas opulencias rurales, y cuando el baúl fue abierto por las manos del Quiroz viejo, vio revueltos, confundidos, sin estrenarse nunca, innumerables pares de zapatos de mujer, con anchos tacones y colores blancos, rojos o negros, junto a botines de hombres relucientes y de tiesos cordones, sobresaliendo entre corsés transparentes, empuñaduras de bastón, muñecas sonrosadas de celuloide y pelotas de caucho con las que ningún niño jugaría jamás. Y él, hundiendo las manos en el

gran baúl lleno, sabiendo que el Quiroz viejo se lo estaba permitiendo con su atenta quietud y su silencio, manoseó los zapatos, las prendas de mujer rica, abrió caji- tas de música que sonaban valses o marchas, a cuyo compás daban la vuelta bailarinas de porcelana o saltaban soldados metálicos con un pie doblado en actitud de marchar; admiró las caritas extrañamente perfectas de las muñecas, palpó la tersura elegante de los sombreros hasta que todo aquel registro no fue más que un aburrido cansancio, una rabia secreta por tanto lujo desperdiciado, incomprensible, no necesario para los habitantes de la choza. Y volvió a pensar, con una reconcentrada rabia, en ese automóvil habano que se oxidaba afuera.

Entonces dejó que el Quiroz viejo le hable: con palabras deformes, expresiones quichuas apenas descifrables, le dijo que todo aquello no era más que una bonita basura que él la guarda para contemplarla de vez en cuando y reírse de los que jamás llegaron a poseerla y se quedaron aguardándola en las ciudades, esperando tenerla al término de un viaje largo de arrieros y postillones que se murieron tratando de defender cosas que nunca podrían comprarlas, poseerlas. Y le dijo que, porfiadas, numerosas, las lentas caravanas ascendían desde la Costa, por Huigra o la Quebrada Honda, que nunca cambiaban el trayecto al cruzar las alturas del Buerán en donde ellos, pacientes, sigilosos, los esperaban con sus escopetas hondas, machetes, puños. Que lo imposible de robar destruyen, que despeñaron tantas veces un piano, una máquina. Y cuenta que a tres de sus hijos los mataron un día los guardias, que en el pueblo de Cañar han jurado exterminarlos a todos, pero que aún no lo intentan porque él y sus hijos se deslizan hacia la feria del pueblo los domingos para, incógnitos, vender carne barata, aperos, ropas extranjeras, linternas, armas. Y cuenta que él nació peón de un doctor que lo marcó como a una res cuando por descuido, a los diez años, extravió una vacona, que pasó noches enteras en un cepo del patio de la hacienda por unas porciones de trigo perdidas, que fue entregado después, como parte de la propiedad, a la señora Florencia que era la dueña de ocho haciendas casi tan grandes como el mundo entero: Malal con sus trojes de trigo y sus vetas perdidas de plata, El Hato de la Virgen con su ganado salvaje, Puruvín con sus quesos y su leche espesa, Huairapongo con sus sembríos de papa, Ger con su leña y sus pastizales altos, El Huántug y su inmensidad baldía, Chorocopte y sus riscos, El Masar y su valle entero. Contó cómo se le azotaba por una gallina robada, cómo fue, sucesivamente, peón aguador, vaquero, cuidador de sementeras, trillador, segador, pongo, albañil, y cómo huyó a los diecisiete años y fue a parar en una partida de cuatreros que robaba por los lados de Ingapirca, ya nunca más sujeto al dominio de doña Florencia, la mujer que, joven aún, vivía vestida de negro, sin aceptar ningún matrimonio, rezando, rodeada de monjas, pensando en su muerte y en la salvación de su alma, sin salir jamás de sus habitaciones, sola entre doscientas jaulas de mirlos a los que una vez llevó a unas tierras lejanas que llaman Europa, y una lora que prendida a sus hombros, se desgañitaba de claro en claro cantando el Himno Nacional y cagándose sobre su dueña. Y contó cómo, exterminada la banda de cuatreros, él pudo sobrevivir, refugiándose herido, odiado ya, en ese cerro que es sólo niebla, humedad, altura sola, y vivió oculto en una cueva, y conoció a una pastora renga de catorce años y se la llevó a vivir con él, y después conoció a las dos hermanas de la pastora renga, que también eran pastoras, pero no rengas, y se las llevó también. Y cuenta que cuando su primer hijo, Manuel Antonio, lactaba la leche aguada de la pastora renga, conoció a la madre de las pastoras, que era una mujer practicante de brujerías, vieja durante el día, más joven que la menor de sus hijas en las noches, y que también se la llevó a vivir con él. Y entre todas le peinaban la trenza, le mataban los piojos del cuerpo, le lavaban las ropas y le servían la comida para, rendidas, somnolientas, entre todas darle el amor fugaz de cada noche. Y cuando sus primeros tres hijos jugaban y aprendían a hablar, él inició sus asaltos, armado con un machete romo, y que sus primeras víctimas fueron los viajeros solitarios que trasponían las cumbres del Buerán casi tan menesterosos como él. Y cuenta que supo desde entonces que dar la muerte a cristianos, a hombres que

no conocía, era menos trabajoso que hachar un árbol o cazar un venado: porque la gente muere sin quejarse, sumisa, casi contenta, como agradeciendo un favor. Y contó que cuando Manuel Antonio, el mayor de sus hijos, cumplía los doce años ya sabía matar, robar, incendiar casas, asaltar sin riesgos, como él, José Espíritu, el segundo, afilaba los machetes, vigilaba el camino con su hermano Juan Toribio, el tercero, mientras Frutos Manuel, el cuarto, cuidaba de los juegos de Tránsito Umelia y José Baltazar, la quinta y el sexto de sus hijos, y cuando Manuel Ginés, el mudo, aún gateaba lleno de piojos, los mellizos Manuel Matías y José Gabriel aún Jactaban a su madre. Y mientras todos sus hijos crecían, él, Manuel Crisóstomo Quiroz, se fue volviendo el terror de la zona, desde las laderas de Mosquera hasta el otro lado del Nudo del Azuay, y robó ganado en Vendeleche y Silante, y mató a seis soldados en Inganilla, y asaltó una casa en la Loquera, en pleno Cañar, y disfrazado remataba reses robadas al mejor postor en la misma plaza de Shutazhún cuando los hacendados ofrecían trescientos sucres de plata por su cabeza, en Pucarsol y Yanachupilla, en Paredones y Nar, en Celele y La Posta, mientras él, en Ab- sul, con sus hijos mayores robaba caballos y borregos, incendiaba mieses y viviendas, destripaba peones y mujeres, cortaba la cabeza de algún mayordomo y, trasmontando los picachos, los pajonales, las pampas, las montañas donde dicen que habita el Sacha-Runa, hombre de un solo ojo y pies al revés, retornaba sano y salvo o herido, siempre satisfecho, siempre furioso con el mundo entero, a su guarida donde su hija, al amparo de la violencia, el temor, la maldad, crecía, se volvía una joven de caderas suaves y senos duros. Y contó que una noche de Corpus Christi, cuando desde la cumbre del cerro podían verse, diminutas, diluidas en la niebla, las luces móviles de la fiesta que celebraban los indios comuneros de Sisid, él, borracho, lleno de ansiedad y ternura, fornicó a su propia hija mientras, entre matorrales o junto a un ojo de agua, los hijos disputaban a golpes a sus madres.

Y cuenta que él fue volviéndose viejo entre la espera interminable de los asaltos y la blandura sumisa de sus muertes, que nunca tuvo amigos ni los necesitó, que su vida era la triste y fatigada de un hombre que no sabe para qué debió nacer, que quiso ser piedra dura o árbol esbelto, flor amarilla del cerro o venado que vuela en la tierra, paloma torcaz o puma, luna o estrellas, monte o río, polvo y ceniza. Y cuenta que un día José Espíritu, el que siempre vigila los caminos, las rutas de los viajeros, confundido con el monte, vio ascender, sostenido por innumerables manos que lo mantenían en el aire, a un auto o carroza, todo él dorado y refulgente, y silbó el alerta entusiasmado, sin retirar los ojos de aquella maravilla, obra de humanos casi tan perfecta y hermosa como las de Dios. Y cuenta que él, al deslumhrarse por el resplandor del portento humano, navegando entre dóciles palmas de manos, se juró que aquella máquina no sería de nadie más que suya, aunque no supiera qué hacer con ella, aunque su fulgor dorado se fuera despintando con el tiempo y la lluvia dura del páramo. Y cuenta que los nueve Quiroz mataron, hirieron, dispersaron a más de veinte hombres que transportaban la máquina clorada y que entre los nueve, contentos, llenos de orgullo, arrastraron la máquina rompiendo monte, salvando quebradas, hasta el terraplén oculto de la guardia, donde hoy se mantiene, persiste siendo sólo una aproximada sombra de lo que fue. Y su mejor prenda, su más recordado despojo.

Y cuenta que una tarde de granizo desgajándose del cielo como un gran manto blanco, sombrío y ruidoso, en un día más frío que una sepultura, vio, distante, a un viejo que ascendía por el camino tocando un redoblante: tararán tran tran, y que él oculto entre ramas, lo dejó acercarse con aquel particular ruido que se sobreponía al innumerable, natural, del granizo, y cuando el viejo cruzaba junto al recodo en donde él estaba oculto, levantándose exhibió su machete pulido y filoso ante la mirada blanca de aquel viejo, pero que entonces, asombrado y temeroso, vio, bajo los ojos blancos, ciegos, la sonrisa triunfal, y en la frente la vieja marca de espinas fácil de conocer, las huellas de clavos en el dorso de las

manos que tocaban insistentes el tambor. Y en todo él un brillo intenso, casi cegador. Y que como atontado, sin fuerzas, dejo caer el machete sobre el barro hondo, espeso del camino, y que el viejo ciego, dejando de tocar el redoblante, le puso una mano sobre el hombro, le 11amó por su nombre y le dio el suyo: el ciego Jesús que murió y resucitó, el que viene al mundo para conversar con los pecadores, para comerse un trozo de pan o beberse un trago con ellos, pobres, como él, humildes, ignorantes, perseguidos como lo fue él. Y cuenta que, admirado, escuchando sus palabras, se lo llevó hasta los aleros de su guarida, lo abrigó con su leña, le dio de beber su aguardiente y sacrificó una gallina gorda para ofrecérsela, y le prometió que nunca mataría a quienes hayan hablado con él: Dios-Hombre, Dios-Padre, Hijo de María, hermano de la luna, el sol y la tierra, desde entonces único, verdadero amigo. Y cuenta que el viejo Jesús se despidió a la madrugada siguiente, y que entonces siempre vuelve con intervalos de semanas, meses o años enteros, que vuelve contento o triste, iracundo o solamente sombrío, o manso, o derrotado, y se bebe un trago, fuma un cigarrillo y se marcha tocando el redoblante, recordándole que él vino al mundo por los asesinos, por los salteadores, los hambrientos y los humillados, pollos prófugos y los que no saben lo que hacen.

Y cuenta que, a veces, cuando acecha en el monte, solo, a cualquier viajero desprevenido, siente como si su pulso se fuera reblandeciendo, agotado, por el peso de tantas, innumerables muertes; que piensa, contra su voluntad, en niños huérfanos, en viudas, en madres solas y cementerios tristes. Y desea secretamente que el desprevenido viajero que va a llegar, a morir, le mate a él, lo retire del mundo impidiéndole con la muerte seguir matando: porque él vive para matar, herir, para destruir todas las obras ambiciosas de los hombres, los lujos de los ricos sin alma, las bellezas fugaces con que se rodean los grandes, los incomprensibles libros que escriben, las figuras falsas que mandan pintar, las casas en que se refugian y fingen vivir. Porque desde que aprendió a recordar, hablar y caminar, sólo supo, desamparado, de látigos, deudas y servidumbres, de siembras y cosechas sin descanso, de castigos, desprecios; de seres poderosos que son como el demonio y roban y existen para mentir. Que a ellos la muerte únicamente pueden borrarlos, sólo el incendio y la destrucción han de acabar con sus obras infames.

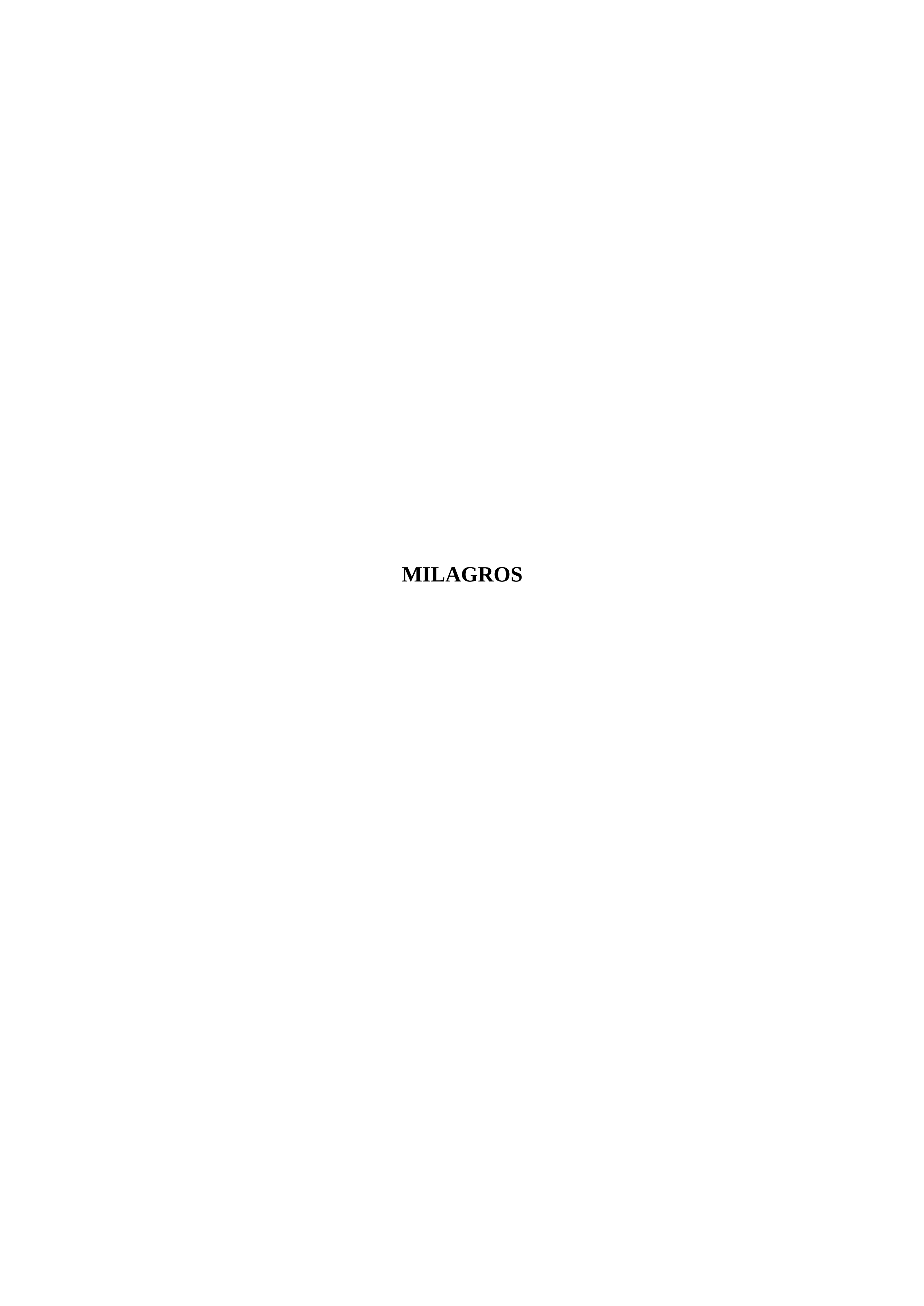
Y cuenta que una madrugada un sonar de cornetas y un ruido espeso de caballería, lejano, que ascendía por las cuestas de Mosquera, los despertó; y que entre las franjas sanguinolentas de un amanecer de verano, vio a muchos soldados jineteando, con prisa y furia, altísimos, hermosos caballos, y que uno de ellos, el soldado que iba delante, gritaba con dirección al monte algo que leía en el papel, y esas palabras, empujadas hacia él por el viento decían que se comunica a los malditos indios, a los asesinos y ladrones Quiroz, que tienen sólo tres días, tres días, tres, para presentarse a las autoridades del cantón Cañar, todos, sin excepción de niños y mujeres, todos, todos, tres, tres días, o que de no hacerlo, de no hacerlo, no hacerlo, serán exterminados por el Batallón de Línea, de Línea Cazadores de Los Ríos, Cazadores, Cazadores. Y cuenta que, agazapado entre las hojas tupidas, siempre húmedas del monte, vio sus morriones azules, sus estrechos pantalones de montar con una franja roja al medio, sus bigotes espesos, sus ojos altivos y fijos en el horizonte, sus capotes terciados sobre los hombros, sus fusiles nuevos, sus cananas estrechándoles las cinturas, sus cantimploras abolladas saltando a cada paso de los gallardos caballos. Y que el soldado que leía el papel continuaba vociferando ah, de los Quiroz, ah, de los Qui- roz, se: les advierte, se les advierte, se les advierte que, a sus palabras retumbaban sobre el viento como un disparo que atraviesa sonoro todas las hendiduras del aire. Y cuenta que él ni por un momento pensó en presentarse ante ninguna autoridad porque entonces lo habrían matado por el implacable, vengativo dictamen de los doctores ilustres dueños de haciendas, con la venia de doña

Florencia que vivía rezando, azotándose. Y cuenta que los tres días del plazo que fijaron los soldados crujieron sobre las alturas del Buerán como el vuelo rápido, incomprensible de un ave, como la espuma que se despeña en las quebradas, como un venado o como el pensamiento, y que, en esa estrechez de tiempo, él y los suyos sacrificaron todo el ganado que no pudieron vender, enterraron los baúles y los sacos llenos de joyas y cosas elegantes, ocultaron el automóvil dorado bajo un montón de ramas. Y taquearon de pólvora negra sus carabinas, afilaron sus machetes y ocultaron a sus tiernos hijos-hermanos, hijos-tíos, nietos-hijos en sus cuevas, en hoyos profundos de incas, en montes densos, en alturas sin aire, llenándoles previamente los estómagos y amordazándolos para que no gritaran, de susto, hambre o frío: porque eran también, sin saberlo, miembros de la raza maldita y estaban, desde su nacimiento, condenados a una muerte sin piedad, a una supresión necesaria. Porque la gente que sabe dice que la sangre criminal siempre rebota, de generación en generación, y que los malos instintos sólo pueden terminar con la muerte.

Y cuenta que, sobre el resplandor amarillo del primer día después del último de plazo, los clarines de la caballería resoplaron lánguidos, premonitorios, una marcha cruel de guerra y destrucción que se rompió temblando, sonora, entre las ramas de los árboles de todo el Buerán, y que tras un silencio quieto, los tambores rebatieron su rítimica alarma, sus innumerables pataleos, sus voces roncas y templadas, y que, osadas, compactas, las primeras hileras de morriones, botas, capotes y bayonetas caladas, sobresalieron lentas, desde Mosquera por el Sur, desde la pampa larga de Tambo Viejo por el Norte, atenazando al cerro, husmeando cada recodo, removiendo cada piedra, disparando hacia cualquier sombra furtiva. Mientras ellos, los Quiroz, mayores, hombres y mujeres, enterrados hasta la barbilla en un lodazal espeso, oculto, inaccesible, las escopetas y los machetes cerca de las manos, escuchaban el maullido de las balas al rebotar en las piedras, buscando apuradas, persistentes, acabar con esos cuerpos odiados que luego serían simples ofrendas mudas y sangrientas ante las andas doradas de doña Florencia, ante los zapatos y las miradas, frías, satisfechas de los doctores y las autoridades que mirarían aquellos montones de odio yerto, finalmente inofensivo. Y cuenta que desde la media tarde, en aquel primer día de acoso, un cañón liviano, alegre como un caballo, emplazado en las planicies de Tambo Viejo, vomitó sobre el monte sus raudas palomas de fuego y su estruendo agrietaba los oídos, mientras ellos, agarrotados, sin voz, aguardaban. Y cuenta que recién brotado a la claridad el segundo interminable día de sitio, las bayonetas, cercanas y enfurecidas, los buscaban punzando troncos, removiendo terrones cuando alguien gritó huelo a indio y las bayonetas se reconcentraron en un inútil clavarse, mientras él, aprisionado por el lodazal y ya sin esperanzas, sólo pensaba en tajearse el cuello antes del instante en que fuera encontrado. Y cuenta que los ruidos de botas y bayonetas, desalentados, se fueron alejando hasta que dejaron de escucharse y sentirse, y ellos volvían a tomar el aire, a respirar con más fuerzas que nunca. Y que, por la noche él abandonó el fango para trepar una ladera y mirar, desde la cumbre más alta del cerro, las fogatas encendidas de un campamento disperso y la inutilidad, inmóvil en el resplandor, de unos centinelas que dormitaban apoyados en sus armas. Y cuenta que al tercer día de sitio, entre el sueño del hambre, el cansancio y la sed, entre el creciente olvido con que comienza el sueño de la muerte, ellos escucharon el hondo rataplán-plan-plan de los tambores y el estentóreo toque de marcha de los clarines, y sintieron cruzar al galope las caballadas de los campamentos del Sur atravesando el monte, y que horas, eternidades más tarde, sólo refulgió, entre el cielo y la tierra, un silencio desolado, incomprensible. Y que por la noche él volvió a salir del fango, a trepar a gatas la última cuesta de la cumbre, y que ya 110 vio las fogatas, ni las tiendas de campaña, ni los centinelas durmiéndose. Y supo, días después, cuando se atrevió a volver a su guarida, para encontrar sólo un

carbonizado, humeante esqueleto que abrigaba las manos temblonas del ciego Jesús, que la tropa de Línea recibió la orden de bajar hacia la Costa, hasta Guayaquil, para disparar sus armas, con rapidez y sangre fría, sobre unos trabajadores que andaban alborotando, vagos, hambrientos, exaltados por las calles del puerto, asustando a los señores elegantes que toman el sol en la Rotonda, a los turcos dueños de comercios y a las señoritas que aguardan, junto a las puertas de su ciudad calurosa las cartas perfumadas y ardientes de los enamorados. Y supo que mataron a muchos de aquellos hombres mal vestidos y alborotadores, y que, por las noches, arrojaban sus cuerpos a las aguas fangosas y oscuras de la ría, donde se cuenta que desde entonces, flotan, sin que nadie sepa quién las arroja, unas crucecitas toscas, mal ensambladas, que recorren la corriente lenta de la ría, recordando, maltrechas, sin hundirse jamás.

Y cuenta que cuando rescataron a los niños de las quebradas, las cuevas, las ruinas incas, tan sólo a tres los encontraron vivos: los demás habían muerto asfixiados por las sólidas mordazas o ametrallados por los Soldados de Línea que los hallaron sabiéndolos parte de una raza maldita, sin perdón posible. Entonces el Quiroz viejo calla, con un montón de recuerdos pesándole en la lengua, las cicatrices antiguas volviendo a florecerle el rostro, buscando la botella de aguardiente para sorber un trago interminable, sofocado, ardoroso. Porque el mantenerse vivos es la mayor riqueza, la mejor prenda que los hombres pueden tener, piensa Naún al preguntarle al Quiroz viejo si la pura destrucción, la rabia sin límites, las muertes sin por qué de algo sirven. Y sentirá el fosforecer amarillo de los ojos del Quiroz viejo, crepitando sensibles y sorprendidos cuando le responde, terminante, convencido, que la muerte y la destrucción siempre son mejores que la rabia callada, la servidumbre sin protesta ni queja. Porque el matar tensa las venas, ensancha el corazón del asesino: marca sus días, aclara el sol que lo abriga, da paz y fortaleza. Y que al arrasar, el destruir, es volver las cosas a su estado natural: el silencio, la limpieza de lo que no se codicia. Y dice, tenso, aumentando el fulgor de sus ojos amarillos, que él no podría vivir sin matar, sin destruir las cosas, los hechos incomprensibles de los poderosos: sus amorosos huecos, su simiente enfermiza y opresora, sus leyes mentirosas e interesadas, sus viviendas incómodas y sombrías, sus libros de hojas anchas y angostos pensamientos, sus cuadros que quieren retratarlos para la eternidad, sus negocios llenos de odio y cálculo, sus lujos risibles, sus autoridades injustas, sus noches de sueños atravesados por el temor. El no quiere, para sí, más que destruir hasta la raíz esas vidas, esas formas de existir que parecen previstas para el dolor y el sufrimiento eternos: destruirlas hasta la raíz de su recuerdo. Y ellos lo saben, y le persiguen a muerte, porque sólo muerto los dejará de odiar: poderosos y estúpidos, rubios y sifilíticos, nobles y cobardes, piadosos y la- tigueadores, ricos y cicateros, amigos de la ley y arbitrarios. Y él se dejó salpicar por el odio fervoroso y entero del Quiroz viejo, pensando en que razones no le faltaban, porque el odio es planta que crece en cualquier corazón. Y casi sin crecer en sus propias palabras, dejó hundir sus razones como en un pozo sin fondo: destruyéndolo todo, nada se logra, sólo el yermo, la perdición: la culpa no la tienen las cosas sino los hombres que abusan de ellas: un billete no es malo por ser billete sino porque lo manosean y lo usan los ricos, la tierra no es culpable sino el hombre que la ambiciona, la mide, la compra, la da en herencia, la acapara. Y el Quiroz viejo mueve la cabeza y dice que ellos no entienden. Porque saben muy bien para qué vinieron al mundo. Porque los poderosos viven de la muerte. Y con ella crecen.



MILAGROS

No es verdad, en Piedra Lisa no pudieron matarlo. El vivió hasta muchos años después y se murió de viejo, tranquilo, en su cama, rodeado por sus hijos y sus nietos. En algún lugar del Perú. Dicen que cuando el mayor Deifilio le cercaba con su ejército en Piedra Lisa, un sitio feo, de males y desgracias, él, sin balas en su revólver, sus compañeros acribillados por el fuego del mayor Deifilio, apretó entre las manos un escapulario que siempre llevaba junto al pecho y rogó a Dios, a la Virgen y a los Santos que tienen el poder de librar a cualquier cristiano del peor trance, de la más grande desgracia o la más segura muerte, que no lo dejarán morir así, como un perro rabioso, sin sacramentos. Dicen que mucho rogaba el pecador y que el mismo Jesucristo, que todo lo mira desde el cielo, compadecido, estuvo escuchándolo rogar. Y que la Virgen Santa, sobre su trono de oro, también le oía suplicar al bandido, y se ponía triste al oírlo, y no estaba nadita contenta en ese cielo que debe ser tan grande, tan frío y lleno de ángeles muy serios que no dicen nunca una palabra. Nuestro Señor Jesucristo, acordándose quizá de las horas que sudó sangre pensando en su muerte segura, en los soldados de Herodes y Pilatos que lo andaban sesteando con sus espadas y sus feas caras de malvados, tuvo pena por ese hombre pecador que le pedía ayuda desde el fondo de la quebrada y pensó yo anduve treinta y tres años por el mundo y sufrí como él sufre ahora, y levantándose de su trono se puso a caminar sobre el cielo, mirando en la distancia esta tierra, con tristeza y nostalgia. Y dicen que entonces la Virgen María, compadecida, le dijo a Jesucristo, salva al hombre que te ruega, sólo quiere vivir un poco más, es joven y los jóvenes nunca quieren morirse. Un poco cabizbajo, Jesucristo se acercó al alto trono resplandeciente de su Padre Dios, que también Oía los ruegos del bandido pero se hacía el sordo, porque Dios siempre finge no escuchar los ruegos de los hombres para no llenar al mundo de milagros, y le dijo, Padre Todopoderoso, déjame ayudar a ese hombre que no quiere morir con tan mala muerte, siempre tuve pena por las gentes perseguidas, me recuerdan mi vida en la tierra. Y dicen que Dios Padre, con una comprensiva sonrisa, permitió que salvara al cristiano suplicante.

Entonces dicen que el reo se sintió subir por los aires, y con incredulidad miraba hacia el suelo: cómo los soldados lo andaban buscando entre los matorrales, con sus bayonetas caladas. Y desde lo alto vio cómo el mayor Deifilio caminaba impaciente junto a los guardias. Y luego sintió una ráfaga de viento, un fortísimo viento que lo empujaba al sur y lo arrastraba más allá de la frontera, sobre los arenales del Perú y sus vallecitos angostos. Dicen que descendió en un pueblo lejano, donde nadie sabía quién era, y allí se casó, hizo negocios, tuvo muchos hijos, cambió su nombre, se volvió rico y vivía esperando las romerías para caminar de rodillas hasta los templos, agradeciendo el milagro. Esto cuenta la gente que no quiere creer que al hombre lo mataron en Piedra Lisa. Y yo también lo creo: me gusta contradecir las verdades que no valen la pena creer, ¿no?



QUEBRANTOS Y MORTANDADES

No sabe si va a encontrarlos nuevamente a todos, completos y valientes como siempre; queriéndolo, necesitándolo con una fidelidad cómplice, una fanática sumisión a su prestigio, multiplicado ahora por esa fuga de audaca inconcebible con que la describieron los periódicos de los días siguientes, en los que las calles de Quito amanecieron con un silencio de cadáveres amontonados, yertos, incomprensibles, que nadie recogía, mientras los zumbidos distantes de las últimas cargas de artillería se elevaban, quejándose, hacia el cielo. "No sé con qué caras, si es que aún viven, el Jimbilico, el Chiquito, Alfonso el Cojo, recibirán la noticia de que yo, a la cabeza de una cincuentena de reclusos, trepé los muros del Panóptico y fugué cuando el ejército se despedazaba en las calles". A lo largo de aquellos cuatro días tenebrosos en los que las casitas bajas de La Tola, las provisorias y oscuras del Itchimbía, se fueron abatiendo bajo la implacable metralla del combate, y los niños y los simples curiosos, y los soldados rasos encontraban sus muertes en ese crepitar aterrado de disparos, sombras de kaki moviéndose, gritos y órdenes. Si aún viven, cómo lo celebrarán, cómo se contarán la noticia; él solo, con la presión vengativa de sus brazos, estranguló a dos guardias y sólo con la fuerza de su valentía saltó los quince metros altos del muro del Penal hacia el verde sucio, vacío, del césped de afuera, hacia la libertad, y cayó sin que ninguno de sus huesos sufriera daño, mientras, detrás, iban saltando, uno a uno, desesperados, felices por ver su libertad o su dicha tan cerca, a sólo quince metros, los cincuenta reclusos que prefirieron seguir su ejemplo, ser como él, entregarlo todo a costa de esa oscura sensación que llaman libertad. "Y me admirarán muchísimo más cuando sepan que veinte y siete se quedaron ahí, con las piernas rotas, las costillas en escombros, los cráneos hundidos, más culpables y criminales que antes, tendidos sobre la hierba, mientras empezaba a sonar, como un lamento, la sirena del Penal y los guardias, desde las murallas, pálidos y rabiosos por la sorpresa, los remataban a tiros mezquinos, con una puntería fácil, mientras yo y los que también cayeron sin romperse un tobillo o una pierna, corríamos bajo ese fuego graneado, sin pensar en nada".

Buscaron la quebrada cercana, los matorrales, los tapiales de tierra, los lugares donde, cercana, la otra muerte, la de la guerra incomprensible que duró cuatro días, atravesaba cualquier vida sin escogerla. Y el orgullo solidario de sus hombres, allá en la distante provincia del Sur, será reverencia, admiración sin reservas cuando sepan que ele aquellos veinte y tres prófugos que sobrevivieron después de saltar los muros del Penal, muchos desperdiciaron sus vidas entre las muertes fortuitas, sin origen, de la guerra, ametrallados cuando quisieron cruzar una calle, desaparecidos cuando los cañones esfumaron barrios enteros con sus esteritas húmedas para el sueño, sus cántaros de chicha para el carnaval, sus perros tiñosos y sus niños desnutridos que, mirando los combates desde las ventanas estrechas de sus viviendas, soñarían en crecer y vestirse como aquellos militares elegantes que iban a matarlos sin saber que existían y los admiraban. "Y mis hombres van a saber, locos de alegría, que sólo a mí no pudieron matarme cuando, recogidos todos los cadáveres de las batallas, Quito en paz nuevamente, los carabineros y los pesquisas fueron hallando y matando a fugitivos que se escondían en alguna casa abandonada del Panecillo, o querían salir de la ciudad caminando por los rieles vacíos de Chimbacalle, o dormían tapados con periódicos sobre el pasto de algún parque, o buscaban comida junto a un puesto de choclos y fritadas en la plaza de San Francisco. Pues no pudieron gozar de su fuga, dirán mis hombres, pero Naún Briones sí, que estará vivo en Quito o en cualquier lugar, y va a volver algún día, sin falta".

Pero nunca sabrán de la cautela, de la simple voluntad por sobrevivir que lo mantuvo mientras gateaba por basureros y cloacas, encharcado en mierda hasta el cogote, mirando la luz lejana del día desde los túneles fétidos, interminables: resucitando, sólo por instantes, a la superficie de calles donde la

gente de Quito se entretenía en recoger y cargar a sus muertos. Y nunca sabrán cómo, enmierdado y hambriento, hurgó encorvado en los basureros buscando un pedazo duro de pan, un tronco de col, mientras escuchaba a furtivos canillitas cruzar sin mirarlo siquiera, pregonando a gritos su fuga impresa en los diarios, su prestigio y sus correrías transformados en noticias, apretados por el linotipo, ya más grandes que su propia vida, imperecederos en sus titulares y sus datos y reseñas escalofriantes, mentirosas, que le evocaban como a la encarnación más pura del mal, el más torvo asesino, el ser sin sentimientos ni principios. "Pero esloy vivo, y eso, nada más, importa; pude vivir, sin armas, con hambre, sin amigos, con paciencia, aguantando el miedo, el asco en las cloacas, en esas noches altas y vacías donde andaban y metían bulla los agentes y los guardias que me buscaban, removiendo montones de basura, abriendo cuartuchos, allanando cantinas, casi ofendidos porque yo no estaba en ningún sitio, desesperados, porque yo no estaba en ningún callejón, en ninguna cantina de ladrones y malvivientes, en ninguna fri- tadería para pobres, vengativos por los guardias que maté en las murallas del Penal. Y yo quería espiarlos, desde mis escondites, mirarles con sus gabardinas desteñidas, con sus sombreros de paño gachos sobre unos rostros sin afeitar. Ellos también, como yo, sufriendo y temiendo, muertos de cansancio, malhumorados en la persecución seguida con desgano, quizá mantenida por los sucres ele aumento que les habrían prometido, o por unas ganas calladas de aparecer en la primera página de un periódico como los hombres que capturaron, vivo o muerto, a ese desalmado que fugó del Penal, con cincuenta reclusos, a ese criminal que ha matado a más de cien personas. Hubiera querido ver, palabra, no con maldad ni odio, sus zapatos rotos, enlodados, las cajetillas arrugadas de los cigarrillos baratos que andarían fumando, con nerviosismo y desconsuelo, las pistolas antiguas, cortas y estropeadas que entresacarían de rato en rato, como si tuvieran miedo de haberlas perdido, de los bolsillos de sus gabardinas. Hubiera querido mirar cómo presentaban, apurados, altaneros, en el fondo muertos de miedo, sus carnets de agentes, sebosos, con las letras y las fotografías desteñidas. Pero yo no estaba en ninguno de los lugares donde ellos perdieron su tiempo buscándome, les contaré a mis hombres cuando, contentos, me escuchen alguna noche, en Zozoranga o Alamor, junto a una buena, generosa botella de aguardiente, de nuevo reunidos. En ningún lugar estaba, les diré, porque un al- bañal no es propiamente un lugar, porque para salvar la vida vale la pena enmierdarse un poco, tener paciencia, esperar que esos mentirosos periódicos que escriben en la Capital digan que me volvieron a ver, a mil kilómetros de distancia, un poco avejentado, enflaquecido, en el asalto a una finca, dirigiendo a mis hombres, recuperando mi fama en caseríos, moliendas, parroquias: en la tierra ele la que no debí salir, porque, según dicen, sólo la tierra ele uno sabe cuidar como una madre. Y mis hombres, llenando las copas, encendiendo los tabacos, dirán que tengo razón, que me extrañaron, que pensaron que ya no estaría vivo, que se dispersaron cada uno por su laclo, como avergonzados de mirarse las caras, pensando tristes, ya nunca más cabalgaremos por chacras y lomas, respetados, temidos, valientes. Y para consolarles o ha- cerles olvidar penas pasadas, les contaré cómo, en un sueño de cansancio, ele hambre, un sueño como la misma muerte: definitivo, tibio, sincero, dentre) del hede)r de un albañal ele San Diege), vi, entre sombras, al viejo, al ciego Jesús, el del redoblante, llamándome la atención con sus dedos largos, sucios, huesudos, con sus ojos blancos y picaros, como flotando sus pies sobre un aire claro, una hierba tierna, llamándome hacia un olor de madreselvas que respiré con fuerza, con amor por la vida que no terminaba, mientras el viejo, riéndose como si estuviera contando un buen chiste, me decía, desde el sueño, que ahora podía volver a respirar y comer, podía lavarme la mugre del cuerpo, regresar a Loja, olvidarme del Aguila, de los tres años en el Panóptico, de los reclusos acribillados, de sus agonías y sus cadáveres manchando la hierba alta de los muros, entre el humo de la pólvora y los disparos enloquecidos. Y les contaré cómo desperté tranquilo, salí del albañal con un cansancio sin miedos, con

un hambre casi alegre, aspirando un olor a madreselvas, a hierba tierna, a tréboles pisados de una callecita vacía y pobre".

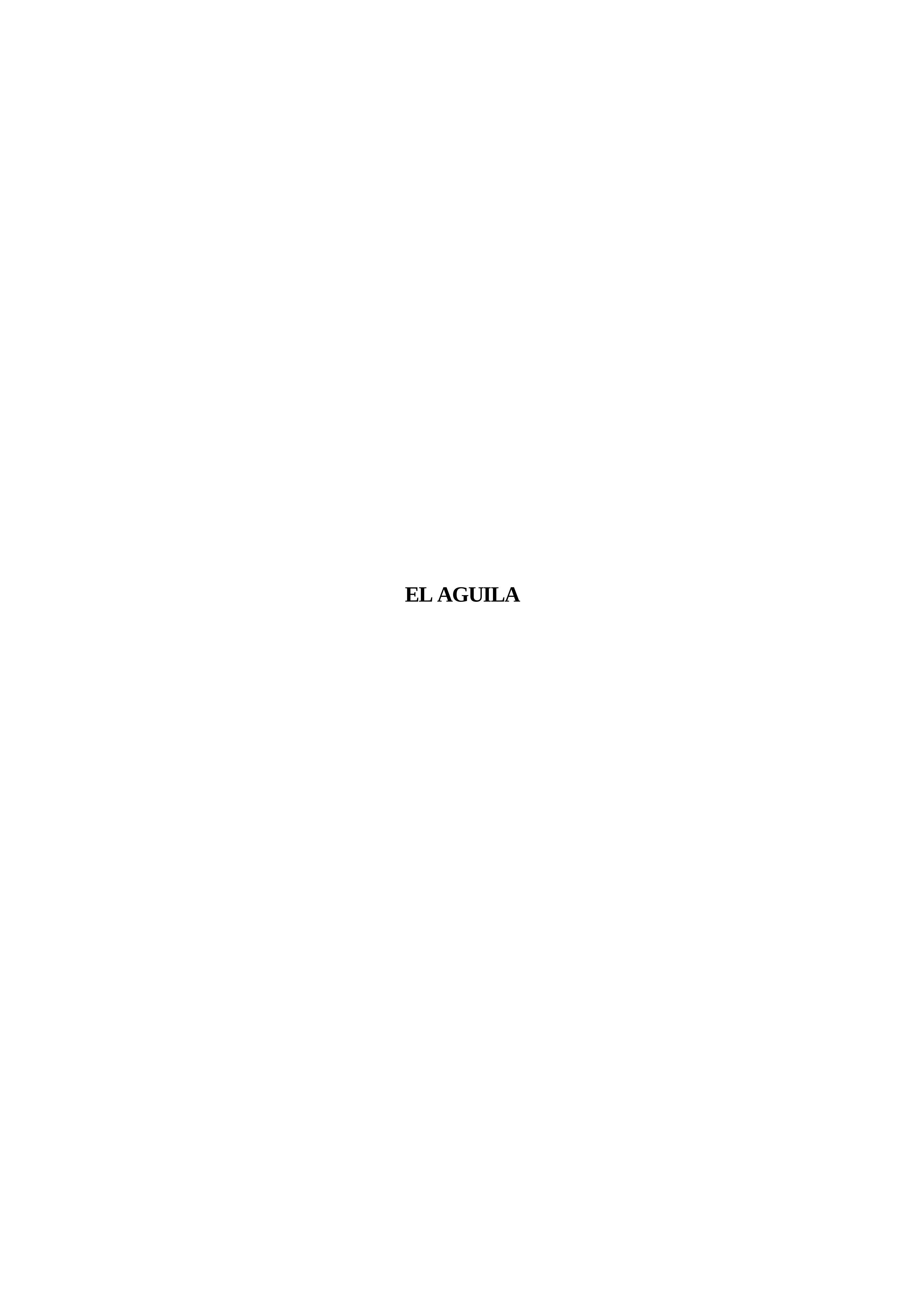
Después, contará, todo fue más fácil: los pantalones usados y la leva de casimir barato que cambió por una cadenita de plata que pudo conservar a través de los años de prisión; el agua helada de aquel baño público en San Roque, limpiándole la suciedad apretada en costras duras sobre la piel. El anillo de oro con sus iniciales grabadas que vendió en las casetas de usureros de la Quebrada de Jerusalén, la comida del salón "Imperial", el sueño largo sobre un catre duro del hotel "Viajero", la navaja del barbero sobre sus desconocidas mejillas, la mujer barata y perfumada que durmió con él una noche y trató, inútilmente, de adivinar cualquier destino desde la palma de su mano dura y díscola; el paseo largo, sorprendido, en los tranvías del centro, sobre bancas de madera pintadas, junto a señores de bastón y bigote engomado que leían los periódicos sin arrugarlos, con distinción y cuidado, mirando atentos, con ojos fríos, las fotografías de los montones de reclusos acribillados junto a las murallas del Panóptico, y luego se enteraban, con curiosidad y estremecimiento, de los nombres que tuvieron esos asesinos peligrosos, esos rateros y pungas que nunca tuvieron suerte, esos cuatreros, incendiarios, profanadores de tumbas, falseadores de candados, autores de heridas graves, falsificadores de billetes, timadores de loterías, violadores de niñas, que se llamaron Carpió, Gómez, Luna, Vargas, Suntaxi, Carrillo, Guamán, Narváez, Angulo, Quimí, Zea, Barragán, Manosalvas, Chiluisa o Quiroz, el último Quiroz que llegó a Quito encadenado y bufando como un toro, los ojos sangrientos, la boca espumosa, con un pie gangrenado y el brazo derecho inútil para siempre. Pero los señores elegantes que leían los periódicos sin doblarlos, en el tranvía o sobre las bancas de fierro de la Plaza Grande, o junto a los paseos de ci- preses de El Ejido, no leían su nombre, no le sentían junto a ellos en los tranvías o caminando cerca, aspirando el mismo olor a cipreses moribundos que ellos, distraídos, aspiraban. Y entonces les dirá a sus hombres, entristecido, permitiéndoles mirar su pena, su decepción, su orgullo herido, que ya no estuvo contento, porque lo habían suprimido, cobardes, metódicos, seguros, los pesquisas que no tuvieron la suerte de encontrarlo, los jefes policiales de gafas oscuras y ligas sobre las mangas de las camisas que nunca pudieron tenerlo en sus oficinas húmedas y oscuras para golpear su pecho con una manopla, para fotografiarle con unos números negros colgándole del cuello o guindarle de una viga de sus calabozos y exigir que les diga, a gritos, lloroso, vencido, que mató a veinte policías y quiso robar las joyas sagradas de la Virgen del Quinche, los exvotos de Jesús del Gran Poder, el anillo del Arzobispo, la banda tricolor del Presidente, la guitarra de Mariana de Jesús, la espada de Bolívar. "Entonces, les diré, pensé, que nunca volvería a ser Naún
Briones, que ni en Cangonamá, mi tierra, nadie me reconocería, que cruzaría ante el destacamento de Rurales en Célica y ninguno me gritaría alto, y en adelante ninguna bala iría a perseguirme, y ningún hacendado publicaría en la "Opinión del Sur" un anuncio en recuadro ofreciendo quinientos sucres en dinero y otros quinientos en especies a quien pudiera capturarme, a mí, azote de la Frontera, amenaza de la Centinela del Sur, monstruo de Catamayo, hijo maldecido de Cangonamá, extranjero que hostiga a la valerosa población de Sullana, vastago de Chivo Blanco, nieto de Pajarito. Entonces, les contaré, era peor que si me hubieran herido de bala, rematado a bayonetazos junto a los muros del Panóptico, peor que si me hubieran ahogado en los mierderos de las alcantarillas, porque ya no tendría nombre ni pasado, porque sólo sería una sombra caminando sobre el zócalo duro, frío de la Plaza de San Francisco, el puro olvido entrando en las picanterías baratas de La Tola, el lojanito bermejo y callado cue todas las noches abría la puerta de su piecita en el hotel "Viajero", sin saludar al propietario, y se tendía bocarriba sobre el colchón de paja, y prefería no encender la luz del cuarto, y escuchaba a los borrachos desgañitarse, afuera, sobre el frío de la calle, cantando un muchacho bien porteño, a la guerra se marchó, un mucha...".

Y el sueño no querrá encontrarse con él porque ahora era únicamente un forastero común, un chagra sin empleo ni suerte en la Capital, un lojano que tal vez huyó de su tierra asolada por la sequía, las injusticias y el hambre. Y pensaba que ahora valían mucho más que él los pungas que se fracturaron las piernas tuberculosas al arrojarse desde los muros del Penal, los maleros que, rotas las costillas en la caída, prefirieron cortarse las yugulares con sus navajas bien escondidas, antes de que los guardias tuvieran tiempo de ulular la sirena, llamar a refuerzos, descender los escalones y abrir los cerrojos para rematarlos a tiros. Valdría mucho menos que los cuatreros manabitas que murieron insultándole a Dios cuando los guardias, precisos, les cosían el cuerpo a bayonetazos. Y no sería nadie en comparación al último Quiroz que se tambaleó largo rato, con ferocidad difusa, grotescamente malherido, con la sangre desabrochándole la piel dura y cetrina, su brazo inútil bamboleándose solo en el aire y el humo de la pólvora y la cojera del pie derecho que sólo fue ya un último, desesperado bailoteo antes de la última piadosa ráfaga que casi le cercenó la cintura, tirándolo, entre un estruendoso aullido, sobre los montones de cuerpos tendidos que aún manoteaban su vida. "Yo no era nadie, me olvidaban robándome el prestigio para esconderlo en los archivos. Porque salté del muro del Panóptico sin romperme ningún hueso, porque me escondí donde ni las ratas se esconden, porque atravesé, sin morir, esa guerra ciega que duró cuatro días, porque no me hallaron agonizando en ningún hospital, ni bebiendo asustado y embozado en una cantina, y defraudados, vengativos, sin esperanzas de capturarme, decidieron que podía seguir vivo".

Lavarse la mugre del cuerpo, vender su anillo de oro, vestirse con ropas limpias, tomar un cuarto en un hotel, pasear en tranvía, leer los periódicos que ya lo ignoraban, mirar los rostros que no le conocían, dormir con una mujer que no le temió ni pudo leer las líneas de su mano, porque entonces él no era sino su propio fantasma sobreviviéndole en aquellos paseos al atardecer, bajo los eipreses de El Ejido, en las noches sin sueño sobre el colchón duro, lleno de pulgas, mirando, con la cabeza incómoda sobre la almohada grasienta, cómo el día iba abriendo su color de ceniza o ratón en la ventana, y manchaba con un claro borroso las tiras del piso, la escupidera de fierro enlozado, la bacinilla vacía, y trepaba las paredes empapeladas y, despacito, iba resaltando las letras rojas del cartel que decía se ruega a los viajeros no escupir ni defecar en el piso, gracias, y afuera, las campanas roncas de San Francisco, las lerdas de la Catedral, las tranquilas y claras campanas de Santo Domingo llamaban a misa, a la primera misa, y el último ruido horizontal y rasposo de los barrenderos que limpiaban los adoquines desiertos iba perdiéndose entre el ruido crujiente de las carretas lecheras o el deslizarse rispido, lleno de pereza del primer tranvía. Y se calzaba las botas, abrochaba los botones de su camisa, limpiaba su leva con una mano ensalivada y solicitaba al empleado del hotel la jarra de agua, la lavacara, el jabón de rosas, y el espejo ovalado del cuarto tenía pintada una larga, voluntariosa flor roja sobre su superficie, y, atado a una manida piola, se descuadernaba el almanaque "Bristol" del año, con sus santos, sus lunas llenas, sus consejos y sus chistes, y en el salón de enfrente tomaba un café con briollos, y cruzaba luego la calle Maldonado, y unos niños en corro, con pesadas gorras de dril jugaban a los trompos en las veredas canturreando con sentimiento y picardía Bonifaz, no vas más, ni del perro mamarás, Bo- nifaz, no vas... Y a las doce del día un hombre flaco, vestido de oscuro, enérgico y casi calvo, congregaba por simple curiosidad a los vagos, a los sin empleo, a las vendedoras de morocho, a los jubilados artríticos para decirles que él era un liberal del siglo dieciocho y que su corazón no se encontraba ni a la izquierda ni a la derecha de su pecho, y enronquecía sus discursos largos, y levantaba los puños premonitorio y decidido, se limpiaba el sudor de la frente tensa con un pañuelo blanquísimo y se ponía furioso cuando un grupo de guambras, pagados por algún militar retirado, por algún viejo alfarista resentido, le cantaban ay mama Inés, ay mama Inés, a Velasco Ibarra le hieden los pies, ay ma...

"Pero les diré a mis hombres, mientras ellos, achispados y alegres, destapen una nueva botella, que yo caminaba entre el gentío de Quito como un muerto en vida, que no aguanté más y la plata se me acababa, y que quería volver a la tierra, ser de nuevo y para siempre Naún Briones, y compré un pasaje de tercera en el ferrocarril que salía para el Sur a las tres de la madrugada, entre el olor a fritada y choclos tiernos de la Estación de Chimbacalle, entre el apretujamiento de indios con ponchos rojos y sucios sombreros de lana, entre manos esqueléticas de viejas moviéndose en un aire iluminado por focos amarillos, oscurecido por el humo de tantos tabacos fumados, entre el ruido pesado de la carga acomodándose en los vagones y el ladrido de los perros. El tren silbó, se sacudió sobre los rieles y cruzó la estación adelantándose a su propio humo, acaparando las distancias con la prisa por lanzarse al mundo oscuro de más allá de Quito y sus monumentos". Y él, nadie, pasajero común, sin nombre, tendido sobre costales de sal, en un vagón de tercera, entre gallinas, campesinos acurrucados, mercachifles viajeros, mujeres ele la viela que irían a probar la suerte de sus encantos gastados en Ambato, Milagro o Yaguachi. Y él pensaba entonces que al viajar contra los kilómetros, las distancias, de regreso, sería como irse, poco a poco, apropiando otra vez de su nombre entero, de su voluminosa fama que lo aguardaba allá, paciente, al otro extremo, en el último, olvidado Sur de la República, y pensaba que llegaría envejecido, desarmado, solo, con una voluntad terca por delante: buscar a su gente, averiguar por su paradero, saber si se mantienen vivos, si no lo han olvidado, si también ellos no han terminado por creer que es una pura leyenda, una mentira para asustar a los niños malcriados, un cuco que vaga de imaginación en imaginación. Y sólo entonces podrá recomponer esa vida que le queda, que ahora está vacía, sin brillo, sin hazañas, sin muertes ni osadías. Y, despatarrado sobre los costales de sal juraba con el sombrero aplastado cubriéndole los ojos, mirando a través de las ventanitas estrechas del vagón de tercera cómo la luz del día se anaranjaba estallante sobre los cerros húmedos, vacíos, se ponía a jurar que nadie va a poder olvidarlo cuando vuelva, que se van a arrepentir por haber intentado olvidarlo, que los Rurales tendrán que triplicar sus efectivos para hacerle frente, que las trancas de las casas de hacienda se fabricarán, en adelante, con la madera más resistente, que el dinero de los ricos huirá empavorecido al solo sonido de su nombre, y los usureros nunca más podrán dormir tranquilos, y las autoridades van a reunirse para decir, con preocupación y arrepentimiento, por qué no matamos a ese criminal en la celda, cuando había cómo hacerlo, cuando sólo por cincuenta sucres otro recluso le hubiera apuñaleado sin contemplaciones, cuando por un galón de Cabo cualquier guardia, al disimulo, como por accidente, habría disparado sobre su temeraria, maldita nuca, para volverlo polvo y ceniza. Y piensa que cosas así van a decir las autoridades en sus reuniones, poniéndose amargadas, que no siiven de mucho sus cárceles, sus artículos de la Ley que condenan, prohiben, sus discursos que prometen la paz social, sus militares que sofocan levantamientos de indios, huelgas de obreros y defienden las fronteras de otros militares que sofocan rebeliones "Y entonces van a decidir comprarme, van a escribirme unas lindas cartas respetuosas y atentas donde se me diga señor Naún Briones. Y me dirán en ellas que me lo perdonan todo, las muertes, los saqueos, las amenazas, los sustos, la alegría de los pobres, la plata para las viudas, los huérfanos, los sin casa, los sin medio almud de cebada, los chulla calzón, los sin zapatos, los enfermos de tisis, las que no tienen leche en el seno para sus hijos. Amigo, caballero, van a decirme, tendrá un lote grande de ganado, buenas tierras, una casa con patio si se regenera, amigo, caballero, si se vuelve bueno, útil, pacífico, tranquilo, deje de atemorizarnos, asiente la cabeza, búsquese una mujercita hacendosa, y se lo perdonamos todo, y nos olvidamos de usted, y nunca más enviamos a los Rurales a perseguirlo, y rompemos los au- tocabezas de proceso de los intendentes, y hacemos pe- lotitas de papel con las boletas de captura, y dejamos de pagar a los periódicos para que lo insulten y calumnien y exijan limpiar el campo de indeseables como usted. Y el tren cruzó por la Estación de Mocha, galopó por los arenales blancos de Palmira, se manchó de amarillo con el aire azufrado de Tixán, arrojó su humareda

hacia la Nariz del Diablo y se durmió, tieso, cansando en Sibam- be, y me apeé, y dormí con frío sobre el andén de la Estación, y al día siguiente merqué una alforja, fleté los mulares de unos arrieros que iban para Cuenca, y, sobre el Buerán vi cómo el palanquín dorado ele Doña Florencia, con el loro que cantaba el Himno Nacional cagándose sobre sus espaldas, junto a veinte monjas que le rezaban letanías y trescientas jaulas de mirlos, ascendía seguro por los cerros donde los Quiroz sólo eran un mal recuerdo. Y pasé una noche en Cuenca, que ahora lloraba a mares la muerte de su poeta, y seguí al sur, entré nostálgico, cas) con lágrimas, en la ciudad de Loja. Y entonces, disimulando la voz, la facha, me puse a preguntar sobre el paradero de mis amigos. Y un revendedor de caballos me notició que el Chiquito era ahora el dueño de una finca cañera en Nangaritza, y un herrero conocido me contó que el Tuerto Cisneros murió de pulmonía en la cárcel de Loja. Y un maestro de escuela en Jimbura me habló ele Alfonso el Cojo que engordaba viviendo al lado de una mujer libre en Zaruma. Y una mujer vieja que la- vaba ropa sobre las piedras redondas clel Malacatos me contó cómo los Rurales arrastraron con sus caballos al Jimbilico para obligarlo a decir dónde se escondían los tesoros ele Naún Briones, y que el Jimbilico, desollado, no abrió la boca ni siquiera para recibir la muerte. Y entonces supe que a nadie podría contar mi fuga del Panóptico, mis años de prisión: que sólo tendría conmigo al olvido y la muerte, al polvo y la ceniza. Que tendría que empezar de nuevo. Que se cansaron de mi recuerdo o murieron, por mí, que ahora estaba solo, que era Naún Briones. Que iba para los cuarenta y que la vida, ¡cara- pe! , es una cosa muy seria".



EL AGUILA

Advirtió, desde el otro extremo de la mesa, bajo ella, cómo un zapato de Paz, el Aguila, siseaba, imperceptible casi, delatando con un mínimo crujido de la alfombra, el juego de sus cinco cartas, atravesadas, refulgiendo hostiles, secretos entre sus dedos largos, de uñas cuidadosas y relucientes. Vio, como aterido en el suspenso silencioso del juego, cómo rondaba esa boquilla negra por aquellos labios tiesos, casi incoloros que destacaban tanto el bigotito diestramente recortado sobre el rostro pálido, infantilmente sombrío que ahora enarcaba las cejas, exhibía una veloz mirada, de cálculo, de seguridad triunfal, sobre el gordo moreno que acababa de limpiar las caitas desperdigadas sobre la mesa, casi convencido de su suerte, demasiado estrecho dentro de su temo oscuro. Pero ahora notaba, divertido, admirándose, cómo el siseo del zapato charolado del Aguila obtenía respuesta en aquel rápido aflojarse del nudo de la corbata roja
del Flacc Reyes, el amigo, el cómplice, el guardaespaldas de Paz; en sus diestras muñecas que seguramente acababan de vomitar, a través de aquellos puños duros de camisa, rodando por sobre su piel reseca, la indispensable carta que ahora se movía entre sus dedos de prestidigitador, sin que el gordo, a través de la doble sombra de sus gafas, hubiera podido notarlo. El sonido de la victrola, atravesando las mesitas del salón donde las mujeres fingían emborracharse ante una botella de Mallorca o Anís del Mono y obligaban a beber copas llenas a sus acompañantes taciturnos de deseo, estallaba en sus oídos esa canción melosa, reiterada, que contaba de una mujer ingrata que se marchó a París, aquella canción que en el borde mismo de la madrugada haría lloriquear, entre el cansancio de sus rostros polvoreados, a todas las mujeres del "Happy Land" que tanto encandilaban a los clientes con sus nombres falsos: Marlene, Theda, Consuelito, Dorinda; que los atraían tanto con el brillo macizo de sus medias satinadas, con sus moños falsos o sus rulos, sus pecas sobre las mejillas que nunca resistían intactas al primer besuqueo baboso de los hombres que, indiscretos, ante la mirada siempre sarcástica de Paz, el propie-tario, el joven casi imberbe que renegó de la zapatería de su padre, sus brocas, hormas, tacones, del hambre de todos los días y se dedicó, obstinado, a transformar aquel par de manos suyas, delicadas y largas, en una verdadera obra de arte, en un portento de rapidez sigilosa que, entre la precaución y el silencio distraído, atenazaron tantas carteritas de cuero, perfumadas, robustas, desde los más secretos recodos de un chaleco, desde las profundidades más negras de un bolsillo para transformar los billetes crujientes y duros en las camisas almidonadas y los temos de casimir de grano que empezó a vestir, en los licores opulentos que aprendió a beber, en las mujeres que compró, en los amigos y cómplices que alquiló, en esa casita blanca, baja, de dos plantas, con puertas azules y cielorrasos amplios, con maceteros de geranios y pintura sobre las paredes que arrendó para transformarla en el primer burdel verdadero que tuvo Quito, donde mujeres que aseguraban ser mexicanas, gringas, libanesas, obligaban a dejar sus sueldos bajo los colchones a los militares, sus dineros cobrados a interés a los prestamistas, sus coimas a los empleados, el producto de sus cosechas a los propietarios de haciendas.

Y, desde allí, ante su mesa de juego tapizada de verde, Paz, el Aguila, aprendió de la extraña facilidad con que se gana el dinero cuando las cartas llevan marcas secretas, cuando los puños de las camisas ocultan aquel full, aquella ronda como la que ahora resplandece, con sus reyes barbudos, sobre el centro mismo de la mesa, ante la boca abierta del gordo de gafas que estanca sus facciones en la dolorosa sorpresa del perdedor, en la intranquila duda del que se sabe obscuramente trampeado y que ahora él, desde su sitio irrelevante, mira vociferar, cegar el truco que supone, concitar la atención de las mujeres de trajes entallados que simulan beber, de los hombres que las manosean bajo la discreción de los focos rojos, de los meseros que suspenden algún chorro de licor sobre las copas y se inmutan ante el estrépito de la mesa de juego tumbándose en el suelo con violencia y furia. Y ahora mira el furor encendido del gordo de gafas que avanza para tironear las solapas tersas del Aguila, abofetear esas

mejillas lisas que no cambian su color mortecino, ciudadano, de vida en las noches, acechanzas en los tranvías, los hoteles, los cines, los pasillos de mi- rústenos. Y ahora él, extraño, sin adaptarse a ese ambiente que lo está rodeando casi desde el momento en que se bajó del tren en Chimbacalle, desaliñado y rural, como oprimido por la sucia tristeza de la Capital, por las caras macilentas de los cargadores, los pies descalzos de los niños, el olor acedo de las fritadas y las moscas de los basureros, se puso a preguntar, indistintamente, sin elegir, acerca de un hombre que apodan el Aguila, y todos respondían vagamente, evitaban contestarle, se limitaban a fijarse en sus pantalones rugosos, en su sombrero viejo y su barba de tantos días, notando su acento forastero, y le daban las espaldas o lo miraban con una precaución irresistible. Y él, exponiéndose a ser atropellado por tranvías y autos, sin ocupar las veredas atestadas, permitiendo que lo empujaran transeúntes con demasiada prisa, preguntó por el Aguila en plazas repletas de toldos, en parqi es circundados por rejas, calles empinadas, casas con faroles, y empezó a creer que jamás encontraría al Aguila en aquella extensión empedrada y mustia, agobiada por caserones y templos, entre esos rostros hoscos de multitudes que iban y venían como sin propósito, se encaramaban a tranvías, regateaban, discutían, se levantaban el cuello de las levas, alisaban con los dedos sus faldas y se diluían en otros rostros más hoscos. Y se sentía como extraviado o borracho entre las viejas de negro que iban rezando a sus misas, entre esos hombres de trajes oscuros y sobrios que subían en fila, fúnebres, seguramente importantes, los escalones de mármol de sólidos edificios entre esos barrenderos de calles desencajados, esos vendedores de helados y aguas de frescos violentamente estentóreos, esas mujeres polveadas que ocultaban en gorritos sus peinados cortos y caminaban taconeando, y se saludaban con besos en las mejillas y aprovechaban de un zaguán para acomodarse las ligas, pintarse los labios o mirarse los rostros redondos, blancos de polvo, en espejitos que llevaban dentro de carteras de cuero. Pero alguien, uno de ésos que en San Francisco aguardan, vergonzantes, macilentos, las ollas humeantes para menesterosos que los frailes reparten entre intermitentes menudos tumultos, le dijo que podría encontrar al Aguila, si se apuraba, en una peluquería, a dos cuadras de ahí. Y él, casi a la carrera, atravesó la calle surcada por automóviles de bocinas chillonas, y fue leyendo trabajosamente cada letrero que nombraba salones, abacerías, almacenes, hasta mirar el anuncio que ostentaba una gran navaja de madera, y abrió apresurado la pequeña puerta del establecimiento, y se mareó un poco en el perfume a colonias concentrado dentro, y un hombre con delantal blanco lo estaba mirando, como ofendido, más bien escandalizado por la intrusión de esas botas sucias, de aquel hombre de sobacos sudados y ropas mugrientas que se plantó junto a los sillones reclinables donde toallas calientes ablandaban el cutis de señores que leían periódicos o hablaban de política. Y él, sintiendo cómo lo miraban, envarados, silentes, con desprecio los peluqueros, los bien trajeados clientes que levantaban sus nucas del cuero blando de los asientos para observarlo con ofensa y recelo, preguntó por el Aguila, y un barbero casi furioso le respondió que ahí no había nadie que lo llamaran así. El no quiso moverse, mirando la hostilidad curiosa del barbero, las pelotitas del cabello cortado desperdigadas sobre el piso brillante, la espuma densa que removía el barbero, experto, en un recipiente de porcelana, las navajas que rutinarios afilaban los peluqueros, sobre unas anchas lonjas de cuero. Y el barbero que removía la espuma le dijo, brusco, que se largara de ahí, chagra bruto, que ensuciaba el piso con sus botas, pero desde la tibieza perfumada de una toalla sobre las mejillas, una voz cortés, de inmediato agradable, le dijo que él era el Aguila. Que para qué lo andaba buscando, quién era, mientras la extrañeza del hombre levantaba las cejas desde el nido caliente de toallas. Entonces él solamente respondió que era el hombre al que envió una carta, el tipo de Loja que conocía de oídas. Entonces los ojos del Aguila se agrandaron en una instantánea sorpresa, bailotearon sobre la mala traza del provinciano, incrédulos, admirándose, juzgando la leva ridiculamente holgada, los pantalones gruesos, el rostro cuadrado y duro que no movía ningún músculo, como acechando. *Y* Paz, creyéndolo, apartó con un manotazo las toallas calientes de su

rostro, saltó del pedestal metálico, bruñido del sillón, no quiso mirarse en el espejo que, sumiso, le estaba presentando el barbero y se incorporó, mucho menos corpulento que él, ostentando el contraste de su cuidadosa elegancia frente a los desaliñados andrajos del forastero que el Aguila se puso a contemplar, íntegro, como si se tratara del volumen estático de algún monumento famoso. Y él no rehuyó la mirada, se vio en el fondo acuoso de aquellos pequeños ojos oscuros, certeramente fijos, que lo contemplaban sin preocuparse en la extrañeza de los peluqueros que sostenían con distracción frascos de lociones, tijeras, navajas, manteles. Entonces él sintió el apretón instantáneo y frágil de los brazos del Aguila, y escuchó su voz, afectuosa, educada, dicién- dole, entre un fresco aliento oloroso a menta, has venido, amigo, has venido, y él sintió una simple gratitud por aquel hombre que lo estaba salvando de la soledad íntegra y el desprecio distante de aquella ciudad incomprensible, y, un poco avergonzado, se dejó llevar por esos frágiles brazos del Aguila hasta un sillón de peluquero de blando respaldo, y permitió, estirando las piernas, descansando un poco de la fatiga, que el Aguila ordenara a cualquiera de los sorprendidos, molestos barberos, la espumosa, fragante, diestra afeitada que duró casi una eternidad meticulosa bajo las despreciativas y prepotentes manos del barbero que le rasuraron sin miramientos la sucia barba de quince días que aún conservaba el polvo de los caminos de media República, y se sintió en el centro mismo de una tranquilidad nunca antes experimentada por él cuando el Aguila, mientras salían juntos de la peluquería, le estaba ofreciendo unos cigarros largos, de puntas cuidadosamente recortadas y le preguntaba por su vida, allá, en esa pobre y atrasada provincia del Sur, y le averiguaba por sus hazañas transformadas en leyenda, demostrándole admiración, respeto, al endulzar su voz seguramente altiva. Entonces él, venciendo una insoslayable timidez rural, le habló de su caballo blanco vendido en Sibambe antes de tomar el tren para la Capital, de su hermoso, inteligente caballo al que tantas veces debió la libertad y la vida; de sus cómplices, tan ardidos como él por injusticias, miserias comunes, tan fieles y machos, tan certeros con los revólveres. Y el Aguila, como una retribución, le habló de su origen menesteroso, del dolor de la pobreza en una zapatería de barrio, de su padre encorvado sobre el taburete, hormando, claveteando, dándole brillo al cuero; de sus primeros, necesitados hurtos: la pelota azul de un niño pudiente, el real para el agua de panela con una hojita de naranja de un desayuno que su madre no pudo darle un día. Le habló, apurando el paso porque del cielo se descolgaban los primeros goterones recios de un aguacero, de su adolescencia hampo- na y mujeriega, de esas manos suyas que, casi por sí solas, se introducían en los bolsillos, las carteras y los chalecos para extraer billetes con aquel arte inimitable, con esa cautela aprendida entre el temor, la necesidad y la astucia, entre el aglomeramiento y la distracción. Y llovía ya del todo sobre los adoquines, las veredas, los transeúntes cuando el Aguila lo invitaba a ese salón en el que los comensales tocios elegantes, distinguidos, volvieron sin disimulo las cabezas para mirarle la facha, ese salón con flores sobre las mesas y empleados de corbata que no escondieron su repugnancia al ponerle los cubiertos límpidos junto a sus deshilachados, groseros codos, y servían platos humeantes que él casi no quiso probar mientras el Aguila bromeaba con la cajera y manejaba los cubiertos con donaire y distinción, y se servía la sopa, las carnes, las mistelas con elegancia, y se limpiaba, modoso, la boca con la servilleta, mientras él, molesto, se sentía espiado por tantos ojos que repetían el escándalo de los peluqueros, y él pensaba, mierda, quisiera verles las caras a ésos en algún camino solitario de La Bendita, palabra. Y luego se animó a beber aquella cerveza extranjera un poco tibia y amarga, y se contentó mirando las piernas gordas de la cajera. Y el Aguila, volviendo a limpiarse, por última vez, la boca sonrosada con la servilleta, depositando en un platillo el billete espléndido de una propina, le dijo que debía quedarse aquí, en la Capital, que juntos podrían hacer tantas cosas en un lugar donde los ricos abundan y los lujos embellecen la existencia y las mujeres son fáciles. Y él le respondió que ni pensarlo, porque sólo estaba de paso en Quito, por visitar al Aguila, solamente. Y el otro rió, y salieron cuando la lluvia era sólo un rastro ceniciento y ralo sobre el gris duro

de las calles, y el Aguila, despreciando el gentío provechoso que atestaba los tranvías, detuvo un raudo automóvil negro y lo empujó hacia el interior cuando el coche se detuvo, y dio una dirección al chofer mientras él se ponía a mirar, a través de los cristales lavados por la lluvia, sólidas columnas de templos, cruces de piedra antiguas sobre plazoletas, casas descascaradas, con largos balcones, y, cuadras más adelante, se distrajo mirando aquel paseo extenso, liso, con cipreses y monumentos, aquella aglomeración de casitas nuevas y luego el casi baldío bordeado de eucaliptos donde el automóvil se detuvo. Y miró la casita coqueta, con cuatro grandes estrellas rojas pintadas en un letrero sobre la puerta amarilla, y, una vez dentro, se dijo que aquel hombre sabía vivir bien. Y en la sala de recibo diminuta, olorosa a petróleo recién frotado sobre el piso, fue recibido por las risas provocativas ele unas mujeres con los cuerpos opulentos y entallados por vestidos casi transparentes, y vio sus largas uñas barnizadas, sus labios enrojecidos por la pintura, sus cabellos teñidos, y él las saludó con un movimiento de cabeza que instantáneamente lo hizo sentirse ridículo, mientras el Aguila se le acercaba y palmeándole las espaldas le decía trátelas como lo que son: como a putas, amigo, mientras las mujeres se soltaban en veloces carcajadas, y cruzaban las piernas, y dejaban ver las rojas ligas apretándoles los muslos carnosos, y se acomodaban sin pudor los corsés, y trataban, con desparpajo y estentórea alegría, de besar los labios apretados del Aguila, aquellos labios molestos y quizá aburridos que no permitieron ser tocados y únicamente se abrieron para decir que todo aquello era suyo: la carne, las cortinas, esa vitrola, el bar, la pianola, los cuartitos aseados del fondo las butacas, los grandes focos. Entonces él tuvo el atrevimiento, la impudicia de, infantilmente, desabrocharse el saco, y, disimulando, exhibir la brillantez impávida de su revólver, el grueso cinturón con balas aceradas y punzantes. Y las mujeres se llevaron los dedos de uñas pintadas a las bocas, abrieron los ojos con temor y salieron en tropel, medrosas y chillonas, hacia el patieci- to donde recibían el sol cuando escaseaban los clientes y los días eran buenos. Y el Aguila estuvo celebrando, divertido, largo rato, la ocurrencia, pero al mismo tiempo le propuso cautela, porque nunca se sabe con quién andan liadas las mujeres: con quién sabe qué agente de policía, inspector o juez penal. Y le sirvió luego un trago de ron sofocante, y se fijó minucioso, en su leva deshilacha- da, en el sombrero indigno que le cubría la cabeza, en el pantalón zurcido, viejo y manchado, y chasqueó los la- bios diciéndole que esa ropa era una porquería, que como te miran vestido así te consideran. Y, con alguna idea tajante, imprescindible, sus pasos leves lo condujeron a las gradas cubiertas de pequeñas alfombras y a través de los estrechos corredores del piso de arriba, y el Aguila abrió la puerta de su recámara donde yacían encerrados perfumes casi irrespirables que luego, cuando el Aguila lo llamó, le obligaron a toser sofocado. Y en una de las paredes de la recámara se veía el retrato en óvalo de un Aguila más joven, casi adolescente, retocado y nítido, sin aquel bigotito engominado que lucía ahora. Y el Aguila hurgaba en un ropero, desarreglaba el orden estático de los armadores, manoteaba entre corbatas y camisas limpias buscando algunas prendas convenientes, que al fin, fueron un pantalón negro que le quedó demasiado estrecho en la pretina y una leva verde, brillante, risible con que se miró después, disfrazado, caricaturesco, no él, frente al espejo del ropero, y pensó Naún, aquí van a cagarte, van a amariconarte, y se imaginó cómo reirían sus hombres al verle en esas fachas: con una camisa de cue- lio duro, postizo, una corbata atrozmente opresiva, un pantalón dentro del cual parecía próximo a reventar y esa leva estrecha, entallada, siniestramente verde, mientras los ojos del Aguila le recorrían de pies a cabeza y aprobaba, un poco burlón, con la cabeza, y le decía así estás bien. Y él pensaba, desconfiando, con un retorcido y secreto odio hacia la ropa que llevaba puesto, aún olorosa a desinfectante, estás hecho un mamarracho, Naún, disfrazado como para una fiesta de Inocentes, igual a un año viejo de los que queman, entre cohetes, en Catacocha o Célica, te quieren poner pituco, Naún, y sólo consiguen disfrazarte. Y luego el Aguila, contento, sacó una pitillera dorada del bolsillo de su chaleco, y estuvo fumando en silencio, distraído de cara a la pared, las manos hundidas en los bolsillos

traseros de su pantalón, pensando en sus cosas, sus triunfos, su vida. Y él, entretanto, se ponía a mirar las hileras de prendas elegantes y caras que exhibía el ropero abierto, los frascos de loción y talcos sobre el velador, la ventana vacía donde azotaban las cortinas bajo la fuerza del viento frío de la tarde. Y prefirió permanecer de pie, no sentarse en ninguna de las sillas negras con asientos de mimbre de la recámara, siempre desconfiando, un poco ofendido por aquella elegancia, por la cantidad de cosas buenas que pueden convertir a un hombre en un simple, irrelevante figurín. Más tarde, el Aguila recompuso frente al espejo la raya de su peinado y acartonó su pelo con unas gotitas de gomina y, mirándolo con distracción desde el espejo, le dijo que escribió aquella carta distante, casi imposible, sin dirección ni destino porque no estaba seguro de que en realidad él pudiera existir: los periódicos daban tantas versiones contradictorias de su persona, pintándolo de tan diferentes maneras, describiendo sus acciones de insurrecto o salteador. Pero, en todo caso, jamás le pareció real. No imaginaba siquiera que se pudiera despojar a alguien para entregar a los menesterosos aquel despojo: nadie, en su juicio, haría aquello. El no: robaba billeteras, trampeaba en juegos, falsificaba marcas de licores, alquilaba mujeres, buscándolo todo para sí, sin hacer caridades, porque nadie en este mundo merecía una caridad, porque los demás, todos, deben joderse o mirar por sí mismos, o soñar, o dispararse en la sien. El, que no tuvo nada y ahora lo poseía casi todo, gracias a su instinto o su buena suerte, a su propio riesgo o su infinita, secreta ambición. Y el Aguila retiró sus ojos de la superficie del espejo, y volvió hacia él un rostro artificialmente risueño, un semblante blando y al mismo tiempo implacable. ¿Y tú, qué tienes?, le preguntó cortando de golpe su sonrisa, ¿sólo una condena larga esperándote en cualquier cárcel, un nombre temido, odiado, solamente? ¿Un par de botas viejas, un revólver, un caballo, unos cómplices ignorantes. que te traicionarían por unos sucres? ¿Y la plata, el montón de plata que dicen que has robado? ¿Dónele está? ¿Qué has hecho de la plata que robaste, Naún? Ahora le pareció colérico, intransigente, obligándole a responder esas preguntas que él siempre evitaba o nunca pudo responderlas. No era mi plata, contestó sin arrogancia, como intimidado, era la plata ele los que se dejaban robar por la buena educación, el disimulo y las leyes de los que todo tienen. Era la triste, sucia plata que necesitan los que no tienen nada para seguir vivos. Y yo no quiero ser rico, Aguila, volverme igual a los que despojo, no podría, no sería yo. Robo porque no aguanto que unos tengan todo ele sobra, mientras a otros ni la estrecha existencia que tienen les alcanza. Ahora escuchaba la risa ronca, interminable del Aguila, sus zapateos divertidos sobre la blandura de las alfombras, sus puños inermes golpeando las rodillas, acentuando la risa. Como si hubiera dicho un chiste, pensó defraudado, se ríe de mí.

Y el otro se levantó con un ágil salto de la silla junto al espejo, dejando de reír, recompuso su rostro en una respetuosa, casi entristecida seriedad y le abrazó diciéndole nadie tendrá un corazón más grande que el tuyo, Naún. Entonces golpearon la puerta de la recámara y entró una sirvienta para ofrecerles té en tacitas de porcelana. Té inglés, advirtió el Aguila nuevamente alegre, un té que no lo toma ni el mismo Presidente de la República. Y él retiró la taza llena y humeante que le ofrecía la sirvienta y se lo bebió de golpe, bruscamente, sin modales, abrasándose el gaznate, tosiendo sofocado. Nunca vas a aprender estas cosas, le dijo el Aguila, ya comprensivo, sabiéndolo distinto, sin querer reprocharle nada, bebiendo a finos sorbos, despacio, regustando su té verde y costoso.

Y cuando anochecía, el Aguila lo llevó a un salón amplio, de paredes renegridas, con un olor estancado de frituras y un intermitente chirrido de pailas, donde comieron fritadas y brindaron luego con aguardiente puro por el encuentro, por la amistad eterna de dos seres que peleaban, cada cual a su manera, contra las desgracias que les dio el mundo. Y cuando los perros del vecindario ladraban a la media noche, y los borrachos golpeaban las mesas con sus puños y gritaban, tristísimos, vacíos, a los amores perdidos, las negras suertes y los amigos falsos, llegó con una guitarra, una uñeta de plata y una bufanda sobre el cuello un joven gordito, moreno y amable que saludó con el Aguila como si fueran

viejos conocidos, y el Aguila le invitó una copa llena y cariñosa diciéndole Potolo, nadie tendrá jamás una voz tan triste y tan bonita como la tuya, y el gordito apodado Potolo agradeció el trago, se lo bebió sin pausas, templó las cuerdas de su guitarra y avanzó a todo pulmón por los más nostálgicos recovecos del pasillo: cantó a unos ojos, al tatuaje que se lleva en el alma, a la ingrata, al forasterito. Y cuando terminó de cantar tenía los ojos llenos de lágrimas. Y él también sintió que sus ojos, entristecidos por el alcohol y la música, se le humedecían, y notó que el Aguila disimulaba sus lágrimas con un pañuelo de lino, mientras, en torno a la mesa, todos los borrachos presentes sollozaban y aplaudían jurando que el Potolo era el mejor cantante del mundo. Y cuando el joven cantante gordo se marchó abriéndose paso con dignidad y soltura por entre la muralla de borrachos que no querían dejarlo ir, el Aguila cabeceando, con la mirada opaca y sombría, levantó su copa y brindó por él, por Naún Brio- nes, y le rogó que nunca cambiara, hasta el día de su muerte, hasta el polvo y la ceniza. Y abandonaron el salón tambaleándose, abrazados, hermanos, al frío desierto ele la madrugada, y caminaron contándose bromas y penas hasta el sitio bullicioso donde refulgían las cuatro estrellas rojas del Happy Lanel, y el Aguila le ofreció para que duerma uno ele los cuartitos de las mujeres y le deseo las buenas noches, y cuando él, cabeceando, hablando solo, luchaba con sus largas botas para sacárselas, bocarriba sobre la cama, abrió la puerta del cuartito una de las mujeres, la que fingía llamarse Marlene y le gritó furiosa que no durmiera en su cama, que la contaminaría con su olor campesino y sus pulgas, que se fuera a dormir su borrachera al patio, con los perros. Y él, sin contestarle, se puso a mirar, entre las luces móviles del alcohol, las ligas rojas que oprimían la robustez de las piernas blancas de Marlene, y vio esa boca disgustada, húmeda y escarlata, y esas nalgas inmensas, y la tomó con fuerza de la cintura diciéndole ahora vas a ver mis pulgas, levantándole el vestido vaporoso, oliéndole las cremas untadas sobre los sobacos y el perfume que destilaban sus cabellos teñidos de rubio, y la Marlene, dejándose rendida, aceptando compartir los restos de una noche con el chagra hosco que hablaba con un tonito tan raro, rogándole que se quitara ese revólver pesado de la cintura, porque con un revólver no se puede, bermejito.

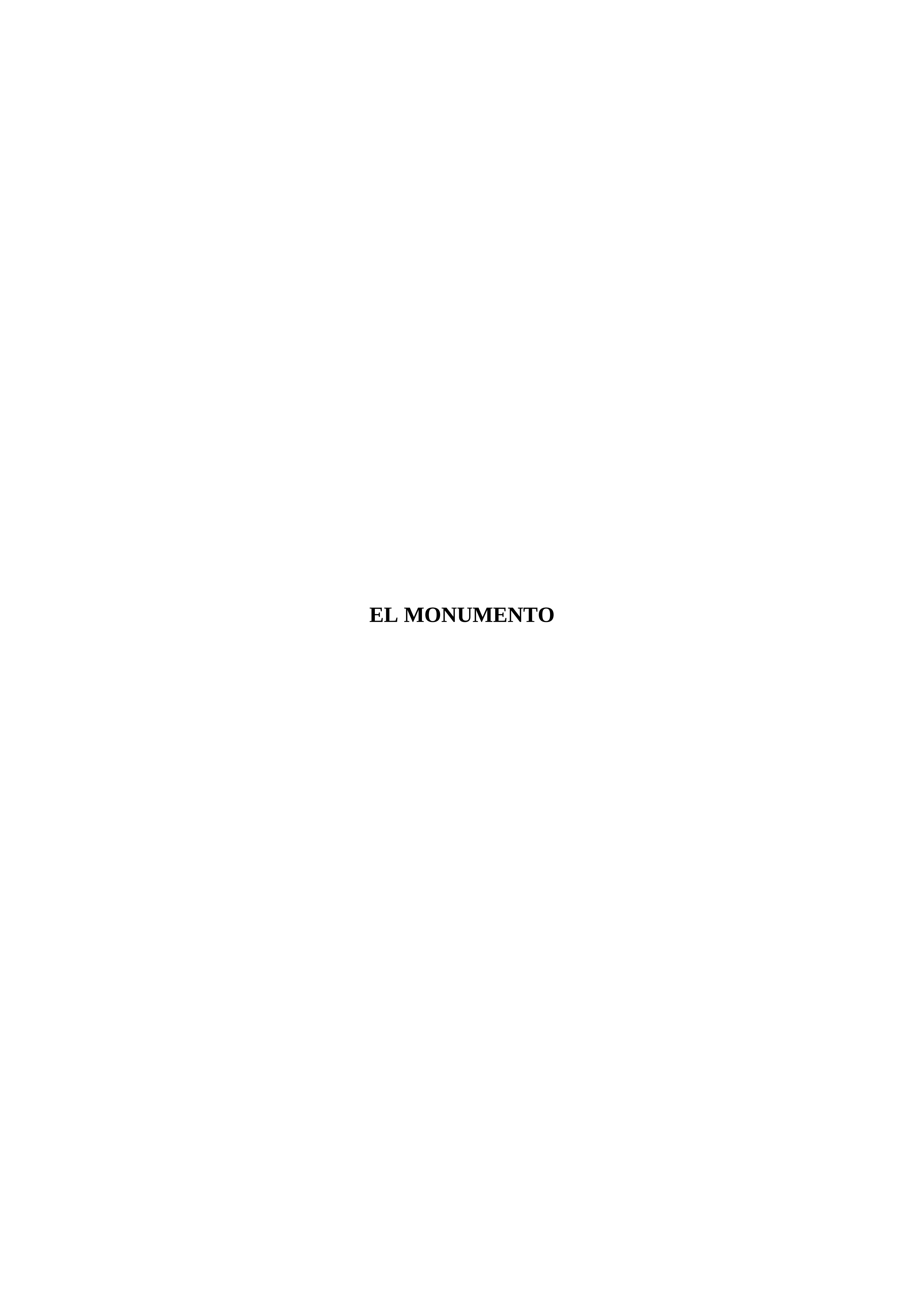
El gordo de gafas, con una rabia suscinta, sin adelantarse más, le dice al Aguila, alargando una voz lerda y opacada por el odio, que no va a pagarle nada, ni un solo centavo, le hicieron trampa, le cambiaron diestramente las cartas; que son unos ladrones, les grita, que se los va a llevar a todos a la Comisaría, porque él es muy amigo del Comisario y no se va a dejar así por así, que le robe un infeliz ladrón de billeteras. El Aguila, sin mirarle, se restriega con sus manos bien cuidadas, lentamente, las mejillas todavía adoloridas por los bofetones. Sus ojos, mortecinos ahora, recorren la mesa volteada, las cartas esparcidas sobre el suelo que muestran, impávidas, casi burlonas, sus números, colores y figuras. Y él entonces piensa, inmóvil, sin acertar a intervenir, que el gordo de gafas habla en serio, que, cómo no lo advirtió antes, mientras lo miraba jugar, alegre, despreocupado, la facha neta de agente que lo denuncia: las gafas verdes que le ocultan la mirada, el terno café, el casi intangible olor a calabozo que se desprende de su terno café, y desea que el Aguila reaccione, se abalance furioso, dolido, sobre el gordo y lo eche del lugar a puntapiés. Pero ahora escucha con decepción y extrañeza, cómo los labios delgados, medrosos del Aguila, se mueven para lanzar un par de disculpas, decir que no hubo trampa, que se ganó el juego por las buenas, que, pero el gordo de gafas no atiende, y las mujeres han ido levantándose de sus sillas, han abandonado a sus clientes y ahora se congregan, temerosas, cuchicheando entre sí, tras los pilares, envejecidos sus rostros en la luz amarillenta de los focos, y el flaco Reyes, el amigo del Aguila con la mandíbula tensa, sólo está ahí para exhibir inútil su elevada estatura, para permitir, sin moverse, que su jefe volviera a ser abofeteado por el gordo de gafas, ahora con estrépito, la pesada mano abierta descargándose sobre las mejillas del Aguila. Y él solamente desea que lo guarde su paciencia, que su mano, casi por su propia cuenta, no se acerque a la cintura, al lugar donde siente el

peso de su revólver entibiado y discreto, mientras piensa voy a matar al gordo, a revolearlo en su sangre, voy a responder por este hatajo de maricones. Y se puso a pensar, molesto, en las caras que compondrían todos cuando sonara el disparo, en los chillidos de las mujeres, en los carajos bajitos y admirados de los hombres. Y se sintió sudando entre la furia y el disgusto; y la Marlene que espiaba detrás de un pilar, le estaba mirando ahora con prevención, como queriendo decirle no hagas tonteras, bermejito, al fin no es asunto tuyo, no te calientes la sangre y nada va a pasar. Pero el Aguila, sobándose las mejillas enrojecidas con minuciosidad, insiste al gordo; va a tener que pagarme, no hice trampa, soy honorable en el juego. Y, cerrando la boca, permite que el gordo de gafas, con toda su rabia grasosa, brutal, le agarre de las solapas, le largue un golpe de puño instantáneo y recio, le rodee con sus manos el cuello y se lo apriete gritándole voy a matarte, ratero infeliz. Entonces él no se habrá dado cuenta cómo su mano fue a parar en el rincón oculto de la cartuchera y ahora el arma brillaba dentro de la luz amarilla, oprimida por sus dedos, y ahora lo sabía: no iba a dejar que el gorc.o quisiera estrangular la dócil fragilidad de su reciente amigo. Y cuando todos, confusamente, en un solo murmullo que no atendió, le estaban gritando algo, oprimió el gatillo, disparó hacia las espaldas del goido que al sentir la quemazón de la bala quiso volver hacia él un rostro angustiado, intentó, rápida, fugazmente, sacar algo de su cinturón, tal vez una de las pistolas pequeñitas que usan los agentes de policía, tal vez sólo una triste navaja mellada, ya del todo inútil ahora, porque el gordo se derrumbaba, con un quejido y unos ojos abiertos, sobre los flancos de la mesa volteada, y movía su boca como queriendo insultar, y se quedaba ahí, sobre el piso, panzón, inerte, moribundo, mientras las mujeres ensordecían el salón con sus gritos asustados, y los hombres se alejaban hacia la puerta, queriendo ganar la calle oscura y huir a la carrera, horrorizados por la sangre fría de aquel individuo de criminal facha que acababa de disparar y que ahora, como extrañado por el griterío y los semblantes coagulados de todos, volvía a guardar el revólver y se quedaba quieto, mirando absorto los goterones de sangre que, recorriendo las arrugas del teino café del gordo, empezaban a manchar el piso inconteniblemente. Miró entonces, como despertando de algún mal sueño, hacia los ojos del Aguila y sólo encontró la sorpresa fulgurante en sus pupilas. Por qué disparaste, le dijo el Aguila en un angustiado tono de reproche, no me hubiera matado, no apretaba de veras, se hacía el macho, nada más, sólo quería humillarme, obligarme a decirle que no había deuda, que yo era un tramposo. Y también el flaco Reyes lo estaba mirando, furioso y como acongojado, y le gritaba animal, ahora va a venir todo el regimiento de carabineros, van a clausurar la casa, a llevarnos presos a todos. Entonces él pensó que no debió intervenir, que cómo iba a saber que el gordo de gafas solamente quería atemorizar y era inofensivo, que a estas horas, si él no hubiera disparado, estaría marchándose contento del salón, sin pagar la apuesta del juego, riéndose del Aguila y su gaznate frágil. Ahora dos, tres mujeres, exaltadas, habladoras. se inclinan sobre el gordo inerte, le palpan el pecho, le incorporan a medias, con esfuerzo y una de ellas grita, triunfal, que no está muerto, respira todavía, que vuelen y llamen a un doctor. El Aguila, con las manos en los bolsillos, se pasea nervioso en torno al gordo tendido y las mujeres que lo atienden, pálido todavía. Y él siente que una mano le raspa suavemente la espalda, y mira el maquillaje descompuesto de la Marlene, adivina su verdadera edad y escucha cómo le aconseja huir inmediatamente, bermejito, por el muro del patio, desde donde puede saltar, correr a campo traviesa por un baldío en tinieblas. Y él se retira un poco del rostro apremiante, descompuesto de la Marlene, y piensa que en la Capital no existen sitios donde esconderse, ni amigos que lo protejan, que fue en verdad una tontería disparar sobre aquel maldito gordo que debe ser un agente de policía, que tendrá un grado: capitán o algo así, y que estará casado con una gorda como él, y todos los días, en los calabozos estrechos y orinados de la Intendencia, sabrá patear las piernas entumecidas de los presos, insultarlos o vociferar amenazas, interrogarlos terco, exigirles el anillo hurtado, el paraguas arrebatado de alguna mano resbalosa. Ese gordo que debe roncar cuando duerme, que le olerán mal los sobacos y los pies, que

ahorrará un poco de plata en cada quincena para comprarse en las Navidades un terno barato como el que ahora lleva puesto. Y se dice, endurecido entre el griterío y los apresurados correteos, sin querer moverse del sitio, que bien merecido lo tiene el gordo, que se desangre y no pueda respirar, que oprima débilmente su mano sobre el hombro de alguna mujer que lo atiende, como para decirle no me dejen morir, sálvenme. Entonces ya no pudo comprender nada de la rabia lánguida, nerviosa que exhibía el Aguila: sus manos moviéndose sin control en torno al chaleco, sus pasos yendo, viniendo sin propósito, revoloteando en torno a las mujeres que limpiaban, taponaban la hemorragia del gordo con toallas y acariciaban casi maternalmente, como consolándolo, esos pelos cerdosos, cortados a ras sobre la nuca blanda y ahora seguramente fría. Entonces sintió un oleaje de voces encrespándose desde las sitios más recónditos de la sala, un coro como aliviado que anunciaba algo que él apenas si trató de comprender, porque ahora, cruzando todas las miradas, avanzaba el taconeo apurado de aquel carabinerito anémico, jovencísimo, de ojos casi dulces y también asombrados, que levantaba su arma oscura hacia el gentío en torno al gordo herido y que, cuando algún dedo apresurado señaló su figura, se volvió hacia él,.sin querer mirarle a los ojos y como disculpándose, mientras ajustaba la culata de su carabina sobre la hundida coyuntura ele su brazo derecho, le dijo queda detenido. Y él pensó me denunciaron, se fueron a la carrera por la calle paia gritarle al pobrecito éste que haría la ronda en el barrio, con su pito de carrizo entre los labios, que había un muerto cerca. Y miró los rostros aliviados, anhelantes de todos: unos rostros viciosos o embriagados simplemente, o unos rostros muertos de miedo. Y miró también la rígida atención de la Marlene, sus ojos como diciéndo- le te advertí, bermejito, te dije que huyeras. Pero él no se sintió perdido: en realidad el carabinerito aquel parecía bien poca cosa, embutido en un demasiado grande uniforme, cabizbajo, lleno de nerviosidad y fatiga. Y él pensó que podría decirle en ese momento, con un tono de voz fuerte y bondadoso al mismo tiempo, no te metas chapita, déjame el paso, sé bueno y no te va a pasar nada. O que podría, sin decirle ninguna cosa, extender una de sus manos hasta la cartuchera para dispararle, como a cualquier pajarito mojado, cualquier venadito inexperto, tierno, que deja avanzar al cazador sin moverse. Y hasta pensó en asustarlo con sólo el estrépito de su poderosa carcajada, empavorecerlo con su risa. Pero luego, cuando escuchó cómo unos golpes de culata, rápidos, eficaces, tumbaban los biombos de la entrada, entre gritos sofocados y un tintinear de espuelas arrastrándose en el piso, pensó con amargura, con una empecinada sensación de derroca, que el pobrecito carabinero no andaba solo, que, cercano, algún piquete de caballería habrá estado patrullando la desolación ominosa del barrio, presintiendo alerta cualquier desliz, cualquier susurro de la brisa entre las hojas o los aleros, cualquier chirrido abrupto de los goznes de una puerta. Y los miró entrar, encorvados por el peso de sus fusiles, empujando a la gente que espiaba entre los corredores y los pilares, feroces bajo sus quepis de soldados de línea, oscuros, abalanzándose sobre él que ahora tenía los brazos inermes, vencidamente inútiles. Y cuando sintió sobre la nuca el preciso primer golpe de culata, escuchó la clara voz del flaco Reyes, suspicaz y antipática, gritándoles tengan cuidado, es un ladrón, un asesino, es Naún Briones. Y entonces ya todo era un torbellino de luces avanzando sobre sus ojos, unas manos firmes sujetándolo y varias culatas agarrotándole el resuello, la indignación, el habla.

No puede pensar bien, con claridad ahora, todavía le duelen los golpes que estrellaron sobre su cabeza, aún le temblequean las mandíbulas, y sobre los ojos hay dos nubes pesadas que le impiden mirar con claridad. Desde hace rato, se da cuenta, ha mantenido la vista fija sobre el plumero gordo, rojo y reluciente que un viejo maneja con destreza sobre aquel libro inmenso, con sus lentes dorados, como desbarrancándose de la montura de aquella nariz, y piensa que ganará bien poco por pasarse los días y las noches escribiendo y haciendo preguntas a la gente que la policía detiene, con una carrasposa voz de resfriado. Y miró, entre el reflujo de nubes que le pesan sobre los ojos, cómo el viejo movía sus secos labios y lo contemplaba, frío, impaciente. Pero no podía entender sus palabras, le atontaba un zumbido

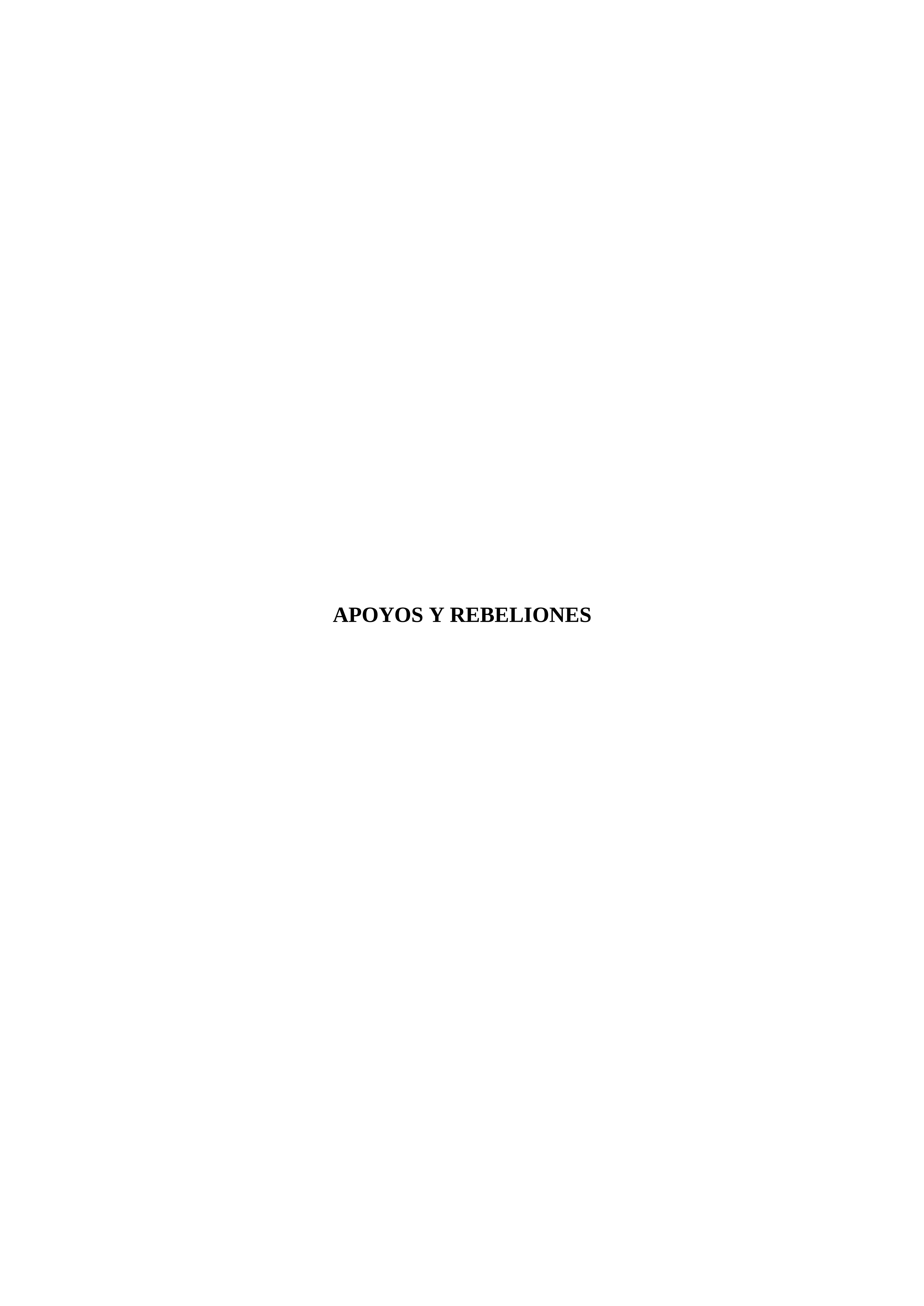
persistente y blando, enroscado a sus oídos. Y sintió que una mano le tironeaba el pelo, le sacudía la cabeza, y una voz cercana le gritaba contesta, mierda. Y vio sobre unas bancas estropeadas del cuarto a otros hombres que le sonreían torcidamente, con solidaridad, y se llevaban al pecho las manos, atadas como él las tenía ahora, para rascarse, que tenían las ropas estropeadas, sucias, y los ojos enrojecidos, llenos de cansancio y miedo. Y ahora pensaba que ese viejo debía poseer una gran letra, una azul, luminosa, altiva letra donde su nombre quedaría estampado para siempre, porque la voz resfriada del viejo le estaba pidiendo el nombre, aquel nombre que al pronunciarlo allí, en esa oficina, no produjo temor, ni siquiera simple curiosidad. Ese nombre que el viejo transforma en letras con el chirrido de su pluma entintada sobre el papel. Pero entonces, aquella cabellera roja, indomada, brillante que recién descubre, que ha estado hurgando en anaqueles llenos de folios, se vuelve hacia él con una frente angosta, unos ojos resaltados y móviles, un apenas sonreír disuelto en la delgadez de los labios. Y avanza desde los anaqueles hacia él, hasta la banca que ocupa, balanceando entre el cuello duro > la pechera de la camisa una inmensa corbata azul de nudo estrecho. Le mira piadoso, lleno de curiosidad y le pregunta si de verdad es Naún Briones. El, con las mandíbulas oprimidas por un dolor latente, le responde que sí, y el hombre de la brillante cabellera roja le estrecha fugaz las manos atadas y le dice, casi al oído, que es un pobre lojanito extraviado como él y que anda en esta oficina puerca averiguando el caso de un hombre muerto a puntapiés, en plena calle, hace unas semanas, unos meses, unos años.



EL MONUMENTO

Salustino contaba que por mucho tiempo él pensó, con sus manos, su habilidad y los dos cinceles suyos gastados en tanto picar piedra, tallaría la figura del famoso bandido, en mármol o en cualquier simple roca dócil que se dejara picotear por su herramienta. Aunque nunca pudo conocer al reo, ni siquiera en la época en que recorría la provincia sobre su caballo blanco arrojando puñados de monedas a los pobres, él contaba que las facciones del bandido no pudieron ser otras que las imaginadas cuando talló su rostro. Por eso, cuando en este parquecito que usted ve tan descuidado ahora, tan sombrío, las Autoridades del pueblo decidieron colocar un monumento, Salustino contó que con su cojera y su vergüenza hacia la gente importante, fue hasta el lugar donde las Autoridades discutían sobre el héroe que iba a honra." nuestro parque, y les dijo: maravillas hago de la roca viva con mis manos, señores, no vayan a gastar tanta plata encargando a un famoso artista un monumento, yo les daré uno muy bueno, el busto de ese hombre caritativo y valiente que mataron en Piedra Lisa, ni les cobraré por la estatua, señores. Y Salustino contaba que las Autoridades se miraron las caras y rieron y que luego, con terquedad y malhumor le dijeron, admirándose, cómo quietes, maestro Salustino, que el nombre del pueblo se manche con un monumento al peor criminal de la República, loco has de andar, maestro Salustino, para proponernos esa tontera, un Don Bernardo de bronce dorado encargamos en la Capital para nuestro parque.

Que esa misma noche empezó a labrar en piedra el rostro del bandido, contaba Salustino, picaro y contento; que la roca, como adivinando su voluntad, se dejaba trabajar con el cincel y el mazo, que fueron, durante varias noches, brotando de la piedra los ojos alertas, los labios de la sonrisa firme y la cara redonda del bandido que nunca conoció. Y que la víspera de la inauguración del monumento de Don Bernardo, cuando sobre el centro del parque, junto a los arupos y las palmeras se alzaba el pedestal vacío, él, sigiloso, con un bulto que le pesaba un mundo entre las manos, caminó desde su taller por las calles oscuras de la media noche y puso sobre el pedestal el busto de piedra del bandido, lo cubrió con una gran tela de zaraza y regresó riéndose a su cuartito. A la mañana del día siguiente, cuando la hilera negra en cortejo de las Autoridades ensombreció el brillo nuevo del parque, cuando la banda, todavía muerta de sueño, resopló la primera marcha y las gentes del pueblo se reunían en lorno al pedestal, Salustino contaba cómo todos miraron curiosos ese bulto cubierto, cómo las Autoridades, cargando en juntas la cabezota dorada y fea de Don Bernardo, se fueron acercando con sigilo y precaución, cómo el cura movía intrigado y curioso el hisopo de la bendición en el aire, cuando quitaron la tela para mirar, boquiabiertos, desde la piedra tallada, a la luz de un callado sol de verano, la última, tiesa carcajada del bandido difunto.



APOYOS Y REBELIONES

Al apearse de su cabalgadura, el Víctor Pardo todavía encontró ánimos para, sobándose las nalgas adoloridas, limpiando el polvo depositado sobre su sombrero de paño, corretear rengueando, con felicidad y victoria, sobre los resecos plantíos de yuca, hasta el montón de troncos descuajados junto a los que cuarenta y seis hombres respiraban a pulmón lleno en el calor, atentos y desconfiados, "espiándonos, sin mover los brazos, mostrando sobre sus cinturas machetes, chuzos o simples aciales enrollados. Yo, sin apearme, dejando que mi caballo reculara, inquieto, cansado, sobre las matitas resecas del yucal, le vi acercarse al Víctor Pardo a esa hilera de hombres flacos y llenos de orgullo que miraban con extrañeza el ciudadano chaleco y el sombrero de pituco que llevaba. Lejos como estaba, no pude oír lo que les dijo a esos hombres, pero de seguro, sin mostrar recelo, los llamaría amigos, que ya estamos aquí, les diría, la partida
entera de Naún Briones, para respaldarles. De bien lejos hemos venido, les diría, a la tropa del mayor Deifilio, que viene también hacia acá, burlamos en Paletillas sin disparar un tiro, les contará, solamente nos hicimos invicibles como el aire, y cruzamos junto a sus narices por los bosques de romerillo donde trotaban queriendo emboscarnos, les habrá asegurado el Víctor Pardo, y traemos esos buenos fusiles Manlincher, y las cartucheras apretadas de balas, pólvora para escopetas. Y comida, porque supimos que se estaban muriendo de hambre, hermanos. Tasajo traemos, panes de Sabiango, aguacates frescos de Alamor, miel de Zumba, bocadillos zarurueños y un gran trago de Piscobamba para remojar el guaigüero. Están en sus derechos, amigos, les dirá entusiasmado, nadie los puede echar de aquí, ni don Heráclito, ni el mayor Deifilio, ni el Juez de Loja, ni siquiera el mismo Presidente de la República. Ustedes han sembrado esta tierra, les dirá, han trabajado estos yucales, estas cuadras de maíz, estas matitas ele ají y todos esos plantíos de café. Han levantado la casa grande, la han construido espaciosa, bonita como la habrá querido aquel dueño que ustedes no conocen, ese patrón tan invisible en sus tierras como Dios en el cielo, que ahora andará paseando por las Eu- ropas con la plata del café que ustedes sembraron, regaron, vieron madurar, recogieron, secaron. Ese lindo café, oscuro como ojos de mujer. Les diría eso, tal vez con otras palabras, en un tono enérgico y amable, con unas frases que aprendería en libros y que entonces tuvo la oportunidad de usarlas. Unas frases bonitas por lo raras, respetables por lo cultas".

Pero los cuarenta y seis hombres, sin atenderle, le traspasan con los ojos aquel chaleco abotonado que debe parecerles un insulto, una tonta provocación: aquel chaquet de color gris que les obligará a recordar las visitas innumerables de doctores y alguaciles que solamente abrían las bocas para decirles que de una vez se larguen, que estas tierras no son suyas ni lo serán nunca, que son peones y no saben de leyes, que se creen los fuertes y son cobardes, que no pueden con ellos, los que clan órdenes que sean razonables y no provoquen. "Con un silbido largo reúno a mi gente, el Rindolfo avanza al trote de su bayo, se adelanta a los demás para decirme lo de siempre, con una voz baja que parece arrastrarse sobre su lengua: que no debíamos hacerle caso al loco ése de Fardo que esos peones deben arreglarse solos, que nos larguemos de aquí, tomemos el rumbo de los pueblos, los caminos grandes donde hay siempre cosas que valen la pena robar. Que no nos metiéramos a bienhechores, que estos piojosos son unos malagradecidos, unos sublevados y unos ociosos, que el Víctor Pardo se quede con ellos, con sus discursos. Ahora llegan los tres Paucar, sofrenando sus bestias, y Feliciano a pie, arreando su yegua negra. Ludeña y Padilla después, caracoleando adrede sus caballos sobre el yucal reseco. También ellos quieren marcharse, jefe, dice el Rindolfo con una voz de advertencia, me han dicho que no quisieran morir por defender a éstos, ya me lo han dicho jefe, son retobados, maleros son. Que nadie va a morir aquí, que no es cosa de ponerse flojos porque unos pobres arrimados no quieren dejar que las autoridades les pisen el cogote, les grito, qué mierda, yo doy las órdenes. Y digo al Rindolfo, migándome la cara

arisca y disimuladora, que cuantas veces tinos peones como éstos nos ayudaron a fugar cuando los Rurales nos pisaban los talones. Y sin mirar la cara de queja o sorpresa que el Rindolfo estará componiendo ahora, desmonto y camino hacia los troncos donde los peones no se cansan de mirar la facha del Víctor Pardo. Me ven avanzar, disimulan, saben quien soy, por qué monto ese alazán blanco que ahora, orgulloso, libre, tasca hierbas y corretea relinchando. Saben por qué los miro a todos con una sonrisa apretada y altiva, por qué camino liviano hasta ellos, haciendo rechinar mis espuelas en este silencio reseco y sofocante. Pero nadie tiene miedo, presiento. Porque ahora todos esos ojos son de rabia completa, ele valentía decidida, de esperanza, queja o simple necesidad. Pardo se ha callado y me mira llegar con alegría, estirando su cuerpo pequeño en un orgullo tranquilo y pensativo, como sacado del fondo de su corazón. Ya no necesito decir quién soy porque ahora recorre, a ras de sus ojos atentos, la envidia respetuosa con que siempre saben mirarme los pobres. Cuento: doce, quince, dieciocho machetes, acurrucados sobre sus cuerpos, mellados por la cantidad de desmontes. Un joven, como avergonzado, sostiene un hacha, acaricia su mango como si confiara sólo en ella. Otro levanta con orgullo, sobre el aire limpio, una antigua escopeta venadera. Tendrán hambre, las nueces de las gargantas les bailotean queriendo saltar de los cuerpos que las retienen como jilgueros en jaula. Retiro de mis hombros las alforjas de colores y las dejo caer al suelo, llenas y apretadas, transpirando sus olores a chirimoyas, aguacates, dulces batidos, brevas y guayabas: esos olores que ahora les estarán enbraveciendo las narices. Para ustedes, les digo, mirándoles las bocas resecas y cerradas, los ojos fríos, las vejeces, as juventudes, las enfermedades guardadas con vergüenza y los odios llenos. Para ustedes, repito, presintiendo que ningún brazo va a alargarse hasta las alforjas de colores para desanudar las reatas con agradecimiento y apuro. Y siento sobre la tierra dura los pasos descalzos, resueltos, de un viejo delgado que se adelanta al resto, hosco lleno de incredulidad, para preguntarme, sin bajar la vista ni temerme, por qué hemos venido, cabalgando tanto, si nacía de valor vamos a encontrar, ni en sus cuerpos ni sus chozas: ni un sol mellado, ni una ternera flaca hemos de encontrar, dice. Sonrío tendiéndole amistoso una mano que se queda en el aire, vacía y defraudada, y él sólo me está mostrando su boca abierta y desdentada, sus arrugas profundas, sus ojos rabiosos y humillados. Que no he venido para robarles, le digo, ni para hacerles ningún daño. Sólo quiero ayudarlos, porque el mayor Deifilio viene con su tropa, y sus machetes estropeados no van a poder con él cuando les lance esa primera carga de caballería que los haga rodar sobre la tierra, sin darles siquiera tiempo a mover en el aire sus menesterosas, inútiles armas. He traído fusiles, le digo al viejo, buena puntería, revólveres, experiencia, balas, comida. Porque soy Naún Briones y ayudo a los necesitados, a los que nada tienen o todo lo han perdido. Pardo, inquieto, dándome las espaldas, les dice que no deben temer, que somos sus amigos y hemos de morir por ellos, si es necesario. Pero ahora una voz urgente, intranquila, se eleva desde la hilera de bocas selladas para decirme que soy el mismo bandido que en Marcavelí, pagado por un propietario, mató a dos peones que no quisieron sembrar mientras estuvieran hambrientos, con los hijos enfermos y sin un techo en donde guarecerse. Y esa boca se queda abierta, profunda, en suspenso, mientras Pardo, con los puños cerrados, indignándose, responde que son mentiras de las autoridades para desacreditar a Naún Briones, esperando que ningún pobre vuelva a confiar en él; que en Marcavelí pudo asesinar la banda de Arnal- do Cuev , aquel envidioso y mal bandido que se presta a cualqu er crimen y bebe champaña en las casas de los poderosos. Pero la boca abierta vuelve a moverse para decir que vieron mi caballo blanco en Marcavelí, galopando veloz, golpeando la tierra con sus cascos finos, relinchando contento entre los cafetales silenciosos, aquel día, ese mismo caballo blanco que ahora hociquea entre las malezas del yucal, ese caballo brillante, hermoso, maldito, que parece el presagio mismo de la muerte. Y otras bocas se despegan para murmurar, sordas, enemigas, mientras otra voz, joven, clara, decidida, se eleva para decir que ellos no han cometido ningún delito y sólo piden justicia: cuando el mayor Deifilio llegue les va a comprender, dice, va a saber que únicamente quieren quedarse en estas tierras buenas para trabajarlas,

aunque ahora esta tierra ya no sea ele aquel caballero sin cara que anda por las Europas, aunque ahora esta tierra la posea una señora, también distante, que llaman Asistencia Social. Que, al fin, dice, las autoridades y los doctores van a decir, compadecidos, sí, pobrecitos, sólo tienen sus manos para vivir, son buenos, útiles y honrados, se sacrifican por sus hijos, tienen razón de no querer marcharse de El Carmelo, porque, ¿a dónde irían a parar? ¿A la costa, para morir con paludismo, o al Oriente y ser devorados por jas fieras?

Sí, dice la voz, con ilusión y certeza, todos van a comprender que nos asiste la razón, que no somos unos matones ni unos malhechores como él, como Naún Briones que nos va a desacreditar quedándose aquí, en El Carmelo, porque, entonces, si, los milicos llegarán y dirán, mírenlos juntos, son de la misma laya, matémoslos a todos. La voz joven se calla, la boca que razonó vuelve a apretar su silencio; los zumbidos de otras voces estallan, juzgan. Los ojos se hacen más duros, se retiran con esfuerzo de los claros colores de las alforjas, del brillo con esperanzas de mi revólver". Como tanteando la dificultad, la desconfianza o el rechazo, el Rindolfo se acerca a pasos cortos, cuidando de no pisar las matitas de yuca que yacen sofocadas, sobre la tierra dura, las hojas ajadas como vestidos que una mujer ha tirado para lavarlos luego. Llega hasta él con sus ojos esquivos y su sonrisa torcida, con el sombrero ladeado como lo llevan los verdaderos bandidos, con la risita contenida y la fúnebre socarronería que lleva siempre dentro. Vámonos, mi jefe, le dice con una voz opaca, un poco impaciente: éstos no quieren nada con nosotros, somos muy hombres para ellos, ya va a ver, al primer disparo se largan monte adentro, como gallinas. Y la verdad es que los compañeros andan medio remolones aquí, mi jefe.

Nos quedamos, le grita él, les grita a todas aquellas bocas que se abrieron para decirle que no lo necesitaban. "Nos quedamos aunque nadie lo quiera, aunque me maldigan y piensen este Naún Briones nos vino a fregar la fiesta, con su mala fama y sus malos amigos, a poner peligros en El Carmelo, siempre tan tranquilo y bonito, con sus grandes cafetales y sus extensiones interminables de caña, pastos, monte. Vine porque necesitan que alguien dispare, responda por ellos cuando la balacera de los milicos les haga sólo repetir, idiotamente, Santo Fuerte, Santo Inmortal, mientras sientan la calor chiquita de una bala y se arrinconan sobre el suelo para poder morirse de prisa, con los ojos cerrados, sustosos, apretando puñaditos de la tierra que necesitaron. Vine porque los milicos no entienden ni saben de las buenas razones: disparan sin averiguar, obedecen sin chistar, cumplen órdenes que hay que cumplir. Sus yataganes son afilados y sus fusiles certeros, y la vida de un hombre no vale ni un real cuando ellos apuntan, rompen fuego. Y me quedo también porque me da la gana, porque a Naún Briones nadie lo ladea". Y triza sus ojos entre el zumbido monótono de las bocas abiertas que ahora discuten entre sí, diciéndose en tono bajo que tienen hambre y las alforjas del bandido llenas, que sólo unos machetes que no valen gran cosa o esos buenos fusiles nuevos que traen los facinerosos, que Naún, Naún, que talvez Naún, que sí, que puede, a lo mejor Naún, el que mata con la risa y la mirada, el que nació con los puños cerrados, el que aprendió de Pajarito aquel arte incomparable de pintar un balazo entre ceja y ceja. Y la voz del viejo del dirigente, se iza sobre los murmullos para decir que pueden quedarse, que a lo mejor sirven, con una condición; que no disparen primero. Y él, aliviado finalmente, otra vez alegre, responde, yo nunca disparo primero, don, porque cuando ellos disparan yo apunto, y cuando apunto ellos se han muerto. Y las risas suavizan los labios, arrugan los párpados, aflojan los estómagos vacíos de los peones, y los más jóvenes, sin miramientos, se acercan a las alforjas tiradas, las desatan, cogen las chirimoyas, las huelen, las mordisquean como recordando otros sabores, otras dulzuras, y todo es ahora bullicio, alegría desatada, y nadie hace caso a las palabras hondas de Víctor Pardo que, desabotonándose el ceñido chaleco, acalorado, ruboroso y contento les grita amigos, la unión, la unión, un solo puño,

amigos. Y nadie nota cómo la mirada del Rindolfo se repliega en la espesura de sus cejas para mirar de reojo, disgustado y frío.

"Nadie quiere esta madrugada, ni parece esperarla. El Ludeña se entretiene contando y recontando las vigas del tumbado con sus ojos tenebrosos y no presta atención a los jadeos de la concertina que se tuerce afuera, en el patio, entre la peonada, animándose al compás de sus palmadas, reviviendo en el contrapunto de unos zapateos que quieren ser alegres, alegres como la tonada de la concertina, como la fogata que consume cada astilla con sus lamidas rojas. Los tres Paucar, con los ojos cerrados y las nucas adormecidas sobre la incomodidad de sus monturas, no podrán dejar de pensar, como siempre, en unas trenzas asustadas, temblorosas, en unos ojos grandes en fuga, en unas piernas prietas y duras de mujer. Y el Alvarado, taconeando sus pasos por las duelas del piso, inventando figuras en los desconchados de las paredes, habla solo, como siempre, contándose a sí mismo su vida, tan triste como pasillo antiguo. Y el Feliciano, apegado a su sueño, a su sueño que le hace manotear, estirar el cuerpo sobre su jerga olorosa a crines, a sudor, tampoco desde su sueño querrá este amanecer, este día que se rompe en los costillares de los cerros y amarilla los tejados de esta casa de hacienda donde nunca, cuentan, ha vivido su dueño y donde por las noches, cuentan, se arrastran las cadenas que trincan los tobillos de las almas en pena de otros dueños antiguos. También el Rindolfo estará odiando, sin ganas de hablar, desde un rincón, esta claridad que se tuerce en cada hendija, esta claridad que sin respeto avanza desde la puerta abierta hasta mis pies, que se sube por mis rodillas y me blanquea las manos como si fueran las de un muerto, que se encarama a mi pecho para encender la cruz de mi cadena. Esta luz agrandada que vuela sobre los peones para darles los buenos días con la voz desgañitada y chillona del sol en el campo. Y afuera los peones vacían botellas de aguardiente, beben sin hacer ningún caso a las palabras del Víctor Pardo que ha pasado toda la noche con ellos, acompañándolos, sin su corbata ni su sombrero de paño y les repite que el aguardiente es dañino, amigos, corrompí? la moral y estraga el entendimiento. Y él no prueba de sus botellas, queriendo comprenderlos, intentando compartir su espera, sus manos callosas, sus camisas sucia>, sus alpargatas, su dolor de pobres, su decisión de no marcharse de aquí, jamás. Y un peón bebido grita ahora que cuando venga la señora Asistencia, que sólo será una vieja pintada y culona, quejumbrosa y pedorra, le va a decir, señora, la tierra será suya, pero sin nosotros nada le vale. Nosotros somos la tierra, señora Asistencia, óigame bien, señora Asistencia. Y el Víctor Pardo se golpea las rodillas con las palmas de las manos, riendo, y le abraza, y olvidando su sermón le invita un trago dicién- dole que la Asistencia Social no es una señora culona, ni siquiera es un ser humano. El peón cabecea, levanta la botella sin comprender lo que le dice el Víctor Pardo".

Pero si no eran más de seis, le repite a Pardo, sabiendo lo que de inútil tiene su entusiasmo, el simple, primer triunfo contagiado por los abrazos, las palmadas que entrc[s] sí se dan los peones, como si acabaran de vencer. Que sólo venían a espiar y no quisieron pelea, le dice él, que dispararon para saber si les respondían y se retiraron para que ningún tiro de respuesta pudiera alcanzarles. "Ahora irían a decirle al mayor Deifilio que sí, que como él lo suponía estamos aquí, en El Carmelo, que me miraron en los largavistas, junto a la peonada, apuntándoles con mi revólver y cerrando el ojo derecho, listo el dedo sobre el gatillo. Entonces el mayor Deifilio va a sonreír, a pensar que puede, de un tas, matar los dos pájaros de un tiro. Y va a desenrrollar un mapa y poner cruces y Hechas sobre sus líneas, va a fumarse un cigarrillo y esperar, va a gritarles a sus soldados que ya lo ven, no son simples peones, gentes humildes y sufridas, que ahora, óiganlo bien, todos ellos son bandidos, delincuentes, cómplices de Naún Briones". Pero, aunque los que corrieron regresen con todo el Batallón, responde, firme y tranquilo, esta gente quiere seguir adelante: es el olor de la pólvora, intenta explicar, o esas carreras de los soldados dándoles las espaldas. Ahora quieren saber que pueden ganar, y van a ir a la parroquia, con sus machetes cortando

el aire, para decirles a los parroquianos que la justicia está con ellos, que no tienen nada qué temer de cuarenta y seis peones que sólo piden quedarse en estas tierras. Están valientes, dice Pardo, se han puesto audaces: nunca han visto huir a un pelotón de soldados, nunca les han visto de espaldas. Y los dedos gordos de Pardo vuelven a estrecharse con los endurecidos de los peones que ahora gritan contentos, deciden bajar al pueblo, llenar la plaza con sus manchosos pantalones de dril, sus mugrientas camisas de zaraza, sus alpargatas estropeadas. Quieren hablar con el cura, pagarle unas misas baratas, comprar en las tiendas un poco de pan, unos plátanos, para sus mujeres, sus hijos tiernos que se esconden lejos, en el monte.

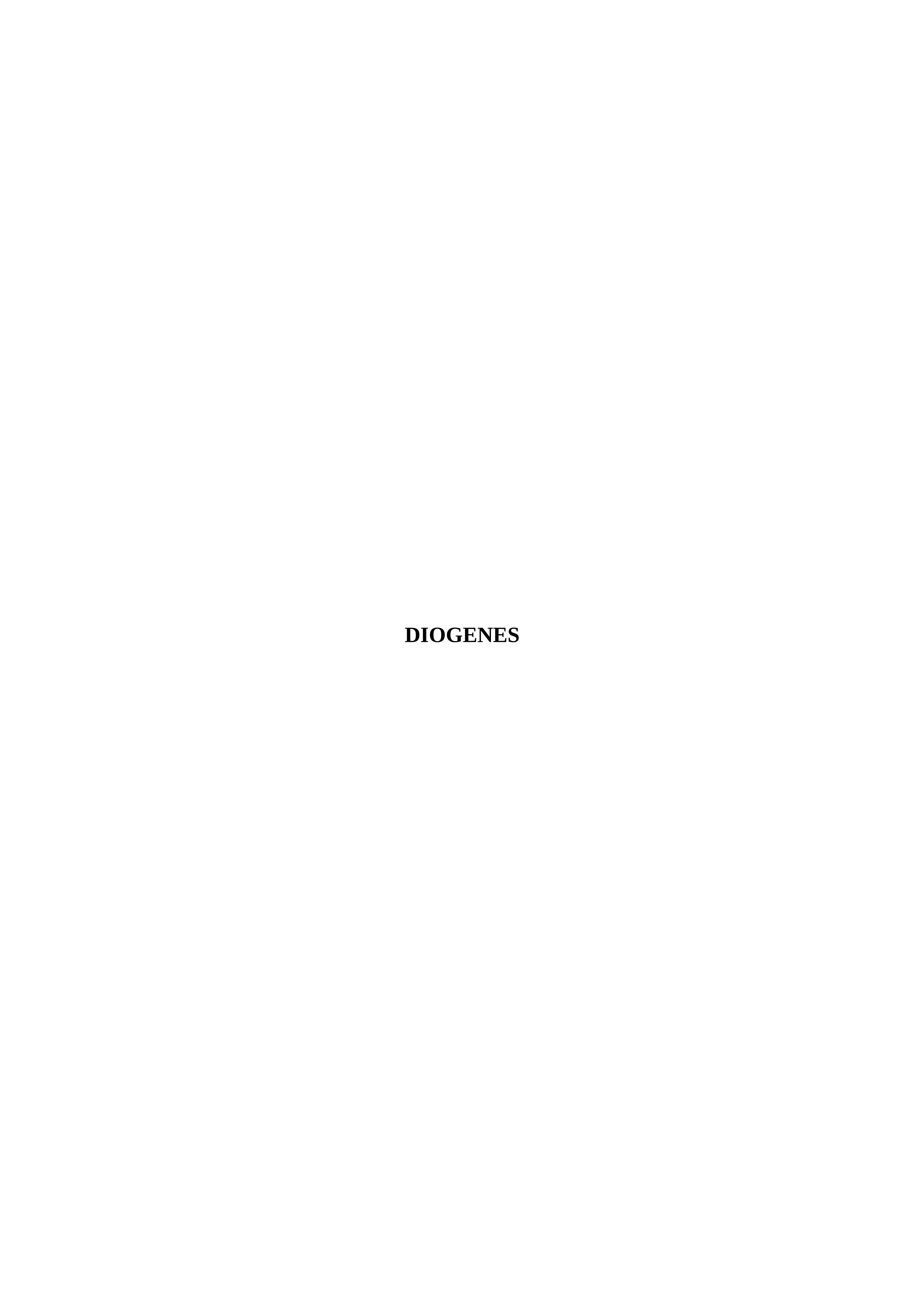
El Rindolfo, con los estribos de cuero golpeando el aire y los hijares, alternadamente, galopa desde los aguacatales de la quebrada, trepa por el altozano de la casa ce hacienda, ahora vacía y como una inmensa ruina, galopa hacia la planicie del yucal, evita los grupos dispersos de peones y llega adonde él con su media sonrisa de siempre. Se han reunido en Cascarillas, le dice con preocupación, serán más de cien, ahora descansan y beben refrescos donde un propietario, limpian sus armas y esperan. Y ahora éstos quieren ir a la parroquia, dice él, señalando a los peones. Los ojos del Rindolfo decrecen, acechan, refulgen. A la parroquia, eso está bueno, le responde con un gesto picaro, al fin no vamos a perder el tiempo, dice rechinando una risa contenta y llena de presagios. "No sé ele dónele ha sacado el Víctor Pardo ese vestido rojo, de vuelos y mangas infladas que ahora rasga con sus manos. Tal vez lo halló en un cuarto de la hacienda; empolvado, sin servir para nada, antiguo, prenda olvidada de alguna niña rica que llegó, hace años, para unos carnavales, y que era bonita, con un pelo que le olería siempre a jabón de almendras y tuviera una boca chiquita, fresca como agua de pozo, suave como corteza ele gullán. Una niña rica y linda que bailaría, jugaría el carnaval con anilinas azules, verdes, amarillas, con huevos ele cera llenos de agua florida, y se marcharía olvidando un vestido rojo y elegante que ahora el Víctor Pardo, loco, ocurrido, sabio, rasga en peelacitos y los ata a unos palos que reciben los peones y preguntan ésto para qué, clon, y él, gustoso, feliz les responde que el rojo es el color de los pobres, que es un color bueno y ardiente, un color macho, duro y picante, un color que sirve para agitarlo en el aire, en banderas y pendones, que el rojo es también el color de nuestra bandera, el color arrinconado por los otros dos, el amarillo, el azul, los malvados, chillones colores ele las autoridades, los propietarios. los usureros. Y los peones ríen con el cuento chusco del Víctor Pardo, y agarran los palos con los harapos rojos, y van avanzando en hilera, pisoteando el yu- cal con sus alpargatas, porque ya no les importa, porque otros yucales mejores, más robustos y verdes, van a sembrar cuando la Señora Asistencia venga al Carmelo, toda ella enfurruñada, vencida, para decirles, rabiosa, con un perfumado pañuelo entre las manos, que se queden, que ganaron y son valientes, que vuelvan a recoger el ganado, destapar las acequias, regresar a los chozones con sus mujeres". Pero Rindolfo, los tres Paucar, Alvarado, Padilla, Lucleña, se adelantan, cabalgan como sombras de aire por las cuchillas peladas, alentando sus caballos matosos, rumbo a la parroquia. "Les dije que sí, que es una buena ocasión, a la par que ayudamos a los peones nos ayudamos a nosotros mismos, y el Rindolfo me dijo esta parroquia es rica, sus tenderos guardan la plata bajo los colchones y por las noches ese olor cenagoso de los billetes no los deja dormir, los revuelve sobre el catre como si fueran agujas pinchando sus cuerpos gordinflones". Los Paucar cortan camino, las ancas sudadas de sus caballos rozan las cercas destruidas por el tiempo y las malezas, los muñones de aguacatales viejos que dejaron de dar fruto hace tiempo, los pilares apolillados. Y necio, ostentosamente poderoso, el Lucleña descubre el brillo de su revólver en media mañana, y mira, con unos ojos agobiados entre el fulgor del sol, cómo unos niños de escuela se desperdigan, fugan en carreras y tropezones ante su disparo sonoro que ofende el silencio quieto del lugar. Y mira cómo unas puertas se abren instantáneas, remecidas, recogen a los niños y vuelven a cerrarse con ímpetu, chirriando

bisagras y pestillos mientras, desde el otro extremo de la parroquia, se desparraman los gritos ardientes de los peones que agitan sus trapos rojos y miran hacia los corredores sin gentes ni gallinas, hacia las ventariitas con pobres geranios presos, descoloridos, en balde:- oxidados. Se agrupan en la plaza, se buscan los rostros con extrañeza, se preguntan por qué los habitantes de la parroquia cerraron las puertas de sus casas, se ocultaron tras las paredes de bahareque, bajo los catres, en los cuyeros y los soberados, sin querer escuchar ni sentir el resuello de esos hombres, para no verles las fachas astrosas, los ojos resecos, polvorientos, y no ofrecerles ni un racimo de guineos, ni una sed de agua, ni siquiera una compadecida sonrisa de niño, una comprensiva mueca de viejo que todo lo ha vivido. Víctor Pardo, manteniendo casi intacta su elegancia, alarga un brazo para golpear una puerta cualquiera, la más cercana, y llama con su voz melancólica a la gente del pueblo, les dice que son tan sólo unos pobres peones que quieren hablarles de sus padecimientos, unos honrados peones que compraron tantas veces la sal, las velas, los porotos, en las tiendas de este lugar, que se emborracharon en las fiestas dí: su santo patrono y le pagaron una capa nueva con lentejuelas y bordados, que bautizaron a sus hijos en el templo del pueblo. Y los perros ladran prepotentes desde el interior de las casas, muerden su furia en el aire, jadean belicosos. Ahora los trapos rojos se marchitan, bajan sus hilachas hasta la tierra seca de la plaza, como si lamentaran no ser más las arandelas, pecheras, vuelos del hermoso vestido de alguna muchacha rica que lo olvidó en un juego de carnaval, lo desdeñó al polvo y la ceniza.. Los puños blandos de Pardo se repliegan compungidos hasta las costuras pespunteadas de su chaleco: no insisten, se niegan a golpear otra puerta sorda, hermética "pensando tal vez que de nada sirven sus poemas, sus libros, su esperanza, que nunca debió cabalgar conmigo tratando de convencerme de que el mundo necesita una gran medicina que lo vuelva bueno, generoso, alegre. Que nunca debió romper ese lindo, sonoro vestido de vuelos que todavía pudo servir a una mujer, ni que fue necesario estrechar las manos de esos peones que ahora caminan sordos, resentidos, en el centro de la plaza, y se miran las caras sin comprender o siguen habiéndoles a las puertas cerradas con un tono que ahora es de vengativo reproche, una voz insultona, dolorida, que ofende a esos parroquianos que ahora estarán ocultando sus billetes, temerosos de los infelices que intranquilizan al pueblo con sus gritos". Pero él ya no pudo mirar cómo los peones, sin decirse nada, se precipitaban sobre la insegura puertita de la Tenencia Política para destrozarla a puntapiés y golpes ele machete, porque, siguiendo los pasos expertos del Rinelolfo, la codiciosa premura del Lu- deña, la prisa incierta de Alvarado y la emoción abismal que exhibe Padilla cuando se dispone a robar, descerraja con un balazo el candado que protege la pulpería "Floreciente" y se adentra en su sombrío olor a mantecas rancias y velas de sebo guardadas, presintiendo el aroma llagado del dinero que tantos años retuvo algún avaro para el Rinelolfo que, ahora triunfal lo muestra estrangulando billetes entre sus dedos ansiosos, gritando, desaforado, jefe, ya lo dije, en esta parroquia hay plata como para empapelar con billetes todos los faldones de la Virgen del Cisne, para vestir de casimires a doscientos pobres diablos, para dar tres veces la vuelta al mundo en un vapor, para quemarlos o morirse ele rabia o risa. Y permite generoso que el Ludeña trepe como un gato al mostrador y se llene las manos con aquel crujido como cié hue- sitos de niño quebrándose que tienen los billetes, los grandes billetes violáceos ele a cien, los vegetales de a cincuenta, mientras los tres Paucar abren las bocas, agrandan las miradas recogiendo con devota sumisión los azules, verdes billetes arrugados que el Rindolfo, desde el mostrador, tira risueño como piltrafas. "Me dan miedo los billetes, me cansé de manosearlos porque al primer apretón parece que van a chorrear sangre, una negra, espesa sangre que me manche las manos para siempre; una cuajada, muerta sangre que la han ido chupando de pago en pago, de deuda en deuda, una sangre que los vuelve robustos, eternos; una puerca sangre de ser humano que siempre valdrá menos que el billete mohoso que se entretiene encadenando, haciendo odiar por él, amar gracias a él, sufrir por su falta, enojarse por su tardanza. No quiero tocarlos, le digo al Rindolfo, cuando, con exigencia y

alegría, quiere ponérmelos en las manos, hieden a muerte, le digo, guárdalos en tu alforja, en tu faltriquera, en el doblez ele tus botas, y el Rindolfo como respuesta, me da un poco de su risa agria y me dice te los guardo, a vos y al Víctor Pardo, que ahora andará con los peones quemando los comunicados, los retratos, los mapas de la Tenencia Política, rabioso como elleos, inventándoles otras palabras para sus ganas de romper papeles, sellos, cartas. El Pardo nos va a fregar, jefe, me dice acariciando con cariño los billetes, lárguelo, mátelo, entregúelo al mayor Deifilio, no nos sirve, es flojo y vive en las nubes".

Afuera retumban, hondos, despiertos, los primeros espaciados disparos ele los manlincher, los previos tiros que ha ordenado el mayor Deifilio al rodear la población con sus hombres, en una sorpresa yerta y desencajada, en unas carreras y un estrépito aterrado de puños sobre las puertas que no quieren abrirse. "Todos me miran, tendidos en los corredores, encorvados junto a los poyos, pidiéndome con los ojos que les sostenga las vicias. Acezante, empalidecido, el Víctor Pardo me grita desde el otro lado de la plaza, ya están aquí Naún, disparan con ganas, con verdaderas ganas. Tanto tiempo estarán sin matar, le grito, tendrán deseos de un cadáver. Querrán uno, pienso, fresco, importante, odioso como el mío, y distingo, una a una, las manchas kakis, flojas de los uniformes, moviéndose con seguridad y recelo, parapetándose en cercas, en troncos, y el Ludeña salta desde la oscuridad de la pulpería, feroz, apuntando con su fusil y gritando flojos, flojonazos, aquí tienen a un hombre para medirse, y dispara a los quepis que se esconden y los Paucar vacían los tambores de sus revólveres en diez largos disparos que cruzan la plaza enloquecidos, junto al gentío que se agrupa con terror en los portales, y se hunden sobre la tierra dura de las cercas, en los troncos sin savia de los árboles y perforan un kaki uniforme, mostrándoles a los Rurales que también ellos tienen su invitada, su muerte propia, triste, culpable, sin importancia para nadie. Pero ellos, mientras hunden las balas en las cámaras frías de sus fusiles, se arrodillan, extienden los brazos para disparar, pensarán como consolándose que bien pueden morir así, sin agonías ni sacramentos, sin familiares que les rodeen, para consolarles,, en las últimas miradas, los estertores, la boqueada final. Pero éstos no, me digo y disparo, estos peones que ahora manotean su muerte sobre la estrecha franja de tierra de los corredores no pensarían nunca en la muerte cuando sembraban la yuca, cuando recogían el café maduro de las matas o destapaban las tomas para regar los surcos; no querrían morir cuando acariciaban a sus mujeres, y les compraban en las ferias cintillos de tafetán y les ponían en las noches los hijos en el vientre. La muerte no nos iguala nos diferencia más, decía el Chivo Blanco". Y no sabe ahora por qué razón, qué secreto miedo, qué necesidad oscura, ha caminado ahora hasta el centro de la plaza, solo y memorable, como regalando su cuerpo a los guardias sin rostros que se cuchichean desde las cercas y alargan los brazos para dispararle, golosos y seguros, mientras más allá, detrás de los manchones irregulares de: uniformes kakis, el capote gris del mayor Deifilio parece desvanecerse en el resplandor blanco del día y su largavistas le recorre minucioso, desde la distancia "todo mi cuerpo, de pies a cabeza, con curiosidad y odio, con amargura y soledad, como queriendo decirme al fin estamos frente a frente, Naún Briones, al fin los caminos, la vida entera nos encuentran, fíjate cómo espero, paciente, sin rabia, a que termines de disparar, estará pensando ahora el mayor Deifilio con una tranquila alegría, fíjate en mis hombres que tienen la obligación de obedecerme, compáralos con los tuyos, alocados, díscolos, egoístas con sus vidas, ignorantes y criminales. Fíjate cómo recargan su munición los guardias, cómo se repliegan ante tus disparos rabiosos, cómo se ríen de vos en secreto cuando empuñan sus fusiles engrasados y costosos para responderte como en un juego sin peligros. Imagina, Naún, cómo me recibirán en la ciudad cuando lleve tu cadáver, tu pobre cuerpo vacío, cómo me arrojarán claveles desde los balcones. Todo eso estará pensando el maldito, con su largavistas fijo sobre mi cuerpo que no cae, que no quien:' caer, que ahuyenta temerosas a sus balas relucientes. El Ludeña, desde los corredores, casi vencido, un poco

tambaleante, dice que nos tienen rodeados, que no habrá salvación, que malamente lo han herido en el brazo derecho, y el Rindolfo, fúnebre, sin coraje, me dice que no le quedan más que siete balas en la cartuchera, y el Víctor Pardo, apegando su gordana a las paredes, ensuciándose la leva con el blanco de la cal, me grita que podemos morir como mártires, Naun, y nuestros nombres nunca serán olvidados, y nos levantarán un monumento grande, de piedra o metal, cuando llegue la época en que la gente pobre del campo baile en el Palacio Presidencial. No les respondo, calculo las varas que distan desde el cañón de mi revólver a la figura inmóvil de ese mayor Deifilio que ahora deja caer el largavistas sobre su pecho para frotarse los ojos aguados, acariciar las charreteras doradas que le lucen al sol. Y pienso que sí, que puedo, si antes una bala no me tumba a tierra, y pienso cómo el mayor Deifilio va a abrir una boca sorprendida, a mostrar unos dientes largos y filudos cuando sienta el piquete que le afloja un poco el cuerpo y le nubla la vista. No, no te pongas a temblar ahora, mano de mierda, ahora que vas a salvarme y salvarte, apriétate al arma, burra y juata mano, mantén el pulso, no te muevas ni un centímetro. Ojo, mide, distingue ese pecho sereno y condecorado, adivina ese corazón duro latiendo bajo el uniforme y la piel. Sí, se movió, dio un traspié, se tambaleó junto al tronco, se encogió. Pero no fue al corazón, ni siquiera al estómago: un brazo, solamente, un brazo que ahora se desmaya inerte en el aire mientras el ordenanza corre con susto, destapa una cantimplora y los Rurales que disparan con una rodilla en tierra, con elegancia y práctica, vuelven sus caras hacia el mayor Deifilio que se estruja el brazo herido, insulta, intenta sofocar el desangre con un pañuelo, se acuclilla humillado, se tiende sobre la tierra mientras el ordenanza le tantea el brazo con respeto y los Rurales paralizan sus disparos, se miran con alarma, se sienten sin órdenes, como angustiados por la falta de esa sonora voz de mando. Y el Ludeña, los Paucar, el Alvarado, buscan rápidos sus caballos, los montan y calzan estribos con una azorada premura, y el Rindolfo y el Feliciano acomodan aprisa las alforjas hinchadas de billetes sobre matosas bestias, mientras el Víctor Pardo, apenado, sin querer irse, mira a los peones tendidos bocabajo sobre los corredores. Apúrate, le grito, sólo una vida tenemos, bruto, sólo una. Su lástima me traspasa, van a matar a muchos peones, me dice, se vengarán con ellos, les abrirán los vientres con yataganes, van a partirles a culatazos los cráneos. Y qué nos importa, mierda, le grito picando espuelas con una rabiosa prisa, y qué podemos hacer. Y Pardo me mira emocionado, adolorido, mueve la cabeza y acaricia con suavidad la crin de su caballo".



DIOGENES

No es bueno pensar aquí en el tiempo que pasa: dura mucho más, se alarga como una soga invisible y poderosa, piensa, sintiendo la dureza de su barba larga, de seis meses, que le abriga tanto las mejillas cuando el frío nocturno surge en la celda para abatir cualquier intento de sueño, cualquier comodidad precaria sobre el catre endurecido por el tiempo y los cuerpos de otros reclusos que dejaron sus nombres, sus apodos o sus simples, anónimas huellas en las paredes sucias y llagadas, enfermas de humedad. Esas paredes que odia tanto, que le parecen tontas y tan inútiles cuando el cerrojo de la celda se mueve chirriante y aburrido en la clausura de un principio de noche. Esas paredes que guardan, retienen el vaho de tantos gritos sofocantes, de tantos lloriqueos silenciosos y absurdos, el rastro de innumerables golpes de puño sobre sus granosas superficies: pobres carceleras mudas de cal y canto, sin otra culpa que la de mantener-
se erguidas, duras, constantes. Tan bien fabricadas las pobres, piensa él, compadecido, tan anchas y altas, tan frías las tiranas. Los pasos largos del guardia resuenan aburridos sobre el corredor, afuera, se detienen unos segundos, giran los tacos de las botas, vuelven a cruzar ante la celda, impávidos, cansados, doblan la esquina del corredor, se pierden rumbo al patio, retornan alargados, inofensivos, dignos de una pequeña compasión por parte del recluso que los escucha contándolos. Ahora él busca un piojo glotón y trasnochado entre los pliegues de la camisa, uno de esos piojos gordos, prolífieos, insistentes, que tan bien viven en las cárceles y mortifican tanto con su arrastrarse apresurado de patitas cerdosas sobre la piel. Que sería mejor dejarlo con vida, piensa él mirándolo patalear entre sus dedos, diminuto y asustado, ahora también prisionero. Dejarle que chupe tanta sangre inútil que guarda. Pero no, lo hizo crujir, reventarse blando entre los dedos, sintiendo su sangre pequeñita que apenas le humedeció las yemas de los dedos, dejándole más intranquilo y furioso consigo mismo y con todo: la ventana estrecha, alta, cuadrangular, los barrotes gruesos de la ventana, las pisadas del guardia, la tos tuberculosa que se desgarra desde la celda contigua, los muros altísimos de afuera, donde los nidos de ametralladoras se amodorran en la noche, donde los reflectores insomnes rebullen, giran, cabecean buscando cualquier sombra, atentos y eficientes. No va a durar mucho, piensa él, alargando la frazada hasta sus pies entumecidos, ni dos meses va a durar con esa tos tan escandalosa, tan ronca y antipática, con esa tos que le rasga los pulmones y le corta largo el resuello. Y piensa que mañana volverá a ver esa cara cenicienta, arrugada, marchita pero alegre, lavándose con una energía prepotente en el grifo del patio, diciendo a los demás reclusos, con su habla costeña y sofocada un día menos, amigos. Y él piensa, que quisiera disponer un poco del optimismo del zambo tísico que se alegra entre la hilera de presos que aguardan el pan duro y el café chirle, con una sonrisa liviana, negándose a tender, definitivo y triste, sobre su catre para aguardar la muerte. Tal vez viva mucho, piensa él buscando a tientas en la oscuridad un pucho de tabaco tirado sobre el piso; tal vez viva mucho más que todos nosotros, y su tuberculosis no sea más que una trampa que compone para que le compadezcan los guardias y los presos, las mujeres y los niños que vienen de visita, las monjas de la Caridad que traen dulces y novenas, escapularios y resignación. Ahora le pesan los párpados, se siente abrigado, con una flojera de músculos que quiere abandonarlo al sueño. Ha dejado de toser, piensa adormilado, tendrá los pulmones aliviados y un dulce sabor de sangre en la boca.

No pudo creer que se trataba del mismo José Espíritu que conoció en el Buerán, el Quiroz joven.que quiso matarlo con un machete pulido y siniestro. Cuatro guardias lo introducen a empellones en el patio, las ropas negras con manchas de sangre reseca, encadenado y rengo, la mirada inflamada por la intemperie, la trenza orgullosamente anudada sobre la nuca. Lo arrastran sobre el patio de los asesinos peligrosos, acercándolo a él, al grupo de reclusos con las camisas abiertas que retienen las barajas entre los dedos para mirar con atención a ese iridio extraño y malherido, feroz y malvado que aguanta los

culatazos, los putapiés sin abrir la boca, orgulloso y sombrío, esquivo, reconociéndolo entre el estrépito de los golpes y la insistencia monótona de los insultos de oficio y sin convicción de los guardias. El Quiroz joven le miró con esas pupilas frías, inaccesibles, únicamente a él, entre todo el montón de asesinos resignados, curiosos que lo miran llegar, recibir los golpes sin quejarse, tendiéndose inútil y altivo en el patio para extender su pierna herida y volverlo a mirar, ahora con unos ojos cubiertos por una pena dura que no pudo estallar. Entonces él, sin importarle que los demás reclusos comentaran algo con extrañeza, agarró la lata de sardinas que servía para beber agua en el patio o licor clandestino en los silencios de las celdas, y la llenó en el chorrito menudo, anémico del grifo, para juntarla a los labios resecos, hinchados de José Espíritu Quiroz, con una compasión lastimada y solidaria, sin querer decirle cómo fue que te hirieron tan malamente, cómo te cazaron para traerte acá, qué ejército los batió, con cuántos cañonazos quebraron sus valentías, mirándolo beber el agua salobre y mohosa del Penal, resollar con los ojos cerrados, escuchándole algún quejido o un par de insultos acongojados en su idioma incomprensible, recio, hostil. Pero ahora avanzan cuatro guardianes por los corredores, los del Penal con sus uniformes azules, sus correhuelas blancas, los mismos que cada noche le quitan un poco de sueño inútil, para gritarle terminantes que se retirara de aquel indio salvaje, reo de mil muertes. Y los asesinos vuelven a suspender el juego de baraja entre sus dedos para mirar cómo las botas brillantes de los guardias se hunden, metódicas y rígidas, en el vientre del indio vestido de negro que no quiere moverse y se acurruca terco sobre la tierra sucia del patio y aguanta, prefiriendo los golpes a removerse un milímetro, y él, obligatoriamente distante, indignado, mira cómo los guardias pisotean la pierna extendida, infecta del indio, intentan moverlo, arrastrarlo, llevarlo hasta el rincón húmedo de los infiernillos. Inútilmente, porque ahora José Espíritu Quiroz parece pesar infinitos quintales, y él mira los rostros congestionados, furibundos de los guardias, las venas resaltadas de sus cuellos en el esfuerzo vano, la derrota de sus amenazas. Ahora el cabo de guardia, el gordo, el de los bigotes erizados grita exigiendo una cadena, porque, vocifera, con una cadena va a trincar al indio, dejándolo sobre el patio, soportando las lluvias y los soles que al cielo le den la gana. Y que nadie lo alimente, advierte, para que ese indio aprenda, se amanse, se arrepienta o se muera.

Lo vieron llegar en una media mañana con un poco de sol, un agotado y vencido sol que se atrevió a brillar furtivo entre las nubes del invierno de marzo, un sol que caía en pedazos desde las murallas, las garitas de los centinelas para entibiarles las piernas en el patio. El pensó que ese alto señor de boina y pantalones oscuros, de leva de casimir y mirada que atravesaba las cosas, las personas, debía ser alguna autoridad de aquellas que, entre compasiones y promesas, llegan de año en año para quitarles, magnánimos, unos días de condena, para hablarles severos, de la justicia y el castigo. Pero que no, pensó luego, que tenía unas manos demasiado grandes y poderosas para ser autoridad, los ojos muy curiosos, los pasos demasiado sueltos como para serlo. Y pensó también que las autoridades no se pondrían nunca de esas boinas tan raras sobre la cabeza. Ellas usan borsalinos, sombreros de copa alta y banda negra de raso, pensó. Tampoco las autoridades calzarían jamás unos blancos y alegres zapatos costeños como los que el hombre de la boina traía puestos. Ahora, despreocupado y tranquilo, con un desparpajo simple y mundano, el hombre se adelantaba a los dos guardias que lo acompañaban, caminando solo por los corredores repletos de asesinos que recibían, torva o tristemente, una pobre ración de sol invernal y lo veían pasar hostiles, encogidos, con los puños apretados. Pero, lo estaba notando él, este hombre de boina tenía algo diferente en la mirada: como una lentitud atenta por observar las fisonomías, los rostros casi en harapos, los zapatos abiertos o los simples pies descalzos y sucios de los reclusos: era, se figuró, como si una fiebre menuda y enervada le latiera en las pupilas, y un ansia por absorverlo todo con la sola, tranquila fuerza de sus ojos. No era la simple curiosidad de los ocasionales visitantes, ni la piadosa

mirada enternecida de las hermanas de la Caridad, tampoco la profesional dulzura de ojos que traen los abogados defensores, o la húmedamente desolada de las mujeres que visitan al marido preso, al hijo condenado, al hermano criminal. Eran solamente unos ojos sin fondo, sin prisa ni nostalgia. Unos ojos atrevidos y suaves que se detenían en cualquier boca torcida, en cualquier ceño abismal, en cualquier actitud y movimiento apresándolos para siempre. Tipo raro, pensó él, cuando, mientras orinaba en el retrete, vio al hombre de la boina acomodar, bajo la luz torpe y mortecina, unos travesaños de madera manchados por gotas de pintura de muchos colores que los plantó sobre la tierra húmeda del patio, como un inmenso zancudo, feo, inmóvil, sobre el que puso luego, cuando un muchacho atravesó el patio a la carrera cargando unos bultos que no debían pesar demasiado para depositárselos junto a él, un pedazo de tela ceniciento y liso, cuadrado y grande y vacío. Entonces la toz menuda, vergonzante que mantenía el costeño tísico cruzó a sus espaldas como una alegría esperanzada y liviana, y el costeño tísico acercándose le dijo es uno de ésos que pintan, Naún, querrá ponernos para siempre en un cuadro. El recordó, entre lo reseco de su memoria, los lienzos que adornaban la sala de la casa de hacienda de don Julio Eguiguren, allá en Cangonamá, su tierra: esos cuadros mohosos de tiempo, estropeados por la humedad, donde se desteñían flores pareciendo joyas desgastadas, mujeres que serían ángeles sonrosados y eternos, árboles coposos, desconocidos cielos de otro mundo. A qué viene éste, pensó con desconfianza al caminar lleno de una tibia curiosidad hacia el grupo de reclusos rápidamente reunido en torno al hombre de la boina y su cuadro vacío. A qué viene si sólo se pintan en los cuadros las ñores encendidas y las muchachas hermosas, o los caballeros ricos que no quieren morir sin ver su propia figura en un lienzo grande, severo y oscuro, pensó qué va hacer con nuestras caras largas, angurrientas y malas, qué con nuestras ropas sucias y remendadas. Cómo va a colorear nuestra tristeza, qué va a hacer con nuestras almas en su cuadro. Cómo habrá de manchar la tela con nuestros pecados. Vendría a burlarse de ellos, a decir, entre risas, que se pusieran frente a él, con la mano sobre el pecho, como los caballeros de los óleos, con una sonrisita educada como las de una muchacha de retrato. Y cuando estuvieran así, imaginó, soltaría la carcajada, y los guardias vendrían con sus armas para reír también, y hasta el Alcaide, en su oficina, miraría hacia el patio y se mataría de gusto pensando éstos quieren un cuadro, un pintor que los pinte así, tan desaseados, tan malencarados, tan rotosos y malvados. Y todo el Penal se reiría de ellos, los rateros que los temen, los barrenderos, el doctor, el capellán, el saca- muelas y hasta el peluquero maricón. Todos iban a reírse de ellos, con unas hinchadas risas temblorosas, inter- minables, pensó.

Que no podía seguir así, tendido sobre el patio, encadenado como un oso de circo, se dijo, herido y recibiendo los escupitajos de los reclusos, sus burlas que parecía no escuchar. Se va a morir, pensaba, a morir tonta y orgullosamente. Y ese día, a la hora del almuerzo guardó en un bolsillo de su leva ese pan largo, duro y desabrido que recibió, y cuando los guardias, al otro extremo del patio, se reunieron para conversar y fumar dorados, él, con disimulo, se acercó al bulto encadenado para decirle aprisa que no iba a ser tan tonto como para morirse por su propia voluntad, que viviera, carajo, que la vida aunque penable siempre es amable, y le extendió aquel pan largo y duro, y José Espíritu Quiroz levantó un poco la cabeza desde el suelo, le dijo que no quería nada, ni su compasión, ni siquiera sus palabras. Pero él no dejo de extender aquel pan, pidiéndole a José Espíritu Quiroz que comiera y le contara cómo lo apresaron, y acomodó una sonrisa en su boca, y le dijo al indio encadenado que siguiera viviendo, que tal vez un día de esos podrían largarse matando a los guardias, saltando los muros. Y el otro también rajó en sus labios una sonrisa de pena, de quién sabe, y recogió el pan y encorvado empezó a comerlo. Los días, dos, tres, varios, fueron estrellándose sin tregua ante la inmovilidad terca del indio encadenado. Los asesinos gordos le apostaron una botella de aguardiente a que Quiroz se moría, y él les aceptó la apuesta

porque con sus migas de pan y sus bocados de agua furtivos, una mañana, cuando los guardias le abrieron la puerta de la celda, vio a José Espíritu Quiroz de pie, caminando por el patio, arrastrando las cadenas como un alma que pena, cojo, maltrecho, con un fulgor mortecino en los ojos y una dignidad inolvidable en el semblante consumido, una dignidad, pensó, que sólo los indios sabrán mostrar, solemne y despreciativa, segura y fundamental. Parece un viejo ya, pensó mirándolo caminar distante entre los grupos de reclusos que también espiaban a José Espíritu Quiroz, con prevención y burla. Y pensó que siempre se termina eligiendo la vida: aunque imposible y solitaria, aunque dura y terrible. Esa noche bebió en su celda, amargado, nostálgico, queriendo hablar solo, insultarse en voz alta; con ese aguardiente dulce, fuerte y sofocante que ganó en la apuesta a los asesinos tranquilos, ese trago amarillento que depositaba un sabor cruel en la garganta, tan distinto e inferior, pensó, al ron que estarían bebiendo en copitas los friolentos guardias, encaramados a los muros, tan inconcebiblemente indigno al lado del Mallorca clarísimo y sabroso que beberá el Alcaide. Y buscaba entristecerse pensando en agobiadas letras de pasillos, y recordaba cosas, sucesos, valentías, temporadas de sol, noches tranquilas, un olor de aguacatales florecidos, una risa de niña, el ruido de un buen disparo, unos lindos ojos grandes de mujer, un tronar bullicioso de cohetes en una fiesta, el sonido de un órgano solemne en una iglesia. Y pensaba que el aguardiente sólo sirve al pobre, para aclarar los recuerdos desleídos, para aumentar las penas que le andan a uno como piojitos dentro del pecho. Y pensó, lástima no tener aquí una guitarra, lástima no estar acompañado de un amigo, con un paisano ocurrido que se ría de la vida: así las noches pasaran sin que uno las sienta, como descalzas y corridas pasaran. Lástima no tener quién me escriba una carta con unas letras feas, unos renglones torcidos, para decirme te esperamos, Naún, te pensamos todos los días, nos acordamos de vos y te vemos volver.

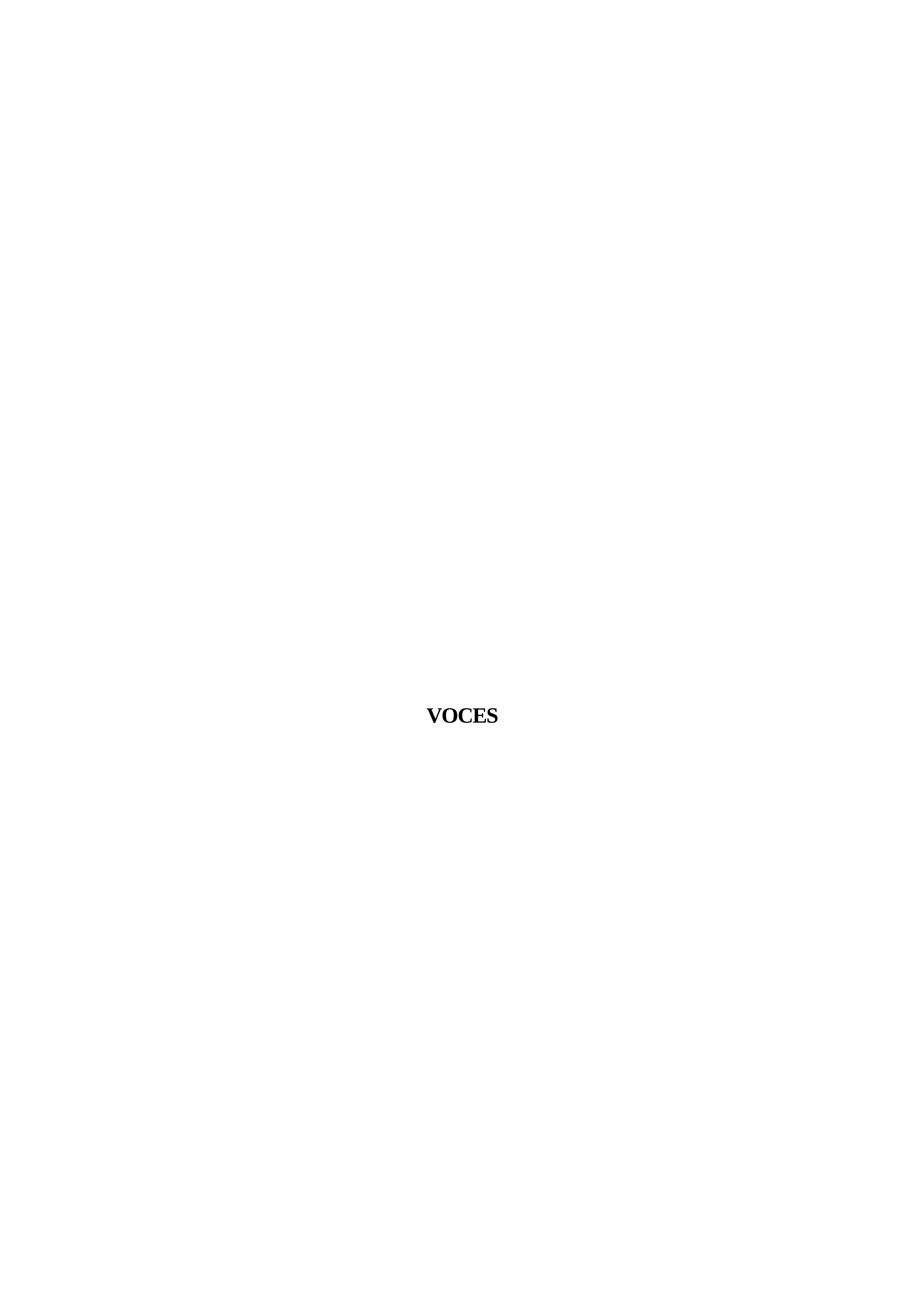
El hombre de la boina no tiene prisa ni reloj, soportando cualquier desconfianza hostil, pide al guardia cercano una lavacara llena de agua y se pone a mirarlos nuevamente, distanciándose unos pasos del lienzo, queriendo explicarles algo, justificarse ante tantos cuerpos enflaquecidos, enfermos, sucios, ante tantas cabezas riñosas, ante tan pocos zapatos y sonrisas. Pero, corto, avergonzado casi, les dice solamente: sé pintar un poco. Y ellos abren los ojos y le miran esos dedos largos, expertos, que oprimen unos lápices, un pincel de cerdas puntiagudo que se mueve en el aire buscando algo más que el color de un rostro, que la sabiduría de un rictus o el desdén incomprensible de una sonrisa. ¿Qué pinta usted?, preguntó el costeño tísico con un poco de cinismo y de tristeza, ¿aves bonitas, atardeceres, lagos azules, eso pinta? Y los ojos del hombre de la boina se pusieron aguados, un poco tímidos, retrocedieron como inseguros mucho más al fondo de las pupilas. Y entonces él, entre los reclusos que miraban, curiosos, indiferentes al hombre de la boina, pensó que no sabría pintar bien todavía, que anclará por cárceles, barrios de pobres, campos y hospitales, por hospicios y plazas, buscando algo para pintar, algo verdadero que se prenda a sus cuadros para no soltarlos, para hacerlos hablar, reír o lamentarse, para robar un poco de vida y sufrimiento a los demás en cada pincelada. Nunca será famoso, pensó compadecido, mirándole las manos que ahora estrujaban el pincel y los lápices, será pobre, se dijo, vivirá en alguna casita húmeda, con una mujer callada y pálida, unos hijos chinchosos y habladores; ningún caballero le llamará para decirle señor artista, pínteme un retrato en mi sala de recibo, con mi chaquet negro y mi mano derecha en el pecho, pinte los sauces antiguos, plateados de mi hacienda. Ninguna dama iba a invitarlo a una fiesta para decirle que pinta como los ángeles, y nadie compraría sus cuadros que estarán apolillándose, avergonzados, bajo su catre. Yo sólo pinto gente dijo entonces el hombre de la boina, tranquilo, con una humildad sincera, gente que existe, que no le quiere nadie, y manos, las manos grandes y verdaderas de los hombres, las que cavan, tornean, las que se despiden, las que matan. Los reclusos se miraron entre sí, un poco defraudados, y él volvió a pensar que el hombre de la boina estaría burlándose de todos, en una forma cruel y minuciosa. Pero ahora el pintor, reconcentrado, audaz, había elegido ese rostro sin matices,

esa nariz quebrada y roma, esos ojos diminutos y latentes, esa boca grande y amargada que ahora se encogía reticente, ambigua. Esa camisa sucia, sin botones, deshilacliada en los bordes que el recluso Cantos, fratricida, intentó ocultar con vergüenza, con profundo pudor, bajo las solapas grasientas de su leva, denunciando la suciedad de sus uñas largas. Los demás se apartaron, con un respeto simple, sin querer interrumpir el vaivén interesado y frío de la mirada del hombre de la boina que con su lápiz trazó rasgos extraños sobre el lienzo. No me he peinado este día, señor, le dijo Cantos el fratricida, amable y vergonzoso, pasándose los dedos por el desorden negro de su pelo, y el hombre de la boina le respondió con una sonrisa, que mejor estaba así, que sólo en las fotografías de los parques se requieren personas bien peinadas. con raya en la mitad, limpios y sonrientes. Y el lápiz, como con vida propia, revoloteó sobre el lienzo, empeñándose en trazar una silueta larga, deteniéndose en lo que podía ser después de un par de ojos, y Cantos el fratricida, parpadeando halagado, se dejaba envidiar por todos, sintiéndose importante, mostrando sus harapos con un orgullo jamás imaginado, dejándose mirar, tranquilo y complaciente, por los ojos del hombre de la boina. Y él pensó, unos pasos detrás, que sería otro cuadro inútil que iría a cubrirse de polillas bajo un catre, a descascararse entre la sombra y las telarañas. Cantos, el fratricida, supo aguantar, no quiso moverse ni un centímetro y dejó de parpadear cuando el hombre de la boina, con un respeto silencioso y cálido, abrió los tubos de pintura, alzó la paleta sobre el color ceniciento de la tarde y se puso a buscar y confundir colores con denuedo, a inventarlos, a elegirlos para los brochazos veloces que fueron abriendo el lienzo con luces, sombras, lejanías pardas, dimensiones rojizas y furiosas, líneas casi blancas y volúmenes recios semejantes al color de la piel que tuvo entonces Cantos, el que mató a su hermano por unos linderos mal comprendidos, por un poco de tierra perjudicada. Nadie comprará el retrato de un reo pensaba él con lástima, asustaría a los niños, a los invitados, secaría las flores de las salas. Pero, mirando el lienzo entre los primeros embates del atardecer, justo unos minutos antes de que la sirena anunciara a los visitantes que debían salir, comprendió que allí, entre esos contrastes rotundos de colores aún frescos, no muertos todavía, no era la figura de Cantos, el fratricida, la que se configuraba entre la paciencia y el sudor del hombre de la boina: era, nada más el reflejo de algún dolor abotagado, el rostro de una intranquilidad lastimada, de una pesadumbre justiciera llameando en ese rostro inconcluso que no era de nadie y que los retrataba tanto. Y cuando la sirena lanzó su grito enronquecido, el hombre de la boina lavó sus pinceles en el agua manchada de la lavacara diciéndole a Cantos que volvería, y cuando Cantos le preguntó su nombre, él, con una media sonrisa nublada en el anochecer le dijo que se llamaba Diógenes, que su vida era pintar.

No necesitó interrogar demasiado: José Espíritu Quiroz, encorvado, con la espalda apoyada a la pared, dejó salir sus palabras sin esfuerzo, recordando solamente, contándole imparcial unos hechos que ahora no importaban, con el tono de voz de un testigo: sordo y monótono, seguro y prolijo. Contó que todo debió haber comenzado con una simple reunión de autoridades, hacendados. pobladores, en algún caserón húmedo y antiguo de Cañar, donde se encontrarían también el faldón negro, la nariz arqueada y el loro cantor de doña Florencia, la dueña ele tanto, la más importante perjudicada por las correrías, asaltos, saqueos de los Quiroz. Que habrían hablado, discutido mucho en esa reunión. Que altisonantes y enérgicos, se elevarían los vozarrones de los doctores hacendados exigiendo un remedio. Que la voz respetuosa, vehemente y un poco intranquila de algún poblador se habría levantado para decir que el cantón no prosperaba, que el Gobierno nunca abriría el camino prometido mientras los Quiroz, audaces y brutales, se mantuvieran en los cerros del Buerán dispuestos a cortarle la cabeza a cualquier viajero, que las cosechas se pudrían en los trojes o eran incendiadas en las eras por los bandidos, que el Obispo no había ido en diez años al pueblo para confirmarles a los niños, porque temblaba de pavor ante el sólo nombre de los Quiroz; que el circo Ataide no plantó sus carpas en el lugar ni quiso exhibir sus drome-

darios, panteras y elefantes porque, aunque el frío hubiera sido soportable, no quisieron arriesgar que unos indios ignorantes, crueles, supersticiosos, asesinos y temerarios, le despanzurraran los caros animales. Luego darían sus serenas razones las autoridades. Carraspeando, habrían dicho: si nuestro cantón tiene la fama de poseer los hombres más valientes de la República, ¿por qué no exterminamos a la pandilla salvaje que nos desprestigia tanto? Y también dirían, entre ofendidas y enérgicas las autoridades, que el Ejército planeaba un ataque, sorpresivo y mortífero, sobre las guaridas mismas de los Quiroz, de la raza maldita. Y asegurarían que los pobladores del lugar nunca tuvieron simpatía por los militares, porque eran mucho más hombres, con mejores punterías en los revólveres y los rifles que los norteños soldados de línea. Y contó que ellos, desde sus chozas, en las alturas nubladas del Buerán, no supieron jamás cómo ardían los ánimos en todos los barrios de Cañar, desde el Churuco hasta el Pozo de Chávez, desde La Loquera hasta el Calvario. No sabían que las mujeres del pueblo se encerraban para rezar novenas a la Santa Faz o a San Antonio, rogando por su pronto exterminio. No suponían que los hombres desempolvaban en los soberados los máuser clandestinos y afinaban la puntería de los revólveres en sus patios, entre el alboroto de los niños y los perros. No supieron tampoco que alguien se atrevió a pedirle a don Santiaguito, el maestro de la escuela santificado en vida que llenaba los silencios ateridos del cantón con sus imposibles plegarias, que rezara mucho por las muertes de todos los Quiroz. Y contó que nada supieron tampoco de los preparativos que a tres Batallones de Línea ajetrearon en el vieio Cuartel de Cuenca, para la ofensiva que se retrasó en medio día, a la bulliciosa, multitudinaria de los habitantes del Cañar. Y contó cómo, rompiendo la neblina blanca de los cerros, atravesaron hasta los oídos de todos los Quiroz los inmensos tamborileos de redoblante del viejo Jesús, y que lo vieron ascender y cruzar la travesía lodosa de Inganilla con una tristeza nunca vista en su rostro de ciego, y que el Quiroz padre lo estuvo llamando inútilmente hasta cuando el mendigo ciego, sin volverse, quebró su figura en el recodo del camino. Y contó del griterío y los disparos que más tarde brotaron desde la solidez inmóvil de la niebla, cuando al Quiroz Padre le revolvieron, entre el asombro y la certeza, los más grandes y extraños presagios, las más reconcentradas dudas, y cómo por su voz y consejo, ellos empuñaron los machetes, taqueron con pólvora y munición las viejas escopetas, prendieron fuego a las guaridas, sacrificaron a cuanto animal y ave poseían, esparcieron las joyas en el lodo, entre los matorrales, despedazaron el automóvil oxidado y cómo, la simple lástima, les impidió degollar a los niños que no tenían edad, estatura ni fuerzas para empuñar un machete o lanzar una pedrada. Contó cómo los pobladores de Cañar supieron de tácticas, de fuegos cruzados, de emboscadas; cómo sus máuseres abatieron la porfía valerosa de Frutos Manuel cuando les hizo frente a pecho descubierto, sin la hipócrita protección de la neblina y sin otras armas que sus gritos sobrecogedores y su vieja escopeta pajarera. Que, entonces, en medio de los aullidos largos de la cacería, entre el ir y venir de los fogonazos que dividían el aire oscuro, Manuel Crisòstomo, el viejo, el padre de la estirpe maldita, buscaba inútilmente algún claro, entre los cuerpos enemigos que los permitiera huir, y sopesaba entre sus manos los pocos montoncitos de pólvora que restaban, protegiendo con su cuerpo a las mujeres, a los niños sin edad, delatándoles, sin comprender la causa de aquellos fogonazos que tanto los ensordecían. Y Tránsito Umelia, como enloqueciendo, se apartó de su gente para correr ladera abajo, la pollera enredándosele entre las ágiles piernas, el pelo oscuro tremolando en el aire, para encogerse, estremecida en un quejido sin forma que latió siniestro, sobreponiéndose al ruido inconmensurable de les disparos eficaces y definitivos. Y contó cómo, pasado el mediodía, unas clarinadas fogosas se disolvieron en el viento desde las cuestas de Mosquera, anunciando a los tres Batallones de Línea, a sus caballos fúnebres, sus piezas cortas de artillería, sus infatigables ametralladoras, sus granadas que despedazaban cuerpos y sus órdenes tajantes que dispusieron, entre las quiebras y las malezas del cerro, los emplazamientos, las hileras y las retaguardias, el puesto médico y la carpa de mando. Y contó que entonces, entre los grupos

dispersos de pobladores que asediaban sus guaridas, se cuajó un silencio molesto y despectivo y alguien avanzó, máuser en mano, para reconvenir a los milicos por su presencia, que no era cosa de ellos, les gritó el civil, que se fueran a las fronteras, que Cañar nunca necesitó sus uniformes, sus sables y morriones, sus norteñas voces. Pero que los soldados, sin responder, atravesaron una primera, interminable ráfaga contra los cuerpos tiernos y blandos de los Quiroz sin edad, estatura ni fuerzas para pelear, y entonces los alaridos ensordecieron inútilmente el ámbito, las ropitas de bayeta y liencillo se mancharon entre los últimos pataleos insignificantes sobre el barro. Que ellos no podían rendirse ni pedir clemencia, contó, porque tampoco la dieron jamás, nunca se conmovieron ante un par de manos juntas que les rogaban la vida, ante unos pobres ojos de súplica que no querían morir. Y que así lo entendió el Quiroz Padre cuando, cargando su escopeta con el último puñado de pólvora, lanzó su imposible carrera rumbo a las firmes hileras de soldados, agitando en el aire, llagado de la pólvora y el humo, la trenza emblanquecida por el tiempo que se retorció vencida y como sola cuando aquella ráfaga corta le casi partía en dos el cuerpo ante los ojos atentos, fijos y solemnes de los soldados y sus brazos, después del derrumbe sanguinario que aplacó su silueta, estuvieron agitándose con amenaza durante un rato largo. Que luego todo fue más fácil para los soldados, contó, más cobarde y triunfal, que los hombres de caballería desbocaron sus bestias sobre el cuerpo de Quiroz padre y los pobladores avanzaron, llenos de odio vengativo, sobre sus sorpresas inmóviles que no acertaron a levantar un machete, que no supieron cómo apretar un gatillo después de que el padre, el Quiroz viejo, el jefe sombrío y terrible era sólo un despojo sin forma, sangrante y sobrecogedor, bajo los cascos estrepitosos y profundos de los caballos. Que las mujeres tuvieron unas rápidas y piadosas muertes, contó: sólo un par de disparos a quemarropa que las abatió luego, entre las veloces muecas de la agonía, el golpe preciso y firme que las impidió sufrir demasiado y con encono. Que el único en batirse con furia fue Manuel Antonio, el mayor de los hermanos, contó, el de los ojos más intensamente amarillos, el más parecido al padre: multiplicó su fuerza y destreza, rebanó limpiamente un par de brazos de soldados, antes de que el disparo elegante de un oficial le vaciara tan completamente el ojo derecho para revolverle los sesos y esparcirlos por el boquerón con que la bala se abrió paso en la nuca. Y contó que no supo cómo murieron los demás porque dos soldados pequeñitos le dispararon parapetados tras una roca, risueños, como burlándose, y él no pudo recordar más porque unos dolores húmedos y calientes le hicieron tambalearse, caer y olvidarlo todo en algo como un sueño pacífico que le fue atando los párpados, borrándole poco a poco, de una tranquila manera, los dolores.



VOCES

Solo, sobre el erial de Catacocha,
Naún Briones ama el infinito,
y en las laderas donde el peón trasnocha
su desnuda inocencia es todo un mito.
Ama al pobre como él, al ser minúsculo,
al que lo debe todo sin tierra ni sustento,
en él los hombres piensan cuando el músculo
de tanto fatigarse es puro sentimiento.
Naún es la leyenda que al rico empavorece
cuando el hombre del campo descansa con su nombre,
es la justicia ciega que injusta favorece
cuando la ley olvida lo que se debe al hombre.
Es victoria y derrota, es rabia y esperanza
en el más fiero sitio donde el oro relumbra,
y aunque el rico reniegue el pobre ve confianza
en el lugar más negro donde su risa alumbra.
(*Poema hallado entre los despojos de Víctor Pardo, enero 13, 1935*)

El fue sólo un hombre que buscaba justicia pero que no sabía cómo hacerla.
(*Palabras de un poblador de Cangonamá, 1935*).

Trescientos soldados iban
por su cuerpo a Piedra Lisa
y hasta las aves del campo
lloraban aquella vida.
(*Anónimo*)

Yo creo que él no existió jamás en la realidad. Es sólo un personaje inventado en los cuentos de los viejos y las conversaciones de los borrachos.
(Palabras de un maestro de escuela, Paletillas, 1977).

A dónde fuiste, Naún,
a dónde te has escondido,
dónde entierran al amigo
de la frontera del sur.
Dónde te pondré la cruz
si tu cuerpo anda perdido.
(*Anónimo, Macará*)

Naún montaba un bayo
trotón y muy simpático
de ésos del Catamayo
que nunca buscan látigo.
(*Canción*)

Mi papá contaba que Naún Briones fue un bravo ecuatoriano que defendió las fronteras durante la invasión peruana de 1941, y que el enemigo lo apresó y lo llevó a Lima para fusilarlo delante del presidente del Perú
(*Palabras de una mujer de Célica, 1977*).

Naún tenía novias
en Loja y Cariamanga
y su sonrisa era
la flor de Zozoranga.
(*Canción*)

Fue sólo un delincuente, un vago, un asesino, sin sentimientos que, eso sí, murió como todo un hombre
(*Palabras de un abogado lojano, 1977*).

¿Naún Briones?, no sé, mucha gente habla de él pero todo lo que dicen se me figura que son mentiras. A la gente le encanta andar inventando cosas.
(*Palabras de un estudiante de Cariamanga, 1977*).

Naún sacaba reales
a todos los ricachos
que con mil y un rurales
sólo eran mamarrachos.
(*Canción*)

La romántica figura de Naún Briones, creada en base exclusiva del deseo de cubrir muchos nombres, se destruye con una investigación algo rígida, y surge inmediatamente la figura no del hombre bueno que nos ha contado todo el mundo, sino la del delincuente que acosado por la vida, infundió el terror en las provincias de Loja y El Oro, en el norte del Perú, y mató a mucha gente cuando ello fue necesario para completar sus golpes.
(*Revista "Vistazo", junio, 1969*).



CEREMONIAS Y CONJETURAS

"Si solamente hubieran encendido las velas del Altar Mayor toda la iglesia se vería como más bonita: como menos vacía de lo que está ahora: las caras de los santos brillaran más amables, sin ese fruncido ceño de hombres buenos, no tan tiesos sus brazos sobre los ñacos pechos de palo. Menos lo parecieran sin tanta luz conio la que ahora chisporrotea, con un olor a cera derretida, desde el altar de San Benito, a la derecha, desde el Calvario empolvado, a la izquierda y desde el cuadro de la mampara, el de la Buena Muerte, con sus pintados ángeles blancos y amables. No hizo bien el sacristán al prender todas las velas: la iglesia brilla como en una fiesta de Corpus y toda la gente de la parroquia, en la noche de afuera, sin cerrar las puertas de sus casas o desde los balcones, estará mirando las ventanas iluminadas de la iglesia, y se dirán entre ellos, curiosos, alguien ha muerto o va a casarse, y nosotros no hemos sabido, los novios serán mi-
sembles, no querrían conviciar a nadie a su fiesta, serán del campo y vendrían en silencio, como avergonzados, a pedirle al cura que los case de noche, eso dirán las gentes. Debí hablar con el padre lo de las luces, decirle que no quiero tanta vela encendida, tanto pabilo quemando. Y él lo habría entendido, como cuando le dije que no quería la música del melodio, ni los curiosos espiando desde la puerta, ni las beatas rezando sus rosarios. No es mala persona el cura: tiene salud y buen carácter y su sotana reluce de lo puro vieja. No querrá el cura que me pase algo malo en el día de mi matrimonio: sería como si nos fuera a casar en vano, como si se hubiera conchabado con el mayor Deifilio para amargarme la vida, co-mo si esta iglesia fuera una gran trampa iluminada y detrás de las cortinas, los altares, las columnas, el confesionario, estuvieran escondidos muchos Rurales y, en plena ceremonia, cuando el cura levantara su mano blanda para bendecir, como una señal convenida, los Rurales asomaran furiosos, tumbando imágenes y candelabros, repisas y bancas y comulgatorios y me dijeran ríndete, o sin decirme nada, dispararan. Pero el cura no permitirá que me maten, no en su iglesia pobre, de lejana parroquia, ni en su bendición. Tiene una voz buena el cura, una amable voz de persona que no miente, de hombre que cum-ple los Mandamientos como es debido y ama a sus prójimos tanto como a su propio cuerpo, gordo, con reumas y avejentado. No dijo nada el cura, no parpadeó ni se puso nervioso cuando el Rindolfo y su carabina treparon por las gradas del campanario antes de que el sacristán llegara santiguándose y se pusiera a prender todas estas velas que no debieron brillar tanto". Casarse es bueno, pero cuando se vive en paz, le dijo el cura en la sala de su convento, donde él lo encontró manoseando estampas como si fueran barajas: sin piedad y como aburrido. Es que a ningún cura le gustan las estampas, pensó él con premura al saludar retirando el sombrero de su cabeza, usan las estampas como unos limpios billetes, se dijo, pero no simpatizan con esos santos pintados que les recuerdan tanto un cielo que por lo bonito, parece mentira, con su Dios tan eterno y tan barbudo que anda es- piándonos hasta los pensamientos. "Ya lo sabía todo, por la Dolores, pero miraba sin escándalo, ni siquiera con odio. Solamente manoseaba sus estampas y sonreía, como simpatizando conmigo y, con mi facha, como si él me hubiera bautizado y lo estuviera recordando hasta en el modo como lloré cuando me puso la sal en la boca y me chorreó la cabeza para hacerme cristiano".

Nunca hay paz, curita, le respondió él, entonces guardó sus estampas dentro de las pastas negras de un misal y le miró curioso, sin querer contradecirle, suponiendo, como él, que la paz sería solamente una palabra bonita, saludable, que los Tenientes Políticos usan en sus discursos y los curas en sus misas. Pero el cura no quiso mostrarse ante él ni blando ni sumiso, confiaba en su tonsura, en su sotana, en sus manos largas y gordas que consagraban y absolvían. Y le preguntó, como haciendo una apuesta o un desafío, si quería una mujer viuda. Sabe latín y cosas de la vida, pensó entonces él con simpatía, es bueno, pondrá mi nombre en sus libros cuando me case y me olvidará. Pero entonces al cura se le fue la

sonrisa, era como si estuviera arrepintiéndose por haber dicho algo malo, inconveniente, como si, pensó él, estuviera creyendo que ese novio iba a morirse pronto y entonces su ceremonia, su bendición, sus consejos, no irán a servir de nada. Cásate, si quieres, le dijo el cura, levantando un poco los párpados para que los mirara unos segundos pensativos y tristes, todos alcanzan su perdón y su mujercita, le dijo con blandura, sus hijos y su descanso eterno. Y él, de pie, junto al sillón de cuero donde el cura respiraba con fuerza y cruzaba los brazos con frialdad, enrojeció, y antes de salir, sin besarle la mano al cura, sin estrecharla en un corto apretón siquiera, le dijo solamente usted nos casa. "La Dolores no lo dice pero tiene miedo, se hace la corajuda, disimula con risas, con abrazos, con todas esas coqueterías graciosas que tienen las mujeres cuando le están queriendo a un hombre. Pero el miedo es porfiado, y a ella sabe ganarla por los brazos, por esos suaves y largos brazos que tanto me saben apretar allá en su casa, en la huerta, después que silbo afuera ese tono triste, de pájaros, y salto la tapia y ya estoy entre las malvas, los floripondios ele la huerta y huelo las hojas y entre el olor de las hojas el del amasijo que camina en el aire desde la cocina. Y escucho el tuctuc asustado de las gallinas y el arrastrarse de conversaciones o rezos en la casa. Y, aunque demora, siempre termina por aparecer la Dolores, con unos pasos que casi no le suenan, con un vestido largo, avanzando por el caminito de las hortalizas, espiándome, diciéndome por señas que no me mueva, que no quiebre con mis botas ninguna hoja seca ni empiece a reírme con esas carcajadas bullangueras. Y su vestido, todavía oloroso al vaho de la plancha, llega para apegarse a mi cuerpo enfriado, impaciente. Y entonces la Dolores se arrincona en mí cuando alargo los brazos en la noche, retirando las ramas que me esconden, y su talle se tuerce como una cañita al viento y me da el brillo de las estrellas en sus ojos, y me deja que la pellizque despacito, y le gusta que yo le diga que está bonita, que un día de éstos nos largamos en mi caba- lio para la Frontera. Y me muestra entonces una risa apretada entre los dientes, y me empuja con levedad y con gracia, y se muerde las uñas recortadas y me dice bajito a cuántas diría eso, a cuántas habrá querido, Naún, cuántas vivirán esperándole, cuántas tendrán mal de amores por usted. Y entonces me mira, me mide las intenciones, juega a ponerse huraña y en el fondo está triste, y pensará, así, entristecida y como desilusionada, en los domingos, en esas largas mañanas del domingo, cuando todas las muchachas que andan de novias salen de sus casas para la misa de doce y se ven, de lejos, con sus aficionados, y les miran a ellos bien togados, con sus casimires, sus zapatos limpios, esperándolas en el atrio de la iglesia para decirles al paso, con una leve voz de esperanza y nostalgia, vidita, cuánto te espero, florcita, sueño con vos, tirana, cuándo nos vemos, tacita de plata, yo estoy penando. Porque sabe que nunca me verá un domingo, todo yo elegante, esperándola en la puerta de la iglesia para decirle cosas que a las mujeres que no- vian tanto les gusta. Y sabe que nunca le invitaré caramelos en la plaza, ni le entonaré un sereno con albazos, valses y pasillos; que jamás me sentaré en la sala de su casa para que su papá me brinde un trago anisado, un vino con galletas y su mamá me espíe, contenta, desde la cocina. Entonces le empieza ese temblor que no es de frío, ese lento temblor que le nace en los brazos y le camina por el cuerpo y se va por la sangre hasta enfriarle el corazón. Róbela, jefe, sabe decirme el Rindolfo, todo él cínico, malicioso, llévela lejos, amánsela como a una potranca chucara, y no la enamore, que las mujeres enamoradas son más peligrosas que el mayor Deifilio. Tiene los ojos lindos, grandes, y parece buena, me dice el Víctor Pardo, pensativo, como si estuviera acordándose de su novia Zulema. Y tiembla, y se retira entonces cuando quiero tocarla, como si se pusiera a pensar, de golpe, asustada, llena de recelo, con esas mismas manos que me acarician tanto, que me llenan el cuerpo de un calor gustoso, que me estrujan la falda almidonada y me aprietan el talle y rodean mi cuello, con esas mismas manos carga de balas su revólver, empuña su cacha; con esos mismos dedos que me tantean el cutis, me oprimen los hombros, me acarician la nuca, me rozan los senos, el vientre, con esos mismos dedos aplasta el gatillo, dispara, mata. ¿A cuántos ha matado usted?, me preguntó una noche, como burlándose, mostrando que no me tenía miedo, que su cara bonita y su

cuerpo tibio eran su valentía, su defensa y su fuerza. Y entonces no me tenía miedo. Sus ojos grandes, líquidos, profundos tenían un poco de lástima en el fondo, como si me miraran y me quisieran por una lástima, como si esos ojos pudieran pensar y estuvieran pensando pobrecito, cuánto habrá sufrido, cómo será tu vicia de asesino, tu vida de bandido, cómo estará de seca tu alma de reo, tu sola alma de perseguido, cómo estarás necesitando de unas manos que te acaricien y te hagan descansar. Como si sus ojos caminaran en esa noche apretada y me estuvieran hablando. Y como si su vestido se retirara de mí, con un poco de asco y temor y su nariz latiera, adolorida, vencida en el olor a sangre de mi cuerpo, el olor a pólvora y plomo de mi ropa. Sólo veía lástima en esos ojos tan iguales al agua de los pozos reflejando la noche, dejándole a la pobre reflejarse. Y eran también sus manos, sus fuertes y largas manos de lavar y planchar, angustiándose entre los dobleces de su vestido, en el centro del aire olor a malva, a hierbas pisoteadas, a tierra húmeda de la huerta. Y sé que entonces me puse triste y como resentido, y que una rabia me escarbaba, una necia rabia por todo, por la huerta dormida, por esos ojos grandes que me hablaron, por la lejanía del mundo ese momento. Sus ojos estaban brillando con el reflejo de mi rabia, de esa rabia inútil, perdida entre las hojas y los olores, entre el cal y canto de las tapias y el color de la noche, esa rabia tan triste que me hizo retroceder, ocultarme entre las malvas viejas para decirle no me preguntes eso, Dolores, a las mujeres se les hiela la sangre cuando hablan de la muerte, se les secan las entrañas, se ajan, se vuelven feas y viejas, se les va la color, Dolores No es bueno que unos novios que se quieren hablen de muertes. Pero, entre las malvas, de pie en la noche fría y sin el remedio de las estrellas, estaba casi una niña, con sus dieciocho años curios3S haciéndome sentir tan malo, tan criminal y sin perdón, y abrí unos ojos fatigados y feroces para mirarla, una boca tan cruel para mencionar la muerte. Me gustan tus muertos, Naún, me dijo, entonces ella, oscura, sin ninguna vergüenza, como si estuviera hablándome de su cariño, del cortecito de tela espejo que compró en un almacén de Cariamanga, de los cólicos de su madre o del invierno que tarda en terminar. Habíame de tus muertos. Naún, si fueron jóvenes cuando los mataste, cómo eran sus caras, si estaban elegantes el rato de morirse, me decía, qué se siente al matar, Naún, cómo hierve la sangre, cómo se enfría tu alma cuando matas, Naún, cuando el otro cíe, y se va del mundo entre quejidos, y sólo te deja su cuerpo y su recuerdo. Y yo quise hacerla callar, como escandalizado, lleno de vergüenza por esas palabras, quise taparle la boca y hablarle de algún domingo de éstos, cuando venga al pueblo con mis polainas blancas y mi sombrero alón y mis estribos plateados para mirarla salir de la misa, y saludarla con el sombrero, desde el ca- bailo, para que sepa la gente cómo quiere el bandido a la Dolores, cómo se atreve a venir solo al pueblo para saludarla, cómo le sonríe desde su caballo blanco, cómo le mira las piernas y el talle, la nuca y el centro almidonado, la peineta, el rubor y los zapatos de taco cuando ella cruza la plaza, corrida y feliz. Pero la Dolores jugaba a esconderse entre las ramas y retozaban sus pies livianos sobre las hojas secas sin dejarse tocar, y más allá, entre unas matas de ruda o unas hojas de naranja, asomando risueña, preguntarme, a cuántos, Naún, a cuántos. Y entonces no le importaba que su papá o sus hermanos le oyeran la risa, que los perros ladraran asustados por sus correteos. Y entonces yo, riendo como ella, le decía a diez, Dolores, a cien, no sé, son tantos, pierdo la cuenta. Y ella, o sólo su sombra, esbelta y tierna, saltaba entre las hortalizas, y me abrazaba en la higuera y sólo su risa brillaba en la noche, y sentía que sus ojos me miraban picaros y crueles, atravesando el aire negro para mirarme por fin feliz y sin remordimientos, manoteando las ramas, buscando su cuerpo que siempre se escapaba entre risas, entre los cortos, dulces quejidos que tenían sus risas esa noche. Y se refugiaba entre el perfume de las hojas de un cedrón para sin ningún miedo, llamándome con ambas manos, cansada y contenta, preguntarme, ¿y a mí, me matarías?, ¿pudieras matarme, Naún? ¿Podrías dispararle a mi cuerpo? Y yo, buscando su rastro o su sonido en la hierba, entre los troncos, las hojas, las telarañas de las ramas, quería decirle, acercando mi boca a su oído, despacito, con un cariño grande, que no, que a vos cómo matarte,

Dolores, cómo quitarte esa vida que me gusta tanto, cómo dejarte fría, Dolores, sin tus risas, cómo dejar-vacíos tus lindos vestidos de tafetán, tus zapatos rojos que tan bien te quedan, cómo regalar tu cara graciosa al polvo y la ceniza, cómo abajarte hasta el olvido, Dolores, no pienses en la muerte, ven, déjate acariciar y siente la necesidad de mis brazos al estrujarte, de mis manos al tantear tus piernas duras entre las enaguas que tendrán el mismo rumor tieso y provocativo que tenían cuando te conocí bailando esa interminable chilena en los corredores ele la casa de don Federico Ojeda, mientras yo estaba bebiendo mi tercera punta y retiraba con las manos las serpentinas que lanzaban al aire las niñas de la casa. Ese baile tuyo que retiró del corredor al grupo ele parejas que se movían allí porque tus pies se multiplicaban y tu cintura no dejaba de quebrarse ni tus manos de palmear tan cerca de la cara de tu acompañante que, humillado, por no poder seguir tu compás apenas si podía con su pañuelo, revoloteando torpe, vencido en torno a tus cabellos levantados en la luz de la tarde, sin peinetas ni vinchas que los sujetaran, libre como tus rojos zapatos que tanto hacían crujir las viejas duelas. Que me gustaba aquel baile tuyo tan desaforado, pensé mientras te alentaba, como los demás, con palmoteos que te obligaban, enrojecida y feliz, a zapatear con más fuerza, a volverte más atrevida con tu vestido que, en el vaivén, delataba lo fuertes y esbeltas que eran tus piernas, Dolores, unas largas y oscuras piernas, pensaba, tan diferentes a las delicadas, blanquísimas de Lucía que me gustaron tanto cuando las espiaba en el remanso. Las tuyas eran unas bonitas piernas de muchacha pobre, un par de piernas como para llevárselas a cualquier parte y tantearlas sin cansaise nunca. Unas piernas alegres y generosas que hasta los viejos de la fiesta admiraban. Y no pensé dos veces cuando el acordeón y las guitarras remataron en un corto suspiro la chilena y tus zapatos rojos se quedaron inmóviles, con ganas de seguir bailando, sobre el corredor, y mientras los músicos remojaban el gaznate con un trago yo me levantaba de una banca, abandonaba la conversación con unos desconocidos para, sombrero en mano, pedirte que bailáramos la siguiente pieza, sonriente, sin que me importaran los cuchicheos de las viejas, las miradas de los hombres que me conocían y que, entonces, se habrían puesto a pensar ahí va el gavilán, tiene buen ojo, ha escogido la muchacha más bonita de la fiesta, se la va a llevar, la cargará el rato menos pensado y ninguno ele nosotros va a moverse entonces porque, con la mano libre, nos estará apuntando con el revólver. Y vos te pusiste a mirarme, tranquila y curiosa, fijándote en mis primeras canas, en las arrugas de mis párpados. Me mirabas llenándome el cuerpo con tu atención, calculando mi audacia, dejando que yo también me pusiera a mirarte, recorriendo con los ojos pedazos ele tu piel morena, tu pelo dócil y brillante, tu atrevida boca, tu lindo vestido celeste y tus pantorrillas suaves. Y dijiste que sí, con la cabeza, que bailarías conmigo ese vals que los músicos, remolones, fatigados empezaron a desafinar en sus instrumentos. Y yo pensé entonces mejor un vals, así me apegaré a ese cuerpo tan bonito y podré tocar su cintura, y le diré requiebros en voz baja, podré saber si huele a jabón de rosas, a hierba tierna o simplemente a mujer joven que es el mejor olor de las mujeres. Y tus dedos largos pusieron su liviano peso sobre mis hombros, y tu brazo cálido se ciñó con timidez a mis espaldas, mientras la gente nos hacía ruedo y reía y conversaba mirando tus pasos y los míos en aquella primera vuelta que te movió casi en el aire y me dejó llevarte de un lado para otro s empre con tu mirada prendida a mí, a mi triste leva viajera y desteñida, con tu boca gozosa y entreabierta y tu aliento cercano, dócil y profundo. Que te llamabas Dolores, me dijiste en torbellino de las vueltas de vals, que tus años acababan de llegar a los dieciocho, esa edad buena y poderosa, y que te fatigaba mucho lavar la ropa de todos tus hermanos, tan altaneros y celosos, y guisar la comida para diez, y coser los sudaderos estropeados y comprar la leña y ordeñar la vaca y rezar largas novenas con tu madre y esperar el sueño pensando en un hombre que te quiera. Yo sólo te contemplaba y sonreía, te daba mi silencio atento y esquivo como una señal de fuerza y de ternura, como deben callar los hombres cuando una mujer linda les habla, les cuenta de su vida con tanta confianza y les promete tanto con los ojos. Y el vals duraba uniéndonos los cuerpos con su música

encogida y tristona, y la gente dejaba de mirarnos, iba a los cuartos por las morcillas y el aguardiente, por los tamales y el caldo de gallina, se refugiaban en la sombra fresca ante aquel sol picante de la tarde que reventaba en tu pelo y tus pupilas, con aquel color suyo, audaz y generosa, de pura claridad y de alegría. Que no me vea viejo, pensaba, que no me calcule más de treinta, que advierta que mis canas son las del sufrimiento, las del destino solo, que me sienta fuerte, dueño de una vicia larga, que no me imagine lleno de hijos, cargado de deudas, con una mujer fea y barrigona, que piense en mí con simpatía, que me recuerde cuando acabe la fiesta y después sólo imagine mis ojos mirándola, en el peso de mis manos en su cuerpo, que sueñe en mi sonrisa, que hable a sus amigas de este baile, que piense en las comidas que me gustarán cuando cocine, en mis camisas cuando lave, en mí. en mí, cuando despierte a los días nuevos y desconocidos. Entonces cerraste un poco los ojos para preguntar mi nombre, mientras el vals, desde el fondo del viejo acordeón y las desafinadas guitarras era sólo un sonido antiguo y doloroso como la vida. Su nombre, don, cómo se llama mientras su brazo se hacía más firme en mis espaldas y su mano se apretaba con coquetería e ilusión entre la mía. Y yo miraba hacia el patio, disimulando, y veía gallinas picoteando la tierra y chanchos gordos tendidos en la tierra clel patio y me mordía los labios, queriendo hablar del vals o de sus ojos que entonces me quemaban más que el sol de la tarde. Pero vos, terca, despiadada, su nombre, todo cristiano tiene uno, un nombre viejo y gastado que termina con ellos. Y yo sentía pena porque iba a mentirte, a dejar que pienses en mí con un nombre ajeno: Juan, Bartolomé, Segundo, Aurelio y que dijeras después el Juan es bueno, o el Bartolomé bailó conmigo y me gustó. Pero no servía mentir, nadie puede mentirle a una muchacha linda y ella compararía el nombre que le doy con mi figura y siempre sabría que le miento, y a la Dolores no le gustarán las mentiras, se pondrá triste, defraudada, me retirará de sus ojos, no querrá nunca más volver a verme. Yo soy Naún Brio- nes, le dije despacito, como si fuera alguna frase de cariño, algún requiebro tonto, inútil, o una pobre, esforzada galantería para caer en gracia. Tus ojos no me dijeron nada, corrieron a refugiarse entre los párpados mientras tu mano decaía, se aflojaba con los últimos acordes gritones del vals y tu piel se fue apagandc;» poco a poco entre los distraídos rumores de los invitados. Pero entonces ya no podías irte, ni dar las gracias por el baile, ni buscar con los ojos a una conocida, ni caminar a la cocina para ayudar con los platos a la dueña ele casa. No, ahora ni tus hermanos celosos y machos te podrían salvar, ningún hombre de la fiesta movería un dedo si entonces yo te hubiera cargado como a una borreguita mansa para llevarte de ahí, lejos de las aguas hervidas, de las caras trasigadas de los músicos para hacerte mi mujer por un rato y olvidarte en el galope de mi fuga para siempre. Pero no fue así, tan fácil, tan tranquilamente sencillo porque vos, Dolores, me estabas mirando entonces con desafío y un poco de lástima, de espaldas en el sol de la tarde, apoyadas las manos sobre el barandal y nuevamente altiva, incrédula y llena de presagios. Tantos dicen llamarse Naún Briones, me decías lenta, con ganas de fastidiarme, moviendo la cabeza junto al sol dorado, fuerte y nuevamente ganadora. Cualquiera cree que al pronunciar ese nombre la gente va a caerse de rodillas, don, o a esconderse, a suplicar por sus vidas. Todos quieren ser como él y no lo pueden, don, decías terca y risueña, y muchos cuentan que él ya murió, que lo finaron, que le atravesaron las balas del mayor Deifilio en El Carmelo, que enterraron su cuerpo caliente en una quebrada y que su alma pena por todos los rincones, muerta de cansancio. El ya no vive, clon, y usted no es él, le roba su fama a un difunto bueno, a un muerto generoso. Y entonces casi no sentiste mi mano quebrándote con suavidad y urgencia los dedos sobre el barandal, mi mano, insistente, rabiosa, mientras te decía que aún estoy vivo, que respiro, bebo y bailo todavía, que me quedan ojos para una muchacha bonita, que no me mataron en El Carmelo, que ahora mismo me ancla buscando el mayor Deifilio, con un batallón de Rurales, desde Catacocha a Macará, que soy yo y nunca miento, que no quería robarte porque no eras mujer para una sola noche, que te he buscado tanto y que tenías suerte porque Naún Briones no se anda enamorando porque sí, no dice sus palabras para olvidarlas

en la primera vuelta. Pero tuviste fuerza para sonreír, maliciosa y llena de recelos, envuelta en la dicha de tus dieciocho años maduros y ganosos de volver al baile, dejándote mirar, con lejanía y respeto, por los jóvenes que te querrían en silencio, que no podrían hablarte mientras yo estuviera allí, intranquilo y ofensivamente terco, dueño de una tenebrosa fama. Míralos cómo me temen, te decía, con rabia, cómo no quieren cruzar sus ojos con los míos, cómo disimulan, entre música y tragos, y quieren olvidar que estoy aquí, robándoles su mejor hembra, aguándoles tan feamente su farra, su cobarde alegría, su júbilo borracho que les disfraza tanto. Ahora te encogías, Dolores, eras otra, nuevamente una niña, una pobre niña que no sabe portarse en las fiestas, que se frunce al beber un trago y se entristece tanto cuando un hombre le lanza un requiebro incomprensible. Entonces ya no sabrías jugar diciendo que mañana o un día de éstos, que si tu papá y tus hermanos, que el tiempo puede todo. Porque mi tiempo se acaba, Dolores, el tiempo es un señor que ya no espera y me lo pide todo: los aperos, las espuelas, los recuerdos, las cosas que no tuve, Dolores, los cariños que me guardé, los besos que no di. Y tus piernas, manchadas de sol y de calor ya no quisieron volver al baile ruidoso y atormentado de los otros, tu pelo dejó de entusiasmarme entre el gentío y el sol, y estabas aplacada, sin lástima, sin dudas ni añoranzas. Estabas completa entonces, Dolores, al recibirme con esa seriedad y ese silencio, con ese vestido tan crujiente y arrugado en el baile. Ahora sabrías que no eran solamente las palabras, la simpatía de unos ojos que te miren ni la esperanza de un requiebro que se olvida. Y creo que supiste quién era yo desde el momento en que con tus zapatos rojos que tan inútilmente quisiste esquivar a la polvareda del camino, venías a la música y mirabas a tocos los hombres que te saludaron desde el corredor y lo.[1], balcones, con sus manos alegres, sus sombreros de domingo, sus palabras amables y educadas, que te invitaban a cruzar la tranca espantando a los perros con una rama seca y saludar a los dueños de la casa que salían a recibirte desde la cocina, amables y orondos, oliendo a manteca ele chancho despostado, a morcillas en el primer hervor, a tragos de canela. Y ellos, entre los abrazos, las bienvenidas, te dirían que yo estaba allí, un poco bebido y contando chistes, historias, rasgueando la guitarra y comiendo; que yo era su compadre, su pariente lejano, que tuvieron que invitarme al santo porque desde hacía cuatro noches me ciaban posada. Y vos dirías que no tienes miedo, que entrarás al baile como las otras, las feítas, las que bailan sin gracia y las preñadas que no pueden bailar y buscan una banca, un apoyo para sentarse y contar sus quejas, sus dolores y su mala suerte. Y empezaste a moverte, llena de promesas, entre los ecos del pasodoble que aventuró, solo, el acordeón, decidida a no bailar más, a cruzar entre la gente sin decir palabra, dejando que te miren, liviana, linda y sin orgullo y descender, lentísima por las gradas maltrechas de la casa, y caminar sobre la tierra suelta, manchando tus zapatos rojos, y llamarme risueña, con una corta manoteada en el aire. Que te enseñara a disparar, me dijiste cuando ya estaba en el patio junto a vos, que lo podrías hacer, que no te importaba el ruido ni el revuelo que se armaría entonces".

Irreverente, sin hundir los dedos en la pila del agua bautismal, sin mirar a ningún santo ni santiguarse frente al Altar Mayor, Víctor Pardo llegó y se acomodó en su banca, tosiendo levemente y levantando un poco, con las yemas, las mangas del pantalón para sentarse. El pelo le brillaba, aplastado y negrísimo, con los reflejos móviles de las velas. Sus mejillas lucían lisas, muy bien afeitadas. "No quiso ser mi padrino, al principio, no creo en los matrimonios ni en los curas, me dijo, es mejor vivir con las mujeres sin casarse, así el amor dura más y es libre y no te friega. Y yo le dije que sin la bendición del cura sería como si no hubiera pasado nada, una cosa bien triste. El Víctor Pardo se río y dijo que bueno, que sería el padrino y buscaría un buen regalito con sus ahorros: tal vez una guitarra, o un par de anillos de oro, a un gallo de esos que nunca pierden. Se tarda, me dice el Víctor Pardo en voz baja, un poco impaciente y decepcionado, no va a venir, su papá lo descubriría todo, la tendrá encerrada. Ella es capaz de romper la puerta más gruesa con tal de venir, le digo casi riendo, encandilado en las luces del

Altar Mayor, mirando cómo el sacristán se fatiga cargando el libro de misa, cómo limpia con un trapo el polvo del comulgatorio. Ahora el cura estará abriendo el ropero de la Sacristía, pienso, y olerá con un poco de repugnancia el aire encerrado, lleno con el gastado aroma de los vinos antiguos, de los pabilos quemados y las hostias. Tanteará el cura dentro del ropero, buscando un alba, un cíngulo, una estola, algo que le quede bien esta noche. Porque el bandido, pensará, debe querer que yo salga elegante a bendecirle, preferirá la estola blanca, la ribeteada con hilos de oro y bambalinas, la que me pongo sobre el cuerpo para casar a la gente importante de la parroquia, la que reluce en las Misas de Resurrección; el malhechor es capaz de matarme si salgo con algún roquete agujereado, con una sucia estola para matrimoniar chazos pobres. ¿Y si, pienso, ahora mismo el cura estuviera abriendo la puertita de la sacristía que da al jardín de violetas y madreselvas que fue cementerio, para que el mayor Deifilio entre sin hacer ruido, cuidando de que no tintineen sus espuelas? ¿Y si el mayor Dei- filio, escondiendo su brazo lisiado entre los pliegues del capote militar le está diciendo al cura, en su sacristía, con una media risa mala y triunfal, tenga un poco de paciencia, señor cura, salga a casarle al reo con su estola blanca, su bonete limpio y sus bendiciones? No tenga miedo, señor cura, le estará animando entonces el mayor Deifi- lio, con alegría y confianza, recordando su brazo lisiado para odiarme más, mirando con frialdad los movimientos nerviosos del cura al vestirse, llenándose la nariz con los olores a vinos guardados, a flores muertas, a breviarios antiguos. No será un sacrilegio, le dirá al cura con un tono de orden, a Dios le va a gustar que acabemos con un ladrón, con un cuatrero asesino, Dios es malo con los malos taita cura, le dirá el mayor Deifilio desabrochándose la cartuchera, pasándose la mano sana por las letras blancas del equipo, revolviendo la cabeza con desconfianza Ni hemos ele manchar su altar, señor cura, será solo un disparo, cuando él diga que sí, que recibe por esposa, que en las buenas y las malas. Un disparo limpio y preciso, asegurará el mayor Deifilio, desde el coro, apenas un corto ruidito que será acallado por la música del órgano, y él, doblándose sobre el comulgatorio, con una mueca despavorida de dolor, clirá que si, y su cabeza se volteará despacio y caerá sin ruido sobre el hombro de la novia. Fácil va a ser, dirá el mayor Deifilio ilusionado. Pero no, el cura tiene una cara de bueno, de cabal, jamás le abriría la puertita de la sacristía al mayor Deifilio para que me mate en mi matrimonio: no tendría valor para hacer eso, se condenaría a los quintos infiernos al hacerlo, colgaría la sotana, se volvería borracho y mujeriego, acabaría odiándole a Dios y se ahorcaría como Judas. No. El estará pensando ahora, mientras elige los mejores ornamentos, que le hace un favor, una caridad al pobre bandido, que le va a casar sin pedirle los papeles del Civil porque cómo habría de ir el reo mala traza hasta la Tenencia Política para decir a la autoridad que lo case, en nombre de la Ley, porque un bandido es también un hombre como todos que necesita una mujer que le haga la comida, le lave las camisas y le dé hijos. El Teniente Político, desde su escritorio, miraría al malhechor con susto y el secretario se atragantaría en su saliva mientras alguien estaría corriendo al telégrafo para gritar avisen a la Cabecera que Naún Briones anda aquí, que ahora está rogándole al Teniente Político que lo case, y ha venido solo, con una leva limpia y unas mejillas acabadas de afeitar, envíen un piquete de Rurales al término de la distancia, un par ele vigilantes municipales armados, aunque sea, se quiere casar el facineroso y será fácil agarrarlo. El codazo del Víctor Pardo me remueve en la banca, ya está aquí, dice sin mirarme y yo pienso que tantas velas encendidas pueden causar una desgracia, y miro hacia la mampara, y ella camina cabizbaja, con un vestido blanco de vuelos y una mantilla que le vela el rostro, la madrina detrás. Todos sus ahorros gastaría en comprar ese vestido blanco, tan vueludo y con tanto requilorio, bien bonito. C) la pobre lo pediría prestado a una amiga suya que se casó hace tiempo y ya no le sirve ni le gusta un vestido blanco. O viajaría a Catacocha algún sábado, y compraría un corte, y buscaría luego una buena costurera. Viene con una boca apretada la Dolores, con una pena o un miedo que le hacen cortos los pasos, y disimula acomodándose la mantilla, ajustándose las peinetas del moño, y llega, se arrodilla a mi lado sin decirme nada, entregándome su decisión con una media sonrisa endurecida que le quiebra el rostro, como si me

estuviera diciendo ya ves, Naún, no me arrepentí, no te dije en vano que sí, que me uniría a vos aunque el mayor Deifilio te anee buscando para matarte, para convertirte en polvo y ceniza. Y, cuando salgamos de la iglesia, a la noche, al viento enfurecido de la noche, a las estrellas blandas, al ladrido distante de los perros, ya no te voy a dejar, Naún, y tendremos hijos, y dejarás tu vida errante y peligrosa de bandido, y compraremos unas tierras, y sembraremos cañas, porotos o café, y pararemos una casa linda, con una cruz de piedra sobre el techo, y todos se irán olvidando de que fuiste bandido, y yo cocinaré lo que te gusta y dormiré con vos y nos daremos gozo el uno al otro, y luego te veré dormir alegre y yo me dormiré pensando en tus manos duras, en tus espaldas anchas, en tus labios y tus dientes que muerden mi cuerpo que te gusta tanto, y me gustará estar a tu lacio, escuchando tus sueños, defendiendo con mi cuerpo tu cansancio y tu placer. Así olvidarás tus muertes, tus asaltos, y no recordarás el color espeso que tiene la sangre enfriada de los hombres. Todo eso podrías haberme dicho ahora, Dolores, antes de que los campanillazos terminantes del sacristán removieran el silencio cuando el cura salía, ceremonioso y preocupado, con su más elegante estola y darnos las espaldas desde el Altar Mayor, y besar la piedra del altar y luego el libro, y tomando un libro más pequeño, acercarse a nosotros y exclamar, con una voz limpia y amable, unos latines como si estuviera conversando con Dios, con el viejito barbudo que todo lo ve porque es curioso, pero que no entiende nuestra lengua. Y yo pienso aliviado que el mayor Deifilio no supo que me casaba esta noche, y no pudo llegar a tiempo porque andaba buscándome muy lejos, tal vez en la frontera misma, en Carcabón o Espíndola, pensando con desilusión en que yo andaría al otro lado de la raya, en las fiestas de Huancabamba o en los arenales de Sullana, y el mayor Deifilio miraría desde su caballo la banderita roja, blanca y roja, sin atreverse a cruzar la frontera para buscarme. El cura está sereno, casi alegre, llenos sus ojos aguados y pequeños con el brillo chisporroteante de tantas velas, levantando un brazo en alto, señalando al cielo, más allá del viejo tejado de la iglesia, hacia ese firmamento de afuera que la luna mantendrá liso como vientre de mujer joven, señalará las estrellas fuertes y luminosas del cielo, al sitio preciso donde vive el viejito barbudo que todo lo mira desde su trono de oro. Su voz mustia, como cansada de tantas palabras que nadie puede entender, resuena solemne, llena de una sagrada dignidad en la iglesia vacía, y el Víctor Pardo, con los brazos cruzados sobre el pecho, los dedos formando garabatos en el aire:, mira al cura con burla, como si quisiera reír de la ceremonia, de los movimientos solemnes del cura y la cara aburrida del sacristán o de las imágenes que, desde sus nichos parecen sonreír también con sus caras de yeso, blandas y perfiladas. Qué horas acaban, estará pensando el Rindolfo desde las cornisas frías del campanario, espantando lechuzas con su carabina, cubriéndose de las ráfagas de viento con su poncho blanco de baye- tilla, mirando desde lo alto al silencio vacío de la plaza, incómodo y alerta, confundiendo los campanillazos distantes del sacristán con el ruido de las espuelas o las caramañolas de la tropa del mayor Deifilio, pensando hostil y furioso en que me pierdo al casarme, que le tomaré asco a la vida de bandolero cuando el vientre de la Dolores se esponje al primer embarazo y acabaré prefiriendo un cañaveral, una casa de bahareque recién plantada a su compañía. Y se enfurecerá más pensando en que el cura acaba de levantar su mano para hendir la bendición en el aire oloroso a velas derretidas, a yeso antiguo de imágenes, a flores marchitándose".

No digas eso: que siempre hemos de tener que andar buscándonos en una casucha escondida y lejana para querernos, que no podrás aguantar desde ahora el ruido alerta, insistente de los pasos del Víctor y el Rindolfo, yendo y viniendo por cualquier corredor de afuera; que no podremos querernos con las ventanas cerradas cuando afuera el sol es una herida blanca en el pecho del cielo, y las plantas se yerguen desde sus sementeras, con unas abiertas hojas de alegría, y los gallos corretean ganosos tras las gallinas bajo ese sol tan generoso que tanto hace sentir la vida. No debiste decir eso, Dolores, no así, llorosa, envolviendo tu cuerpo con la frazada, como ahuyentándome del catre en una mirada amarga, esquivando tus senos a mi tacto, tus senos olorosos a vida y a cariño, tus redondos pechos morenos,

endurecidos por el placer que terminó hace un rato, por aquel placer que te hizo temblar, adolorida y contenta, llena de esperanzas, ternuras y tormentos cuando rompí la tibia intranquilidad tuya con una urgencia dura y prepotente que te crucificó al amor del primer acto, del primer grito, ronco y sofocado que recibió en tu cuerpo aquel vigor sólo antes presentido, aquel horadar buscándote que emblanqueció tus ojos en el primer tormento voluntario, en tu primer grito de dolor y gozo en el fondo de tu carne, ya rota, ya completa. Pero ahora te sientas sobre el catre y te miras los brazos con desgana, odiándolos un poco por ser tan suaves y torneados, y te pasas las manos por el pelo revuelto como pensando en el torbellino que los despeinó. Y cubres con la frazada aquellas largas piernas tuyas, y lus caderas se agazapan en el catre, con timidez y arrepentimiento. Y no digas ahora que te molesta y asusta, como un presentimiento definitivo y sombrío, el ruido de los pasos impacientes de afuera. No me grites, implacable, terminante, que los retire de ahí, de nuestro lado, para siempre, porque ellos sólo andan buscándome la perdición, la muerte; que sólo desgracias me han traído, que viven sin mujeres, torvos, desesperados, para el crimen y la soledad, para el acecho y la fuga. No mires ahora ni las ventanas cerradas ni el revólver tendido al pie del catre como un animal útil y manso, fiel y decisivo. No lo recojas para contemplar su brillo, su hermosura metálica con un odio torcido entre tus párpados. No lo arrojes al suelo gritándome que él es mi verdadero amor, la carne me gusta, el único agujero que palpo y que deseo, ese frío agujero, herrumbrado, tan trágico y profundo, tan oscuro y maldito. Tan asesino como estas manos mías que tantearon despacio tu calor, tu soberbio y virginal deseo después que cerré la puerta con picaporte y pestillo, dejando afuera la risotada gruesa del Rindol- fo que me deseaba suerte y el rostro triste del Víctor Pardo, que no me dijo nada. Pero era mi apuro, Dolores, mi animal y experto apuro el que desabotonó tu blanco vestido empolvado en el viaje, el que libraba a tus pies de las correas que te apretaban los empeines, el que ajó tus enaguas buscándote la carne libre, la carne luminosa de tu cuerpo quebrado, dócil y tímido. Era sólo la fuerza de mi sangre y mi pulso, desvistiéndote, tendiéndote en el catre desconocido y duro, maltrecho y antiguo, con dueños ausentes o difuntos. Y pensaba en tu cuerpo al hundirme en él, Dolores, en tu silencioso cuerpo sumiso. Y vos, mientras mojabas mis mejillas con tus líquidos besos y arañabas la piel de mis espaldas con tus contritas gañas, pensarías toda, toda mi vida estuvo señalada para esto, para dejarme en silencio, para aceptar que tomen mi cuerpo como un maduro fruto y muerdan mi piel y me digan cosas y me hagan sentir la fuerza de otro cuerpo mientras sudo, cierro los ojos, creo morir, jadeo, me arrincono, sufro, espero, abrazo, toco y siento las primeras gotas de mi sangre arrancada entre los muslos. Así pensarías, Dolores, sintiendo cómo me ahogaba en vos para encontrar los sueños de amor o de tristeza que quieren salvarnos del polvo y la ceniza para hacernos vivir en otra sangre, en otro cuerpo apenas presentido desde el centro del placer feroz que nos sacude, que nos vuelve un poco niños a los hombres y nos aplaca. Pero vos, regresando de aquel pequeño gusto doloroso que casi no sentirías, habrás pensado en todos los años anteriores, en tu sumisión de hija, en la voz de tu padre, en las conversaciones ilusionadas de las amigas adivinando al hombre sin rostro que vendría, que siempre vendría hasta tu carne, porque así aprendiste que debería ser mientras vos crecías y esperabas. Pero después, ya lo sabes, Dolores, hay como un despertarse con los párpados hinchados, hay un mirarse el cuerpo fatigado y sombrío, un buscar las enaguas, un arreglarse el pelo, tin sentir el dolor de los mordiscos, un sacudir la frazada, un volver a vivir, como antes, como si tocio volviera a ser igual, como si el mundo entero volviera a caminar. Te acomodas sobre el catre, bocarriba, y como con los ojos buscas los pedazos cié sol que atraviesan las hendijas, y vuelves a escuchar los pasos que resuenan afuera, apáticos, cansados, y tus brazos se extienden, torpes, hacia las paredes viejas y negreadas, y escuchas el ruido de mis pies deslizándose entre el cuero de las botas y el sonido de la canana al ajustarse a mi cintura, y dejas después que nuestros silencios se espesen enconados en esa mirada insolente que me lanzas cuando yo busco el pestillo, cuando voy a levantar el

picaporte con la punta de una bota para salir al aire, al viento y los amigos que preguntarán cómo te quise. Ahora estás gritando y como suplicándome: hasta cuándo, Naún, hasta cuándo va a ser así: los pasos afuera, la casa escondida en el monte, el apuro y el miedo de que ellos, los Rurales, ya estén aquí rodeando el lugar, alistando las armas, recibiendo las órdenes. ¿No vas a cansarte nunca de vivir así, Naún? ¿Hasta cuándo, Naún, hasta el polvo y la ceniza, hasta que alguien, un conocido, venga apenado para decirme que soy viuda, para contarme: cómo te mataron? Yo no quise casarme con un muerto, con un famoso muerto, yo quise al hombre que bailó conmigo en una fiesta, el que me enseñó a disparar el revólver en un patio y río cuando yo me fui al suelo, asustada y contenta, mientras los invitados en la casa pensaban que me acababas de matar. Yo no quiero mirarla, no ahora que me grita, verdadera y sombría, las mismas cosas que pensé cuando salíamos de la iglesia, dados del brazo, y yo me extrañaba por las puertas cerradas de la parroquia y la oscuridad prevenida de las casas, y me clecía, con desilusión y pena, supieron los flojos que me casaba, y trancaron las puertas y no quisieron curiosear las luces de la iglesia mientras rogaban a Dios que no les pase nada, que yo no salte sobre sus tapiales para quitarles los ahorros de años, las alhajas que heredaron. Y ahora, de reojo, miro cómo retiras con rabia las frazadas y tus manos escarban el colchón, y tus dedos se empapan de tu sangre mientras, con lástima y rabia, con pena y coraje me preguntas, ¿y esta sangre, Naún, es mejor o peor que la de tus cadáveres, vale más esta sangre, Naún, Naún?



POLVO Y CENIZA

Son muchos, dijo el cabo Serrano, precavido, como veinte, encunetando su caballo entre las malezas altas de la orilla del camino, tal vez más. Los divisó, únicamente ralas sombras móviles en la oscuridad, ascendiendo casi a rastras sobre aquella desnuda, pedregosa ladera. Ahora los veinte y cinco guardias alertaban sus armas, moviéndolas expertos en la noche, ocultando aún su poco brillo con discreción, y miraban a su comandante mientras escuchaban un lejanísimo, múltiple arrastrarse de pasos, y el aire parecía traerles voces distantes, cautelosas. El mayor Deifilio, ahora erguido con atención y paciencia sobre sus estribos, podía estar pensando que esos hombres al trepar por las laderas venían directamente hasta los cañones de sus armas, que silenciosos y rápidos sus guardias podían tomar posiciones en el repecho del barranco y esperar con el pulso firme, protegidos por la ventaja del terreno, por la oscuridad y la sorpresa. Extendió su biazo sano describiendo un estratégicamente imaginario semicírculo y fue el primero en desmontar, cuidando de que sus pisadas no sonaran demasiado en aquel pedregal. Las dos linternas del destacamento fueron cegadas mucho antes, inmediatamente después de que el cabo Serrano, adelantándose, presintiera, en las tinieblas cercanas, mínimos deslizamientos. Los uniformes kakis, uno tras otro, guardando la reglamentaria distancia entre sí, se tendieron acurrucándose en el largo matorral de faiques extendido ante el abrupto corte de terreno. Sintiendo sobre sus cuerpos el pinchazo de los espinos de las matas, latiéndoles el corazón más de prisa, retirando el cerrojo de sus viejos manlichers, pudieron escuchar, ya nítidas, las voces que ascendían desde el otro lado, que ordenarían fuego a quemarropa, debió estar pensando el mayor Deifilio mientras se inclinaba con dificultad sobre la maleza, a causa de su brazo inútil, sin poder alertar a ese guardia que mantenía demasiado en alto el quepis entre las ramas. Porque las voces al otro lado eran ahora tan claras, tan cercanas, que cualquier ruido podía delatarlos. ¡Que mierda! habría pensado el mayor Deifilio desde su escondite de hojas, tallos y espinos cuando un caballo relinchó asustado, golpeando levemente el suelo con los cascos, y desde el otro lado, las voces se replegaron y sólo una, seca, autoritaria, aunque temerosa, demoró sólo segundos en preguntar algo, quién vive. Soldados, pensaría el mayor Deifilio un poco decepcionado ante la inconfundible frase que venía del otro lado. Mayor Deifilio, contestó, aún indeciso, Destacamento Rural de El Oro. Y desde el otro lado, la misma voz seca y ahora enérgica se apresuró en decir Subteniente García, Batallón Quito. Que pudieron matarse entre gentes de uniforme, estaría pensando ahora, entre admirado y fríamente burlón, el Mayor Deifilio, mientras se incorporaba del suelo para recibir el saludo de aquel militar que, deteniéndose sobre el filo de la ladera, reconocía con esfuerzo los uniformes kakis tendidos en la maleza, y luego de saludar, guardaba aún con cautela una pistola. Que los de Infantería eran demasiado temerarios al andar así, hablando en voz alta, caminando sin orden ni precaución, estaría pensando, con un poco de desprecio, el mayor Deifilio, distinguiendo en la oscuridad algo del rostro del soldado que iba emergiendo de la ladera. Una demudada sorpresa, advertiría, una como rabiosa vergüenza ante 1.a eficiencia y el cuidado de los Rurales que aún mantenían, a través de la maleza, sus manlinchers en posición de tiro, sin querer moverse de su sitio. No se cuadró el muchacho, estaría pensando el mayor Deifilio, qué disciplina aprenden ahora, mientras, en un tono ceremonioso y formal, permitiendo que él mirara de cerca las insignias rojas sobre el hombro que testificaban el grado, el subteniente García dijo que tres días andaban él y sus hombres por estos lados, buscándolo, mayor: eran el refuerzo prometido por el Gobierno; vinieron en marchas forzadas desde la Capital, los lodazales del invierno los retrasaron bastante, y en esta provincia nadie quiere fletarle una acémila a un militar, una buena mecha, mi mayor. Que tuvo mucha suerte, dijo él, sin hacer caso a las palabras del subteniente García, que pudieron haber disparado. El oficial de infantería disimuló ordenando a los soldados posición de descanso; traían los uniformes con manchas de lodo reseco, estaban sudorosos y jadeaban. Que llevarían demasiado peso en las mochilas, estará pensando el mayor Deifilio, con cálculo y

experiencia, y no tendrán ni un pedazo de raspadura para aliviar el cansancio. Quince efectivos, dijo entonces el mayor Deifilio.
Un oficial, dos clases, trece rasos de línea, especificó nuevamente orgulloso el subteniente García. Pero el mayor Deifilio no lo atendió, estaba mirando, con curiosidad, al civil semioculto entre el pelotón de soldados, cabizbajo, sombrío. Quién es, preguntó señalando con su brazo sano, intentando inútilmente reconocer al hombre: traía las manos atadas y una soga rodeándole el cuello. En Zozoranga nos avisaron que por ahí andaba uno de la banda, dijo el subteniente García, pudimos capturarlo en una tienda donde estaba mercando provisiones y pólvora y se asustó bastante cuando le dije que lo mataría si no nos avisaba dónde se escondía su cabecilla. Que anda por Piedra Lisa, una quebrada, asegura, ¿conoce el lugar, mi mayor? Los labios del mayor Deifilio se extendieron en la oscuridad. Tiene usted mucha suerte, subteniente, dijo contento, Piedra Lisa no está lejos, apenas una hora, a buen tranco de Infantería.

Sebastián trae los ojos llenos de sueño y temor, no sabe por cuánto tiempo ellos permanecerán en su casa, bebiendo espaciadamente las copas que les trae, rasgueando una maltrecha guitarra a la que le falta una cuerda, y discutiendo en voz baja, para no despertar a su mujer y los hijos que duermen en el altillo de la casa. Discutiendo con una vehemencia extraña y testaruda que les obliga a gesticular, ponerse rojos, levantar las voces por instantes. Sebastián., inclinando la ollita llena de agua caliente y arornaticá .hacia los vasos a-medias llenos de licor, s.upóne • que debieron venir a media tarde, y cuando él regresó del pueblo, vendiendo una porción de maíz blanco y comprando un par de velas y unos fósforos, la sangre pareció helársele en las venas cuando, desde el corredor, luego de atravesar silbando la chacra, escuchó la inconfundible, larga, sobrecogedora risa de él, retumbando dentro de su casa. Ahora ha venido a cobrarme la plata, pensó asustado, esa necesitada plata que le pedí para comprar la yunta, y recordó el puñado de billetes sucios, desteñidos por lo viejos que él le dio una vez di- ciéndole, risueño y prepotente, ya me pagarás cuando puedas. Abrió la puerta a medias, con recelo, introduciendo en la penumbra del interior un poco de su sombrero, su mejilla y su ojo derecho, sin atreverse a más, como sin fuerzas, desalentado y lleno de temor. Desde hace días anda por aquí, pensó, se esconde de las tropas que lo buscan para matarlo, estará sin un centavo, vendría para decirme cholito, quiero cobrarte la plata que te presté hace años. Y, entrando en la tibieza olorosa a miel de caña y cuyero, se dirá que apenas guarda en sus bolsillos el billete de a cinco que recibió por la porción de maíz, ese pobre, ridículo, asustado billete que sólo provocaría risas o el furor del hombre que le estaba aguardando; atravesó el corredor sin mirar al hijo que fugazmente le abrazaba las rodillas y en el dintel de la puerta del cuarto vio el rostro ancho, la barba crecida, los ojos fatigados, las botas polvorientas. Ha envejecido, pensó Sebastián sobreponiendo una pequeña lástima a lo profundo de su miedo, el tiempo es un gusano que se come la vida de los hombres. Avanzó quitándose el sombrero, saludando ofuscado y humilde al hombre inmóvil en el dintel de la puerta y, de reojo, pudo mirar los rostros impasibles de otros dos hombres, jóvenes ambos. Tanto tiempo sin vernos, Sebastián, le dijo el hombre que le aguardaba en el dintel, con una voz mansa y lenta, con un aliento oloroso a licor. Filomena les habrá servido unas copas mientras me aguardaban, pensó él sin atreverse a mirar los ojos fríos y curiosos del visitante. No te ha ido mal, Sebastián, decía el hombre sin dejar de mirarlo, la sementera crece y los animales se ven gordos. Sebastián tenía ahora la certeza de que el otro venía a cobrar la deuda, los sucres necesarios y lejanos que salvaron, tres años atrás, el porvenir de sus tierras. No tan bien, respondió, esforzándose para que la voz brotara firme, sin requiebros cobardes, sin tonos falsos: el otro año hubo plaga y sequía, don Froilán nos aumentó el precio del agua, murió mi hermana Julia y me robaron dos terneras crecidas, no podré pagarle ahora la deuda, ni vendiéndome podría. Respiró: se lo había dicho, ese hombre era bueno en el fondo, comprendería. Pero ahora el visitante abría la boca y estaba extendiendo una risa, una

carcajada estentórea y sofocada. No pienses mal, no he venido a cobrarte la deuda, decía el hombre temible dejando de reír, sólo queremos posada en esta casa, a la madrugada nos hemos de marchar. Pero no ha vuelto a reír en toda la noche, piensa Sebastián levantando las tres copas humeantes sobre el plato. Están muy serios, no quisieron dormir y me dijeron que pasarían en vela, que tenían mucho que conversar, que les sirviera unos tragos y les prestara la guitarra; así dura menos una noche, me dijeron con un poco de tristeza.

Ahora el subteniente García, zigzagueando sobre el camino el haz luminoso de su linterna de mano, estará pensando que el mayor Deifilio fue acertado al encararse al civil atado, al prisionero, para gritarle que en el caso de una emboscada sería el primero en caer bajo el fuego de su pistola. Pensará también que los años de servicio le volvieron al mayor Deifilio tan necesariamente duro, tan desconfiado y práctico, que mantendría un inquebrantable rencor a costa de su brazo inútil y una ciega confianza en la superioridad de su uniforme sobre cualquier criminal astroso y perseguido. Pensaría además, un poco emocionado y contento, que ésta era su primera acción de combate, aunque no se tratara de un encuentro entre militares enemigos. Apuró el paso hasta situarse a un costado del caballo que jineteaba el mayor Deifilio: erguido, atento, sin balancear en la marcha nada más que su brazo inerte. Apague la linterna, oficial, escuchó el subteniente García en un tono de orden terminante. El rostro del mayor Deifilio se volvía hacia él, mientras la linterna suspendía el haz de luz sobre los pliegues del camino y sus ojos buscaban adaptarse nuevamente a la oscuridad espesa. ¿No les enseñan a ser cautelosos los italianos sabios, esos gringos flojos de la Academia?, le preguntaba el mayor Deifilio como burlándose. El pensaría entonces en los uniformes elegantes de los oficiales extranjeros que le enseñaron Logística, Estrategia y Teoría de Combate en las aulas claras y sobrias de la Academia. Que eran prepotentes y no hablaban nada bien el castellano, pensarían, pensaría, y que sin embargo enseñaban tantas cosas y combatieron en verdaderas guerras. Caporetto, Fiave, recordaría. Si esos gringos pasaran lo que yo he pasado se cagarían en los pantalones, de seguro, continuaba diciéndole el mayor Deifilio. Con respeto, el subteniente García se atrevió a decir que los oficiales de la Misión Italiana tenían en sus pechos muchas condecoraciones de héroes, mi mayor. La risa remeció la montura del mayor Deifilio: una seca risa de simple, resentida burla. Si fueran alemanes o ingleses esos bachinis serían héroes de verdad, dijo después, y el ejército anda mal porque unos manganzones perfumados nos dejan boquiabiertos con sus mentiras que no sirven para la mierda. Los peruanos se reirían de nosotros, dijo, terminante y molesto. Tropezando en las piedras salientes del camino, guiándose por el sonido seguro de los cascos del caballo que monta el mayor Deifilio, él asciende la cuesta, jadeando un poco, la piel cubierta por un ligero sudor que le abriga el cuerpo. Estará pensando resignado en las misiones difíciles que un oficial debe cumplir, en la orden terminante que le arrancó de aquel pacífico destacamento norteño para enviarle a este sitio, el extremo sur de la República, a causa de un infeliz cuatrero, de un pobre asaltante que preocupa tanto al Ejército. Mira hacia atrás las sombras de sus soldados avanzando en hilera, terciadas las armas al hombro, encorvados por el peso del equipo, caminando como él, junto a los caballos de la tropa rural del mayor Deifilio, para no desbarrancarse en esas tinieblas profundas, para no pisar en falso ni resbalar en el lodazal del camino. Mira también al prisionero: apenas una silueta que avanza con los tirones de la cuerda enroscada en su cuello. Y pensará que el mayor Deifilio sabe cómo tratar a esas gentes: implacable, metódico, despiadado ante las actitudes falsamente sumisas, hipócritamente astutas de los hombres de aquí. Y pensará, casi compasivo, que esas pobres gentes son tan distintas al enemigo ideal de las lecciones de táctica, que nunca serán dignos antagonistas para un verdadero militar, con sus escopetas mohosas, sus viejos machetes mellados, su ignorancia y su cobardía rural. Respira sin abrir la boca, sintiendo un ligero hormigueo de cansancio a lo largo de las piernas. ¿Sabía usted, mi mayor, que

el bandido que andamos buscando se casó hace una semana?, habla sin levantar demasiado la voz, buscando en la oscuridad el perfil impasible del mayor Deifilio. Lo supe en Zozoranga, su mujer, una muchachi- ta todavía, está allá, en el pueblo, encerrada en un cuarto por sus padres, llorando y amenazando con matarse si no la dejan reunirse con el bandido, me contaron. Dicen que el mismo bandido la dejó allí, para poder huir sin estorbos, mi mayor. El subteniente García pensará que no debió hablar, que el mayor Deifilio le encanta caminar en silencio, entretenido en sus pensamientos, obstinado y hermético, trazando planes, imaginando emboscadas y capturas. Pero el mayor Deifilio responde, con un tono aburrido, ese infame tendrá una mujer en cada pueblo, se habrá casado tantas veces, pero esa mujer, si Dios quiere, será la última que haya gozado. El subteniente García, limpiándose el sudor fresco de la frente estará pensando que es imposible perdonar a nadie por la lisia- dura de un brazo militar, del derecho, del imprescindible brazo derecho con el que se saluda a la bandera y se dirige en orden en los combates. ¿A cuántos ha matado ese hombre, mi mayor?, pregunta ahora, curioso, el subteniente García, como simpatizando y empezando a confiar en el hombre impasible que cabalga a su lado. A diez, a cien, da lo mismo, contesta súbitamente enérgico el mayor Deifilio, no importa a cuántos, ese hombre mata por el puro gusto de ver morir a la gente, los deja suplicar, prometerle perdón, y entonces apunta, cierra el ojo derecho y mata. Es un animal dañino, peligroso, subteniente. Ya va a verlo usted. Si lo encontramos. Si tenemos la suerte de encontrarlo.

Pardo roza apenas, con las uñas largas, sucias de sus dedos, el grasiento nudo de esa corbata que le cuelga inútil, casi fúnebre, exhibiendo una gastada elegancia sobre la pechera zurcida de la camisa blanca. Y piensa que el Rindolfo, ahora hostil y amenazante a su lado, pudo odiarle por su corbata, su terno oscuro o su chaleco apretándole el vientre que hoy sólo mantiene un escombro de su primitiva elegancia. O, pensó, le odiaba por sus palabras pulidas como la hoja de un cuchillo nuevo, lisas y brillantes como los pedernales de los ríos. O el odio del Rindolfo nació cuando en las noches de cansan- cio, incertidumbre y fuga, mientras los otros extendían con prisa los sudaderos sobre el piso de cualquier cho- zón para dormir y olvidar, él, desabrochando con pudor su chaleco ciudadano, extraía de su camisa, alguna vez blanca, ese manojo de papeles rugosos donde yacían resecos poemas, garrapateados cuando sus veinte y dos años se alargaron tanto en promesas a sí mismo, en voluntades imposibles, en futuros luminosos y felices. No, piensa Pardo, atreviéndose a contemplar el rostro gesticulante y enrojecido del Rindolfo que ahora le insulta con minuciosa ofensa, no me odia porque visto un ter- no, porque escribí unos versos cuando mis años fueron duros y valientes, no, él está mucho más allá de eso, no le interesan para nada ni mi casimir gastado ni mis hojas con garabatos. Me odia porque no puede creer lo que yo creo: en esas formas de vivir tan opuestas a cuantas conocemos, hacendado o peón, rico o mendigo, hombre de bien o delincuente. No quiere creer en que algún día este valle de lágrimas se transforme en una tierra fértil y buena para todos. No cree que se deba vivir para eso: para cambiar el orden de las cosas, para abatir lo que parece eterno, para clausurar lo ignominioso que parece justo, para destruir la fealdad que parece bella. Y me odia porque no me cree, porque él no sabría vivir sin los desquites, los resentimientos, las venganzas de un orden eterno, no puede imaginar que algún día seremos todos justos, generosos, buenos. Iguales. Y mirando el lento oscurecerse del cielo más allá de las ventanas, sin querer responder a los tercos insultos del Rindolfo, Pardo mueve entre sus dedos la copa de licor enfriado, repugnantemente dulce, ofrecida por el dueño de la casa donde posan. Está cansado, sin demasiada fe en cuanto cree, sin otro porvenir que la fuga con el hombre que ahora rasguea las cuerdas de una guitarra en silencio. El Rindolfo, exhibiendo su rabia en la mínima luz estancada del cuar- tito, esforzándose por no gritar, sincero e indignado, le dice que por sus tontas ideas de apoyar a unos peones soliviantados se han ido quedando solos. Dónde están ahora, dice el Rindolfo, patético, Ludeña, el Feliciano, los Paucar,

Alvarado. Sólo el Padilla nos quedó, dice desalentado, volviendo los ojos hacia el hombre que rasguea la guitarra sin prestar atención a sus palabras, y busca en él las razones que rompan las silenciosas opiniones de Pardo Pero el hombre que rasguea la guitarra sólo mira, impasible, hacia el vacío del centro del cuarto. Sólo a la muerte le piensa en estos días, se dice Pardo, ignorando las palabras del Rindolfo, sus gastados y ahora inútiles insultos. Huele la muerte que le persigue en los cascos de la caballería del mayor Deifilio, piensa Pardo, le endurece el presagio incomprensible que le obligó a buscar una mujer definitiva, a casarse en una noche oscura, a dejar la mujer y nuevamente huir para librarse de la muerte que cabalga con uniforme y grado militar. Ahora no se entusiasma, no quiere hablar de los golpes futuros, de su buena suerte o su puntería: sólo el tonito triste y antiguo que no se atreve a brotar ele la guitarra. Está acabado pero no quiere creerlo. Y Pardo mira la noche, ya completa, más allá de la ventanita. Puede soportar, sin mover un músculo ni descomponer el rostro, todos los insultos que tenga para el Rindolfo. Era su vida, piensa compadeciéndose, su vida tal como la aprendió a vivir: angosta, mise- rabie, sin otro sueño que el que pudo dar el hombre acabado que ahora rasguea la guitarra. Era la esperanza, y lo supo, su única oportunidad de ser en este mundo desigual, implacable, y perdió, acaba de perderlo todo. No podrá jamás llegar a ser como el hombre pensativo que ahora suelta la guitarra y bebe con desgana su copa sin desearnos salud. Porque él es único y no volverá a repetirse, y lo sé, y también he perdido, como el Rindolfo, mi oportunidad, mi enloquecida oportunidad de cambiar esto. Y quisiera gritarle al Rindolfo que perdimos ambos, que no fue culpa de nadie, que el mundo seguirá como es hasta que la misma naturaleza, compadecida, lo cambie. O lo destruya. Pero el Rindolfo, cercano, amarillo su rostro en la luz intranquila de la vela, está moviendo sus pesados puños, con una sombría amenaza, con una despectiva ofensa, mientras le grita que nunca será un hombre para medirse con él, que no se atrevería, y Pardo, con una quietud fascinada y sumisa, irremediablemente resignada, mira cómo el Rindolfo, prepotente y hostil, levanta un poco el ala del sombrero que le ocultaba los ojos, y se pone de pie, bruscamente, y arroja sobre su rostro, con furia y ofensa, los restos fríos, pegajosos del licor de su copa. Y Pardo, sin fe en sus pobres fuerzas piensa que ahora se va a arrojar sobre él, que con el pulso de sus brazos nervudos y rurales le va a golpear, lo va a tirar al suelo y pisotearlo, que sacará su daga siniestra y lisa y lo matará sin remedio en un silencio incomprensible y veloz. Y segundos antes de que el Rindolfo estrelle sobre su rostro la pesada rabia de su primer golpe, mira cómo el hombre que bebió su copa sin decir salud se pone de pie, elástico y temible, para gritarle al Rindolfo no le toques ni un pelo, mierda. Y mirándolos a los dos, con un fulgor sostenido en los ojos, les advierte: si quieren matarse no ahora ni aquí, después, si nos salvamos los tres, si nos salvamos.

Ya es viento de madrugada, piensa el cabo Serrano al .sentir la ráfaga de aire frío golpeándole la cara, las manos, atravesando liviana la tela de su uniforme: inconfundible, tan distinto, tan menos pesado y siniestro que el viento de la noche. Se ha detenido, con las riendas tensas bajo los puños, obedeciendo antes que los demás la orden de alto que ha dado el mayor Deifilio, ahora apenas visible en la oscuridad, extendiendo hacia arriba su cuerpo, izándose sobre los estribos, contemplando la negra, larga, profunda boca abierta de la tierra que el cabo Serrano reconoció de inmediato: la quebrada de Piedra Lisa. Sintió entonces el frío metálico del miedo, atravesándole de punta a punta el espinazo al pensar que allí, en el fondo, entre los matorrales, junto al agua dormida v terrosa de la quebrada, podía emboscarse el criminal, aguardándolos atento, con unos ojos capaces de traspasar las tinieblas, listo en su mano el revólver. Con dificultad descabalgaba el mayor Deifilio, sin permitir que lo ayudaran las manos de aquel bisoño subteniente de Infantería juntado a él por la casualidad. Los soldados entretanto miraban a los caballos sudorosos pero infatigables con un poco de envidia. No son tan buenos estos animales pero

sirven, pensó el cabo Serrano acariciando las crines húmedas de sudor de su caballo, con un cariño de viejo conocido, con una paternal benevolencia. Luego tanteó la cantimplora amarrada a la montura y desatáncenla bebió un trago de aquella agua helada y con un poco de panela disuelta en ella, seguro de que el mayor Deifilio no lo hubiera notado porque ahora él, con las piernas un poco encogidas luego de la cabalgata, acomodándose el quepis, ajustando las correas del equipo sobre su tórax, se dirige directamente al hombre atado, al civil prisionero para decirle perentorio dónde se esconde tu jefe. El cabo Serrano, tapando nuevamente su cantimplora, volviéndola a poner sobre la montura, distingue el perfil caído del hombre que caminó hasta allá con una soga lacerándole el cuello, con las manos atadas. Supone su vergüenza, su miedo cuando le escucha decir, con una voz sofocada, ronca, que su jefe aún estará esperándolo en la casa de Sebastián. Dónde queda esa casa, precisó el mayor Deifilio demostrando su impaciencia al elevar su brazo sano, con amenaza, hasta el rostro del prisionero. En la otra banda, respondió el civil atado, bien cerca de aquí, es la única que hay por estos lados. Volviendo a pasar los dedos, suavemente, con afecto, polla crin de su caballo, el cabo Serrano miró cómo el subteniente norteño, gordo y jovencísimo, se situaba junto al mayor Deifilio, como demostrando su autoridad, también atento a las palabras del civil que apresó en el pueblo: ese pobre hombre rotoso que hablaba trabajosamente. ¿Cuántos están con el bandido?, preguntaba ahora el mayor Deifilio con una insistente frialdad. Sólo dos, respondía el prisionero. Ahora el mayor Deifilio movió su rostro en una risita incrédula, sabe reír solamente con los labios, pensó el cabo Serrano. Sólo dos, repetía en un tono de admiración el subteniente norteño, y el mayor Deifilio, dejando bruscamente de reír movía la cabeza con un enérgico ademán que pretendía negar las palabras del hombre atado. No mientas, le dijo en un tono suave y ofendido, a un militar no se debe mentirle, dime cuántos andan con él, cuántos ¿... diez, treinta, su banda entera? Solo dos volvió a decir humildemente el prisionero. Que ahora si le molería a golpes a ese infeliz, pensó el cabo
Serrano alejándose unos pasos de su caballo para mirar mejor al grupo. Pero no, el mayor Deifilio le volvía las espaldas al civil atado y oteaba la profundidad irregular de la (quebrada. Luego, volviéndose con lentitud hacia el prisionero, le dijo solamente pobre de vos si me mientes. El viento inconfundible de la madrugada volvía a envolverse entre el uniforme y el cuerpo del cabo Serrano. Aclara tarde en estos meses, pensó él con resignación y experiencia, un poco ansioso por la nueva claridad del día que demoraba, deseando que el mayor Deifilio no los enviara a rastrear el fondo de la quebrada con sus pesados fusiles y sus botas resbalosas. Los facinerosos nos tostarían con esta tiniebla, pensó, saben mirar mejor que nosotros en la oscuridad, que no se le ocurra esa chambonada a mi mayor. Atento, espiaba los movimientos de los dos oficiales que ahora discutían, alejados, junto al borde estrecho de la quebrada, sin demasiada preocupación. El jovencito ése, el norteñito guambrón no le chistará, pensaba el cabo Serrano, al mayor no le gusta que le contradigan. Con el sonido de las espuelas a ras del suelo, acomodándose el capote grueso a las espaldas, el mayor Deifilio volvió al lugar donde estaba el prisionero. ¿Dónde queda esa casa?, le preguntó. Con un movimiento de cabeza hacia la izquierda, el civil atado señaló vagamente. ¿Cerca?, volvió a preguntar el mayor Deifilio. Dos cuadras han de ser, respondió el civil, allí debe estar, señor, casi no ha dormido en cuatro noches y ahora ha de reposar, el dueño de la casa es amigo suyo. Cabo Serrano grita con impaciencia el mayor Deifilio, que usted y diez números atraviesen la quebrada y se sitúen en la banda, con cuidado y con las armas listas, cabo. El vacila solo unos segundos y empieza, lento, a elegir los guardias que le acompañarán. Que no estén escondidos
los facinerosos en la quebrada, piensan con temor.

Vuelve a colocar sobre su regazo la estropeada guitarra: aquel despintado instrumento con una cinta tricolor, antigua y sucia adornándole el entraste. Sus dedos apenas rozan las cuerdas irreparablemente desafinadas. Sus dedos desganados, vencidos por el sonido mellado y ronco que brota de la guitarra. Era un tono triste, un pasillo o un vals lento, piensa el hombre que rasguea las cuerdas, papá decía que sólo quienes están deveras tristes deben tocarlo, que si notan las cuerdas que el alma de la persona no está penando, se callan, se guardan su tono para otras manos, y a lo mejor ya ni siquiera puedo estar triste y he olvidado cómo es la tristeza y ya no sé de su forma de endurecerle y fatigarle a uno. Espía a los dos hombres que, aplacados ya, se ignoran desde sus asientos, reconcentrados, con un aire de rabiosa lejanía que les tuerce casi idénticamente las bocas en muecas ambiguas, intensas. Parpadean sus ojos maltrechos por la vigilia, por la tensión interminable de tantos días huyendo sin saber si el rumbo era seguro, si detrás de cada grupo o faique, de cada matorral, al fin de cualquier chacra perdida, en el recodo que tuerce todo camino, estarían los uniformes kakis esperándolos con una tranquila malicia, con una gastada rabia. Pero aún mantienen cualquier esperanza, sus oídos escuchan, atentos y prevenidos, los ruidos que vienen de afuera: algún animal del monte arrastrándose entre las matas, el viento de la noche remeciendo las hojas tiernas del maíz, y entonces sus músculos reaccionan, y sus pupilas se dilatan como una instantánea preocupación hasta que el silencio común de la noche se superpone, apaga los sonidos. Ellos no quieren dejarme, piensa con simpatía y gratitud el hombre que mantiene entre sus brazos la guitarra, acunándola como una criatura que ha dejado de llorar y empieza a dormirse, los envuelve, a los dos en una mirada amplia y llana, protectora y nostálgica. No se atreven a largarse, piensa, a dejarme. No se irán aunque ya no me necesiten ni les sirva: porque entonces no tendrían a donde ir: Víctor Pardo no podrá volver nunca a Cariamanga para mirar los ojos verdes de su novia de siempre, tampoco el Rindolfo podría regresar al lado de unos hijos que no le conocerían de una mujer sombría que se habrá cansado de esperarle. No pueden irse, concluye desalentado el hombre que ahora vuelve, terco, a rasguear la guitarra en aquel sonido recurrente y sordo que ha sido su voz a lo largo de la noche, y piensa que, de verdad, no está triste: es la fatiga del cuerpo, solamente, o el dolor tranquilo que tienen las coyunturas cuando se cabalga mucho, o esa urgencia un poco siniestra del estómago cuando está vacío. Tampoco tengo un lugar aguardándome, piensa, yo menos que ellos porque nunca tuve un lugar: de niño, estaba solamente el sol, los castigos, la feria de los domingos en el pueblo, el agua cansada de la acequia, el cuerpo lejano y blanco de Lucía. De hombre, mi caballo, mi suerte, el corazón grande de Pajarito, la envidia sin disimulos de Chivo Blanco, los asaltos, las fugas, la cárcel y Dolores. Y mi pecho se ha quedado sobrando, demasiado vacío. Lentos, sus ojos recorren las sucias paredes de bahareque: tampoco allí hay demasiado: un par de palmas benditas, resecas y cubiertas de polvo, unos aperos gastados por el uso y dos estampas: la Virgen del Cisne con su faldón amplio, su niño en brazos y su carita de muñeca pensativa; y el rostro de un santo, con su aureola, su cabeza calva, sus ojos tristes y su túnica holgada. Su larguísima barba sin edad. Ellos andan lejos, piensa decepcionado, ya no viven aquí, entre los hombres: sólo son madera, papel, faldones de seda, aureolas de latón, y valen sólo para que el invierno venga o el verano se marche pronto. Cómo se reirían el Rindol- fo y el Víctor Pardo si les contara de un sueño que se me vino el otro día, un sueño de un viejo que no conocen, un viejo que es amigo de pecadores y se llama Jesús. Un pobre viejo ciego y mendigo que ancla por todos los caminos tocando un redoblante. El Rinclolfo se asustaría si le cuento el sueño, y el Pardo pensará que son ignorancias, catalanadas de un hombre que no terminó el tercer grado de la escuela. Mejor no les digo nunca que soñé con ese viejo, y que en el sueño traía una larga cara de tristeza o de hambre simplemente, y que sus ojos blancos, sin luz, me buscaban, y que su voz gruesa y fatigada me decía pronto vas a despertar, Naún, te digo yo que sé tocias las cosas, que soy la vida, el camino, el polvo y la ceniza. Afuera, un caballo relinchó con un largo resoplido.

Apagaron la luz, decía el subteniente García, señalando hacia la casa, baja, estrecha, de una sola planta, levantada sobre un borde, en el laclo de enfrente de la ancha, profunda quebrada. Que él no alcanzó a mirar ninguna luz, pensaría el mayor Deifilio azuzando a su caballo con un chasquido de labios apretados, situándose a un costado de aquella loma pedregosa, libre de malezas, desde donde el subteniente García acababa de gritar. Y ese animal de Serrano que no acaba de cruzar la quebrada, elijo en voz baja, molesto, el mayor Deifilio, esforzándose en distinguir, a través de la oscuridad aún compacta, la cercana silueta de la casa, sus aleros bajos, sus tejas incoloras. Y estaría deseando que aclare pronto, porque hacía rato que los gallos distantes cantaron la inminencia del amanecer. Impaciente, con un desperdiciado vigor, García desmoronaba con sus botas piedras y trozos de tierra suelta sobre el declive de la loma que concluía en los flancos profundos de la quebrada. Están ahí, seguro, mi mayor, dijo lleno de convicción, señalando nuevamente la silueta de la casa. El mayor Deifilio, sin contestar, entrecerraba los ojos mirando hacia la casa, atisbando su volumen negro, constatando que en su torno nada se movía, ni las ramas de las malvas, ni las hojas de los plátanos, siquiera. Y defraudado, dolido por lo que ya consideraba un fracaso, el mayor Deifilio estaría diciéndose que debieron huir, que a estas horas andarían bien lejos, contentos por haber escapado. Este maldito cabo Serrano me falló, dijo con rabia, tironeando impaciente las riendas del caballo, debió estar al otro lado, dijo, cubriendo las salidas de la casa, por Dios qué inútil, qué lerdo el mierda. Ahora el subteniente García, dejando de patear piedras y terrones le dice, velando una enérgica determinación con un tono respetuoso, que los guardias debieron realizar una progresión escalonada, sin los pertrechos y a pie, arrastrándose con cuidado hasta el fonelo de la quebrada para escalar el flanco opuesto en un movimiento envolvente que hubiera copado la casa sin ruido. El mayor Deifilio mueve la cabeza molesto. Qué les enseñan ahora, estaría pensando disgustado, esas maniobras sólo son buenas en las prácticas, aquí demoraríamos sólo en hacerlas. No hubiera resultado, contradice con sequedad el mayor Deifilio, necesitábamos ganar tiempo, aprovechar la ne)che, pero ya no importa y no valen la pena sus consejos, el criminal habrá huido hace rato. El subteniente García, la cabeza baja, el quepis ocultánek)le el rostro, mueve las piernas sin abandonar el montículo, evitando mirar hacia la casa; su sable se remece al compás de sus movimientos; inútil, envainado como siempre. Cómo se burlará de mí el bandido, estará pensando el mayor Deifilio sombrío y decepcionado, mientras su puño golpea con insistencia el borde gastado de la montura, y pensará que los campesinos repetirán por años la historia de la fuga del bandido, adornándola con exageraciones inverosímiles que correrán implacables por esas provincias, desprestigiándolo para siempre a él, que deberá seguir por esos lados, sin el ascenso ni el traslado prometidos, apresando o cazando ladrones sin importancia, pobres abigeos principiantes o atemorizando a simples peones insubordinados que huyen al primer disparo. Pero entonces sus ojos se abren veloces, incrédulos, parpadean, se esfuerzan en mirar fijamente cuando apenas una sombra o el rastro de una sombra entre aquel aire denso, movió las anchas hojas de los plátanos que rodean la casa y se hundió sin sonido entre los matorrales de la quebrada. Que alcanzó a ver, nítido, un pedazo de camisa blanca en ese cortísimo intervalo, estaría jurándose el mayor Deifilio, sintiendo renacer, impetuoso en su pulso, el entusiasmo roto sólo hace unos momentos. Quiso decirle algo al subteniente García que continuaba con la cabeza baja y avergonzada, cercano a él, exhibiendo inexperto las espaldas al fondo negro de la quebrada. Pero no habló porque las hojas volvían a estremecerse y otras siluetas sigilosas deslizaban, también sin ruido, sus instantáneas formas en la maleza ce la quebrada. Están ahí gritó el mayor Deifilio, y la cabeza del subteniente García se irguió veloz para mirar, y los Rurales adelantaron sus cabezas hacia el borde de la quebrada mientras los soldados de Infantería, sacudiendo su desganada espera, recogían del suelo sus fusiles y avanzaban también. En el horizonte se esponjaba el amanecer.

Instantáneamente, sus manos levantan el peso del cuerpo de aquel poyo incómodo, frío, lleno de hormigas. También el Rindolfo se ha puesto de pie y lo mira con unos ojos suspicaces y atentos. Los caballos ventearon algo, dice sin disimular ese apresurado temblor con que surgen sus palabras, y sus ojos van más allá, hacia la apretada oscuridad de la ventanita, buscando los cargados presagios de esa noche que tanto demora en acabar. Será una guanchaca, le dice tranquilo el hombre que rasgueaba la guitarra cuando el relincho sofocado atravesó, desde los corredores y el patio, las delgadas paredes de bahareque. Ni él mismo creerá que fue un animal el que asustó al caballo, piensa el Rindolfo, recogiendo del poyo su sombrero grasiento y desteñido, palpando el bulto de su revólver tibio entre los pliegues de la leva. El otro, el que luce aquel temo tan estropeado, aquella corbata de nudo diminuto, aquellos puños de camisa con los bordes ennegrecidos, intenta disimular su miedo con unos inútiles brazos cruzados y unos ojos fijos sobre el piso de tierra. Se le estarán retorciendo las tripas, piensa de él, con desprecio y odio el Rindolfo, estará buscando un lugar dónde esconderse, nunca ha tocado un revólver y sólo sabe hablar con esas palabras tan finas y raras, ni bien cabalga y ni podrá correr con su gordana. Los oídos del Rindolfo se mantienen expectantes, el caballo no ha vuelto a relinchar y afuera recorre el silencio de antes y adentro sólo están los ronquidos intermitentes, profundos de la mujer y los hijos del dueño de la casa. Y el Rindolfo piensa entonces que no debió levantarse del poyo cuando relinchó ese caballo, y tantea el poyo con sus manos imperceptiblemente temblorosas y vuelve a sentarse, estira sus botas gastadas sobre la tierra floja del piso, se tranquiliza y piensa que el Sebastián se demora demasiado en ofrecer esos tragos aguados, insípidos y fríos. Un gallo aletea en el patio, ensaya su voz en un gorgoriteo perezoso, entumecido, canta desafinado su último presagio al amanecer, un quiquiriquí que rueda escandaloso y largo. El Rindolfo encoge el cuerpo, como sintiendo el frío apenas notorio de la madrugada, se atreve a sonreír exhibiendo sus dientes largos, amarillos, incompletos que relucen ante el chisporroteo ele la vela. No debí levantarme así, se arrepiente, el miedo se siente pero no se muestra, y dice con intención, ya no vino el Padilla, jefe, mirando a través del claroscuro vacilante de la vela hacia los ojos herméticos del hombre que vuelve a deslizar los dedos sobre las cuerdas de la guitarra. Hizo la ida del gallinazo el Padilla, dice con un tono de advertencia el Rindolfo, entrelazando sus dedos, haciéndolos crujir. Pero el hombre que toca la guitarra no quiere responder, distraído en el tono insistente, desafinado que brota de) instrumento: una música vacía, sin forma. Y el Rindolfo quiere hablar nuevamente del Padilla, de su tardanza, pero entonces escucha ese lejano retumbar de un galope, y la boca del hombre que toca la guitarra se abre de golpe, sus ojos se encienden y sus músculos se aprietan en un salto dejando caer de sus manos la guitarra que se estrella en el suelo con un ronco y mellado quejido. Y la veloz mirada del hombre que acaba de tirar al suelo la guitarra atraviesa la negrura del ventanal, hacia los bordes presentidos de la quebrada. Y su brazo, apremiante, ve)ltea la vela y la sofoca en el aire cuando dice, con una voz tensa y por fin decidida, hay hombres al otro lacio. Ahora el Rindolfo siente cómo su alma le desciende, como empequeñecida, en el fondo del pecho, cómo su corazón se ensancha para latir de prisa y sin pensarlo, recoge sus cananas tiradas con descuido sobre el poyo que ocupó toda la noche, y empuñándolas busca la puertita estrecha, la abre de un solo puntapié y siente el frío de la madrugada apretándose a su camisa blanca cuando, a saltos, sin ruido, se desliza hacia el fondo oscuro y desconocido de la quebrada, sin pensar en nada más que en su vida, su propia, única vida.

El subteniente García ha juntado a sus hombres y mira con distracción esas caras verdosas en la creciente luz del amanecer, los uniformes lodosos, las barbillas oprimidas por las correhuelas de los quepis. Orondo, como queriendo demostrarle al mayor Deifilio que también él sabe mandar, disponer, dirigir, revisa con cuidadosa atención los equipos: las mochilas amarillentas, ordinarias y manchadas, los

fusiles de culatas descharoladas y los largos cañones ennegrecidos por la constancia de la pólvora, las cananas cruzadas sobre el pecho y las botai- nas de cuero doble, los yataganes filosos bamboleándose en las cinturas. Sonríe contento: estará pensando que sí, que sus soldados se hallan listos para ser enviados hasta el fondo de la quebrada aún oscura, que perseguirán siri peligro a esos tres hombres que chapoteando, cayendo, quebrando ramas y descuidando huellas, buscarían un sitio en donde cubrirse de los inminentes disparos. Con los ojos buscó cualquier ademán del mayor Deifilio, ahora lejos de él, ya no desde la altura orgullosa de un caballo, que preguntaba algo, apresuradamente, al civil prisionero y éste movía la cabeza negando. Mi mayor, le grita el subteniente García sin querer disimular su impaciencia, se escapan si no nos apuramos. Como respuesta, el mayor Deifilio le entrega una de sus frías, doblegantes miradas mientras, uno tras otro, los Rurales a su mando descabalgan, aflojan cinchas, acomodan el equipo a las espaldas, abrochan sus polainas de lona y se yerguen, disciplinados y serios, en una posición de firmes inconmovible. Que la experiencia ha vuelto demasiado cauteloso al mayor Deifilio, estará pensando el subteniente García y se dirá que pierde ahora la oportunidad de lanzar una progresión escalonada con fuego nutrido sobre los barrancos, los recovecos húmedos de la quebrada; que sólo se trata de capturar a tres pobres, ignorantes ladrones de vacas que huirán desarmados. Con orgullo comparará los uniformes de sus hombres, azules, de dril, relativamente nuevos, con los flojos o estrechos, astrosos y remendados de los Rurales que comanda el mayor Deifilio. Y estará pensando, despectivo y tranquilo, que nada como el ejército para tratar a los subordinados: la disciplina implacable y eficaz. Y mira con cierto fervor los escudos que brillan en el amanecer sobre las gorras de campaña: el cóndor, estará pensando altivo, el laurel y el olivo, los haces de la victoria, el río, el monte y delante el buque manteniendo enhiesto el caduceo: aries, tauro, géminis y cáncer: la Patria, el honor, la disciplina. Y estará pensando con disgusto que al mayor Deifilio rio parece importarle ni el escudo ni el rango, ni el honor siquiera: sólo su personal, inextinguible odio al cuatrero, al asaltante común que huyó desbarrancándose en la quebrada, al civil indigno de presentar batalla. Si hubiéramos bajado hasta el extremo de la República, estará pensando ahora el subteniente García, si con mis veintiún años y mi coraje estuviera ahora mismo defendiendo la frontera, envuelto en el tricolor patrio, ensangrentado y heroico. Si estuviera luchando por la posesión de una trinchera, como en Caporetto y en Mame. Si. Pero un ruido apresurado de caballos lo distrae, su nuca rapada se vuelve hacia el fondo negro y al borde de la quebrada sus ojos contemplan cómo la fracción de caballería comandada por el cabo de Rurales avanza espaciada, en doble hilera rumbo a la casa que ahora parece vacía, y los caballos hociquean con ímpetu, y se abren paso por entre las hojas anchas de los plátanos, y retuercen las ramas delgadas de las malvas que rodean la casa con un verdor opaco y sus flores de siempre. Entonces el mayor Deifilio les grita, agitando su brazo sano en la claridad incierta del amanecer, que desmonten y preparen las armas. Entonces el subteniente García mira cómo avanza el mayor Deifilio hasta el montículo de piedras, investido con una fría y calculada dignidad, su cuerpo envuelto en el raído capote de campaña y su brazo moviéndose con energía al levantar el negro largavistas que pende sobre el pecho erguido, para hurgar, minucioso, la quebrada de matorrales oscuros y compactos, de piedras rugosas y troncos hachados. No ha demorado mucho en mirar y levanta el brazo, y ordena fuego a discreción sobre la profundidad abierta al día nuevo.

Despacio, piensa Víctor Pardo mientras su cuerpo resbala, debo caer despacio, sin ruido, sin quebrar ramas, protegiendo mi cuerpo de los espinos, resbalando sobre la tierra y las hierbas hasta el agua chorreante del fonclo, hasta las piedras resbalosas y las matas tupidas. Y abre la boca, agitado, perdido en una viscosa sombra de hojas bajas que le humedecen el pelo, la ropa y la piel. Resbala como si en aquel momento Víctor Pardo fuera solamente un costal, un atado de basura que alguien arrojó

desde la casa a la profundidad de la quebrada. Ellos no estarán lejos, piensa sintiendo ahora cómo corre, torpe y embotada, el agua bajo las suelas de sus zapatos, no sabría salir de aquí estando solo, ni tendría fuerzas o valor para trepar nuevamente hacia la casa, o perderme, hábil, precavido, entre las malezas: no quiero ver las caras de los hombres uniformados que no me conocen y buscan matarme. Mira su viejo temo ahora desgarrado, su corbata marchita como una flor vieja, los puños mugrientos de su camisa y piensa que nunca debió vestir de esa manera, con una incómoda, oscura ropa que tan pronto envejece, que tan siniestramente se destiñe y no sirve, esa envarada ropa de letrado o amanuense que siempre supo prefrerir a los gruesos pantalones de dril, a las camisas flojas de los pobres. Ellos ya andarán lejos de aquí, piensa acobardado, gatearían sobre el agua y las piedras babosas sin hacer ningún ruido, no les importaría llenarse de espinos en la fuga, ni tropezar o caer, ni abrirse paso a brazadas entre las ramas. Ahora estarán lejos, piensa, quebrada abajo, contentos por haber huido tan a tiempo y sin pensar en mí. Y piensa que el Rindolfo estará diciendo, satisfecho y maligno, jadeante y sudoroso, el pobre no pudo correr entre la maleza, resbaló en las piedras, se quedó bocabajo sobre el agua, esperando a los soldados con humildad y derrota. Mira sin moverse cómo la luz turbia del amanecer, la claridad añil del cielo, se embosca entre las hojas de gotas titilantes, anega con su color frío el agua que se mueve apenas sin ruido, cubierta por las hojas secas. Apega su cara al fango cuando el instantáneo ruido de cascos retumba desde arriba, y escucha un lejano grito que luego de un silencio premonitorio desencadena aquel concentrado estampido de balas. Ahora se siente perdido y se arrastra sobre el agua pensando nunca pedí un revólver, jamás recargué tambor de arma alguna ni contuve la respiración para ofrecer un disparo, creí que las palabras, las razones tienen mayor fuerza que las balas, pero los fusiles no entienden de razones. y son porfiados y ciegos, y no escuchan las palabras, y atacan buscando la blandura de un cuerpo cualquiera para abatirlo. Trabajosa, lentamente, busca la protección oscura de una enramada o el parapeto musgoso de un recodo mientras resuenan nuevos disparos, esta vez dispersos, sin rumbo común que se estrellarán sobre cualquier tronco o se perderán inútiles en el agua o la hierba. Y piensa indefenso, rabioso consigo mismo, en lo imbécilmente solo que puede quedarse un hombre cuando quiere salvar el cuerpo del polvo y la ceniza. El no querría dejarme, piensa esforzándose en gatear a lo largo del riachuelo poco profundo y frío, él me pidió venir con los suyos, como un cuatrero más, como un asesino a quien se persigue en pueblos y ciudades, como a un pobre ladrón sin suerte. No podría dejarme ahora cuando yo todo lo dejé por él sin pedirle nada: los ojos verdes, la voz tibia y los brazos blanquísimos de Zulema; mis libros descuadernados, mi cuarto húmedo en Caria- manga, mis poemas que nunca se publicaron, mi letra menuda de los alegatos, mis sueños desgastados. No, dirá él me siguió sin pedirme nada, cabalgó conmigo en las buenas y las malas, me leyó sus versos y me dio consejos, regresemos, Rindolfo, no debe quedarse a morir así, como un pobre animal del monte que no pudo esquivar su cuerpo al cazador. Y va a volver, y me buscará entre el ruido de los disparos, piensa inventando una esperanza posible en aquella nueva tanda de descargas que recorre minuciosa volteando tallos, llenando el aire limpio del amanecer con un implacable olor de pólvora. No sabría cómo mirarlos, piensa, con esos uniformes no podría reconocerlos como lo que son: hombres iguales a mí, también secretamente miedosos, hombres que piensan y esperan, con mujeres, hijos que los aguarden, hombres que serán amables cuando descansen, que sabrán reír con los amigos y se aterrorizarán, como yo, de sus propias muertes. Levanta la cabeza y mira hacia adelante cómo se ensancha el lecho de la quebrada y se encorvan, altas, protectoras, las ramas sobre el riachuelo. Y cuando se incorpora a medias del agua, escucha urgente la voz de él que lo llama por su nombre. No podía dejarme solo, piensa contento, mirando la gran piedra negra, puntiaguda, desde donde brota la voz.

Eia hondo el vado, piensa el cabo Serrano, sintiendo el escozor friolento del agua filtrada a través de las botas. Empuña sin demasiada energía la tibiesa lisa, pesada de su màuser, y espía brevemente hacia el corredor vacío de la casa; un poco intranquilo, permitiendo que los Rurales espoleen a sus cabalgaduras adelantándose enérgicos, desenvainando los mohosos sables, hasta el patiecito con floripondios donde sólo rezonga un chancho y fugan aleteando dos gallinas. Ya no están, piensa con un poco de alivio el cabo Serrano cuando escucha los fuertes puntapiés con que los Rurales quiebran las apolilladas puertas y el roce desengañado de los sables desde el interior oscuro de los cuartos. Descabalga, distingue entre la claridad sigilosa del amanecer, cómo, desde el otro lado de la quebrada se mueve impaciente el brazo del mayor Deifilio, en una inconfundible señal que les ordena mantener listas las armas. Con un grito sordo y preciso repite la orden a sus hombres todavía entretenidos en pisotear con sus caballos el huerto mínimo que a duras penas ha crecido junto a la casa. Siempre le gusta al mayor Deifilio ordenar fuego cruzado, piensa el cabo Serrano, mientras, con un solo y experto golpe, retira el seguro flojo de su máuser y camina hacia el borde de la quebrada y luego se vuelve, y observa a los Rurales que han desmontado y se arrodillan acomodando sus respectivas distancias. El cabo Serrano entonces palpa la doble canana que se enrosca sobre su cintura calculando que habría suficientes municiones, pensando con frialdad y experiencia que el único problema será recargar las armas en pleno tiroteo. Nunca saben las balas a quién deben matar, se dijo con resignación y un poco triste. Miró, en una rápida, circular ojeada, a la gente y sus posiciones, y sus ojos atravesaron inmediatamente al otro lado de la quebrada, hacia la borrosa silueta del mayor Deifilio. A la gente le gusta ver delante al superior, pensó, así disparan contentos, seguros de que el superior es tan hombre como ellos. Alarga, alerta, el índice hasta la delgada curvatura del gatillo, mirando cómo el mayor Deifilio movía sus piernas con soltura al extender prepotente su único brazo vivo, alargando en el aire de la distancia la orden de fuego graneado sobre el oblicuo, aún oscuro fondo de la quebrada. No serían tan tontos, pe.nsó el cabo Serrano al disparar, sintiendo el corto estremecimiento de la culata sobre la coyuntura de su hombro derecho, tan tontos como para esperar tendidos en el fondo, bajo las matas, nuestras descargas: sabe tanto el bandido como un buen militar y conoce la pelea que ofrece al mayor Deifilio: a cuerpo limpio, con tranquilidad y paciencia. La muerte nunca llega la víspera, saben decir-, el ruido de los disparos se aplacó, rápido, sin susurros, sobre el fondo de la quebrada y una pequeña, desvaída humareda, brotó desde las matas disolviéndose en el viento. Qué van a responder si ya no están aquí, pensó el cabo Serrano haciendo saltar, con un poco de rabia decepcionada, los casquillos vacíos del arma. Miró a los costados: la hilera de Rurales, con sus rodillas derechas sobre la tierra, sin demostrar emoción alguna en las facciones opacadas por las voluminosas gorras, recargaba sus viejos fusiles. La nueva orden vino esta vez en un grito sonoro del mayor Deifilio. Un grito decepcionado, supuso el cabo Serrano volviendo a disparar, al acaso esta vez, sobre cualquier piedra o matorral de la quebrada, decepcionado porque también sabe que el bandido estará lejos, que todas estas caminatas fueron en vano y otra vez habrá de recorrer desde el Catamayo al Puyango, desde Marcavelí hasta Zumba, tras los pasos del bandido. El brazo del mayor Deifilio se movió ablandado, casi inseguro, al ordenar una tercera descarga que se estrelló gratuita y divergente sobre los matorrales ya claros de la quebrada. Un puro desperdicio de parque, pensó el cabo Serrano. Piedra Lisa, recordó, lugar malo y difícil. Espió, tendido ahora sobre el suelo húmedo, incómodo, los pasos impacientes del mayor Deifilio junto al sitio despejado en donde, de pie, orondo, aquel oficial norteño, casi adolescente, empuñaba con vanidad y esperanza la diminuta pistola aún no estrenada. No querrá irse todavía, adivinaba el cabo Serrano, disimulará el mayor Deifilio ante el oficialito bisoño, le estará distrayendo con unos consejos altaneros: ubicar el sitio de las descargas. Pero ahora miraba cómo el oficial norteño convoca en una rígida seña a ese soldado alto, agobiado por el peso de una inmensa mochila, que avanza y se cuadra sumiso. Y vio, en la distancia, la boca del oficial

moviéndose y luego los inmediatos movimientos del soldado alto despojándose '.leí peso de la mochila para ganar, casi a la carrera, con el arma entre las manos, al borde de la quebrada, y con un salto largo descender en zigzag las laderas. Entonces, sorprendido, levantando mecánicamente su fusil en posición de tiro, el cabo Serrano escuchó, nítidos, emergiendo de la maleza y la oquedad, los disparos de revólver que hicieron retroceder al soldado y ganar, nuevamente, a la carrera, el borde abrupto de la quebrada. Cómo le habrán alegrado esos tiros al mayor Deifilio, pensó el cabo Serrano cerrando el ojo derecho para disparar, esta vez con cautela.

De bruces sobre la extensión ele tierra floja, húmeda, protegida por la inmensa piedra oscura, el hombre tuerce la muñeca de su mano derecha, frota sus ojos fijos en los apenas visibles riscos c]tie surgen de las bajas, nudosas ramas olientes a savia recién brotada, a lluvias, a hojas dormidas en los tallos. Quiebra su cuerpo hacia un costado, se iza despacio sobre los codos medio hundidos en aquel limo suave. El soldado bajaba como si viniera a recoger un poco de agua para su sed, piensa el hombre cuando vuelven, rugientes los disparos. Su cuerpo retrocede, se arrastra lacerando la tierra hasta topar con sus botas la dureza musgosa de la piedra, pero no venía a recoger agua el maldito piensa, ni tampoco a mirar las bonitas flores amarillas c]ue crecen a la orilla. Confiado bajaba el soldado, sin pensar que yo lo miraba bajar con sus saltos de chivo sobre las piedras. No necesité vaciar el tambor para que corriera, cuesta arriba, como un venadito azorado. El hombre levanta nuevamente la cabeza: sus ojos miran hacia la mortecina claridad de las matas cercanas tras las que se han disuelto quejumbrosas las descargas. El espacio de tierra que cobija la gran piedra puntiaguda es suficiente para dar cabida a ck)s cuerpos. Pero el otro se acurruca, yace con las manos entrelazadas sobre la nuca, el cuerpo encogido, enlodado el terno, apegándose al recodo más profundo de la roca. Nunca se le despeina el cabello, ni en los peores trances, piensa el hombre que ahora mantiene, advertido, horizontal al revólver entre las manos, mirando con un poco de ternura compasiva hacia el bulto encorvado que solamente aguarda. ¿Tienes miedo, poeta?, pregunta, empujando levemente las puntas de sus botas hasta el cuerpo acurrucado que ahora finge una sonrisa desesperada y le responde que no se trata de miedo: es sólo un poco de vergüenza, por no haber vivido lo suficiente, supone. El hombre que sostiene el revólver entre las manos busca con los ojos alertas aquel matorral no demasiado distante donde, hace unos minutos, el viejo sombrero del tercer cómplice elevó brevemente su copa sobre las hojas brillantes, y responde con distracción que no puede sentirse vergüenza si se vive poco, que la única vergonzosa, tímida, cobarde es la muerte: porque se esconde, y finge, y nunca avisa cuándo. Pero no piensa en la respuesta del otro, ahora desliza sus ojos sobre el cielo encapotado que amenaza lluvia mientras se dice con una resuelta rabia me descubriste, mayor Deifilio, al fin diste conmigo, tu paciencia tuvo galardón: tu mano sana estará ahora moviéndose feliz para señalar el sitio al que tus guardias deben disparar, y tu cabeza tramará veloz un plan nuevo, un grande y definitivo plan que no puede fracasar. No siempre, mayor Deifilio, has de caminar polla vida perdiendo, y verás que en ésta ni me muevo para darte gusto. ¿No estás contento ahora, mayor Deifilio? ¿No estás pensando es mío ese cuerpo, ese temible cuerpo de bandido que tanto trabajo me dio durante años? Y el hombie acurrucado le dice entonces, en un lóbrego tono desesperado, vergüenza por dejar el mundo cuando hubo canto por hacer: desde un niño en el vientre liso de Zulema, hasta un palacio presidencial donde la gente del campo entre como a su propia casa. El hombre que ahora tensa en las manos el revólver no responde ni lo intenta, no quiere imaginar otra cosa que su propia suerte, porque ahora siente como si la vida ya le hubiera dejado y no sabría hacer nada después de ahora, ni huir, ni asaltar, ni amar a una mujer. Es como tener abiertos los ojos sin que haya qué mirar, como mover las piernas sin que existan caminos, como comer sin hambre o dormir despierto Y se vuelve, urgente, hacia el hombre acurrucado para decirle sálvate vos, si quiera, poeta, aguaita y corre, espínate, desbarráncate,

quiébrate un brazo. Pero sobrevive, no me regales tu vida por nada. Después bajarán ellos, nos rodearán en un apretado cerco de bayonetas y fusiles. Vuelve a Cariamanga, a tus libros, donde tu novia que todavía te espera por la foto que no pudieron tomarse juntos, entre los árboles del parque. Vive, hazte viejo, y entonces podrás morir sin que te pese. Si no tienes ni un simple cuchillito motolo, poeta, para cuando ellos vengan y no sabrías qué hacer con mi revólver si me matan. Vuela, piérdete en la maleza, escapa. El hombre que sostiene el revólver enronquece intransigente. Impositivo, empuja el blando cuerpo acurrucado mientras piensa no esperes demasiado, mayor Deifilio, no dejes correr el tiempo, puedo arrepentirme y creer entonces que el camino que llaman vida aún puede caminarse. Puedo pensar en la Dolores, en los ojos de la Dolores que ahora se llenarán ele lágrimas presintiendo que mis manos jamás han de volver a tocar la dureza de sus senos, que mis pasos ya nunca han de sonar cerca ni lejos y que mi voz, mi oscura voz de fugitivo y reo no se alzará junto a su oído fiara decirle ya ves, mujer, volví, no me mataron, no pudieron, se asustaron de mi risa y mis disparos. Huyeron al galope, a la carrera. Ahora solamente puedes disponer de mi vida, mayor Deifilio, puedes robarte los años que me quedan por vivir, las edades que me faltaron por atravesar como un camino polvoriento y malo. Ordénales a tus hombres que bajen y me cacen, ata mi cuerpo al lomo de una bestia y cárgalo hasta la plaza grande de Loja. Llama, entonces, con unos gritos grandes, poderosos, invencibles, a las autoridades, los tenderos, los niños de escuela, los hacendados y las monjitas: invítalos a contemplar mi cuerpo, y cuando se agrupen todos asustados, sin creer en lo que miran, grítales, mayor Deifilio, orgulloso y contento, éste es su cuerpo, éste, tanteen no más su reseca sangre y den gracias a Dios porque está muerto. Fue bien fácil matarlo, dirás entonces mayor Deifilio, con simpatía y buenos modales, con humildad y alegría, ustedes señores, tenderos, vosotras monjitas, ustedes niños, hubieran podido hacerlo, ni se defendió siquiera, solamente abrió los ojos y se dejó matar. Echen al vuelo las campanas de la Catedral, instalen ramadas en el parque, enciendan en la noche los cohetes y fuegos de artificio y griten todos: ha muerto, es polvo y ceniza el bandido que nos amargaba tanto, el que rompía nuestros sueños y quebraba nuestros contentos, el malo, el perdulario, el que tenía pactos con el Diablo, ya no está más, volvió a la tierra, es sólo un mal viento, un recuerdo que nos hará temblar en las noches. No pierdas tu oportunidad, mayor Deifilio, que no la volverás a tener nunca, te juro por todos los santos que no. El hombre acurrucado se incorpora a medias, flojo, asustado, se acerca como humillado, a rastras, y le dice no puedo dejarte ahora, en esta quebrada, con un montón de milicos que quieren matarte, no estaría bien abandonarte ahora, habla atropelladamente, con la boca reseca, el resuello fatigado. Ya no me necesitas ni te necesito, le dice el hombre que mantiene entre sus manos el peso refulgente del revólver, ellos te matarán sólo porque estuviste a mi lado, si te encuentran, los hombres como vos, gentes que escriben, no son importantes, no saben otra cosa que mojar sus plumeros y dibujar letras. Huye, llega a Cariamanga, enciérrate en tu cuartito con ratones y cucarachas, destapa un tintero, moja la pluma y escribe cómo me mataron, cuéntale al papel la historia a que se la guarde para siempre. El otro mueve la cabeza, baja la vista, si me fuera de aquí no dejaría que te maten, dice resuelto, con mis palabras les convencería a los parcele- ros de estos lados que no deben permitir tu muerte, y reuniría una gran poblada, y vendríamos con azadones, picos, machetes o simples piedras y moriríamos muchos por salvarte. El hombre que sostiene el revólver dice que sí, tratando de sonreír, volviéndose para mirar con simpatía v gratitud, la rebosante determinación que se agolpa en los ojos del otro. Sí, le anima palmeándole los hombros enflaquecidos, haz eso, poeta, sálvame, y su brazo implacable lo va empujando lentamente, y su voz le anima a marcharse, y contento lo mira gatear junto a la orilla, chapotear sobre el agua, enturbiándola, perderse quebrada abajo, con un ruido suave de hojas resecas. Y ahora solo, escucha la voz rasposa del tercer fugitivo oculto tras las matas cercanas que le dice, despacio, cómo huyó el cobarde, cómo voló tu amigo. El hombre que sostiene el revólver junta sus espaldas a la tierra húmeda. Es sólo un pedazo de

cielo el que mira ahora, un simple cielo, un frío y lejano cielo que no vale la pena mirar. Las hormigas le recorren las piernas, hurgan entre su reseco sudor. ¿No te has cansado mayor Deifilio?, piensa, ¿no has tenido jamás el cuerpo blando y rendido? ¿O una flojera y un desgano que ningún descanso podría reme- diar? Pero ahora la tierra se remece cuando un estallido profundo, no demasiado distante, sacude imprevisto las hojas de los matorrales, agita el agua de la quebrada, remece sus piedras. Dinamita, le dice el hombre oculto entre la maleza, en un tono exaltado y tétrico, volviendo a elevar fugazmente la copa de su negro y viejo sombrero sobre el follaje. Un cartucho entero, pensaba ahora el hombre que sostenía entre sus manos el revólver, espiando sin admiración la lejana polvareda que se levantaba, extensa, quebrada abajo. Un cartucho apretado y bueno, una carga completa, ¿quieren volarme a dinamitazos, ése es tu plan, mayor Deifilio? ¿...Volverme humo, tierra que se alce, gotas de sangre que se eleven, pedazos de carne que manchen el suelo? Pero entonces no tendrías mi cuerpo, mayor Deifilio, ni podrías conocer de cerca el rostro de tu muerto, y nadie querría creer, cuando llevaras triunfal, dentro de tu mochila de campaña, un peda- cito de carne, unos pelos chamuscados, unos dedos rotos, que aquellos son los restos del bandido. No te creerán, mayor Deifilio, y yo cabalgara nuevamente, matara, dirigiera asaltos, emboscadas, robos, profanaciones en las siempre mentirosas imaginaciones de los hombres. Ahora contempla con atención el revólver, el fulgor apagado de su cañón largo, los rombos calados de su culata. Sopesa el arma, la acaricia con nostalgia, con un cariño de antiguo conocido. Desabrocha su faltriquera sebosa, empuña las pocas balas que, liviana, contiene y las mira: achatadas, feas como la misma muerte. En un apretado montoncito las coloca sobre la tierra y vuelve a entretener sus manos con ese gran revólver del que nunca supo quién fue su primer dueño: si un antiguo oficial mostachudo y beato, si un elegante vendedor de géneros o un hacendado precavido por la mala conciencia. Un revólver es como un perrito, piensa, se le toma cariño, se le enseña gracias y piruetas, se le mima y asea. Es fiel y no habla sino cuando uno se lo pide. O tiene, como una mujer, un quiebre de cintura donde acomodar la mano, un cuello largo y esbelto para acariciarlo despacio, un agujero. Entonces escucha ese chasquido de labios, pst, le esta advirtiendo el hombre oculto entre las malezas, tres milicos van a bajar, se acomodan ahora las cananas sobre el pecho, adelantan sus botas en la ladera. Que dispare, contesta el hombre que ahora retira el percutor del revólver, que los haga sendales a tiros. Y la copa del sombrero negro se oculta en las matas y casi instantáneos suenan dos disparos que horadan el aire en un sonido largo que se esponja y rechina. Y estentórea resuena la respuesta de los tiros de fusil que, uno tras otro, zumban resbalando en el viento y atronándolo. No quieren correr los nigüentos, anuncia con desaliento el hombre que se oculta entre las matas, y él empieza, sin poder distinguir más allá de las ramas tupidas, a disparar su revólver, orientado únicamente por el ruido que trazaron los tiros de fusil. Ahora mamá estará encendiendo el fogón, piensa, acomodando las piedras de la tulipa, limpiando la ceniza, piensa mientras vuelve a retirar el percutor, con suavidad y encono. Y el Gilberto ya andará por la chacra removiendo la tierra con una lampa, siempre con su cafa entre seria y triste, mirando el color de la sementera, los huecos que han dejado las plagas en las hojas. Y la Honorina, muerta de sueño todavía, colará ese café que pone un olor tan rico en la cocina. Y ninguno de los tres pensará en mí, en el hijo facineroso, en el hermano perdido, el ingrato que los abandonó, el sanguinario que los avergüenza en la parroquia. Qué será de él, dirá a veces mamá con pena y enojo cuando cocine el locro, cuando lave la ropa o tienda los catres, dónde anclará el tirano, cómo será su cara después de tantos años, si estará mal comido el pobrecito, si andará flaco, rotoso, sin perro que le ladre, y entonces el Gilberto malhumorado le dirá que no sufra por mí, que no lo merezco. Y Honorina sólo querrá mirar el cielo con sus grandes ojos. No se olvide de mí, mamá, préndame una vela cuando ya no eslé, pague a un cura el canto de un responso, encargue una cruz de piedra con mi nombre y vístase de duelo. Y vos, Gilberto, bautízale a un hijo tuyo con mi nombre, con mi nombre de miedo y muerte, de historias y

recuerdos. No es feo mi nombre, Gilberto, le dará suerte al chico y la gente le dirá tienes un nombre famoso, un nombre que salió en periódicos, que corrió de boca en boca por toda la República, un nombre que asusta a los peruanos, que vaga en canciones y en cuentos de viejos. Y jamás podrás matar mi nombre, mayor Deifilio, porque ya dejó mi cuerpo y corre sin que me necesite. No podrás matar a todos los guitarristas que me han compuesto canciones que me nombran, ni fusilar a los viejos que cuentan mis historias. No alcanzarías nunca a quemar todos los periódicos donde mi nombre fue impreso, mayor Deifilio. Y entonces habrás perdido aunque ahora me mates. Vienen despacio, dice con furia y miedo el hombre que se oculta entre las matas, se mueven mucho, esquivan el cuerpo, los soldados adivinan mis disparos y se tienden sobre la tierra. Hicieron con sus fusiles un hueco en mi sombrero, jefe, un hueco grande, cerquita de la sesera y no acertaron porque la medalla de la Virgen del Cisne que llevo en el pecho me protege, me guarda de todo mal. El hombre que mueve distraíclamen- te su revólver no parece escucharlo, mira hacia arriba con un desganado cansancio, con una urgencia impaciente Acomoda sus piernas, levanta sobre la frente el ala de su sombrero, se frota con una mano los muslos adormecidos y vuelve a disparar, dos tiros que buscan aquellos uniformes descendiendo la ladera, seguros, ele-safianies. Pero esas ramas, se dice con una irremediable decepción, ésas de arupo o romerillo, esas apretadas ramas sólo me dejan ver unos pedazos azules de uniforme, las bandas blancas del pecho siempre moviéndose. Soldados hábiles son esos norteños, les gusta la pelea y la obediencia. Baja la vista y sobre la tierra húmeda, advierte las apresuradas huellas del hombre que obligó a huir: pequeñas, desvaneciéndose sobre el pedregal menudo ele la orilla. Es sólo un niño crecido ese poeta, piensa con simpaba y un poco de burla, ojalá pueda volver a su cantón y viva muchos años, leyendo sus libros, caminando en las retretas con su novia. Una nueva, indistinta, atrevida tanda de disparos se desgaja desde los altos bordes de la quebrada y él se ha tendido ele bruces, hundiendo sus mejillas en la tierra, cerrando los ojos, sintiéndose ileso y pensando todavía no, no fueron para mí esos tiros. Y levantando un poco la cabeza mira hacia los matorrales donde se oculta el otro. Están quietos en su verde color sombrío. Y con un presentimiento desesperado y fúnebre c}ue le cruza el cuerpo, y pide que conteste, diga algo, si está bien, si. Y piensa que esta vez el medallón de cobre que él lleva colgado sobre el pecho le falle), le hizo una mala pasada a ese hombre que tanta fe le tuvo y que ahora estará muriéndose e) ya muerto, encogido o tieso bajo las hojas y las ramas, empapándose con su sangre. Y pensó en él con lástima, lleno de congoja o rabia, fogosamente triste mientras espiaba los aún distantes uniformes azules a través ele las ramas. Ahora los soldados estaban inmóviles, recargando sus maltrechos fusiles y tan confiados que ni siquiera miraban hacia abajo. El cerró el ojo derecho y disparó hacia ellos, hasta agotar el tambor ele su revólver, anegado por un odio vacío y solitario. No respondieron el fuego los soldados y él los miró, a través de las ramas, replegándose con lentitud ladera arriba ilesos, apegando sin ruido sus pisadas a la tierra pedregosa, sin volver las espaldas. Da la orden, mayor Deifilio, pensaba cerrando los ojos, juntando nuevamente las mejillas a la tierra lodosa, sintiendo cómo su barba de varios días presionaba a la carne. Da la orden, diles a todos que bajen, nada podrán mi revólver y las ocho balas que me quedan. Les bastará rodear la piedra y disparar. No pierdas el tiempo, mayor Deifilio, soy tan diablo que podría huir mientras vos tuerces los ojos y piensas cómo va terminar ésto, ¿no ves, mayor Deifilio, que ya se ha terminado? Nunca regresará el poeta, nadie le haría caso si dijera vengan, vamos a salvar de la muerte a un hombre bueno, vamos con machetes, azadones, piedras, palos, salvemos a un bandido bueno que roba a quienes viven de robar las tierras de ustedes, las aguas ele la tierra, los pocos ahorros de los pobres. No le harían caso, pobre juato, le dirían las gentes del campo con burla y sospecha, sigue tu camino, déjanos limpiar las malezas de las sementeras, no nos quites el tiempo, deja que nuestros chivos pasten y crezca nuestro maíz, no quieras que nos maten por un ladrón, deja a la ley las cosas de la ley. Y mientras pensaba esto, entretenido y sombrío, empuñaba el montoncito dorado y negruzco de las

balas, las juntaba dentro de su puño haciéndolas crujir antes de hundirlas en los agujeros redondos del tambor. Y sintió entonces que el tiempo cruzaba al galope sobre él, como si no quisiera mirarlo: un tiempo denso y veloz, muelo y ambiguo. Y no veía ahora ningún uniforme azul entre las ramas. ¿Qué pasa, por qué tanto silencio, mayor Deifilio?, pensaba extrañado, imaginando que los soldados pudieron creer que el cadáver del Rindolfo era el suyo y que ahora estarían contemplando callados, desde el borde de la quebrada, con prevención y sobrecogimiento. Cómo te tardas, mayor Deifilio, cuánto te alistas en elegir el segundo exacto, ese relámpago de tiempo que me acabe. Ahora le incomodaba ese ningún sonido, le ponía intranquilo y entonces, pensó en arrastrarse hasta los matorrales, intentar una fuga o aquel simple, difícil reptar sobre la orilla pedregosa antes de que cualquier disparo lo detuviera. Pero supuso, como avergonzado de sí mismo, que era demasiado tarde cuando aquel diminuto desprendimiento de tierra delató, a través de las ramas, un par de botas cercanas que mantenían su equilibrio en la ladera. ¿Qué hace aquí un soldado solo?, pensó admirado, ¿no le tiene asco a la muerte?, y retiró el percutor ele su arma, lleno ele curiosidad, acercando el rostro al revólver para apuntar hacia las botas, esas altas botas de tubo, esas marciales y sombrías botas, ahora quietas. Entonces una voz gruesa, algo cavernosa y apurada, cruzó los matorrales para decir que se rindiera ahora, que nada le pasaría, y él levantó la cabeza un poco sorprendido y miró a través de las matas esa cara morena, fea, envejecida, ele labios resecos y ojos fríos, y miró también ese alto quepis gris donde refulgía en la luz de la mañana un grande, dorado, inconfundible escudo. Y distinguió entre las hojas el pedazo gris de un capote y vio una mano extendida, emocionada, que apuntaba, y ahora él gritó, con una rabia solemne e instantánea a vos quiere' matarte, mayor Deifilio, matándote a vos más que a mí me maten. Y apenas acabó de cerrar la boca escuchó, admirado, incrédulo, aquel leve estruendo y sintió una tibia quemazón que le horadaba, encogiéndole, el brazo que sostenía el revólver. Y miró, con unos ojos agrandados que absorbían veloces todo color y toda luz, cómo las botas daban un paso adelante, y ya sin mirar nada, escuchó el nuevo estruendo, más breve y como más lejano, y sintió en el pecho, junto a la tetilla izquierda, ese calor fugaz, profundo, mientras todo el cielo, todo el verdor de las hojas, toda la luz y todo el aire se sumían dentro de sus ojos, inconmensurables, luminosos como nunca.

Las botas eligen con cuidado, tanteando para no resbalar, el terreno: los trechos menos húmedos, los dispersos macizos de hierba crecidos sobre las laderas. El mayor Deifilio determina colérico, mientras desciende, solo, envarado y advertido, que fue demasiado imbécil el modo cómo destrozaron a ese hombre de levita negra y rostro pálido que intentaba fugar gateando en las malezas del fondo; y recordó con desagrado cómo la carga de dinamita lanzada por uno de los Rurales del grupo guiado por el cabo Serrano, describió una rápida, chisporroteante curva en el aire, se hundió junto a las malezas donde boquiabierto se agazapaba el hombre pálido y luego, con la explosión, sólo se hinchó ese humo atosigante y oscuro. No sabe ahora si su decisión de bajar solo hasta la inmensa piedra fue un acto de valentía desdeñosa o sólo la prisa anhelante por enfrentarse al hombre que inutilizó su brazo izquierdo en el transcurso de un alzamiento de peones. El brazo sano se mantiene un poco encogido, a medias en alto y la presión del puño, ahora casi tan frío como el aire de la mañana, mantiene la pistola alerta. Las botas aligeran el ritmo de los pasos, los alargan, aumentan su mido sobre la tierra húmeda y la hierba crecida. Las botas se detienen por segundos: como flotando sobre las hojas ensangrentadas de unos matorrales, yace un cuerpo liviano y perfilado, boquiabierto y terroso. El otro, piensa el mayor Deifilio, mirando rápidamente el rastro de los disparos sobre la ropa manchada del cadáver que aún crispa sus manos junto a un arma a medias oculta en la maleza. Las botas saltan ahora, de puntillas, hacia la arena lodosa, se hunelen un poco y emergen pesadas, llenas ele un barro chorreante y casi líquido. Y los ojos del mayor Deifilio se detienen fijos sobre la estrecha oquedad de la roca cercana donde se mueve una figura. Y la

voz del mayor Deifilio suena concisa, imperativa, urgente: ríndete y nada te pasará, y sus oídos no se sorprendieron en absoluto al escuchar esas palabras irreductibles que contestan a vos quiero matarte, mayor Deifilio, matánelote a vos más qué me maten. Entonces el oje) derecho se cierra con fuerza y determinación, y el índice ele la mano sana aprieta el suave gatillo de la pistola reglamentaria, y el arma dispara con implacable precisión. Los ojos del mayor Deifilio miran en la penumbra ele la oquedad cómo el cuerpo heri- do se ovilla, y su ojo derecho vuelve a cerrarse, y el ín- elice de la mano sana aprieta nuevamente el gatillo de la pistok., varias veces, con premura y eficacia. Ahora las botas se hunelen en el agua vertiginosa ele la corriente, la cruzan en dos pasos mientras el mayor Deifilio contempla, minucioso, esa boca abierta, esa nariz roma, esas mejillas erizadas por una barba sucia, ese mentón ancho y enérgico, esos ojos opacos, ese pecho voluminoso y sangrante.

Ahora descendían, atropelladamente, por las laderas. los Rurales, el subteniente García, sus soldados.

-Fue sólo la suerte- dijo el mayor Deifilio, con un satisfecho cansancio, al primer Rural que se acercaba para mirar el cuerpo.